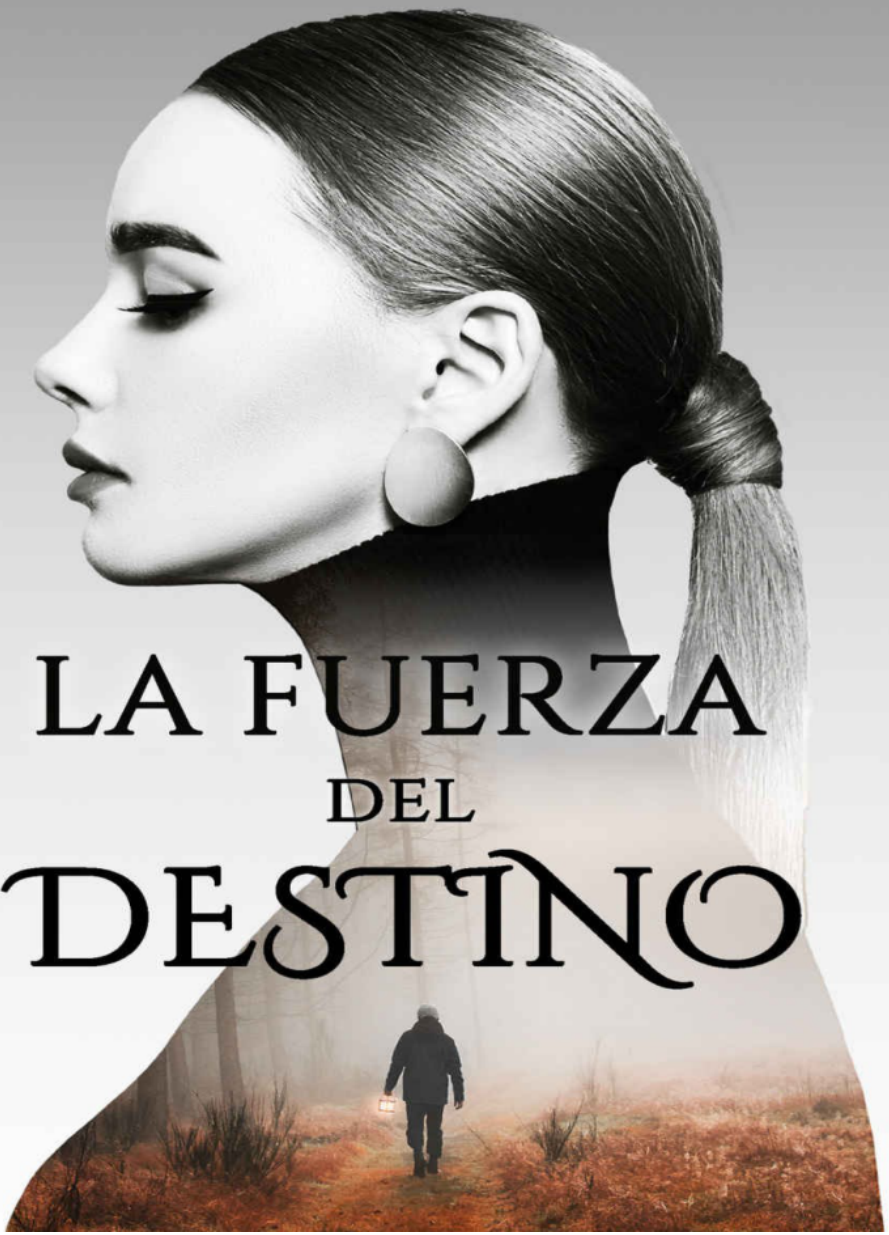
TANIA CORDEIRO



LA FUERZA DEL DESTINO

LA FUERZA DEL DESTINO

Tania Cordeiro

Título: La fuerza del destino

Copyright © 2023, Tania Cordeiro

Esta es una obra de ficción. Los personajes recogidos en ellas son obra de la imaginación del autor. Cualquier parecido con la realidad podría ser mera coincidencia.

Corrección y maquetación: Sandra Moya
Diseño de cubierta: Yanira García

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros), sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva del delito contra la propiedad intelectual.

1ª edición, marzo de 2023

Para la estrella que más brilla en mi firmamento.
En cada paso que doy,
siempre estás presente, papá.

Contenido

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38

Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Epílogo
Agradecimientos
Biografía

Prólogo

Hay días en los que no eres consciente de que vas a tener un día horrible. En cambio, otros comienzan siendo un desastre, y según avanzan las horas, te das cuenta de que las cosas solo pueden ir a peor. Este es uno de esos días. Te aseguro que, cuando ha sonado el despertador esta mañana, no se me pasó por la mente que toda mi vida cambiaría.

Salgo de casa corriendo; he regresado a mi piso porque, de camino al coche, uno de mis zapatos se ha quedado sin tacón al quedarse enganchado en una zanja. No creas que le he dado mucha importancia; no es la primera —ni será la última vez— que llego tarde al trabajo por algún *accidente*. La torpeza viene de serie. Pero, claro, ahí no se va a quedar todo.

Al llegar a la redacción, todo el mundo está como loco. El sistema con el que trabajamos acaba de sufrir un colapso en el momento que se cargaban las noticias de primera hora. Eso ha jugado en mi contra; todo el mundo se ha dado cuenta de que la responsable de contenidos —es decir, yo— no estaba en la oficina para apagar el fuego. No puedo ni soltar el bolso. En cuanto pongo un pie en la oficina, he colaborado con los informáticos para que la red vuelva a estar en funcionamiento antes de que a Samuel —mi jefe— le explote la cabeza; cada segundo que pasa, está más rojo y más ansioso.

Nos cuesta encontrar el problema. Una vez localizado, es fácil de solucionar. Cuando subimos los contenidos, todos respiramos con normalidad y yo me voy a mi despacho.

Tengo organizada la reunión con el equipo para debatir sobre los siguientes contenidos que publicaremos. Sin embargo, antes tengo que revisar mi agenda con María —mi secretaria—, quien, sin pedírselo, viene con mi café en la mano.

María y yo estamos concentradas cuadrando la agenda de esta semana, que resulta ser complicada por la cantidad de citas y reuniones expuestas. Alguien toca con firmeza en la puerta de mi despacho, rompiendo nuestra concentración y acelerando mi corazón. Conecto mi mirada con María, sin saber quién puede ser.

—Adelante.

—Samanta, siento molestarte. Sé que estás ocupada, pero tengo algo urgente que decirte —me comunica mi jefe, asomando la cabeza por la puerta.

María, al ver la cara de preocupación de Samuel, sale del despacho

para dejarnos a solas. No sé a qué se debe la interrupción, pero no pinta demasiado bien.

—¿Qué ha pasado?

—Tienes una llamada muy importante en mi línea y creo que es más conveniente que la respondas en mi despacho. —Mi jefe no deja de mirarme, sus ojos se quedan fijos en mi rostro.

—De acuerdo, dame un minuto y voy…

—No, es una llamada importante. Lo demás puede esperar.

Samuel es un hombre que vive para el trabajo. Lo conozco desde que comencé mis prácticas, cuando aún estaba en la universidad. En todos estos años, nada que no haya tenido que ver con el trabajo, ha sido más importante que lo que hacíamos entre estas cuatro paredes. Así que, si el hombre que tiene el trabajo como prioridad número uno, me dice que atender esa llamada es lo más importante —y que lo demás puede esperar—, no puedo hacer otra cosa que acudir a su despacho y descubrir qué es lo que está pasando. Cuando llego al despacho de Samuel, Laura —la secretaria de mi jefe— me espera detrás de su escritorio.

—Hola, Laura. Samuel me ha comentado que tengo una llamada en espera.

—Sí, cielo, está en la línea uno. —Su mirada es tierna, pero eso tampoco me da indicios de nada, ni siquiera para pensar que ella pueda saber lo qué está pasando. Laura es una mujer que nos trata a todos como si fuera una madre que protege a sus polluelos.

Tanto secretismo, por parte de Samuel y la tierna mirada de Laura, me hacen desconfiar y ponerme al límite. «¿Qué es lo que ocurre? ¿Quién está al otro lado del teléfono?», pienso mientras me acerco al butacón de cuero de mi jefe para atender la llamada.

—Buenos días, soy Samanta. ¿En qué puedo ayudarle?

—Buenos días, soy el sargento López. Necesito verla con urgencia en comisaría. ¿Sigue ahí, señora Samanta?

—Sí, sargento, lo siento. ¿Qué ha pasado? ¿Mi familia está bien?

—Sé que estará confusa, pero no se preocupe. ¿Podría salir ahora del trabajo?

—¿No puede decirme qué ha pasado? —Me estoy poniendo muy nerviosa. Las manos me sudan, el corazón se me va a salir del pecho en cualquier momento, mi cabeza no deja de imaginar mil posibilidades en las que alguien que me importa termina herido. ¿Qué otra razón podría llevar a la policía a reclamar mi presencia con tanta urgencia? Algo grave ha tenido que pasar, alguien ha tenido que sufrir un accidente.

—Señora Samanta, sé que es difícil, pero preferiría hablar con usted en persona. Un coche le recogerá en cinco minutos, ¿le parece bien?

—¿Alguien está herido?

—No se preocupe, no es algo que se pueda explicar por teléfono, la estaré esperando.

—De acuerdo.

Son las únicas palabras que he conseguido decir antes de que la línea se haya cortado al otro lado, dejándome con la boca seca, el corazón en un puño y mil ideas revoloteando en mi mente y ninguna buena.

Capítulo 1
Sam

Seis meses antes

Mi vida, personalmente, ha sido fácil. No he caminado por un campo plagado de rosas, pero tampoco me puedo quejar. Tengo mis problemas, como todos. La perfección no existe y todos nos encontramos baches en el camino. Aunque, claro, esto cambia si me enfoco en mi familia. Mis padres no son de la misma opinión; sobre todo, cuando se habla de su vida. Soy la mayor de tres hermanos. Mis padres me tuvieron un par de años después de casarse. Les costó un poco, así que mi llegada supuso una gran alegría para ellos. Como mi embarazo se hizo esperar, enseguida se pusieron manos a la obra. De ahí que mi hermana Sofía y yo solo nos llevemos once meses de diferencia. En un año, se juntaron con dos niñas pequeñas que reclamaban demasiada atención. Para nosotras fue bueno; crecimos juntas, prácticamente a la par. Nuestro cumpleaños era con un mes de diferencia, así que nos juntábamos con dos fiestas seguidas. Según fuimos creciendo, nos hicimos inseparables. Nuestro grupo de amigos era el mismo. Al menos, hasta la adolescencia. Sofía había cumplido los quince años y yo estaba a punto de cumplir los dieciséis cuando mi madre nos dijo que se había quedado embarazada de nuevo. No lo buscaban, aun así, fue una alegría para todos. O, al menos, eso es lo que creíamos.

◆◆◆

He llegado la primera a la oficina, el personal de limpieza aún estaba por aquí cuando me he sentado en mi mesa. He enterrado la cabeza entre un millón de papeles para adelantar trabajo. Intento olvidarme de todo lo que no entra en estas cuatro paredes.

—Samanta, ¿podemos hablar?

Samuel, mi jefe, me observa apoyado en el marco de la puerta de mi despacho. A pesar de tener casi sesenta años, sigue manteniendo un atractivo indiscutible. Samuel no espera a que responda, sino que accede a mi despacho y se sienta en una de las sillas que tengo enfrente. Sé lo que me va a decir, no hace falta que ponga en palabras lo que sus ojos me muestran. Samuel es el mejor amigo de uno de mis

profesores de la universidad. No tuve que pensar dónde iba a hacer las prácticas, ellos lo decidieron por mí. Y no es un reproche, al contrario, me hicieron un gran favor. Ya que, desde el primer momento, ha sido más que mi jefe. Él supo sacar todo lo que escondía en mi interior. Pasó a mi lado más horas de las que, el jefe del mayor periódico de tirada nacional, se podía permitir. Y no solo en horas laborales. Tiene un don; al menos, siempre lo ha tenido conmigo. No necesitaba más que un segundo para saber cuándo necesitaba alejarme del mundo. Se convirtió en un segundo padre, uno que me escuchaba sin reproches.

—Tú y yo habíamos quedado en que hoy vendrías más tarde.

—Bueno, en realidad, quedaste tú en que llegaría más tarde. Sabes que yo tenía otra opinión al respecto.

—Tendrías que haber acompañado a tu familia. —Samuel coloca su mano sobre la mía, transmitiendo su cariño.

—Han pasado dieciséis años, Samuel, no cambiará nada porque yo no esté presente.

—Puede que no, pero ellos necesitan tu apoyo.

—Eso no hará que vuelva, ni que mi padre deje de reprocharme que me tenía que haber dado cuenta de lo que pasaba.

Samuel se levanta, se coloca a mi lado y se agacha para quedar a mi altura. Sus ojos conectan con los míos y sus manos sujetan las mías.

—Nada va a cambiar lo que pasó, eso lo sabes, del mismo modo que eres consciente de que tú no tuviste la culpa. Tu padre necesita culpar a alguien, siempre te lo he dicho. Para él, es mucho más sencillo hacerlo contra ti que sobre sí mismo. Pero no fue tu culpa, Sam. Tú no hubieras podido cambiar los acontecimientos, aunque lo hubieras sabido.

Vuelvo a suspirar ante sus palabras —que me sé de memoria—, no es el único que me las ha repetido durante estos dieciséis años. Mi terapeuta, al que hace años que dejé de ir, también me las repitió muchas veces. Sin embargo, siempre he tenido esa duda. ¿Qué habría pasado si yo hubiera sabido lo que tramaba? Puede que, si hubiera conocido sus planes, la habría convencido o habría avisado a mis padres para que la ayudaran. O puede que Samuel tenga razón y las cosas habrían sucedido del mismo modo.

—Han pasado muchos años, y es el primero que falto. Puede que haya llegado el momento de dejar de regodearse en lo que pasó y continuar con nuestras vidas. —Observo la foto que tengo en mi mesa, en la que aparecemos toda la familia—. Ella tomó su decisión sin nosotros, ahora me toca a mí.

—¿Estás segura? —Afirmo con la cabeza—. De acuerdo. Si necesitas cualquier cosa, avísame con lo que sea.

—Gracias, Samuel.

Mi jefe abandona el despacho con una sonrisa triste, me conoce

mejor que nadie.

◆◆◆

He pasado el resto de la mañana trabajando sin descanso. Mi teléfono personal está apagado. Estoy centrada al cien por cien en mis tareas diarias. Organizo el trabajo de todo el equipo. Superviso que los contenidos se suban al servidor correctamente. Que la versión en papel llegue a la imprenta a tiempo para su distribución. Y reviso las ediciones que cada editor de sección ha hecho con los artículos del día.

Si no fuera por María —es una santa—, que me ha traído un sándwich y una ensalada de mi restaurante preferido, es muy probable que no hubiera comido nada en todo el día. María no es solo mi secretaria, también es mi salvavidas, mi cortafuegos. Con solo una mirada, sabe si tengo un día en el que se me puede interrumpir con cualquier tontería o, en cambio, si entrar en mi despacho es enfrentarse a un dragón. Seguro que ya sabes qué tipo de día es hoy. Por esa razón, ella es la única que ha entrado en mi despacho desde la visita de mi jefe. Ella es una extremidad más de mi cuerpo, sin el que no podría vivir. Es joven —veinticuatro años—, y su currículum llegó a mis manos por error.

En esa época, teníamos dos vacantes en la redacción. La primera era para la recepción, alguien que se encargara de distribuir las llamadas a la sección correspondiente. El segundo puesto era el de mi secretaria. En Recursos Humanos añadieron su currículum sin experiencia en la carpeta de las candidatas al puesto de secretaria. Durante el primer vistazo, lo descarté: era demasiado joven para el puesto y recién salida al mercado laboral. El equipo se la comería. A pesar de mis objeciones, la entrevisté. Sin embargo, su forma de ser silenció todos mis prejuicios hacia ella. Entró en mi despacho con su melena rizada suelta al viento, de un rubio que iluminaba a su paso, pisaba con firmeza y mucha seguridad. Hacía tiempo que no veía una actitud similar, y me convenció. Una hora después, estrechábamos las manos para celebrar su nuevo puesto de trabajo. Hoy, cinco años después, no me arrepiento. Contratarla fue la primera decisión perfecta que tomé en mi puesto.

—Samanta, perdona, pero Raquel no deja de llamar. —Raquel es mi mejor amiga, la persona que siempre está ahí, la que me saca de casa cuando lo único que me apetece es dejarme devorar por el sofá. Aunque a veces me saque de mis casillas, sé que sin ella habría tirado la toalla hace mucho—. Le he dicho que estás ocupada, pero dice que tienes el teléfono desconectado y que no parará hasta que la atiendas.

—Pásame la llamada antes de que nos queme la centralita.

—Ahora mismo.

María sale de mi despacho y no tarda ni dos segundos en sonar el teléfono de mi mesa. Respiro hondo, porque lo voy a necesitar, y respondo.

—A ver, ¿qué es eso tan importante que no puede esperar?

—Coño, pero ¡si estás viva! He ido a casa de tus padres, pero tu hermano me ha dicho que no has aparecido. ¿Todo bien?

—Todo perfecto, es hora de vivir sin mirar hacia el pasado cada día.

—Me parece de lujo, nena. Di que sí, esa es mi chica. —Oigo sus aplausos a través del teléfono—. Esta noche cena y unas copas, hay que celebrar tu nueva vida, Sam, y no acepto un no por respuesta.

—Está bien, no voy a discutir contigo. Nos vemos en mi casa dentro de dos horas, déjame terminar unas cosas.

—No tardes más, sé que estás escondiéndote. Si no estás en tu casa en dos horas, iré a por ti. Y sí, es una amenaza.

No hay réplica posible. Cuando quiero darme cuenta, al otro lado de la línea, lo único que se escucha son los pitidos del fin de la llamada. Y como un buen huracán, mi amiga revoluciona todo y se larga tan rápido como ha llegado. No es que tenga mucho cuerpo para fiesta, pero la conozco bien. Si no hubiera aceptado, la tendría aquí en cinco minutos y revolucionaría toda la redacción. Así que *planazo* para terminar el día.

Capítulo 2

Elías

Adoro mi trabajo, aunque no me deja mucho tiempo libre. Hasta hace unos años, no me importaba; al contrario, la pasión era más fuerte que cualquier otra cosa. Tenía claro lo que deseaba y hasta dónde quería llegar. Estaba dispuesto a meter tantas horas como fuera necesario. Aunque fuera a costa de mi vida privada, de mis amistades, del tiempo con mi familia. Todo pasó a ser secundario. Era feliz. No digo que ahora no lo sea, pero es verdad que la edad es un grado, como siempre me ha dicho mi madre. Y, ahora que me acerco a los cuarenta, me doy cuenta de que estoy solo. No tengo a nadie con quien compartir mis logros, nadie que me espere en casa cuando llego reventado después de un duro día de trabajo. Nadie que me anime a seguir cuando la situación se pone tan dura que asusta. Tengo a mis padres; ellos siempre me han apoyado, siempre están a mi lado. Pero ya me entiendes. Siento que me falta una mitad, alguien que me complete. Alguien de carne y hueso. Me he dado cuenta de que el trabajo no lo es todo.

Últimamente recuerdo mucho una conversación que tuve con mi madre con quince años. Yo acababa de decidir que quería ser militar. Mi familia siempre ha estado ligada a los cuerpos del orden. Mi abuelo y mi padre han dedicado su vida al cuerpo de policía. Mi abuelo materno fue bombero. No obstante, yo quería más, pero sin abandonar la filosofía familiar. Así que, cuando comencé a pensar en mi futuro, lo tuve claro.

Mi padre es un hombre que siguió los pasos de su padre, y no ha dejado la policía hasta su jubilación. Cuando conoció mi decisión de unir mi futuro a las fuerzas del orden, de la manera que fuera, para él ya era una satisfacción. Desde el principio me dejó claro que no era un juego, que era un trabajo muy duro, que tendría que soportar y ver muchas cosas. Siempre he tenido su apoyo.

En cambio, para mi madre, fue un palo. Tenía la esperanza de que yo rompiera el ciclo, que me dedicaría a algo *seguro*, como ella llama al resto de profesiones. Una tarde, me pilló por banda y me dejó claro que no le gustaba mi decisión y que iba a tirar mi vida a la basura. Estaba molesta, incluso me insinuó que un día me daría cuenta de que me lo había perdido todo. Ya has podido comprobar que, mi querida madre, era entendedora de sus palabras. Que conste que mi trabajo no es impedimento para tener una relación o una vida fuera del trabajo.

De hecho, muchos de los miembros de mi tropa, están casados o tienen pareja. Mis superiores, incluso, tienen hijos. El problema soy yo. No mi trabajo, sino mi obsesión por llegar más lejos, por demostrar más.

Hasta la fecha, ni siquiera tenía una vivienda fija. Siempre he estado dispuesto a ir donde me necesitarán. Hasta ahora. Mi padre se ha jubilado, y siento la necesidad de estar más cerca de ellos. Hace unos meses, hablé con mi oficial para que me destinara al centro de formación de tropas situado en Cáceres. Era hora de volver a casa. Mi madre me buscó una casa en una urbanización situada a dos minutos de la base. Nada más anunciar que volvía para quedarme, ella lo organizó todo. Lo que no dije era que no sabía cuánto tiempo aguantaría lejos de la acción. No valgo para estar en un despacho o para pasarme el resto de la vida en una base formando a los nuevos soldados. No obstante, mi madre no tiene por qué saberlo; al menos, de momento.

◆◆◆

La puerta de mi despacho nunca está cerrada si yo ando por aquí, me gusta que los chicos sientan que pueden acudir a mí en cualquier momento.

—Sargento, ¿me da su permiso? —Uno de los cadetes más jóvenes espera en la puerta, tieso como el palo de una vela.

—Adelante —digo acomodándome en la silla de cuero.

—Disculpe que le moleste, pero tiene visita. El comisario Andrés Vidal solicita hablar con usted, dice que trabajó con su padre. —El cadete suelta todo el aire retenido, después de informarme sin respirar siquiera.

¿Debería sonarme el nombre del nuevo comisario? Es el sustituto de mi padre, y es muy probable que él lo haya nombrado en numerosas ocasiones. Pero si soy sincero, ahora mismo, no lo recuerdo; tampoco las razones que lo han traído a mi despacho.

—Hágale pasar, cadete.

Observo que el joven sale de mi despacho y recorre el pasillo hacia la salida del pabellón. No tarda ni dos minutos en volver, seguido por un hombre alto, quien no parece mucho más mayor que yo. Su pelo moreno corto va perfectamente peinado, no se le mueve ni un solo pelo. Va vestido con unos vaqueros y una camisa azul. El cadete se queda en la puerta para indicarle al comisario que acceda a mi despacho, antes de salir disparado con el resto de sus compañeros. Me pongo en pie para estrechar la mano del comisario.

—Por favor, tome asiento.

—Si no te importa, podemos tutearnos.

—Claro, sin problema. ¿En qué puedo ayudarte?

—Tu padre me ha hablado mucho de ti, me imagino que sabrás que ahora yo ocupo su puesto. —Dejo que hable sin interrumpirlo, no sé a dónde quiere llegar—. De acuerdo, iré al grano: se trata de un caso que tu padre llevó hace dieciséis años y que acabó en un callejón sin salida, pero acaba de derribar una pared creando una.

—Perdona, ¿qué tiene que ver eso conmigo?

—¿Recuerdas el caso Molina?

Cómo olvidarlo, tenía veintitrés años cuando todo sucedió. En esa época, me encontraba destinado en un cuartel de Madrid. Aproveché uno de mis permisos para visitar a mis padres cuando me encontré con todo el lío. Mi padre estaba obsesionado con ese caso; incluso montó una base en el despacho de casa para barajar nuevas hipótesis cuando se encontraba fuera de la comisaría. Durante esos días, intenté ayudarlo, darle otro punto de vista, pero nada resultaba. Ese caso fue una tortura para mi padre durante años, pero él no quería tirar la toalla, hasta que no quedó ningún hilo más del que tirar. Aun así, sé —por mi madre— que nunca llegó a olvidarlo.

—Claro, fue un caso muy sonado. ¿Se sabe algo nuevo?

—Puede ser, yo aún no estaba por aquí cuando sucedió, por eso he pensado que me vendría bien contar con alguien que conozca el caso y que conozca a la familia.

—Pero yo no conozco el caso.

—Tu padre me ha contado que compartió información contigo y que eres bueno, muy bueno. Además, me consta que conoces a alguien de la familia.

—Bueno, en realidad, conocí. Vivíamos en el mismo barrio, aunque de eso hace demasiado tiempo. Respecto al caso, es cierto que mi padre compartió datos conmigo, pero no sé cómo puedo ayudarte. Además, no entra dentro de mis competencias.

—Lo sé, aunque si aceptas, eso está solucionado. Tus mandos superiores lo han autorizado.

—Sigo sin entender para qué me necesitas. —Esto es surrealista, ¿qué pinto yo ayudando a la policía en un caso de hace dieciséis años?

—No quiero que el caso se vuelva a cerrar, y que esa familia vuelva a sufrir para nada.

—Cuentas con toda una comisaría para eso.

—Pero ninguno de ellos ha tenido relación directa con la familia.

—Han pasado dieciséis años, ni siquiera sé si la reconocería si la volviera a ver. ¿Te estás guardando algo? No me cuadra nada de lo que dices.

—Claro que me estoy guardando cosas, pero son datos que todavía no puedo revelar. Necesito saber si vas a participar. Te vuelvo a

repetir que ha sido tu padre quien me ha recomendado que acuda a ti. Tus superiores están de acuerdo y, si mi intención no me falla, sé que tu formación y tu experiencia nos servirá para ponerle fin a todo este caso.

—Está bien, pero tendrás que explicármelo todo, sin medias tintas.

—Eso está hecho.

Algo me dice que me estoy metiendo en la boca del lobo. Para mi padre, ese caso se convirtió en una piedra en el camino que fue incapaz de eliminar. Espero que esa piedra no me bloquee el mío; sobre todo, ahora que empiezo a encauzar mi vida.

Capítulo 3
Sam

Raquel y yo estamos sentadas en una de las únicas mesas que quedan libres en el local, hablando de todo y de nada en concreto. Con ella siempre es así, salta de un tema a otro como un sapo en una charca. Me está contando algo sobre un proyecto que va a presentar, cuando salta del taburete como si le hubieran pinchado el culo y se va a la pista de baile. Me ha dejado sola en la mesa, y —entre toda la gente— la encuentro demasiado cerca de un tío. Observo cómo se mueve con un morenazo, a quien —sin ninguna duda— acaba de atacar. Mi loca amiga dirá que el volumen de la música le impide escucharlo, aunque —ya te digo yo— que lo único en lo que piensa es en tocar todo lo posible. Lo están dando todo en la pista, bien pegados, casi están fundidos en uno solo. Desde mi posición, no diferencio dónde termina uno y dónde comienza el otro.

Aprender a quererte de Morat suena a todo volumen en la sala y llena el espacio. Y yo solo puedo observar el daiquiri de fresa que tengo entero entre las manos. Hace unos años, mi bebida se habría quedado aquí olvidada —igual que el mojito de Raquel— y habría salido disparada detrás de mi amiga en busca de una captura para la noche. Me habría ido acompañada a casa, y habría disfrutado de una buena sesión de sexo. Y, después, con mucha educación, le habría acompañado a la puerta para disfrutar de mi cama en soledad. En cambio, estoy aquí, sola, dando vueltas a la bebida y recordando a una Sam que ya no existe. Mis padres dirían que he madurado, que ya no soy la chica alocada de antes. Yo soy más partidaria de pensar que me he cansado de esconderme detrás del alcohol y del sexo con extraños.

—Hola, preciosa. ¿Te apetece compañía?

—Pues no mucho.

—Venga, mujer, un poco de conversación nunca viene mal.

—Si tú lo dices…

—Vamos a empezar por algo sencillo: ¿cómo te llamas?

—¿A ti qué te importa?

—Qué nombre más peculiar. Tranquila, lo he pillado, te dejo sola. —Sus ojos claros me observan como si quisiera traspasar mi alma. Lleva una barba de varios días, perfectamente cuidada, que le da un aire seductor.

Me giro y veo que el chico se aleja lentamente, ya que la gente le impide continuar su camino. Igual he sido un poco borde, ¿no?

Tampoco me ha dicho nada fuera de lugar, solo quería un poco de conversación, pero yo no me lo estoy pasando pipa sola. A veces dudo de que me quede alguna pizca de don de gentes en algún rincón. Me estoy convirtiendo en una amargada. Salgo en busca del joven y lo detengo a mitad de camino hacia la barra.

—Perdona. —Sujeto su brazo para impedir que siga andando—. Lo siento, he sido una imbécil.

—Igual necesitabas estar sola y yo solo he venido a molestar.

Sus ojos claros se interponen en mi campo de visión, lo que provoca que me fije en él. Recorro su cuerpo, que no tiene desperdicio. Los músculos de sus brazos presionan la tela de la camisa azul, que lleva las mangas remangadas. Apostaría que, si hace un movimiento brusco, esa tela se desintegra en el acto. Igual que les ha pasado a mis bragas con su cara de pillo. Se encuentra demasiado cerca de mí, lo necesario para oírnos y que su perfume inunde mis fosas nasales. Me muerdo el labio inferior para no morder el suyo. Su boca me llama.

—Es muy probable que prefieras cualquier otra cosa después de cómo me he comportado, sin embargo, ¿te apetece sentarte un rato conmigo?

—Estoy seguro de que a mis amigos no les importa que te haga compañía —me responde y señala un punto de la barra, donde un grupo de chicos miran en nuestra dirección. Conozco a la mayoría de ellos. Mismo barrio, mismo colegio… aunque hay otros que, a simple vista, creo que nunca he visto.

—Cuéntame, ¿por dónde lo habíamos dejado?

—Técnicamente, no estoy sola —digo mientras señalo la copa de mi amiga, que ya parece cualquier cosa menos un mojito—. Sería más correcto decir que estoy momentáneamente sin acompañante. —Termino guiñándole un ojo, algo en él me resulta familiar, aunque no sabría decir qué es, ni dónde lo he visto antes.

—Bueno, entonces, ahora lo correcto sería preguntarte por qué has preferido quedarte aquí sola. —Miro hacia la pista, donde mi querida amiga tiene su lengua en las cuerdas vocales del moreno, lo que me provoca una sonrisa.

—Mi amiga se encuentra muy bien acompañada en la pista de baile, aunque tus amigos te van a echar en falta.

—Lo dudo, saben entretenerse sin mí —dice mostrándome una preciosa sonrisa que achina sus ojos.

—No lo dudo. —La oscuridad tampoco me permite verlos a todos con claridad, pero no parecen los típicos que necesiten ayuda para moverse por un local como este, ni por cualquier sitio. Al contrario, son los típicos que hacen suyo el lugar donde se encuentren—. ¿Eres de aquí? No recuerdo haberte visto antes.

—En teoría, tendría que decir que sí, que soy de aquí. Nací y crecí aquí, aunque he pasado muchos años fuera.

—¿Has vuelto para quedarte?, ¿o solo es una visita?

—De momento, he venido para quedarme, aunque te voy a desvelar un secreto: no soy de un sitio fijo, me cuesta asentarme, así que quién sabe. El tiempo dirá si es para siempre o si solo es una visita.

—Sam, nosotros nos vamos, ¿te vienes? Vaya, perdonad, no me había fijado en tu compañía —dice mi amiga, quien observa a mi acompañante que no ha dejado de mirarme en ningún momento—. Entonces, ¿nos vemos mañana?

—Me voy con vosotros, él solo estaba ocupando el hueco que has dejado libre. Encantada de conocerte.

—Nos veremos pronto, Sam —dice en el momento justo en el que una canción acaba y comienza la siguiente. El instante adecuado para que sus seguras palabras lleguen a mis oídos. No puedo evitar girarme y observar esa seguridad también en sus ojos. No me detengo, sino que sigo caminando hacia la salida y agradezco la brisa que corre y que templa mi cuerpo.

—¿Quién coño era ese maromo?

Raquel me bloquea el paso para impedir que continúe andando. Su amigo —por llamarlo de alguna manera— llega hasta un coche rojo, que está aparcado casi en la puerta del local.

—Si te digo la verdad, no tengo ni idea. Me resulta familiar, pero no lo ubico. Además, estaba con Nicolas, Alex y Javi. No sé, Raquel, ha sido todo un poco raro.

—Tú sí que eres rara, nena. Dejar plantado a ese tío no es digno de ti, se te va a llenar el *chichi* de telarañas.

—¡Qué bruta eres! Anda, tira, que tu ligue te está esperando, no querrás que se te enfríe.

—Uy, tranquila. Si se enfría, ya lo vuelvo a calentar, por eso no hay problema. ¿Te acercamos?

—No, tranquila, daré un paseo.

—¿Segura?

—Sí, me vendrá bien. Disfruta, anda.

—Eso está hecho, amiga.

Se alejan a toda velocidad, y yo camino por el paseo que une la zona nocturna con el centro. Dejo que la brisa me envuelva, alejando la sensación que el desconocido ha dejado en mi interior. Ha pasado mucho tiempo desde que un hombre no me hacía sentir tantas cosas y tan distintas. Por una parte, algo en él, me atraía como un imán. No era capaz de desentenderme de esos ojos claros que hipnotizan. Su cuerpo también es digno de un museo; esos brazos son capaces de levantarte como una pluma y hacer contigo lo que quiera. Pero, por

otra parte, ¿qué quieres que te diga? Puede que —ahora mismo— la más importante: algo, en mi interior, no ha hecho más que decirme que saliera corriendo y no mirara atrás. ¿La razón? Lo siento, pero ni yo misma la sé. Ojalá nuestro sexto sentido fuera más claro cuando nos alerta de peligros. ¡La de problemas que nos evitaríamos! Sin embargo, de momento, solo podemos confiar en ese sentimiento dentro de lo posible.

Capítulo 4

Sam

El día de hoy ha sido una auténtica locura. Trabajar en la redacción de un periódico no es, precisamente, un trabajo relajado. No es de esos trabajos sin estrés, en el que dedicas las horas muertas a mirar tus redes sociales. O, incluso, a leer algún capítulo de ese libro que tienes entre manos. No, al contrario, es un trabajo en el que hay que tener los sentidos al cien por cien. En el que no puedes despistarte ni un segundo. Por desgracia, que tu teléfono suene antes de que el sol dé indicios de comenzar el día, nunca es una buena señal. Cuando veo en la pantalla de mi móvil, el número de mi contacto del hospital de San Pedro, sé que el día no será un paseo.

Al terminar la llamada, no hago otra cosa que salir de casa con lo primero que localizo en el armario y un café en mi vaso térmico. No sé tú, pero una servidora no puede enfrentar el día —aunque me lo vaya a pasar tirada en el sofá— sin tomar un café antes.

Llego al hospital quince minutos después de esa llamada. Allí, mi enlace me espera en el aparcamiento. Lucas y yo nos conocemos desde pequeños. Fuimos juntos a clase hasta que nos separamos a causa de la rama; él se fue por ciencias y yo por letras, los números nunca han sido lo mío. Aun así, nunca hemos perdido el contacto. Incluso, en los años de universidad, mantuvimos esa amistad que a día de hoy sigue intacta.

No pienses mal, solo es un amigo. Lucas lleva años con su chica, y me consta que son muy felices. Te seré sincera: nuestra amistad me viene de lujo. Él tiene un trabajo de los que son los primeros en enterarse de los sucesos que ocurren en nuestra ciudad. Y que me transfiera esa información, antes de que llegue al resto de medios, es una gran ayuda para mi trabajo.

Cáceres es una ciudad tranquila. Aun así, no nos engañemos, se cometen delitos como en cualquier sitio. Sin embargo, hace años que no ocurre algo tan duro: ha aparecido una mujer muerta de manera brutal. No es habitual. La última vez que se trató algo similar, yo era muy joven. Me acuerdo de todo lo que ocurrió en aquella época. Fue cuando todo cambió, cuando la vida dejó de tener tanto color y se volvió un poco más oscura.

—Sam, perdona, no he podido escaparme hasta ahora.

—Tranquilo, ¿qué tienes para mí? —Lucas me entrega una carpeta bastante gruesa.

—Todo lo que necesitas está ahí dentro. Si tienes cualquier duda, no dudes en llamarme.

—Gracias, Lucas.

◆◆◆

El sonido de mi teléfono me devuelve a la realidad. Miro quién es y no puedo evitar sonreír.

—Dime, loca —saludo a mi amiga.

—Coño, ¡si estás viva! Te he llamado al periódico, pero María me ha dicho que ya te habías ido.

—Mira que eres dramática, amiga.

—Dramática me dice, llevo más de una hora llamándote. ¿Qué leches estabas haciendo? —Mierda, ¿cuánto tiempo llevo metida en la bañera?

—Raquel, he llegado a casa agotada, física y psicológicamente. He preparado la bañera y me estaba dando un baño para relajar toda la tensión del día…

—Y te has metido tanto en tu mundo que ni siquiera has escuchado el puto teléfono —me corta mi amiga.

Es muy probable que me haya llamado mil veces y que yo no me haya dado cuenta de ello.

—Es muy probable.

—Es seguro, no probable. Sam, nos conocemos. He leído la noticia en la web del periódico a primera hora de la mañana, sé de sobra que tu cabeza es una bomba de relojería ahora mismo. —Y no le falta razón. Es un tema complicado y no he logrado averiguar mucho del caso en todo el día. Eso me desespera más; no sé si será un hecho aislado o si se volverá a repetir—. ¿Se sabe algo más?

—Qué va, me ha resultado imposible actualizar más la noticia. He hablado con mi contacto en la policía y no le he sacado nada. Al parecer, el caso no lo lleva cualquiera. Por lo que me ha contado, lo está llevando el comisario en persona.

—Entonces, la cosa es seria.

—Tiene toda la pinta.

—Sam, ¿crees que tiene algo que ver?

—No lo sé. Habrá que ver cómo avanza todo, pero no pinta bien.

—¿Has hablado con tu padre? Él podría ayudarte con el nuevo comisario.

—No, no quiero meterles en esto.

Mi padre está en un momento de calma, en el que tiene que aprovechar lo máximo posible para disfrutar de la vida al lado de mi madre. Ya lo han pasado bastante mal, no quiero sumarles más. Mi

padre se ha pasado toda la vida viendo cosas como estas, ahora les toca pensar solo en ellos.

—Tarde o temprano se enterarán. —Si no lo han hecho ya.

—Lo sé, Raquel, no les puedo ocultar una noticia que ya habrá dado la vuelta al mundo —digo empezando a sentir ese nudo en el estómago que me ha acompañado desde que Lucas me ha llamado esta mañana—, pero debo intentar que lo vivan desde la distancia. Sé que les va a remover sentimientos enterrados, y no quiero que mi padre vuelva a verse en medio de toda esta locura. Mi madre tampoco lo soportaría.

—Lo sé. —Es mi mejor amiga desde siempre, no tengo un recuerdo bueno o malo en el que ella no estuviera a mi lado. Sabe tan bien como yo que mi madre lleva sobreviviendo desde hace dieciséis años y que, otro golpe de este calibre, la mandaría derecha a la tumba. No puedo permitirlo—. ¿Necesitas que vaya? Podría pasar la noche contigo.

—No hace falta, Raquel, estoy bien. —Un suspiro de mi amiga me provoca una sonrisa. Sé que se preocupa por mí, pero ya no soy la niña perdida de hace dieciséis años—. Confía en mí, voy a salir de la ducha y a descansar. Mañana será un día intenso. Te prometo que, si necesito algo, serás la primera en saberlo.

—Más te vale. Descansa, ¿vale?

—Sí, tranquila. Oye, Raquel.

—Dime.

—Gracias.

—Qué tonta eres. Descansa, hablamos mañana.

Ya está bien de lamentos, de comerme la cabeza, de recordar el pasado. Es hora de sacar a la periodista que llevo dentro, a la que tengo olvidada últimamente. Desde que Samuel me dio el puesto de jefa de contenidos, mis labores se centran más en organizar los artículos de mis compañeros, en comprobar que todo esté correcto y no tanto en ser yo quien se mete de lleno en la noticia.

Salgo de la bañera y me anudo una toalla al pecho. Me seco el pelo, le doy forma y me maquillo un poco antes de vestirme. Saco los vaqueros más ajustados que tengo, esos que me hacen un culo impresionante, y esa blusa negra con escote que enmarca mis pechos.

Salgo de casa dispuesta a buscar esas respuestas que necesito y que alguien tiene que darme.

Capítulo 5

Elías

Salgo de comisaría sin ganas de encerrarme en casa. Cuando pedí el traslado a mi tierra, tenía un plan establecido. Una ruta marcada. Odio la improvisación. Me vuelve loco que las cosas no salgan como yo las tengo organizadas. Sí, sé que estás pensando que soy muy maniático y no lo niego, pero me viene de formación profesional. En mi trabajo, no puedes ir a la aventura. Y, al final, de forma inconsciente, también se ha trasladado a mi vida. Soy consciente de que siempre hay circunstancias que escapan de tu control, que por mucho que estudies todos los posibles contratiempos, el resultado no depende de ti. Aun así, no puedo evitar planificar todo de antemano.

Pero ¿cómo iba a saber yo que el caso Molina, cerrado desde hace unos años por falta de pruebas, se abriría de nuevo a las semanas de llegar? Y no solo eso, sino que a mi querido padre se le ocurriera otra cosa que ofrecerle mi colaboración al nuevo comisario. Cómo si yo no tuviera bastante trabajo en el centro de formación con los nuevos cadetes.

Ahora me paso todo el puto día metido en comisaría, encerrado en un maldito despacho, revisando toda la información y las pruebas del caso que se reunieron en su momento. Cuento con la ayuda de algunos de mis amigos de la infancia, quienes se han convertido en los pocos que manejan la información del caso. Y mientras tanto, Tomás —mi mejor amigo—, se encarga de mis funciones en el centro de formación durante mi ausencia.

Camino por la calle sin rumbo fijo. A estas horas, esta zona es de lo más tranquila; solo me he cruzado con un par de hombres desde que he salido de comisaría. Y, entonces, a lo lejos, la veo. ¿Qué hace por aquí? Por lo que yo sé, ella vive en la otra punta de Cáceres. Es Sam, la distinguiría hasta en medio de un millón de personas. Lo comprobé hace unos días, cuando salí con Javi y alguno de los cadetes. Nos juntamos con mis amigos de la infancia —ahora compañeros— en un bar del centro, y no tardé ni cinco minutos en fijarme en ella. Estaba sola, sentada en una mesa apartada, moviendo su copa. Lo único que no reconocí fue su triste rostro. Siempre fue una chica muy alegre, con una sonrisa preciosa; sus ojos brillaban con luz propia. No pude evitar acercarme, quería saber si ella también me reconocería; no obstante, si lo hizo, no dijo nada. No hablamos mucho, enseguida nos interrumpió su amiga, acompañada de un tío que no dejaba de sobarla. Se fueron

los tres juntos y yo no pude evitar mirarla hasta que salió de mi campo de visión. Cuando volví con los chicos, no tardaron ni un segundo en ponerme al día de la vida de la hija mayor de los Molina.

Ni siquiera soy consciente del momento en el que mis pasos han cambiado de camino y la siguen a cierta distancia. Mi corazón late desbocado. No quiero que note que voy detrás, aunque siento una gran curiosidad por saber a dónde va. Camina con paso firme, lo que provoca que tenga que acelerar mis pasos. Lleva unos pantalones tan ajustados que su culo me está haciendo la boca agua. De joven ya era guapa, nos tenía a todos locos, aunque ella siempre pasó de nosotros. Ahora se ha convertido en una mujer impresionante, con la que pecar sería el mayor de los placeres. Me paro en seco, al ser consciente de que estoy de vuelta en comisaría. Reduzco la velocidad de mis pasos, y la observo. Está quieta, enfrente del bar que hay junto a la comisaría. Ahí se reúnen los agentes para desayunar, para tomar algo al salir del servicio o para tomar un café decente en los descansos; el café que sirve la máquina de comisaría es puro veneno.

Me quedo a cierta distancia y la veo dubitativa. Su rostro no deja de observar a cada lado de la calle, lo que me hace sospechar de sus intenciones. Estoy a punto de acercarme cuando fija su vista en un punto antes de acceder al interior del bar. Me aproximo a la entrada y la veo sentarse con Javi, uno de los pocos con información del caso. Sé por el comisario Andrés que, desde que apareció el cadáver de la joven, ha estado preguntando sobre el tema. Su trabajo como periodista le da coartada para la curiosidad, pero algo me dice que su insistencia no se debe a su labor de informar a los lectores de su periódico. Estoy seguro de que va más allá. Siempre ha sido muy lista y es posible que haya relacionado la actual muerte con el caso que mantuvo en vilo a su familia.

A riesgo de mandar todo a la mierda, entro y me dirijo al final de la barra. Mantengo las distancias, pero lo suficiente cerca cómo para enterarme de su conversación. Siento mucha curiosidad por conocer los motivos que han traído a Sam hasta mi antiguo amigo. Javi me ve, pero con un gesto, logro que se mantenga en su sitio y no alerte de mi presencia. Si Sam no me reconoció el otro día, quiero que siga sin relacionarme.

—Tienes que contarme algo —susurra Sam a mi amigo mientras le dedica una mirada de reproche.

—Sam, no puedo contarte nada, te lo he dicho muchas veces —contesta exasperado.

—Venga ya, Javi, habrá algo que me puedas contar. —La voz de Sam suena más alto de lo normal y llama la atención de los que están a su alrededor.

—Estamos rodeados de compañeros —advierte—. Baja el tono de

voz si no quieres que todos se enteren.

—Cómo si fuera la primera vez que me das datos confidenciales de un caso…

—Algo que no volverá a suceder si no te calmas de una vez. —Mi amigo parece bastante cabreado, a lo que Sam suaviza su mirada.

—Este no es un caso cualquiera, Javi. Sabes que no busco información para el periódico, nadie sabrá de lo que hemos hablado —insiste Sam, se nota que trabaja en un periódico. Es buena en tratar de sonsacar detalles.

—Precisamente, por eso mismo, no puedo contarte nada. Sam, tú misma lo has dicho: este no es un caso cualquiera. Deja de insistir.

—Solo necesito tener más datos —insiste un poco más, a pesar de la negativa de Javi—. No voy a publicar nada, solo busco un poco de calma en medio de todo este circo.

—Acepta un consejo: si no quieres que la historia se repita, deja de meterte donde nadie te llama.

Cuando Javi se levanta de la mesa y sale del bar, sin despedirse de Sam, siento su mirada clavada en mi espalda. Me giro lo suficiente para observarla. Está como una estatua, con la mirada perdida al frente. Tengo que saber toda la información que maneja para anticiparme a sus pasos, y solo hay una persona que me lo puede contar. Me levanto con calma, intentando no llamar la atención, salgo del bar y compruebo que mi amigo aún no ha llegado a comisaría. Acelero el paso para alcanzarlo antes de que llegue y me sea imposible hablar con él sin levantar sospechas.

—Javi, detente.

Lo alcanzo a medio camino de la comisaría. No quiero pensar mal, le conozco desde que éramos niños. No lo imagino dando información confidencial a cualquier miembro de la prensa. No me importa si es Sam o cualquier otro periodista.

—Vas a contarme ahora mismo qué sabe ella del caso —le ordeno.

—Nada, Elías, solo lo que ya ha salido en todos los periódicos y telediarios del país —responde, pero me quedo en silencio—. Nada más, te lo juro.

—¿Me tomas por tonto? Se nota que existe una relación bastante estrecha entre vosotros dos, así que ya me estás contando qué me escondes.

—Llevas muchos años fuera, Elías. Sam era muy joven cuando te fuiste, y las cosas han cambiado mucho durante estos años. Nosotros tampoco somos aquellos chicos, ¿crees que ella sigue siendo la misma?

—No te digo lo contrario. Soy consciente de que hemos cambiado en este tiempo, pero ha venido directa a buscarte —advierto—. Eso solo puede significar que no es la primera vez que lo hace.

—Claro que no lo es, he sido su confidente en muchos casos. Sam

es fuerte, no se rinde con facilidad, pero también es mi amiga. Prefiero que, lo que cuente en su periódico, venga de mí en vez de que se meta en problemas por encontrar respuestas —me responde alzando la voz.

—¿Por qué esta vez es diferente?

—Ya sabes la respuesta, esto es demasiado grande hasta para nosotros. Joder, Elías, que aquí lo más grave han sido cadenas de robos en las urbanizaciones. Si a nosotros se nos escapa de las manos estando entrenados, ¿cómo lo hará ella con los recuerdos del pasado?

—Sam va a ser un problema —aseguro convencido.

—No se rendirá.

—Pues habrá que vigilarla de cerca, aún no se cómo, pero algo se me ocurrirá. Vuelve al trabajo, y que esto no salga de aquí; al menos, de momento. Y aléjate de ella mientras el caso siga abierto.

—¿Es una orden? —me pregunta, tieso como una vela.

—Sí, es una orden.

—Está bien, Elías, me mantendré alejado de ella.

En cuanto Javi traspasa las puertas de comisaría, vuelvo a acercarme al bar. Ella aún sigue dentro. Aprovecho los árboles que decoran la calle para ocultarme en la oscuridad de la noche. Tengo un mal presentimiento. Algo me dice que Sam nos pondrá las cosas muy difíciles, más de lo que ya lo están. Y no sé qué hacer para impedir que se meta en la boca del lobo en busca de esas respuestas que tanto ansía. No permitiré que la historia se repita y que, en esta ocasión, sea ella la que salga mal parada. No sería capaz de vivir con ello.

Capítulo 6

Sam

Llevo tres horas en la cama dando vueltas sin parar. Soy incapaz de dormir, a pesar de que los párpados me pesan por el cansancio. ¿Qué esperaba después de la conversación con Javi? Hace días que lo llamo y que le escribo mensajes, pero no he logrado nada. Sin embargo, presentarme en el bar donde sus compañeros y él frecuentan, no podía ser buena idea. Tampoco me ayuda perder los papeles. Todo ha vuelto con tanta fuerza que asusta.

Los primeros años fueron muy duros. Mis padres se pasaban el día en comisaría, en busca de una respuesta que nunca llegó. Y no sucedió porque no se las quisieron dar, el comisario López se entregó en cuerpo y alma al caso. Se dé buena mano que se ha jubilado con esa espina clavada. Pablo solo tenía tres años cuando todo ocurrió, no significó nada para él, ni siquiera ha sentido la falta durante estos años. Tampoco sale a la calle mirando a todos lados por si ella aparece en algún momento. Él ni siquiera la recuerda. En cambio, para mí, lo significa todo. Llevo dieciséis años a la espera de saber algo, recibir una llamada, cruzarme con ella, saber que está bien. Nunca he dejado de buscar, ni siquiera cuando en casa se perdió toda esperanza. Y, cuando pensaba en abandonar, aparece esa chica asesinada y todo comienza de nuevo.

No tengo mucha gente con la que compartir todo lo que siento. En cuanto se publicó la noticia, mis padres hicieron las maletas y se fueron de viaje. Sin mirar atrás. Aquello logró cabrearme más. No entiendo cómo son capaces de irse, de dejar todo atrás cuando volvemos a tener un hilo del que tirar. «No podemos pasar por esto de nuevo», esas fueron las palabras de mi padre antes de salir de casa. Mi madre ni siquiera me miró a la cara. Pensaba que mi hermano me apoyaría, que estaría de acuerdo conmigo en que no era buena idea, pero me equivoqué. En vez de apoyarme, los animó a irse cuanto antes. Pero ¿qué leches voy a esperar de un niño mimado de diecinueve años que solo piensa en la fiesta y en la chica que está metida en su cama?

Luego está Raquel, y pensarás que mi mejor amiga sí que está a mi lado, y no te equivocas. Cuento con mi amiga para todo, menos para esto. Su opinión, desde hace años, es que solo pierdo el tiempo. Que si le hubiera pasado algo grave ya lo sabríamos y que, si no sabemos nada, es porque está bien y es ella la que no quiere que la

encontremos. Es una de las posibilidades, pero yo no soy amiga de probabilidades, sino de certezas. Si no me lo demuestras, no me sirve. Se preocupa por mí, y si me tiene que escuchar, lo hace; sin embargo, para ella es hora de enterrar todo y seguir con mi vida. Por último, está Samuel —mi jefe y segundo padre—; sin su apoyo y su ayuda, no sería la mujer que soy ahora. El único con el que puedo contar para todo, que lleva todos estos años ayudándome a buscar respuestas, el que me ayuda a tirar de cada hilo que encontramos hasta que se nos rompe entre los dedos. Solo él comprende mi necesidad de conocer qué pasó.

El sonido del despertador me expulsa de golpe del mundo de Morfeo en el que, si soy sincera, no sé cuándo caí. Tampoco han podido ser muchas horas porque estoy muerta. Me duele todo el cuerpo por la tensión acumulada con la que me quedé dormida. Y no necesito mirarme en el espejo para saber que necesitaré una buena sesión de chapa y pintura para eliminar las marcadas ojeras que se habrán acomodado bajo mis ojos. Salgo de casa más temprano de lo acostumbrado, lista para afrontar un nuevo día. He quedado con Samuel para desayunar en el bar que tenemos en la planta baja de la redacción y no quiero llegar tarde.

Una vez en el ascensor, se abren las puertas y localizo a Samuel. Está sentado, de espaldas, en una de las mesas más alejadas. Hay tanto silencio que el sonido de mis tacones resuena por toda la planta, y provoca que mi jefe se gire a mirarme. Le doy dos besos y me siento enfrente de él mientras dejo mi bolso, el maletín y el móvil sobre la silla que hay a mi derecha. Samuel me observa con esa afectuosa sonrisa que siempre tiene reservada para mí.

—Buenos días, Samuel.

—Ya he pedido tu café y unas tostadas, estoy seguro de que no has comido nada desde ayer —me informa.

—Me conoces demasiado bien.

—Demasiado, por eso mismo no te voy a preguntar cómo te encuentras. —Suspiro ante sus palabras, es de las pocas personas capaces de saber cómo estoy con solo mirarme—. ¿Has averiguado algo nuevo?

—No, todos se escudan en el secreto de sumario. Anoche estuve con Javi, quien ha roto el secreto de sumario miles de veces conmigo, pero en esta ocasión no ha soltado prenda.

—¿Y si todo es por ti? —Lo miro sin entender a qué se refiere—. A ver, quiero decir, es muy probable que no cuenten nada porque eres tú la que pregunta.

El silencio nos invade en cuanto la camarera se detiene junto a nuestra mesa con el desayuno. Coloca, frente a nosotros, dos tazas de café negro y dos platos con una tostada de aceite y jamón que me hace

la boca agua.

—¿Y si tienes razón y ese es el problema? —Continúo donde lo hemos dejado—. Si a mí no me quieren contar nada, ¿podemos mandar a alguien de confianza?

—Podemos, aunque déjame pensar en quién. Tiene que ser una persona leal al cien por cien, que solo nos lo cuente a nosotros. —Aprovecho que mi jefe habla para dar un sorbo al café—. Y, a la vez, que sea lo suficiente externo como para que no le relacionen contigo.

—Eso es complicado.

—No tanto, solo dame un poco de tiempo. Encontraré a la persona adecuada, ya lo verás, confía en mí.

—Sabes que confío ciegamente en ti.

Terminamos de desayunar mientras organizamos el trabajo que voy a asignar a mi equipo. Este rato con Samuel ha logrado calmarme. Él es capaz de conducirme por el buen camino cuando yo me tuerzo un poco. Es como mi catalizador. En cuanto siento que estoy a punto de desfallecer, él me da esa calma que necesito para ver con claridad por donde piso.

Sé que las cosas no serán fáciles, pero si quiero lograr algo, necesito ayuda. Los años me han demostrado que, en este caso, no voy a conseguir nada sola. Puede que Samuel tenga razón y que, involucrar a otra persona, sea la clave para encontrar esas respuestas que necesito.

Subo sola en el ascensor a mi planta, tengo reunión con el equipo y Samuel ha decidido comenzar su búsqueda. Desbloqueo el teléfono, accedo a WhatsApp y le envío un mensaje a la loca de mi amiga. Necesito despejar la mente y ella es la más indicada para ayudarme.

Yo
Loca, nos vemos a las 20h en el bar que hay enfrente de la redacción.

Su respuesta no tarda ni un segundo en aparecer en la pantalla, ni siquiera me da tiempo a salir de la aplicación.

Raquel
Eso está hecho, allí nos vemos.

Y, con el plan en mente, me dirijo a mi despacho para dejar mis pertenencias antes de acudir a la sala de juntas, donde me espera el equipo.

Es momento de centrarse en lo importante.

Capítulo 7

Sam

Salgo corriendo de la redacción. Como de costumbre, se me ha hecho tarde, aunque no me preocupa. Es muy probable que Raquel aún no haya llegado, suele ser bastante impuntual. En mi caso, soy una persona puntual, excepto cuando estoy trabajando. No sé cómo lo hago, pero siempre surge algo cuando estoy a punto de terminar mi jornada. La cuestión es que nunca salgo a mi hora de la oficina.

El día ha sido muy productivo. Como Samuel me aconsejó en el desayuno, he obviado la noticia de la joven delante del equipo. Quiero seguir el caso muy de cerca y no me detendré hasta encontrar todas las respuestas, aunque tiene razón en que debo cambiar el enfoque. He decidido delegar la noticia a uno de los miembros de mi equipo, así no me ocuparé personalmente. Necesito que todo el mundo crea que ya no me interesa, a ver si conseguimos el objetivo de este modo. Es como el dicho «si quieres lograr resultados diferentes, haz cosas distintas», así que vamos a ponerlo en práctica. Puede que, si cambio los métodos, el desenlace también lo haga.

Accedo al local que, a estas horas de la tarde, está bastante lleno. Las mesas están ocupadas, ya que la gente disfruta de un momento relajado después de la jornada laboral. Me acomodo en uno de los taburetes altos de la barra y reviso el móvil para comprobar que, a pesar de que hace una hora que Raquel debería de estar aquí, ni siquiera me ha avisado. Tampoco me extraña, mi querida amiga es así.

—Hola de nuevo.

A mi derecha, unos ojos azules —que ya he visto antes— me observan fijamente. El desconocido que me abordó el otro día está sentado a mi lado, con un brazo apoyado en la barra. La camiseta gris se le ajusta al torso dejando poco a la imaginación.

—Hola, desconocido.

—Elías —se presenta—. No creo que a mi madre le guste ese cambio de nombre.

—Muy bien, Elías —rectifico—. ¿Vamos a coincidir en todos los bares de la ciudad?

—Parece un buen plan, ¿no?

¿Lo parece? No lo sé, aunque es muy probable que esté viendo fantasmas donde no los hay. Soy consciente de que no vivo en una ciudad grande, que Cáceres no es Madrid ni Barcelona, pero me parece mucha coincidencia que en cuestión de unos días hayamos

coincidido en dos locales diferentes en zonas que no están próximas.

—Dame tiempo, no te conozco tanto como para responder.

—Eso tiene fácil solución, podemos empezar por tu verdadero nombre. Me imagino que «a ti qué te importa» no lo es. —No puedo evitar reírme con su comentario.

—Samanta.

—Sam, ¿hoy también estás sin compañía temporalmente?

—Sam solo me llaman los amigos. Para ti, soy Samanta —digo guiñándole un ojo—. Mi amiga debería de estar aquí, pero parece que me ha dado plantón.

—Voy a tener que agradecérselo, me ha dado la oportunidad de hablar contigo.

—Te aseguro que, si supiera que estás aquí, no me habría dejado tirada. Ahora te estaría sacando información.

—¿Cómo por ejemplo?

—¿Qué te ha traído de vuelta a casa? ¿A qué te dedicas? ¿Hace cuánto te fuiste de aquí? ¿Qué has estado haciendo estos años? ¿Estado civil?, ¿casado?, ¿soltero? ¿Tienes hijos?

—Vale, vale, creo que entiendo por dónde vas. Sí que he causado curiosidad en tu amiga, ¡ni que fuera periodista!

—No, la periodista soy yo —informo—. Ella es arquitecta.

—Entonces, es posible que quien tenga curiosidad seas tú y no ella.

—Puede ser, es complicado dejar la profesión a un lado.

—No te falta razón. ¿Qué es lo que más te apetece saber, Samanta?

—El otro día me dijiste que has pasado muchos años fuera, ¿por qué has decidido volver ahora?

Elías fija su mirada en la mía y provoca que un escalofrío me recorra entera, sus ojos son como estar frente al océano. No responde de inmediato y eso me da que pensar. En mi trabajo, he aprendido a ver más allá de lo que la gente dice con palabras. No solemos ser conscientes de todo lo que podemos descubrir si nos fijamos en los gestos, y ahora mismo, Elías está pensando su respuesta. No sé la razón, puede que mi vena periodística me la esté jugando, pero ¿qué estará escondiendo para que le cueste tanto decir el motivo de su regreso?

—Hace un tiempo, mi madre nos dio un susto. Ahora se encuentra bien, pero aun así he preferido estar cerca. No me gustaría arrepentirme de no estar si les pasa algo.

—Seguro que están encantados con tu vuelta.

—Sí. Cuando se lo conté a mi madre, estuvo a punto de montar una fiesta.

Una preciosa sonrisa se instala en su rostro, se nota que quiere mucho a su madre. Me provoca cierta envidia; no recuerdo la última vez que mi familia se interesó por algo mío, algo que solo tuviera que

ver con mi vida. Es más, creo que, si me fuera de Cáceres, ni siquiera lo notarían.

—Parece que tenéis una buena relación.

—Hemos tenido nuestros enfrentamientos, supongo que como todos, aunque sí, tenemos una estupenda relación. Soy hijo único para lo bueno y para lo malo. ¿Tú te llevas bien con tu familia?

—Sin más, la verdad. Mis padres viajan mucho y pasan poco tiempo por aquí, sobre todo desde que mi hermano cumplió la edad suficiente para quedarse solo. Desde entonces, se dedican a recorrer el mundo.

—¿Tan joven es tu hermano?

—Diecinueve años, llegó sin avisar. Mi hermana y yo teníamos quince y dieciséis años cuando él nació.

Los recuerdos se agolpan en mi mente: la sonrisa de mi madre observando a Pablo en su cuna, las risas de mi padre haciendo monerías con él, la tristeza de Sofía… La garganta se me cierra y me impide respirar, mi corazón late desbocado, los ojos se me llenan de lágrimas que no permitiré que salgan.

—Vaya, dos hermanos, seguro que os haréis compañía cuando están fuera.

—Lo siento, me tengo que ir.

No espero a escuchar la respuesta de Elías y salgo del bar casi corriendo. No me detengo hasta que llego a mi coche. Me siento con la cabeza apoyada en el volante, intento que mi corazón vuelva a latir con normalidad y que el aire llegue hasta mis pulmones. No puedo seguir perdiendo el control de mi cuerpo de esta manera, lo sé, pero es pensar o hablar de ella, y el mundo se me viene encima. Siempre me han dicho que el tiempo lo cura todo, me río yo de todos ellos. ¿Cuánto tiempo más necesito para curar las heridas?

◆◆◆

Ya en casa, sentada en el sofá y con una cerveza fría en la mano, no dejo de repasar el rato que he pasado con Elías. Llevo muchos años sin sentirme yo de nuevo. En cambio, en apenas unos minutos, Elías ha sido capaz de eliminar todo de mi mente. Al menos durante un rato, hasta que hemos hablado de mi familia. Me he sentido bien —mejor que bien—, ya no recordaba lo que era tener una conversación donde la única protagonista soy yo. A fin de cuentas, mi ciudad es como un pueblo grande. No conoces a todo el mundo, pero sí a la mayoría; así que, cuando me cruzo con algún vecino o conocido de la familia, es imposible no sentir la lástima en sus palabras. Siempre te recuerdan el pasado. No digo que lo hagan con mala intención, soy

consciente de que se preocupan por nosotros, pero es imposible dejar de pensar en ello si te lo recuerdan en cada conversación. Desde hace dieciséis años, todo gira en torno a eso. «¿Qué tal están tus padres?». «¿Cómo lo lleváis en casa?». «¿Se sabe algo nuevo?». «¿Notas mucho su ausencia?». «¿Siempre habéis estado muy unidas?». Por mucho que lo intentes, es imposible pasar página si, a la vuelta de la esquina, hay alguien esperando para volver a traer todos tus recuerdos al presente. En cambio, con Elías no ha sido así. Era una conversación de dos personas que se acaban de conocer, y en ningún momento, he tenido la sensación de que quisiera saber algo de Sofía, de qué pasó o qué sabemos. Solo quería conocerme a mí, a Sam, y no a la hermana de Sofía. Sin embargo, ella siempre estará presente; aunque no lo quiera, forma parte de mi vida.

Tengo que lograr que no lo acapare todo.

El sonido del teléfono fijo me trae de vuelta.

—¿Dígame?

—Nena, soy yo.

—Raquel, ¿qué haces llamando al fijo?

—Porque no tienes el móvil.

—Claro que lo tengo, pero sigue en el bolso, lo tendré en silencio.

—Sam, no lo tienes. Tu teléfono lo tiene un tío con una voz muy *sexy*.

—¿Cómo? Mierda, me lo he dejado en el bar.

—Eso me temo. Por cierto, ¿quién es ese maromo?

—Ahora no vengas a pedir explicaciones. Me has dejado plantada, guapa.

—Me da la sensación de que no has estado mal acompañada, ¡qué lástima habérmelo perdido! Lo siento, he tenido una reunión de última hora de la que no me he podido escapar ni para avisarte. De hecho, acabo de salir de la oficina.

—Qué raro que te surja nada a última hora… tan importante como para no avisar de que vas a pasar de acudir.

—Oye, ha sido una reunión con el jefe, tú habrías actuado igual. Además, ya me conoces, no vamos a cambiar a estas alturas. En fin, vamos a lo que importa: cuéntame, ¿quién es ese chico?

—¿Te acuerdas del chico de la discoteca?

—¿El que estaba contigo mientras yo buscaba una presa?

—El mismo, me lo he encontrado en el bar.

—¿Y te has ido sola a casa? Joder, nena, lo tuyo empieza a ser preocupante. ¿Cuándo vas a darle un poco de alegría al cuerpo? Se te va a apolillar.

—Deja de decir tonterías, Raquel. Me ha parecido un poco raro; al menos, al principio. No sé, dos veces en poco tiempo y en dos zonas diferentes… Algo no me convence.

—Venga ya, nena, guarda un rato a la periodista en el armario. Cuéntame de qué habéis hablado.

—Nada en especial, ha sido una conversación muy normal. Hacía mucho que no tenía una charla tan sencilla… hasta que he hablado de mis hermanos.

—Y has salido corriendo, cómo si lo estuviera viendo.

—Pues sí, no quería perder el control delante de él. No parece que sepa nada del pasado de mi familia; aunque, sinceramente, no me apetece dar explicaciones a un extraño. Al irme de ese modo, me habré dejado el teléfono en la barra.

—Bueno, ahora tendrás que quedar con él.

—Eso parece.

¿Y ahora qué hago?, ¿me llamo a mi propio teléfono? Le diré que la loca de mi mejor amiga —por cierto, a saber qué le habrá dicho— me ha avisado de que me he dejado el móvil, y que necesito recuperarlo cuanto antes. Menuda mierda, es una de mis herramientas de trabajo. ¿Cómo he podido dejarlo en el bar? Y, ¿qué le diré sobre mi huida? Pensará que estoy como una cabra. Contarle la verdad no es una opción, aunque es muy probable que no tarde mucho en enterarse. Algunos de los chicos, con los que estaba el otro día, conocen nuestra historia de maravilla y dudo que no se lo hayan contado.

A pesar de las incertidumbres, no resta lo cómoda que estuve con él y quiero volver a sentirme de ese modo.

Capítulo 8

Elías

Ha salido corriendo y no he podido decirle ni una palabra para retenerla. Estábamos hablando tranquilamente, incluso me hacía preguntas sobre mi familia como si fuera una auténtica desconocida. Al parecer, no dejé mucha huella en su día. En realidad, éramos unos críos; ella acababa de cumplir los catorce y yo iba de camino hacia la mayoría de edad. Y tampoco fue nada reseñable. A ver, para mí sí lo fue; al menos, en aquel momento. Llevaba deseando probar sus labios desde hacía años. Cada vez que sus ojos se cruzaban con los míos por los pasillos, yo solo podía imaginarla entre mis brazos, pero ella nunca me hizo caso.

Hasta aquella noche.

Estaba a punto de irme de la ciudad, y nos quedamos solos en el parque. La Luna estaba como testigo y nuestros labios, al fin, se encontraron. Si lo pienso fríamente, me viene de lujo que no se acuerde de mí. De este modo, he podido preguntar por su vida como si no la conociera de nada. Pero algo ha ocurrido. En el momento que más cómodo estaba, cuando había logrado olvidarme que necesito ganarme su confianza para anticipar sus pasos, se ha evaporado sin darme una explicación.

Sé por los chicos que la relación con su familia no es la mejor. Al parecer, los padres pasan más tiempo fuera del país que con sus hijos. Pablo —su hermano pequeño—, al que yo solo conozco de vista, nació cuando yo llevaba dos años en la academia militar. Se pasa el día solo; además, me consta que anda con compañías nada recomendables. Desde que mis amigos de la infancia —ahora compañeros de investigación—, me pusieron al tanto de toda la situación, sumado a las cosas que he ido descubriendo de Sam, me tienen con la mosca detrás de la oreja. Las amistades del pequeño de los Molina me escaman mucho. De hecho, tengo a uno de los chicos recopilando toda la información posible; algo me dice que esconde más de lo que la policía sabe.

Y, por la otra parte, está ella; que, en vez de centrarse en su labor de informar a los lectores, se cree capaz de realizar el trabajo de mis compañeros. Y lo peor es que yo estoy dando palos de ciego. Si me pones en un terreno en conflicto, me muevo como pez en el océano. En cambio, aquí me siento perdido, no sé cómo detener los pasos de Sam sin darle más información de la que tiene que conocer. No sé por

dónde empezar a buscar hilos de los que tirar. ¿En qué maldito momento creí que participar en esta locura era buena idea?

—Perdona, ¿este teléfono es tuyo? —El camarero me pregunta con un móvil en las manos.

—No, lo siento.

—Será de la chica con la que estabas. Creo que trabaja en la redacción que hay enfrente, seguro que vuelve a por él.

—Si quieres, se lo puedo dar yo.

—¿Sí? Me harías el favor, por aquí anda mucha gente y no me gustaría que se perdiera.

—Tranquilo, no hay problema.

—Genial.

El camarero me entrega el teléfono y se vuelve a trabajar antes de que entre una llamada. El móvil comienza a vibrar; está en silencio. Miro la pantalla, quizá sea Sam. Se habrá dado cuenta de que se ha dejado el móvil. Sin embargo, es el nombre de Raquel el que aparece bajo la foto de una joven sonriente. Dejo que suene un rato más, mientras mi mente elabora un plan rápido y respondo con una idea clara.

—¿Sí?

—¿Quién coño eres? ¿Qué haces con el móvil de mi amiga?

—Se lo ha dejado, ¿podrías avisarla para que sepa que lo tengo yo?

—Claro, yo la localizo y le digo que tienes su móvil.

—Gracias, dile que llame a su número.

—De acuerdo.

Ha resultado más sencillo de lo que esperaba. Sin buscarlo, tengo una *casi* cita con Sam. Ahora necesito un plan para lograr que confíe en mí y así podré anticiparme a sus pasos. No solo por el bien de la investigación, sino porque no me perdonaría que le pasara nada.

◆◆◆

La luz del sol se cuela por la ventana, no he dormido nada en toda la noche. No tengo noticias de Sam. Esperaba una llamada para recuperar su teléfono, pero no debe de tener mucha prisa. Su móvil, a pesar de recibir bastantes notificaciones, ninguna era de ella. Aun así, la noche en vela me ha venido de maravilla. Ahora sé por dónde voy a tirar. Tengo claros los pasos que seguiré para lograr mi objetivo y empezaré a ponerlo en práctica en cuanto hable con Andrés. Si estuviera en mis manos, empezaba ahora mismo, pero no puedo olvidar que yo no pinto nada. Al fin y al cabo, solo soy un colaborador, no tengo autoridad para tomar ninguna decisión sin que el comisario me lo autorice antes.

Llego a comisaría sin tomar ni un café. Me siento tan ansioso por compartir mi idea que no necesito cafeína por el cuerpo. Eso me alteraría más. Voy directo al despacho de Andrés, sin tan siquiera detenerme a saludar a mis compañeros. Golpeo la puerta con seguridad y accedo al despacho.

—Tenemos que hablar.

—¿¡Qué formas son estas de entrar en mi despacho!?

—Perdón, pero es importante.

—¡Me da lo mismo!

—Pues a mí no. Llevo unos días viendo cosas que no me gustan nada, y cada dato nuevo que descubro me molesta más. Tienes que saberlo todo y ponerle un remedio ya.

—Está bien, pero toma asiento. Me estás poniendo de los nervios con tanto paseo.

—Quiero hablar de Samanta. Tengo la sensación de que nos pondrá las cosas difíciles, está dispuesta a obtener respuesta y le da igual de dónde vengan o a quién tenga que llevarse por delante.

—Ya, no eres el primero que me lo dice.

—¿Y a qué esperas para hacer algo?

—No me toques los cojones, Elías. ¿Crees que todo esto es sencillo? Si lo fuera, no estarías aquí. A pesar de que el caso se cerró, ella nunca se ha dado por vencida. Su trabajo le da un buen respaldo. Además, su jefe la tiene bajo su ala; es un hombre con muchos contactos y recursos.

—En este caso, no les ha servido de mucho.

—No estés tan seguro —reprende—. Yo era uno de los agentes que llevó el caso junto a tu padre durante los últimos años. Al final de la investigación, estábamos en un callejón sin salida. No teníamos nada, pero Samuel y Samanta nos trajeron varios hilos de los que tirar.

—No tenía ni idea.

—Las pistas fueron irrelevantes, ni siquiera llegaron a la prensa. Si Samanta se pone a tocar puertas, es muy capaz de desmontar todo el plan.

—¿Por qué no trascendió a la prensa? Si ellos sabían de la existencia de esas últimas investigaciones, podrían haberlo usado en su periódico.

—Samuel es capaz de cualquier cosa por Samanta. No había terminado la carrera cuando ella comenzó a trabajar en el periódico. Es su mano derecha casi desde el principio, no me preguntes la razón porque no tengo ni idea. Lo que sí te puedo decir es que Samuel es un perro viejo, ayudará a Sam en todo, pero no perjudicará el trabajo de toda una vida.

—Joder, esto es una puta bola de nieve. No podemos permitir que dos civiles tengan tanto poder en una investigación que está en secreto

de sumario.

—¿Qué pretendes hacer al respecto?

—Se me ha ocurrido algo, a ver qué opinas.

—Tú dirás. —El comisario se recuesta en la silla uniendo sus manos.

—Hace unos días, salí con algunos compañeros, y el destino quiso que coincidiéramos con ella en un bar. Me acerqué y no me reconoció.

—¿Estás seguro?

—Sí, la he visto en otra ocasión y no ha dado ninguna señal de que se acuerde de mí. Tampoco me relaciona con mi padre, ni con la comisaría. Estuvimos hablando un rato, le comenté que he pasado muchos años fuera, pero que mi familia sigue aquí. No sabe a qué me dedico; al menos, de momento. Han pasado muchos años, tampoco soy el joven que se fue con dieciocho años.

—Eso seguro.

—La cuestión es que no sé muy bien qué ocurrió, pero se fue corriendo y se le olvidó el móvil. Tuve una charla con su amiga, Raquel creo que se llama.

—Sí, sé quién es, son inseparables. Raquel tiene un estudio de arquitectura propio, y las cosas le van muy bien. Pero ¿a dónde quieres ir a parar, Elías?

—He pensado que, si me gano su confianza, si logro que me cuente todo lo que piensa, podremos ir por delante de ella. De ese modo, la tendremos controlada, evitaremos que se meta en líos, y nosotros vía libre para trabajar.

—¿Cómo piensas lograr que confíe en ti? No será tan fácil como piensas. Es una chica muy reservada, sobre todo con el tema de su familia. Además, si se entera que colaboras con nosotros, conseguirás todo lo contrario.

—Por eso vamos a crear un personaje, y el resto del equipo tiene que estar al tanto. Si le da por contrastar mi información, necesito que me cubran.

—¿Me lo dices en serio? Esto es una locura, tu plan no funcionará. En cuanto Samuel se ponga a investigar, se te va a caer el castillo de naipes.

Me levanto de la silla tan rápido que acaba tirada en el suelo. Me acerco a la puerta, dispuesto a mandar a la mierda todo este caso. Joder, yo nunca me rindo. Me paso las manos por el pelo para tratar de calmarme. Cierro los ojos y respiro hondo. Me doy la vuelta de nuevo para encararme con Andrés, quien no deja de dar golpes con su bolígrafo contra la mesa. Sonido que me está sacando de quicio, por cierto.

—¿Tienes alguna idea mejor que proponerme? Soy todo oídos. —Andrés deja el bolígrafo sobre la mesa y el silencio me pone el vello de

punta. Su rostro gira hacia un lado mientras se acaricia la mandíbula.

—¿Estás completamente seguro de dónde te vas a meter?

—Lo estoy, es la mejor opción que tenemos. Ella no me asocia con el caso. Si descubre en mí a alguien en quien confiar, que además la ayuda, nos puede beneficiar.

—Está bien. Sin embargo, ten en cuenta que, cuando se entere, te aplastará como a un mosquito.

—Si lo preparamos bien, si todo el mundo cercano a mí, tanto dentro como fuera de comisaría, están al tanto de mi papel, no tiene por qué descubrirnos.

—Si tú lo dices… La conozco bien, es toda una sabueso.

—Me arriesgaré, no tenemos otra opción.

—Está bien, vamos a prepararlo antes de avisar al resto del equipo. No puede quedar ningún fleco, sé que lo van a investigar. Aunque logres superar la desconfianza de Samanta, con Samuel no tienes nada que hacer, no se detendrá hasta conseguir toda la información sobre ti.

Nos ha costado todo el día elaborar mi nueva vida, una que no guarda ninguna relación con la policía o con las fuerzas armadas. Voy a tener que andar con mil ojos. Avisaré a mis padres, pero no puedo a todos mis conocidos. Durante el tiempo que dure la investigación, extremaré las precauciones y evitaré que nadie me relacione con Sam. Si ella descubre la farsa antes de tiempo, estaré bien jodido. Y no solo yo, sino que la investigación quedará tocada y eso complicaría el trabajo de todo el equipo. Es muy probable que, como Andrés ha dicho, me esté metiendo en la boca del lobo. Pero, si con ello logro que ella esté a salvo, habrá merecido la pena. Antes de salir de comisaría, reunimos a todos los miembros del equipo para ponerles al corriente de la situación y comenzar con la función. Ahora solo falta que ella se ponga en contacto conmigo para recuperar su teléfono.

Capítulo 9

Sam

Llevo bloqueada desde ayer. Cuando Raquel me avisó de mi despiste con el móvil, y que estaba en manos de Elías, lo lógico habría sido llamar a mi teléfono para quedar con él y que me lo devolviera. En cambio, no hice absolutamente nada y necesito mi móvil. Toda mi vida se encuentra dentro de ese aparato. Mis fuentes se ponen en contacto conmigo en ese número, y mi equipo me llama constantemente a ese número. ¿Quién usa, hoy en día, el teléfono fijo? En efecto, nadie. Y yo me dejo el móvil sobre la barra tras salir corriendo del bar. Y ese es el motivo principal por el que aún no me he puesto en contacto con Elías.

Una parte de mí quiere volver a verlo, desea sentir de nuevo esa calma que transmite, hablar sin miedo a que me juzguen. Ser yo, solo yo. Sin embargo, la otra parte, la que está ganando de momento, está acojonada. A su lado, mi cerebro deja de funcionar; las conexiones no funcionan como deberían y mi lengua dice más cosas de las que debe. Ayer, por ejemplo, cuando me di cuenta de que estaba a punto de hablarle sobre mi hermana, de contarle lo que sucedió, y cómo me siento, me puse tan nerviosa que lo único que se me ocurrió fue huir.

Cuando Sofía desapareció, yo salía con un chico del barrio. Nos conocíamos de siempre, éramos vecinos, íbamos a clase juntos, y nuestros padres eran amigos. Pasábamos mucho tiempo juntos, aunque no soy consciente del momento en que nuestra relación pasó de ser amigos a novios. La cuestión es que, cuando todo ocurrió, él se dedicó —junto a los subnormales de sus amigos— a crear todo tipo de películas sobre qué le había sucedido a mi hermana. A ninguno se le ocurrió pensar en el daño que nos hacían con sus tonterías. Sus risas, las burlas, los cuchicheos a mis espaldas… Todas esas cosas lograron que mi confianza hacia el resto del mundo desapareciera. Por esa razón, hablar de Sofía con un completo desconocido, no me parece la mejor de las ideas.

El timbre de la puerta me devuelve al presente. Me encuentro a mi hermano con unas ojeras que le llegan al suelo, sin afeitar —desde hace demasiado— y con el chándal más andrajoso que tiene. Si no lo conociera, pensaría que es un vagabundo; por no decir algo peor.

—¿Y esas pintas?

—Buenos días a ti también, *hermanita* —me responde y entra en mi casa empujándome por el camino.

—¿Qué quieres, Pablo?

—Solo vengo a verte.

—Claro, pero nos conocemos. ¿A qué has venido?

—Mira que eres desconfiada, *hermanita*. Te he estado llamando, pero no respondes al móvil, así que he venido a comprobar si estás bien.

—Venga, no me hagas reír. Tú no te preocupas por nadie que no seas tú mismo.

—Mira tu teléfono y ya verás como no te miento.

—No tengo mi móvil y no dudo que me hayas llamado, pero tengo el fijo. Si tan preocupado estabas por mí, ¿por qué no me has llamado a casa?

—Bueno, así mato dos pájaros de un tiro.

—Déjate de pájaros ni leches. Cuéntame de una vez qué haces en mi casa. Joder, hace años que no vienes por aquí, así que no me vengas ahora con que esto es una visita.

—Vale, *hermanita*, no te pongas así. Necesito algo de dinero.

—Qué raro, ¿por qué no te pones a trabajar de una puta vez? ¿Te crees que soy un cajero o qué? Parece que no tienes suficiente con desangrar a papá y a mamá.

—Ya estamos, ¿no te cansas de ser tan perfecta?

—Te aseguro que no lo soy, pero al menos no tiro mi vida a la mierda.

—Es mi vida, no la tuya.

—Por eso mismo, como es tu vida y tu decisión, no pienso seguir pagando tus cagadas. Estoy segura de que mamá no se ha ido sin dejarte una buena suma de dinero, así que, si has sido tan irresponsable de gastarte hasta el último euro, te jodes. Y, si necesitas dinero, búscate la vida, pero aquí no vengas.

—Es una pena que fuera Sofía la que desapareció. Me han contado que era una tía muy divertida, seguro que ahora no estaría tan amargada como tú.

¡Yo lo mato! Recorro el salón como un gato enjaulado para relajarme. Solo él es capaz de sacarme de quicio. Si no fuera porque es mi hermano, le partía la cara para ver si de ese modo sienta la cabeza de una jodida vez. Pero ¿de qué va este niñato? Se cree con derecho a hablar de cómo era nuestra hermana cuando ni siquiera la conoció.

El espejo del recibidor me devuelve mi imagen. Mis puños cerrados a ambos lados de mi cuerpo, y mi rostro es un volcán a punto de estallar. Tengo que relajarme, sé muy bien cómo es Pablo y de lo qué es capaz con tal de lograr lo que desea. No puedo dejar que me controle de esta manera.

—Olvídate de mi dinero, y ya me estás contando quién coño te ha

hablado de nuestra hermana.

—¿Qué más te da? Si no quieres ayudarme, tampoco te interesa quién me cuenta lo que sé.

Mi hermano sale de mi casa sin ni siquiera despedirse. Este niñato cada día está peor. Cualquier día nos dará un disgusto, pero estoy muy cansada de esta situación. He discutido mucho con mis padres sobre él y sus compañías, y no ha servido para nada. Lo único que he logrado ha sido que mis padres me *aconsejen* que me ocupe de mis propios asuntos. Según ellos, saben de sobra lo qué tienen que hacer para controlar a Pablo; seguro que del mismo modo que lo hicieron con Sofía. Esa es otra, ¿quién le estará contando cosas de nuestra hermana? Cómo odio tener frentes abiertos y no saber por dónde comenzar para cerrarlos, aunque hay una cosa que puedo solucionar. No voy a retrasarlo ni un segundo más, ha llegado el momento de recuperar mi teléfono.

◆◆◆

Estoy sentada en un banco del parque, donde he quedado con Elías. Ha sido idea suya que nos encontremos en este lugar. Tengo que reconocer que la calma que se respira entre tanto verde me viene de lujo. He llegado antes de la hora, pero no podía permanecer ni un minuto más encerrada en casa dando vueltas a la conversación con mi hermano. No sé de dónde voy a sacar las fuerzas para ocuparme de todo. Si al menos tuviera el apoyo de mis padres en todo este lío, si hubiera alguien que me ayudara a mantenerme en pie… En momentos como este, me siento sola. Sé que cuento con mi amiga, Raquel lo deja todo por estar a mi lado, pero ya ha aparcado demasiadas cosas por mí. Ha llegado el momento de que ella sea su propia prioridad. También tengo a Samuel, y soy consciente de que removería cielo y tierra por mí, lleva haciéndolo desde que me conoció, pero no puedo pedirle que haga más. Así que, en esta ocasión, me toca tirar de mí sola, aunque haya momentos en los que mandarlo todo a la mierda sea lo más fácil.

—Hola, pensaba que sería el primero en llegar.

—Lo siento, necesitaba un momento de calma y el sitio que has escogido es perfecto para ello.

—¿Un mal día? —pregunta Elías mientras se sienta a mi lado. Su brazo roza el mío y una corriente me recorre entera.

—Algo así.

—Y eso que no tenías esto —dice sacando mi móvil del bolsillo interior de su chaqueta—, no sé cómo puedes aguantar a este aparato todo el día.

—Espero que no te haya molestado mucho.

—Pensé que querrías recuperarlo con urgencia, así que no quise ponerlo en silencio. Has recibido bastantes notificaciones, aunque espero que no fuera nada importante. —Me ofrece el teléfono, y deslizo mi dedo por la pantalla comprobando que no hay nada que necesite mi atención.

—Los importantes estaban avisados. Además, hoy es mi día libre. Si hay algo importante, puede esperar.

—Entonces, tu mal día no tiene nada que ver con el trabajo, ¿verdad?

—Todo sería más sencillo si tuviera relación con el trabajo.

—Sam, sé que apenas nos conocemos, pero si necesitas algo, estoy aquí.

Dejo de mirar al frente y me giro para observar sus preciosos ojos, que están fijos en mí. Está serio, pero su mirada me dice tantas cosas. ¿Puedo confiar en él? ¿Quiero confiar? Si soy sincera conmigo misma, sí que quiero, aunque no sé si puedo. Sin embargo, necesito volver a sentir, recuperar a la Sam que ya no reconozco en el espejo, y que ayer Elías trajo de vuelta.

—Es una historia larga y no me apetece mucho hablar de eso. Si puedo elegir, prefiero olvidarme de todo.

—¿Confías en mí? —Elías me ofrece su mano y una preciosa sonrisa.

No lo dudo ni un segundo. Sujeto su mano con fuerza y me dejo guiar por él a través del parque. No tengo ni la menor idea de dónde vamos, pero no me importa en absoluto. Lo único que quiero es dejar de pensar, olvidarme del pasado, del presente, de mi familia y ser solo yo por una vez.

Capítulo 10

Elías

Llevo a Sam sujeta de la mano, y no tengo ninguna intención de soltarla. Caminamos hasta la salida por la que he accedido al parque. Su piel es suave, y me encantaría comprobar si el resto de su cuerpo es igual. Joder, Elías, ¡céntrate! No puedes olvidar que esto es parte del plan. Si supiera quién soy, no se acercaría a mí.

Esto no estaba previsto. Estoy saliendo por completo del plan. La idea inicial era pasar el mayor tiempo posible con Sam para ganarme su confianza y para que me cuente qué sabe o los planes que tiene en mente. No obstante, cuando llegué, la encontré en una zona apartada del parque, lejos de miradas curiosas. Eso me ha permitido observarla con tranquilidad, pero algo me atraía hacia ella. Cuando mis ojos han conectado con los suyos, he sentido tanta tristeza que lo único que quería era volver a ver ese brillo tan especial que tiene cuando sonríe. Al preguntarle si confiaba en mí, pensaba que dudaría y me diría que estoy loco. En cambio, ha sujetado mi mano y me ha seguido sin preguntar dónde vamos. Salimos del parque donde nos espera mi moto, y detengo el paso para buscar las llaves en el bolsillo.

—¿Esta preciosidad es tuya? —me pregunta acercándose con paso seguro.

—Sí, hace años que está muerta de risa en el garaje de mis padres.

—Es una pena, ¡qué una pasada! —dice recorriendo la carrocería roja y negra con su mano, la que hasta hace un segundo estaba entre la mía.

—Me hubiera gustado llevármela cuando me fui, pero no le habría dado mucho uso —digo imaginando mi moto deportiva paseando entre pobreza, edificios derrumbados, pueblos asediados por las bombas—. Aquí ha estado mejor.

—Bueno, ahora puedes disfrutar de ella.

Sin decir nada, le entrego uno de los cascos antes de ponerme el mío. No quería seguir el ritmo que la conversación estaba tomando, no puedo explicarle las razones por las que mi moto no me acompañó cuando me fui.

—¿Lista?

—Lista.

Se coloca detrás de mí con seguridad, está claro que no es la primera moto en la que sube. Y, sin que le diga nada, sus brazos rodean mi cintura. La siento pegada a mi espalda, y su aliento me roza

el cuello. Me estremezco. Cuando me doy cuenta, una generosa erección me presiona los pantalones. De puta madre. Me pongo en marcha o, a este paso, voy a mandar todo a la mierda. Me centro en la carretera intentando, sin mucho éxito, dejar de sentir a Sam pegada a cada centímetro de mi cuerpo.

Cuando llegamos a nuestro destino, detengo la moto. No hay nadie en el aparcamiento a estas horas del día, es una de las razones por las que he decidido traerla hasta aquí. No me ha contado qué le ha sucedido, pero no hace falta, sus ojos hablan por sí solos. Cuando me ha dicho que quería olvidarse de todo, solo había un pensamiento en mi mente: lograr que, durante lo que queda de día, solo exista ella.

—¿Dónde estamos? —pregunta mientras se quita el casco.

—Aún no hemos llegado —informo—. A partir de aquí, toca andar.

Sam observa a su alrededor, aunque no encontrará nada que le dé una pista del lugar al que vamos. El primer cartel —el que marca la ruta— se encuentra al comienzo del camino, a unos minutos de donde nos encontramos. Vuelvo a ofrecerle mi mano, deseoso de que confíe en mí. Y, aunque no lo quiera admitir, me muero de ganas por sentir de nuevo su tacto junto al mío. Su mano se entrelaza con la mía y, sin darle tiempo a que se arrepienta, me pongo en marcha. El camino es sencillo. Estamos rodeados de naturaleza, y el único sonido que se escucha es el canto de los pájaros. Sam camina demasiado cerca de mi cuerpo, me encanta tenerla tan cerca, pero eso es un problema para mí. Mi cuerpo reacciona a su cercanía sin que yo pueda hacer nada para detener la tormenta que arrasa con todo en mi interior.

—Todo esto es una pasada.

—Todavía no has visto lo mejor.

—¿Qué puede haber mejor que todo este paisaje? Esto es impresionante. —Se queda callada y observa el cielo entre las copas de los árboles que nos rodean. Sam está preciosa, incluso parece que haya renacido cuando los rayos del sol iluminan su rostro—. Hacía tantos años que no me perdía entre la naturaleza…

—No estamos aquí para recordar lo malo, al contrario.

—Perdona, tienes razón. Venga, enséñame esa maravilla que tienes tan escondida.

No puedo evitar reírme. Todavía nos quedan unos diez minutos para llegar a la cima, pero me muero de ganas por ver su reacción. Si el camino le ha parecido bonito, va a alucinar con las vistas desde la zona más alta. En todos estos años, no he encontrado otro sitio similar en el que se respire tanta paz como aquí.

Para mi sorpresa, alcanzamos la cima mucho antes de lo que imaginaba. Cuando ya veíamos el final del camino, ella se ha adelantado y me ha regalado una estupenda vista de su culo. Lo que ha provocado un incendio en mi cuerpo. No entiendo qué me sucede

con Sam, pero el mínimo detalle me revoluciona. Hace años que no me ocurría y no sé cómo interpretarlo. Al llegar al claro, lo observa todo en silencio; yo me mantengo en un segundo plano para que disfrute del momento. Solo puedo pensar en que este lugar nunca había tenido tanta luz cómo en este mismo instante; ella es capaz de iluminar la noche más oscura.

Ahora está sentada sobre las raíces de un árbol, con la vista fija en un punto del horizonte, y me acomodo a su lado para dejarme seducir por la calma del lugar.

—¿Qué te parece?

—¡No tengo palabras! Es precioso y se respira tanta tranquilidad… ¿Cómo has descubierto este sitio?

—Mi padre me traía de pequeño. Cuando se sentía desbordado por su trabajo, hacíamos una escapada solos. Incluso llegamos a hacer alguna que otra acampada en este claro.

—Tiene que ser alucinante pasar la noche con estas vistas.

—Sí que lo es. Desde que me fui, no había vuelto.

—¿Por qué?

—No podía ir a casa tanto como me hubiera gustado. Por eso, las pocas veces que venía, dediqué todo el tiempo a mi familia.

—Te entiendo. Hace años, yo dedicaba mi tiempo libre a buscar sitios como este. Lugares en los que perderme en soledad y olvidarme de todo, pero luego terminé la carrera, me centré en mi trabajo y el tiempo libre desapareció. Y, la verdad, no era consciente de lo que necesito recuperar esa parte de mi vida.

—Bueno, quizá ha llegado el momento de que ambos volvamos a dar valor a aquello que nos hace sonreír.

—No sé si voy a recordar cómo se hace.

—Yo creo que no te costará, llevas sonriendo desde que te has sentado aquí.

Su mirada se enreda con la mía y su sonrisa se amplía aún más. Y yo me doy por recompensado con esta sensación en el pecho. Ha recuperado ese brillo que tenía, eso que la hace tan especial y que me tenía loco cuando éramos unos chiquillos.

Sam tiene razón, el sitio es impresionante. El silencio y la calma te envuelven, dejando tu mente en blanco. Pero nada es comparable a la belleza que ella desprende cuando sonríe. Es muy probable que todos mis antiguos amigos tengan razón, y que ya no sea la misma chica que cuando me fui. Pero hoy, en este lugar —que ya no es solo mío, sino también es un poco suyo—, he comprobado que esa Sam aún está ahí, escondida en algún rincón, deseosa de que alguien la ayude a volver. Y es muy probable que me esté metiendo en un camino tenebroso, pero no me pienso rendir. Quiero ayudarla a recuperar todo lo que ha perdido por el camino.

Capítulo 11

Sam

Hace un par de horas, más o menos, Elías me ha dejado en la puerta de casa. He tenido mis reservas en decirle dónde vivo, pero después de la increíble tarde que me ha regalado, enseñándome una parte de él, que sepa mi dirección tampoco es tan grave, ¿no?

Me encuentro en una eterna encrucijada. La Sam que ha surgido después de los golpes de la vida, me dice que no confíe en él. No sé quién es, no sé qué busca acercándose a mí. Sin contar con la *casualidad* de que nuestros caminos no dejan de cruzarse desde hace unos días.

Mi vida y mi trabajo me han hecho ser una persona desconfiada. Sin embargo, ahora me encuentro con ese hombre de ojos azules que, con solo su presencia, consigue estabilizar mi calma. Mi voz interior me anima a que lo conozca, aunque me arriesgue a que Elías arrase con mi mundo. La cuestión es que, aunque esté paralizada por el miedo, deseo con todas mis fuerzas que se lleve por delante mi aburrida y triste vida. Quiero recuperar a la Sam que Sofía se llevó con ella. Esa parte de mí que he vuelto a sentir a su lado. Esta tarde, en ese claro al que Elías iba de pequeño, me he sentido más yo que nunca. Ni siquiera he sido consciente de la sonrisa que se ha instalado en mí hasta que él lo ha mencionado. Ojalá recibiera una señal, por pequeña que sea, para saber qué tengo que hacer.

◆◆◆

Llego a la redacción un poco más tarde de lo habitual. Esta mañana me he despertado con ganas de un café con nata y canela de mi cafetería preferida. Y no sé a ti, pero a mí me encanta darme esos pequeños caprichos cuando el cuerpo me los pide.

—Buenos días, María —saludo con efusividad.

—Buenos días, jefa. Hoy estás muy contenta, me encanta.

—El café de Lola hace milagros. ¿Alguna novedad?

—El conserje me ha entregado una cosa que te han traído a primera hora, está en tu mesa.

—No esperaba nada, ¿sabes qué es?

—Mejor entra a verlo por ti misma.

Entro en mi despacho sin saber qué me voy a encontrar. Los ojos se me salen de las órbitas cuando, sobre mi mesa, veo un increíble ramo de tulipanes rojos. La fragancia comienza a inundar todo el espacio, y yo le doy la bienvenida con los brazos abiertos. No recuerdo la última vez que alguien me regaló flores sin ser mi cumpleaños. Me acerco mientras dejo las cosas por el camino, sin evitar inspirar el maravilloso perfume del ramo. Estoy acariciando la suavidad de los pétalos cuando una tarjeta asoma entre los tallos.

Gracias por la tarde de ayer,
me encantó compartir ese pequeño rincón contigo.
Espero que te gusten las flores.
Te dejo mi número de teléfono,
estaría bien vernos sin que el destino intervenga.
Qué tengas un buen día, Sam.
Elías

Me siento tras mi mesa, aún con la nota en la mano y sin dejar de mirarla. No esperaba encontrar este detalle al llegar, parece que Elías es una caja de sorpresas. La última vez me dio la sensación de que era un hombre reservado y que no le gusta hablar de sí mismo. En cambio, ayer, fui consciente de que nos parecemos más de lo que pensamos. Creo que, del mismo modo que me pasa a mí, el verdadero Elías se esconde tras un muro que no todo el mundo puede sortear.

La puerta de mi despacho se abre y me saca de mis pensamientos.

—Disculpa, Samanta, ¿tienes un momento?

—Claro, adelante.

Samuel accede a mi despacho, seguido de un hombre que no he visto antes. Debe tener la misma edad que mi jefe. Va vestido con un traje que le sienta como un guante, y desprende esa seguridad que te dan los años. Sus ojos se esconden tras unas modernas gafas negras. Y, por lo que observo a cierta distancia, gasta mucho dinero en gomina; no debe de ser nada agradable tocar su pegajoso pelo. Ambos toman asiento frente a mí.

—Bonitas flores, ¿un admirador? —pregunta mi jefe con una sonrisa.

—Aún no lo sé. —Me acomodo en mi asiento y guardo la nota—. ¿Qué necesitas?

—Quiero que conozcas a Matías. Somos amigos desde la universidad, y actualmente hace algunos trabajos como *freelance*. Podríamos contar con él para que se encargue de sonsacar información. Nadie lo va a relacionar contigo.

—Encantado. —Matías me acerca su mano que no dudo en estrechar con mucha seguridad, la misma que me devuelve—. Samuel me ha contado que os encontráis en un callejón sin salida, que te estás

encontrando con las puertas cerradas a cal y canto.

—Sí, cada vez que intento averiguar algo es como darse contra una pared.

—Por eso se me ocurrió introducir en la ecuación a otra persona que la ayude —comenta mi jefe—. Tengo la sensación de que las puertas solo están cerradas para ella.

—Supongo que tendrás tus confidentes, ¿no? —pregunta Matías.

—Claro, pero en este caso, ninguno está dispuesto a soltar prenda.

—No lo entiendo —Matías frunce el ceño—, estás haciendo tu trabajo.

—Samuel —miro a mi jefe—, no le has contado toda la historia, ¿verdad?

—No, prefería que lo conocieras antes.

—Está bien, ¿recuerdas los sucesos de hace dieciséis años?

—Cómo olvidarlo. Fue la época en que más trabajamos por aquí, esa noticia llenó los periódicos durante mucho tiempo.

—Y, este nuevo suceso, ¿no te recuerda a aquello?

—Pensé en ello, pero han pasado tantos años que terminé creyendo que solo sería una casualidad…

—Nosotros creemos que no lo es —interrumpe mi jefe—. Samanta, en aquella época, tenía diecinueve años. Su hermana desapareció unos días después de la última muerte y no hubo más asesinatos hasta hoy.

—¿Creéis que son los mismos? ¿Se llevaron a tu hermana y por eso dejaron de matar?

—No lo sé. Ojalá tuviera las respuestas; de ser así, no estaríamos ahora hablando de esto. Mi instinto me dice que tienen relación, llamadlo sexto sentido, pero estoy segura de que esta joven fue asesinada por la misma persona que hace dieciséis años.

—Samanta ha intentado averiguar más datos sobre el suceso para unir ambos casos, pero como ella no logra nada, tu ayuda nos vendría genial.

—¿Qué necesitáis exactamente?

—Que encuentres toda la información posible, las pistas que tenga la policía, las hipótesis que barajan. Lo más importante es que no salga de aquí, nadie puede saber que colaboras con nosotros. Todo lo que descubras, debes contárselo a Samuel o a mí.

—Ten en cuenta que no necesitamos información para el periódico —añade mi jefe—. Samanta ya tiene a un miembro de su equipo cubriendo la noticia oficialmente.

—Lo entiendo. Acepto, me encantan los retos.

Dos horas después, ambos salen de mi despacho con todas las ideas claras. Espero que Matías encuentre los datos que me faltan para encajar las piezas de este puzle que llevo tantos años queriendo terminar. ¿Dónde está Sofía? Necesito dar respuesta a esta pregunta de

una vez, saber que se encuentra bien y acabar con este infierno. Qué difícil es vivir con tanta incertidumbre.

El ramo de tulipanes se cruza en mi campo de visión y recupero la nota. Su número de teléfono me llama como si fuera una señal luminosa. La nota, mi móvil y mis uñas repiquetean sobre la mesa.

Yo
Buenos días, Elías. Soy Sam.
¿Te apetece cenar conmigo esta noche?
Gracias por las flores.

Le doy a «Enviar» antes de arrepentirme. No estoy segura de si es la mejor de mis ideas; a pesar de ello, me apetece mucho pasar un rato con él. Necesito averiguar por qué Elías es capaz de derribar mis muros sin proponérselo.

Su respuesta no tarda en aparecer en la pantalla.

Elías
Me alegro que te hayan gustado.
¿Te recojo a las 21h en tu casa?

Yo
Perfecto.

Elías
Yo me encargo del sitio.
Hasta esta noche, preciosa.

Hace tanto tiempo que no me dejo llevar por la impulsividad, que ahora mismo me siento rarísima. No estoy acostumbrada a salir de mi zona de confort. Desde hace años, mi vida sigue unos patrones muy marcados y organizados. Todo está medido al milímetro, no hay espacio para la improvisación. Sin embargo, desde que Elías se ha cruzado en mi camino, algo ha cambiado. Salir de la redacción para seguir trabajando en casa, ya no me parece un plan tan apetecible. Si el destino lo ha puesto en mi vida, habrá que averiguar dónde me lleva. ¿Qué puedo perder?

Capítulo 12

Elías

Llego a casa de Sam antes de tiempo, me muero de ganas de verla. Desde que coincidí con ella por primera vez, algo se ha removido en mi interior. Algo que pensaba que había desaparecido, que solo se debía a la juventud, a la inexperiencia, pero sigue tan vivo como hace veintidós años. Dejo el casco sobre el asiento de la moto y me apoyo en ella para esperarla. No tarda en aparecer, ya que la puerta se abre a los pocos minutos. Me quedo paralizado. Su pelo moreno cae sobre sus hombros en forma de bucles. Viste unos pantalones pitillos ajustados, junto a unos zapatos de tacón rojos que estilizan sus preciosas piernas. La blusa —también roja— deja a la vista un precioso escote que provoca que se me humedezcan los labios. Su rostro brilla bajo la luz de las farolas, dando vida a sus increíbles ojos. Trago saliva para calmarme mientras la veo recorrer con paso seguro la distancia que nos separa.

—Buenas noches.

—Estás preciosa.

—Gracias. —La sonrisa que me devuelve conecta directamente con mi polla.

—¿Vamos?

—Claro.

No puedo dejar que mis instintos más primarios me dominen, así que le entrego el casco y nos ponemos en marcha. El camino no es tan sencillo como me gustaría. Sentirla tan pegada a mí, con sus brazos rodeándome la cintura, atrayéndome hacia ella, me complica la concentración. Tengo que obligarme a poner todos mis sentidos en la carretera, y no en lo que de verdad me gustaría hacer: perderme entre sus piernas.

Detengo la moto frente al local que he reservado. Es moderno y lleva abierto un par de meses. Es recomendación de Javi, le pedí asesoramiento para acertar con los gustos de Sam.

—¡Qué casualidad! —exclama Sam—. Me muero de ganas por probar este sitio, me han hablado genial de su comida.

—A mí también.

Sam no espera a que diga nada más y se dirige a la entrada. Y yo, como un gilipollas, me quedo hipnotizado con el movimiento de su culo.

—¿Piensas quedarte toda la noche ahí plantado? —me pregunta en

la puerta del local.

Su sonrisa se me contagia y la alcanzo en unos pocos pasos. Sujeto la puerta para que ella sea la primera en acceder al restaurante. El ambiente es íntimo, con iluminación tenue y de un tono azulado. Desde que pones un pie en el interior, te envuelve una ligera sintonía. Un joven muy bien vestido, tras un atril, nos recibe.

—Bienvenidos, caballeros. ¿Tienen reserva?

—Sí, a nombre de Elías Castro.

El joven asiente mientras revisa el libro y nos acompaña a nuestra mesa. Nos acomodamos y leemos en silencio una extensa carta en la que todo suena delicioso.

—Va a ser difícil elegir —comenta Sam con la vista perdida en la carta.

—Volveremos en otra ocasión y seguiremos probando.

—Estaría bien, hay demasiados platos como para comer aquí una única vez. ¿Tú tampoco lo has probado?

—No, no he tenido mucho tiempo.

—Imagino que, después de tantos años fuera, tendrás mucho tiempo que recuperar con la familia y los amigos. No es sencillo mantener las relaciones cuando estás lejos.

—No lo es, aunque cuando una persona es importante, ni el tiempo ni la distancia, eliminan ese sentimiento.

—Eso suena a que dejaste atrás a alguien que te ha dejado huella.

—Dejé muchas personas atrás.

—Tengo curiosidad: ¿por qué te fuiste?

Desciendo la vista a la carta para darme tiempo a pensar, no puedo meter la pata con la información que me pide. No sé qué me sucede con ella que, cuando sus ojos conectan con los míos, mis neuronas desaparecen. Me dejan con el culo al aire y la lengua demasiado suelta.

—Perdona, Elías, quizá me estoy metiendo donde nadie me llama. No tienes por qué responder.

—Tranquila. Era muy joven y extrovertido cuando me fui. Quería ver mundo. Cáceres se me quedaba pequeño, así que hice las maletas y me fui.

—¿Te arrepientes?

—No, pero me he dado cuenta de que dejé pasar el tiempo y debo recuperarlo con las personas que me importan. Pero no me arrepiento, siempre hice lo que me gustaba en todo momento y he sido feliz.

—No todo el mundo puede decir eso de su vida.

—¿Tú no eres feliz?

Los ojos de Sam se clavan en los míos y no sé qué es lo que percibo en ellos. Hay tristeza, pero no solo eso; muestra tanto dolor que asusta. Siempre me ha dado la sensación de que es una persona segura

y con una fuerza envidiable, pero según voy descubriendo a esta nueva Sam, me doy cuenta de que es muy probable que solo sea una fachada. Su manera de protegerse del mundo.

—La verdad, no lo sé. —El camarero llega con los primeros platos e interrumpe sus palabras—. Hay momentos en los que sí lo soy, sin embargo, hay otros en los que me gustaría salir corriendo.

—¿Qué te impide ser feliz?

—Esto huele de maravilla, ¿verdad?

Ese cambio de tema me deja claro que, por el momento, no voy a lograr que me cuente nada más. El silencio nos envuelve. Sam ha fijado la mirada en su tartar de atún y ni siquiera se da cuenta de que yo solo puedo mirarla a ella. La sonrisa de Sam vuelve a iluminar su rostro con el primer bocado, lo que me anima a imitarla y a degustar el suculento *carpaccio* de salmón que espera en mi plato.

El disfrute es irrumpido por el sonido del teléfono de Sam. Veo cómo observa la pantalla y su rostro cambia en un segundo. La sonrisa desaparece y deja paso a una mueca de preocupación. Sus dientes atrapan a su labio inferior y, desde mi punto de vista, está presionando más de la cuenta.

—Mierda, tengo que irme. —Se levanta de la silla a toda prisa mientras recoge sus cosas.

—¿Qué ocurre?

—¿Has leído la noticia de la chica asesinada hace una semana? —Asiento con la cabeza—. Acaban de hallar el cuerpo de otra. Tengo que ir a la redacción cuanto antes, me necesitan.

—Vamos, te acerco en la moto.

Dejo sobre la mesa suficiente dinero para pagar la cena completa que no vamos a tomar y alcanzo a Sam, quien ya está saliendo del local. Con disimulo, miro el teléfono —está silenciado—, y compruebo que tengo tres llamadas de comisaría y un par de mensajes de Javi. Vuelvo a guardar el móvil en el bolsillo, no puedo arriesgarme a que Sam sospeche de mí.

Llegamos a la redacción en tiempo récord. Sam sale disparada de la moto en cuanto me detengo, sin darme tiempo ni a soltar el manillar.

—Gracias por traerme y siento que la noche termine así. Te llamo en cuanto tenga un hueco, te debo una cena como es debido.

—No te preocupes, pero me apunto lo de la cena.

Se aleja con una sonrisa que no le llega a los ojos. Espero a que acceda al edificio para sacar mi teléfono y leer los mensajes de Javi.

Javi
Tío, ¿dónde leches estás?
Contesta al teléfono, es URGENTE.

Javi

Joder, Elías, ha aparecido otra chica. El comisario está que se sube por las paredes porque no damos contigo, da señales de vida o nos va a cortar los huevos a todos.

Yo

Voy para casa, te aviso cuando llegue, y te espero allí.
Trae todo lo necesario, va a ser una larga noche.

◆◆◆

No he terminado de cambiarme de ropa cuando el timbre suena. Javi ha llegado rápido, no hace ni diez minutos que lo he avisado. Abro vestido únicamente con el pantalón del pijama.

—¿Esperabas a otra persona? —pregunta con una ceja levantada.

—Deja de decir gilipolleces y ponme al día.

—Está bien. Marina, treinta y cinco. Una pareja estaba en el parque cuando vieron algo raro entre unos matorrales. Al acercarse, encontraron el cadáver.

Javi deposita las fotos de la escena del crimen sobre la mesa. Ahora mismo, me alegro de no haber terminado el primer plato de la cena; esto revuelve el estómago a cualquiera. Se han ensañado con ella. Los asesinatos de estas jóvenes han sido muy violentos desde el primer momento, pero este —sin duda— es el peor de todos.

—¿Has traído las fotos y la información del resto de chicas?

—Claro.

Saca carpetas del maletín que esparce sobre la mesa. Cada una pertenece a una de las chicas. Me paso la mano por el pelo, desesperado. ¿Qué tienen en común? ¿Por qué ha parado durante dieciséis años? ¿Por qué ha vuelto a actuar? ¿Qué relación tiene con Sofía? Las preguntas se me agolpan en la cabeza, ni siquiera sé por dónde empezar.

—Cuéntame más cosas de la joven.

—Era camarera en una discoteca, la mayor de cuatro hermanos.

—Espera.

Abro todas las carpetas y adelanto una hoja, donde aparecen los datos de cada una de las víctimas.

—¿Qué buscas?

—Mira. —Señalo el dato que quiero enseñarle—. Todas, excepto las dos últimas, eran las pequeñas de la familia.

—Ya, pero las familias no tienen nada en común. Además, como has dicho, las dos últimas no cumplen ese patrón.

—Lo sé, por eso nadie lo ha pensado. Quizá no nos lleva a ningún

sitio, pero tampoco tenemos mucho más de donde tirar.

—¿Qué quieres hacer? No puedes proteger a todas las mujeres de la ciudad que tengan hermanos.

—Eso está claro, pero seguro que existe otro punto de unión, algo más que las relacione. Solo tenemos que encontrarlo para empezar acortar la búsqueda.

—Dime que tienes café preparado, creo que lo vamos a necesitar.

—En la cocina.

Javi sale del comedor mientras yo sigo revisando cada carpeta. ¿Qué se me está pasando? Debe existir algo que relacione a las víctimas, algo que todas tengan en común y que no sé qué coño es. Me revuelvo el pelo, sujetándolo en mi puño. No pienso moverme de esta mesa hasta que no dé con ello. Las imágenes de la última chica son aterradoras y no quiero ser testigo de ninguna más. Esto ha durado demasiado tiempo, tiene que llegar a su fin y tiene que hacerlo ya.

Capítulo 13

Sam

La redacción es una locura. Las voces se oyen desde la recepción, y la gente corre de un lado a otro como pollos sin cabeza. Samuel está que echa humo; su rostro está desencajado, con las mejillas encendidas, el pelo despeinado. No pinta nada bien. Ha sido él quien me ha avisado, así que espero a que termine de hablar con uno de los reporteros.

—Por fin has llegado, ¡esto es una locura!

—¿Cómo ha sido?

—Vamos a mi despacho.

Sigo a mi jefe hasta la zona de los despachos, que se encuentra en la penumbra. A estas horas, ninguno de los propietarios de estas dependencias estamos por aquí; a no ser que ocurra algo, como es el caso. Sin embargo, en estas circunstancias, el meollo se encuentra en la zona de cubículos. Samuel llega a su mesa y abre una carpeta situada en el centro.

—Tomate tu tiempo, te aviso que no es agradable de ver.

Observo las imágenes de la joven y no puedo evitar llevarme una mano a la boca. El horror que se aprecia en ellas es aterrador. Me cuesta mirar, son tan desagradables que necesito respirar hondo. ¿Quién ha podido hacer algo semejante? No quiero ni pensar en el dolor al que fue sometida. Su cuerpo se encuentra muy malherido o, mejor dicho, lo que queda de él. Estas imágenes te parten el corazón.

—¿Ha sido la misma persona?

—Por lo que sabemos, sí. Al parecer, el arma que utilizó es la misma.

—Pero las otras mujeres, a pesar de estar magulladas, nunca han sido de esta índole —digo y le muestra una imagen en la que a la víctima le falta un trozo de piel en una de sus manos.

—Lo sé, o ha cogido confianza después de cada asesinato cometido o…

—La víctima lo reconoció.

—Exactamente. De momento, todo son hipótesis. La policía podría continuar como al principio. Tengo a Matías en comisaría, nos llamará cuando sepa algo nuevo.

—¿Quién lo está cubriendo?

—Tu equipo —responde—. He aprobado los primeros artículos de la versión digital, me temo que va a ser una larga noche.

—¿Qué más se sabe?

—Por ahora, nada más. Voy hacer unas llamadas. Tienes toda la información en el dosier, léelo con calma. He incluido los artículos de la web del periódico. Encárgate de revisar el trabajo del equipo. Cualquier cosa, estamos en contacto.

Sale de su despacho y me deja en absoluto silencio. Me acomodo en su silla y esparzo todas las hojas por la mesa. Me centro en la joven, que tiene treinta y cinco años, los mismos que tengo yo. ¿Quién le habrá hecho esto a Marina? Trabajaba de camarera en una de las discotecas más conocidas. Era la mayor de cuatro hermanos, dos chicas y dos chicos.

Espera.

Me levanto como un resorte y abro el tercer cajón del archivador de mi jefe, donde guarda todos los documentos del resto de las víctimas. Saco todas las carpetas y las distribuyo por la mesa. Samuel me va a matar cuando vea todo esto. Odia el desorden, pero creo que he encontrado algo. Reviso la ficha personal de cada una de las jóvenes asesinadas y las coloco en orden.

Lucía, catorce años, la pequeña de tres hermanos.

Cristina, quince años, nació tres segundos después que su gemela.

Sara, dieciséis años, la pequeña de dos hermanas.

Vanesa, diecisiete años, la mediana de tres hermanos.

Patricia, dieciocho años, hija única, aunque su hermana mayor murió en un accidente cuando era pequeña.

Nerea, la joven que apareció hace una semana, treinta y cuatro años, la mediana de tres hermanos.

Joder, ¡eso es! Todas son las pequeñas de la familia. Todas tienen una hermana mayor, y las edades coinciden con la de mi hermana. Pero ¿por qué? ¿Qué tienen que ver con que sean las pequeñas? ¿Por qué siempre una hermana mayor? Y, ¿por qué ahora cambia el *modus operandi*? Hasta el momento, solo aparecía un cuerpo al mes. En cambio, solo han pasado siete días de un asesinato al otro. Y no solo eso, Marina tiene un año más de los que tendría mi hermana en la actualidad. Además, ha dejado de ser la pequeña de la familia para ser la mayor, como yo.

El sonido del teléfono me pega un susto de muerte, y provoca que tire al suelo la mitad de los papeles.

—¿Diga?

—Sam, al garaje ya —ordena Samuel—. Matías tiene noticias.

No me da tiempo de contarle nada cuando Samuel da por finalizada la llamada. Dejo todos los papeles tal cual. Estoy ansiosa por saber qué ha descubierto Matías y si le dará un poco de sentido a lo que acabo de conectar entre las víctimas. Mi descubrimiento me ha generado más preguntas que respuestas. Aun así, es un comienzo. He

encontrado una unión entre ellas, algo que tienen en común, incluso con Sofía.

Llego al *parking y*, en la zona más alejada, veo a dos personas de espaldas. Tienen que ser ellos. Acelero el paso para llegar cuanto antes.

—¿Qué has descubierto? —le pregunto.

—Buenas noches para ti también, cielo.

—Déjate de formalidades. Siete mujeres, joder. ¿Has visto las imágenes de la última? —Matías asiente serio—. Al grano. Quien se encuentre detrás de estas muertes, no tiene intención de detenerse. No tenemos tiempo para tonterías.

—Calma, Sam, estáis en el mismo barco —dice Samuel—. Sabemos que la situación no es sencilla, pero no dejes que los nervios te dominen. Vamos a trabajar juntos, ¿de acuerdo?

—Tienes razón. Lo siento —suspiro—, tú dirás.

—La policía cuenta con un colaborador externo, pero no he averiguado mucho sobre él. Es militar; ha pasado muchos años en terrenos en conflicto. Está acostumbrado a trabajar en situaciones extremas y a contra reloj. El comisario en persona le pidió ayuda, aunque nadie suelta prenda de quién es, ni de dónde ha salido. Ni siquiera acude a comisaría, es un agente encubierto.

—¿Me puedes explicar de qué me sirve eso? —grito. Eso no me ayuda a resolver el asesinato de esas chicas.

Me giro sobre mí misma y les doy la espalda para respirar con normalidad. No quiero volver a ser desagradable. No entiendo por qué necesito que él investigue, si lo que me trae, no me vale para nada. Qué más me da que la policía tenga un colaborador externo.

—Tranquilízate, estoy aquí para ayudarte a descubrir la información que se te resiste —me reprocha Matías—. Lo que hagas con ella es asunto tuyo.

—¡No empecéis! —interviene mi jefe—. Sam, saber que cuentan con alguien de fuera, no nos ayudará a descubrir quién está detrás de los crímenes. No obstante, sí puede explicar por qué a ti se te han cerrado todas las puertas respecto a este caso.

—¿Insinúas que esa persona me conoce?

—Puede ser.

—Y seguimos con las conjeturas, está claro que no hacemos más que chocar una y otra vez contra una pared —añado resignada—. Cuando me has llamado, había dado con algo. No tengo ni idea de dónde nos llevará, pero necesito que te centres en esto, Matías. Creo que es lo mejor que tenemos.

—¿Qué has averiguado?

—Hasta esta última víctima, todas las jóvenes siguen el patrón de edad de Sofía. Su manera de actuar cambió al cumplir los catorce, la

misma edad que la primera víctima. Y mes tras mes, cada nueva asesinada tenía un año más que la anterior, igual que mi hermana. Del mismo modo, todas tenían una hermana mayor y eran las pequeñas o las medianas de la familia. Dejó de asesinar cuando su última víctima tenía la misma edad que mi hermana en aquel momento. En cambio, en el caso de Marina, la situación ha dado un giro; no solo en la brutalidad del asesinato, sino en que ya no ha esperado un mes para volver a actuar. Solo ha pasado una semana desde la última víctima. Además, Marina no es la pequeña, sino la mayor, y ya no tiene la edad de Sofía, sino la mía.

—¿Qué quieres que averigüe?

Me llevo las manos al pelo, desesperada. Miro a Samuel, ¿en qué pensaba al contar con este hombre?

—¿Lo has traído para que me ayude o para que me dé más trabajo?

—Sam, por favor. —Samuel intenta tranquilizarme, pero ahora mismo mi prioridad es este caso. No estoy para estupideces.

—Mira, niña, yo hacía tu trabajo cuando tú aún llevabas pañales.

—Quizá ese es tu problema —escupo llena de ira—, te has dejado morir en vez de renovarte.

—Se acabó, yo no acepté ayudaros para que me insulte. —Mira a mi jefe—. Lo siento mucho, Samuel, pero si tu protegida es tan lista, que se busque las respuestas por sí misma.

No tengo nada más que añadir, así que me doy la vuelta. Me pongo a andar por el *parking* con el ruido de mis tacones sobre el asfalto como única compañía. Es frustrante ver cómo tu trabajo se va a la basura a cada segundo que pasa. Por mucho que luches, o te esfuerces, nunca llegan los resultados.

Después de dieciséis años sin noticias, sin nuevas víctimas, creía que estaba estancada en un pozo sin salida. Sofía no daba señales de vida y desapareció por completo, por lo que pensábamos que nunca sabríamos qué había sucedido. Pero ahora, con dos nuevos casos sobre la mesa, todo ha vuelto con tanta fuerza que me oprime el pecho y me deja sin respiración.

—¿Dónde crees que vas? —La voz firme de Samuel me detiene en seco, retrocedo sobre mis pasos y me acerco de nuevo a ellos—. Os vais a tranquilizar los dos de una vez, no sé quién se está comportando peor. Matías, tú sabes perfectamente lo que tienes que hacer: habla con tus contactos, averigua si se han dado cuenta de los datos que Sam nos ha dado y, si no es el caso, ayúdales a que sigan esos pasos y veamos a dónde nos lleva. Y tú, Sam, sé que todo esto es complicado para ti, pero no busques enemigos en la gente que intenta ayudarte. Deja de comportarte como si el mundo entero estuviera en tu contra y sigue adelante como llevas haciendo toda la vida.

Unas pequeñas lágrimas de impotencia aparecen en mi rostro. Samuel tiene la razón. Matías no es mi enemigo, todo lo contrario, aceptó ayudarnos sin pedir nada a cambio.

—Perdonadme de nuevo, todo esto me supera. El no hallar respuestas a esta cadena de muertes, me pone de los nervios. Necesito una solución, sino me dará algo en cualquier momento. No sé por dónde buscar, y no me ayuda ver las imágenes de esas chicas magulladas y maltratadas. Me está haciendo mella y no dejo de pensar si Sofía pasó por lo mismo.

Samuel me sujeta el hombro, y yo lucho conmigo misma para que un mar de lágrimas no abandone mis ojos.

—Me pondré a ello y prometo tocar todas las puertas que sean necesarias para ayudarte a encontrar las respuestas —dice Matías con tono conciliador.

—Gracias, Matías.

Vuelvo al despacho de mi jefe sin fuerzas. No me quito las fotos de la última víctima de la cabeza. Sin embargo, es a Sofía a quien veo en ellas y me voy a volver loca. No puedo seguir aquí dentro, me estoy asfixiando. Necesito despejar mi mente, cambiar de aires y recuperar las fuerzas para volver a la redacción lista para seguir luchando. Recojo toda la documentación y la meto en mi bolso. Me aseguro de que cada miembro del equipo sabe lo que tiene que hacer y me encamino a la salida con una idea rondándome la mente. Saco el móvil y marco el número de Elías, quien responde al segundo tono.

—¡Buenos días, preciosa! Has madrugado mucho esta mañana.

—En realidad, aún no me he acostado.

—¿Me lo dices en serio?

—Sí, la cosa se ha complicado un poco en el periódico. No tengo mucho tiempo, pero he pensado que quizá te apetecía desayunar conmigo.

—Claro, ¿dónde nos vemos?

—No tengo el coche. Anoche, un chico muy simpático, me acercó a la redacción. —Su risa me envuelve por completo—. Aquí te espero, ¿vale?

—Dame cinco minutos.

—Está bien.

Guardo el teléfono en el bolso y me apoyo en la pared a la espera de que Elías llegue. Comer no es lo que más me apetece; si soy sincera, tengo el estómago algo revuelto. Aun así, su rostro ha sido lo único que me ha venido a la mente cuando he pensado en despejarme. Él logra que deje de pensar, y me siento plena a su lado. Ahora mismo, necesito ser yo más que nunca.

Capítulo 14

Elías

Cuelgo y vuelvo al comedor donde he dejado a Javi comparando los datos de las dos últimas víctimas. No me esperaba la llamada de Sam, aunque yo tampoco he pegado ojo desde que la dejé anoche en la redacción. Pero esto es, precisamente, lo que necesitábamos: que confíe en mí, que sea yo a la persona que recurra cuando necesita algo.

—Tío, estoy reventado —dice Javi al verme aparecer—. Me muero por una ducha y dormir un rato.

—Estás en tu casa, coge ropa de mi dormitorio y date una ducha. Tengo que salir, aprovecha para dormir.

—¿Dónde vas?

—Sam me ha invitado a desayunar.

—¿Estás de coña? —me recrimina—. ¿Piensas irte a desayunar con la que tenemos encima?

—Mi cometido es ganarme su confianza, ¿recuerdas? Además, tomar el aire me vendrá bien.

—¡Venga ya! No me jodas, esto es mucho más importante, colega. ¿No te estarás pillando de Sam?

—No digas tonterías, esto es parte de mi labor, lo sabes.

—Lo que sé es que sientes algo por ella, por mucho que lo quieras ocultar y lo justifiques con el trabajo. Llegará un momento en el que no serás capaz de diferenciar la línea que separa tu deber con la de los sentimientos.

Una carcajada rompe esa tensión, saliendo de lo más profundo de mi alma. No me creo lo que está diciendo. No voy a negar que, cuando estoy con Sam y la veo sonreír, me provoca algo, pero es normal. La conozco desde que éramos unos críos, sé que no ha tenido una vida fácil y lo único que quiero es que logre superar toda esta mierda. Pero de ahí, a que esos *sentimientos* intervengan en mi trabajo, jamás.

—Está claro que no me conoces en absoluto.

—Puede que tengas razón. A lo mejor, durante estos años que has estado rodeado de conflicto, guerras y muertes, te hayan hecho algo insensible y endurecido el carácter. Pero con la cara que traías tras colgar esa llamada, permíteme que dude si serás capaz de controlar la situación.

—Lo que tú digas…

Entro en mi dormitorio e ignoro a Javi por completo. No tiene

razón, ya no soy ese adolescente sensible que se dejaba llevar por los sentimientos. Todo lo que he presenciado durante estos años, no solo me han endurecido, sino que he aprendido a separar los sentimientos, a tener la mente clara y fría para analizar cada situación sin que el corazón se interponga. Esto no será diferente.

Me pongo los primeros pantalones que veo en el armario y rescato la camiseta que tengo sobre la silla. No voy a perder ni un minuto más en escuchar tonterías. Salgo de casa y niego con la cabeza tras recordar las palabras de mi compañero. Me dirijo al garaje, donde descansa mi moto.

En cuanto me detengo enfrente del edificio, la veo con la espalda pegada a la pared y la mirada perdida en su teléfono. El pelo suelto le cae al completo hacia el hombro derecho, lo que deja una perfecta perspectiva de su rostro.

—Buenos días, preciosa.

—¡Qué susto! No te he oído llegar.

—Estabas muy pendiente del móvil, ¿todo bien?

—Nada está bien, necesito un café con urgencia.

—Vamos.

Nos dirigimos al local que se encuentra frente a la redacción, y nos acomodamos en la mesa más alejada del interior. Sam pide un café doble con unas tostadas; yo, en cambio, un cortado con un pincho de tortilla que me llama desde la vitrina. Mientras Sam habla con la camarera sobre cómo quiere las tostadas, me da tiempo a observarla. Bajo sus ojos miel, han surgido unas ojeras causadas por el cansancio y el estrés. No hay rastro del maquillaje que llevaba anoche y, a pesar de que su sonrisa es actuada y no ilumina su rostro, está preciosa.

—¿Tienes que volver al trabajo? —pregunto.

—Sí, aún me queda mucho que hacer.

—Te vendría bien descansar.

—¿Tan mal estoy? —pregunta mientras se tapa la cara.

—En absoluto. —Me regala su increíble sonrisa, esa que reserva solo para ciertos momentos—. Aun así, llevas muchas horas en pie, sin contar que no debe ser sencillo cubrir esta noticia.

—Pues no, y menos para mí.

—¿Y eso?

La mirada de Sam se pierde en un punto de la barra, y su respiración se ha acelerado. Creo que he metido la pata. Es muy probable que yo no haya sido consciente de su comentario y que no esté preparada para mi pregunta. No quiero presionarla, aunque tampoco voy a negar que me muero de ganas de saber por ella todo lo que ha vivido durante mi ausencia.

—¿Tus amigos no te han contado nada sobre mí?

—No.

—Qué raro, este pueblo está lleno de chismosos.

No puedo llevarle la contraria, tiene toda la razón. Conozco hasta el último detalle público de su vida, pero no me interesa lo que dicen los demás. La gente habla mucho, aunque no sepa lo que de verdad ha sucedido. Prefiero que sea ella quien me relate cómo se ha sentido todos estos años, como vivió la desaparición de su hermana y cómo se está enfrentando a los acontecimientos.

—Hace casi diecisiete años, apareció la primera chica asesinada. Yo acababa de empezar a estudiar Periodismo. Imagínate el revuelo que se formó, aquí nunca había sucedido nada semejante.

—Me lo puedo imaginar, este pueblo siempre ha sido de lo más tranquilo. Yo llevaba cinco años fuera cuando apareció el primer cuerpo, fue muy desagradable verlo en los periódicos, y se me ponía la piel de gallina cada vez que escuchaba algo en los telediarios. Al final, dejé de prestar atención a las noticias.

—Pues aparecieron cuatro chicas más, golpeadas con la misma brutalidad, la misma arma…

—¿Alguna guardaba relación contigo?

—No, pero sus rostros no son indiferentes. Actualmente, la ciudad ha crecido mucho; sin embargo, en aquellos años, era imposible no conocer a todo el mundo. Además, las dos últimas tenían unos años menos que yo, así que coincidí con ellas en el instituto.

—Has dicho que es más complicado cubrir el caso para ti. Si ninguna de las chicas formaba parte de tu vida, ¿por qué te cuesta?

—Te conté que tenía dos hermanos. —Asiento para que continúe, no quiero provocar que vuelva a esconderse—. Sofía es la del medio, aunque no nos llevamos ni un año. Desapareció unos días después de hallar el último cuerpo, y no hemos vuelto a saber nada de ella.

—Si no sabéis nada, puede que se fuera por su propio pie y que no tenga nada que ver con los asesinatos.

—Al principio, pensé lo mismo. La llegada de nuestro hermano pequeño no le sentó muy bien. Desde que Pablo nació, Sofía cambió por completo. Empezó a distanciarse, a juntarse con mala compañía. Cuando desapareció, pensé que sería una chiquillada, que volvería cuando se diera cuenta del error que estaba cometiendo. Pero con el tiempo y la ayuda de mi jefe, nos dimos cuenta de que los casos están relacionados. No fue casualidad que las muertes cesaran cuando mi hermana se fue. Del mismo modo, algo me dice que tampoco lo es que hayan vuelto a comenzar ahora.

—¿Por qué piensas eso?

—No lo tengo del todo claro. Hay algo que se me escapa y creo que, precisamente, es el quid que unirá todas mis dudas.

—¿Por qué no dejas que la policía haga su trabajo? Han muerto muchas chicas, esto no es un juego.

—Créeme que lo sé, pero la policía no ha conseguido nada en dieciséis años. ¿Crees que esta vez será diferente? Después de mucho tiempo, descubrimos que Sofía no se marchó sola, y lo pusimos en manos de la policía. Siguieron los pasos de esa persona, pero cuando lograron llegar hasta él, estaba muerto. Fue asesinado de la misma manera que las chicas que aparecieron aquí.

—¿Ese es el motivo por el que crees que los asesinatos y la desaparición de tu hermana están relacionadas?

—Eso es. El cuerpo apareció en Francia, por lo que era su jurisdicción. Los policías que llevaban el caso colaboraron con la policía francesa, pero para ellos era un caso aislado y tampoco se averiguó mucha información, así que lo cerraron y lo dejaron olvidado en algún cajón.

—Aun así, estás poniendo en riesgo tu vida, tendrías que dejar que la policía haga su trabajo.

—Yo solo hago el mío: busco información y datos que me ayuden a esclarecer la noticia.

—Aunque tengas razón, tienes un conflicto de intereses entre manos, no es una noticia más que cubrir y eso te puede llevar a dar un paso en falso.

—No me conoces, sé muy bien lo que hago. —Sam se levanta de la silla y recoge sus cosas—. Es mejor que me vaya, ya me he ausentado bastante.

—Perdona, no quería molestarte.

—Te llamo cuando esto se calme un poco, aún te debo una cena.

—Está bien. —Se acerca a la barra y yo voy detrás de ella—. Sam, si necesitas cualquier cosa, llámame.

Solo me dedica una sonrisa, nada más, y soy testigo de cómo abandona el local. Me ha dejado con una sensación agridulce. Entiendo las razones que la llevan a seguir buscando respuestas. Yo no tengo hermanos, aunque si estuviera en su situación, es muy probable que removiera el mundo para hallar el camino. Lo que no entiendo es que, si el comisario dijo que me tendría al tanto, encuentro datos de los que no tenía ni la menor idea. ¿Cómo pretenden que ayude si no me aportan toda la información?

Capítulo 15

Sam

Entro a la recepción de la editorial con el corazón a mil. Una vez más, la comodidad que me trasmite estar con Elías, ha provocado que le dé más información de la que me hubiera gustado. Aun así, no termino de dejarme llevar por completo. Otra parte de mí se mantiene alerta a la espera de salir en mi defensa en cuanto me siento acorralada, vulnerable. Un sentimiento que también es capaz de provocarme. Estar con él es cómo vivir en una continua lucha conmigo misma. Como si fuéramos dos personas diferentes; una desea profundizar en esos sentimientos, abrirse a él, dejar que descubra todos mis secretos; la otra, en cambio, quiere mantenerse a salvo, lejos de los juicios, del miedo. Y no sé a cuál de las dos hacer caso.

La planta está vacía. Nadie se encuentra en su puesto de trabajo, aunque se oye barullo. ¿Dónde demonios se encuentran? Cómo si el periódico se editara solo… Sigo el sonido de las voces hasta la sala de personal, donde me quedo anclada al suelo. Todo el equipo ríe, mientras disfrutan de un café. Un fuego invade mi cuerpo, comenzando desde mis tripas. El calor es tan abrasador, que cuando llega a mi garganta, ya no hay forma de controlarlo.

—¿Qué creéis que estáis haciendo? Ya podéis poneros a trabajar ahora mismo, a menos que queráis ampliar la cola del paro. No sé cómo no se os cae la cara de vergüenza. Cómo si no tuviéramos bastante trabajo con un asesino suelto que mata a mujeres de nuestra ciudad.

—¡Sam, a mi despacho! —La voz firme de Samuel ha detenido por completo mi retahíla, aunque no ha evitado que mi equipo vuelva a sus puestos. A mí, en cambio, no me queda otra que seguir los pasos de mi jefe hacia su despacho.

No comprendo la insensibilidad de las personas, ¿acaso no les afectan estos asesinatos? A pesar de que no conocemos a las víctimas, este tipo de homicidios te calan hondo. Es imposible ver esas imágenes, conocer los datos de los sucesos y dormir tranquila por la noche. En cambio, ellos son capaces de disfrutar de un café como si no ocurriera nada.

—Cierra la puerta y siéntate. Esto no puede seguir así.

—¿Verdad? Esto no se puede tolerar, ¡con la que está cayendo!

—Hablo de ti, no de ellos.

—Estaban perdiendo el tiempo, ¿no lo has visto? ¿Quieres que les

deje hacer el vago con todo el trabajo que tenemos?

—No, Sam, tu equipo estaba descansando. No puedes pretender que a ellos les afecte el caso de la misma manera que a ti. Esta investigación no es trabajo, sino una obsesión por resolver el caso y esclarecer qué le sucedió a Sofía. Para ellos, es una noticia más, muy dura, pero una noticia al fin y al cabo. Debes respetar que cada uno tiene su vida fuera de aquí. En cuanto salen por la puerta, no se llevan el trabajo a casa.

—Ahora no estamos hablando de Sofía, sino de un asesino que se ha cobrado la vida de dos nuevas mujeres. Y ellos, en vez de indagar para mantener informados a los lectores, estaban de risas.

—Aquí todo tiene que ver con Sofía, lo sabes bien.

—¡De eso nada! Estamos hablando de que el equipo debe cumplir con sus obligaciones y no lo estaban haciendo.

—Cumplen con sus funciones, pero también tienen derecho a tener sus descansos, a tomarse un café y relajarse cómo les apetezca. Que para ti sea una situación complicada, no implica que el resto tenga que detener su vida para centrarse en tu cometido. Así que ya puedes relajarte y dejar de atacar a todo el mundo como un huracán. No puedes tratar a la gente cómo hiciste con Matías o con tus compañeros.

—¡Cómo si fuera tan sencillo! La única que se deja los cuernos en este trabajo soy yo, la que se pasa días y noches en busca de nuevos datos, la que se encarga de que cada uno cumpla con sus obligaciones y que el trabajo salga adelante.

—Claro que lo es. ¿Te crees que el resto no tenemos problemas? La diferencia es que no los traemos al trabajo. Si no te ves capaz de olvidarte de todo en la redacción, lo mejor será que pases unos días fuera.

—Claro, ahora mismo —digo con ironía.

—Pues sí.

—No pienso irme a ningún sitio, tengo que estar aquí y solucionar todo esto de una maldita vez. Que se te quite de la cabeza, no voy a ir a ningún sitio.

—Con el cuadro de ansiedad que acarreas no me ayudas, es más, entorpeces la investigación.

—¿Pretendes que me quede en casa?

—No hace falta. Te daré las llaves de la casa de la Sierra de Madrid, y no vuelvas hasta que seas capaz de enfrentarte a esta situación sin minar la moral de todos los que te rodean. Te necesito al cien por cien.

—Samuel, no me puedes pedir esto. ¿Qué voy a hacer yo sola en la Sierra?, aparte de morirme de aburrimiento.

—Me da igual lo que hagas. Puedes dedicarte a leer, a tomar el sol,

a nadar en la piscina, lo que te apetezca. Pero necesito que traigas de vuelta a la Sam calmada y profesional que has sido hasta ahora.

—No aceptas un *no* por respuesta, ¿verdad?

—No. Sabes que nunca me meto en tu trabajo, ni en la forma que tienes de dirigir al equipo, pero últimamente estás muy alterada. No se te puede decir nada, así que creo que es lo mejor para ti. Necesitas desconectar.

—Está bien.

Salgo de la oficina con la mente nublada. Soy consciente de que mi humor deja mucho que desear, aunque mandarme a la Sierra, perdida de la mano de Dios, completamente sola y sin nada que hacer, es para pegarse un tiro. Aunque, ahora que lo pienso, ¿por qué tengo que irme sola? Me acomodo en mi coche antes de marcar el número de Elías.

—Preciosa, no esperaba tu llamada tan pronto.

—Ha surgido algo, me voy unos días a la Sierra de Madrid. Sé que es muy repentino, y seguramente tengas que trabajar, pero no me apetece irme sola.

—¿Me estás pidiendo que te acompañe?

—Si no te hace mucha faena, a mí me gustaría.

—¿Cuándo sales?

—Tengo que pasar por casa y preparar la maleta. En un par de horas, más o menos.

—De acuerdo, nos vemos en tu casa.

—Ni siquiera te he dicho cuántos días serán.

—No lo necesito, te aviso en cuanto esté allí.

Es lo último que dice antes de colgar. Esta es una de las razones por las que pienso en él cuando necesito algo. Nunca dice que no, aunque no sepa ni de qué va la historia. Las veces que he recurrido a él ha estado dispuesto a seguir mi plan sin preguntas, sin agobios, solo estando ahí. Y ahora mismo es lo que necesito para encontrar el camino de vuelta.

◆◆◆

Estoy cerrando la bolsa de viaje cuando mi teléfono me avisa de un mensaje.

Elías
¿Estás lista? Ya he llegado.

Yo
Dame cinco minutos, te recojo en la parada del autobús que hay en mi calle.

Elías

Tomate el tiempo que necesites, no me muevo de aquí.

Agarro mi chupa de cuero roja y salgo de casa con ganas, y con la firme intención de cumplir con el cometido: desconectar, volver con las ideas claras y con los nervios a raya.

Elías me espera en la parada, apoyado en la marquesina. En cuanto me ve acercarme con el coche, me regala una preciosa sonrisa, a la que me resulta imposible no corresponder. Deja su mochila en el maletero y se sienta a mi lado sin dejar de mirarme ni un segundo.

—Cuando quieras.

—Gracias por acompañarme.

—A ti, que me acabas de regalar unas vacaciones improvisadas.

—Bueno, en realidad, nos las regala mi jefe.

—Aún mejor.

Veo en el retrovisor como mi sonrisa se amplía con sus palabras y me pongo en marcha. Tenemos casi cuatro horas por delante y no quiero que nos sorprenda la noche en carretera. Elías disfruta del paisaje mientras yo pongo todos mis sentidos en la carretera y en llegar lo antes posible a nuestro destino.

Capítulo 16

Elías

Vamos dejando la ciudad atrás. Sam no quita la vista a la carretera, está seria y sujeta el volante con tanta fuerza que sus nudillos se están quedando blancos y yo no sé qué decir para relajar el ambiente. Algo ha debido de ocurrir para que su jefe le haya dejado irse de vacaciones con la que está cayendo en Cáceres. Sin embargo, ella no ha soltado prenda y no quiero presionarla. Durante este tiempo compartido, he comprobado que es una mujer que necesita su tiempo, y ella es quien debe dar el primer paso. Sé que puedo conseguir que se abra por completo, aunque es un gran logro que haya pensado en mí para que la acompañe en su viaje. Sobre todo, si tenemos en cuenta que, en nuestro último encuentro, se fue un poco molesta.

Recibir su llamada ha sido una sorpresa, aunque la propuesta es lo que me ha dejado alucinado. Ha logrado eliminar de mi mente la idea de visitar al comisario para pedirle explicaciones de por qué me ocultan información. Al colgar, lo único que cruzaba por mi mente era coger las primeras cuatro cosas de mi armario y salir corriendo para reunirme con ella. Me he recordado a mí mismo que, al menos, debía mandarle un mensaje a Javi para avisar de que estaría unos días incomunicado fuera de la ciudad. No quiero arriesgarme a que haya novedades en el caso y que, por la insistencia de Javi o del mismo comisario, Sam me interrogue para saber la razón por la que ignoro las llamadas.

—Me encanta que hayas aceptado mi proposición. —Me giro hacia ella, quien sonríe sin apartar la mirada de la carretera.

—¿Quién rechazaría una escapada improvisada?

—Apenas nos conocemos, y no sabes exactamente dónde vamos. Yo creo que cualquier persona tendría sus reparos en aceptar, podría estar secuestrándote.

—No creo que ir voluntariamente se pueda considerar secuestro.

Su risa llena el espacio y me contagia, su postura se ha relajado y a ella la siento más tranquila.

—¿Puedo pedirte una cosa? —me pregunta mirándome de reojo.

—Claro. —Me giro un poco en mi asiento para observar mejor sus reacciones.

—¿Te importa que solo seamos Elías y Sam? Que nos olvidemos de asesinatos, familia y problemas en general.

—Me parece bien, solo tú y yo. —Pongo mi mano sobre su pierna y

presiono con suavidad. Su tono decaído me deja claro que necesita ser su propia prioridad, y yo no pienso detenerme hasta volver a ver esa luz en su mirada que ilumina todo a su paso—. Eso sí, ahora me has dejado intrigado, ¿dónde me llevas? La Sierra de Madrid es muy grande.

—Mi jefe tiene una casa en El Boalo, está situada en medio de la naturaleza. Tiene el pueblo relativamente cerca, aunque se encuentra en una zona muy tranquila.

—¿Has ido muchas veces?

—Alguna. Cuando ellos no van, suelo aprovechar. Encuentras tanta paz que es el mejor sitio para olvidarte de todo.

—El lugar perfecto para conocernos mejor.

Sam me devuelve una preciosa sonrisa antes de subir el volumen de la música. Suena la canción *Marzo en febrero* de Marlon y Ana Fernández, que nos envuelve y da por finalizada nuestra conversación. Me acomodo en el asiento con la mirada al frente, pero sin perder de vista a mi preciosa acompañante.

◆◆◆

A medio camino, el hambre nos aprieta a ambos. Hacemos una parada en un restaurante de carretera, donde comemos mejor de lo que pensábamos. Por fuera, el caserón tiene más pinta de película de terror que a servir algo digno de una Estrella Michelín. No obstante, ha merecido la pena. Hemos compartido un solomillo relleno con pimientos, del que no hemos dejado ni la salsa. Después de comer, ponemos rumbo de nuevo y aparcamos en nuestro destino a media tarde.

La casa es una pasada. Sam no mentía cuando me ha contado que estaba en medio de la naturaleza. Mires donde mires, solo hay montes y árboles. El sonido de los pájaros es lo único que perturba el inmenso silencio que se respira en esta zona. Tampoco tenemos alguna vivienda cerca. Cuenta con dos plantas y un enorme jardín que bordea toda la propiedad, con piscina privada y barbacoa. En el interior, un salón con chimenea te da la bienvenida; la cocina es gigante, aquí se podría preparar comida para todo el pueblo que hemos dejado por el camino. En la planta superior, hay tres habitaciones completas con baño. Todo está perfecto e impoluto, nadie diría que es una casa que se pasa vacía la mayor parte del año.

—Te he dejado la mochila en el primer dormitorio.

—Perdona, no te he ayudado en nada, pero esto… esto es increíble —le digo abstraído sin dejar de mirar el precioso lugar.

—Tranquilo, solo he subido el equipaje, la compra que hemos

hecho en el pueblo sigue en el maletero.

—Pues eso es cosa mía.

Dejo a Sam en el jardín, está quitando las fundas que cubren los muebles. En cambio, yo llevo la compra a la cocina y la coloco en los armarios. Durante nuestra compra en el supermercado, Sam me ha comentado que no tiene fecha de vuelta, que necesita desconectar para volver con las pilas cargadas. Y yo, simplemente, solo quiero aprovechar la oportunidad que me brinda.

Salgo al jardín y me detengo junto a un árbol para observarla. Está sentada de espaldas a la casa, con los pies dentro de la piscina. Se ha remangado el vestido por la cintura, por lo que sus piernas quedan a la vista. El sol la golpea y crea sombras sobre el agua. Está preciosa, como si formara parte de la belleza del lugar, como si alguien la hubiera colocado en ese preciso espacio para crear la perfección. Un calor abrasador me recorre por todo el cuerpo. No puedo dejar de mirar su pelo meciéndose con el viento y sus piernas acariciando el agua. Me deshago de mi pantalón y la camiseta dejándolas de cualquier manera sobre el césped y, sin darle tiempo a reaccionar, me lanzo a la piscina.

—¡Estás loco! Me has empapado.

—Ya que estás mojada, métete conmigo. El agua está espectacular.

—No llevo el bikini puesto.

—Supongo que algo llevarás bajo el vestido, ¿no?

—No pienso bañarme en ropa interior.

—¿Por qué no? Es muy similar a un bikini, aunque yo puedo remediar ese problema.

Me sumerjo en el agua y me acerco a ella, que sigue sentada en el borde. Cuando llego a su altura, agarro sus piernas y la tiro a la piscina totalmente vestida. Su vestido mojado se ajusta a su cuerpo como una nueva piel. Sus pezones, duros por el contraste de temperatura, me hacen la boca agua.

—¡Me las vas a pagar!

—¿Cómo? —Me alejo de ella nadando de espaldas, sin perder el contacto visual. Quiere hacerse la dura, parecer enfadada con esa mueca que tiene en el rostro, pero sus ojos me dicen que no es así—. Venga, *valiente*, no pensaba que eras de amenazas vacías.

—Te vas a arrepentir de lo que has hecho.

—Habrá que verlo.

Sam se desprende del vestido y lo lanza al jardín. Se recoge el pelo en un moño rápido, y me permite tener un primer plano de su sujetador que, a causa del agua, deja a la vista unos preciosos y redondos pechos. Me la ponen tan dura que duele. Me he quedado tan hipnotizado que, cuando me doy cuenta, casi la tengo a mi altura nadando como toda una profesional. Mi única salida es sumergirme y

aparecer tras de ella. Cuando salgo a flote, capturo uno de sus pies y la acerco a mí, sujetándola por la cintura y dejando su espalda pegada a mi pecho. Su cuerpo encaja a la perfección con el mío. Mi polla presiona contra su culo, es imposible que no la esté notando. Su cuello es tan tentador que me pasaría horas besando cada centímetro.

—Te tengo, preciosa —susurro en su oído.

—Eres un tramposo.

Se gira sin separarse de mi cuerpo. Su rostro queda tan cerca del mío que su aliento golpea contra mis labios, dejándome la garganta seca. Sus piernas se enredan con las mías y me atraen más hacia ella. Sus ojos me cautivan, dejándome noqueado; tanto que, cuando soy consciente, lo único que veo es agua a mi alrededor. La muy cabrona me acaba de hacer una aguadilla después de ponerme como una moto. Voy a necesitar un buen rato para relajarme antes de salir de la piscina, mi erección es difícil de esconder. Cuando saco la cabeza, la veo apoyada al borde, con los brazos estirados y riéndose con ganas.

—Eres muy mala.

—No lo sabes bien.

Desde luego que no lo sé, aunque me muero de ganas por descubrir todo lo que esconde y conocer a la verdadera Sam. La que sonríe sin miedo, y la que se ríe hasta que las lágrimas caen por su rostro. La que disfruta sin preocuparse de nada más que del momento. La que consigue que a mí se me olviden hasta las razones que me han obligado a acercarme a ella.

Capítulo 17

Sam

Salgo de la piscina y dejo a Elías con la palabra en la boca, pero es que no sé qué me ha pasado. Todo ha comenzado como un juego, me ha sorprendido cuando me ha tirado a la piscina vestida. Sin embargo, no recuerdo la última vez que me divertía de ese modo. Sentirme de esa manera ha conseguido que me dejara llevar. Mi intención era devolverle la jugada y que él también tragara un poco de agua, pero me ha atrapado entre sus brazos. Estaba tan pegada a su pecho que su erección me presionaba el culo, pidiendo permiso. El calor que desprendía me ponía la piel de gallina. Su aliento bailaba sobre mi cuello, provocándome unas ganas locas de que me devorara entera. Y eso no ha sido todo. Cuando me he dado la vuelta, lo tenía muy cerca. Sus labios húmedos y jugosos me llamaban a gritos, nuestros cuerpos encajaban tan bien que a cada segundo estábamos más cerca. Una fuerza invisible me atraía hacia él, pero lo único que se me ha ocurrido ha sido usar mis piernas para hundirlo. Necesitaba alejarme de su cuerpo antes de cometer una locura.

Subo a mi dormitorio para cambiarme de ropa. Al menos, me voy a poner el bikini. No venía preparada para una inmersión sorpresa en la piscina. Saco el móvil del bolso, tengo que llamar a Samuel para decirle que la casa estaba preparada. La familia que se encarga de mantener la vivienda limpia, incluso nos ha dejado la piscina lista para usar. Demasiado lista, en mi opinión. Desbloqueo la pantalla y veo cuatro llamadas perdidas de Raquel. ¡Mierda!, se me ha olvidado avisarla. Le devuelvo la llamada antes de que movilice al ejército para buscarme.

—Ya era hora, nena, estaba a punto de poner un anuncio para localizarte. ¿Dónde estás, pendón?

—Perdona. Esta mañana tuve un pequeño encontronazo con todo el equipo, y Samuel me aconsejó que me tomara unos días libres. Ha sido tan precipitado que se me olvidé avisarte.

—Vamos, que te ha mandado con viento fresco.

—Más o menos.

—¿Dónde estás?

—En la casa que tiene Samuel en la Sierra.

—¡Qué perra eres! ¿En serio? ¿Te vas a la Sierra, a ese pedazo de casa, y no eres capaz de llevarme contigo? ¡Qué poca vergüenza, nena! Ahora te vas a aburrir como una ostra. Con lo bien que lo

habríamos pasado tú y yo juntas… Bueno, si me doy prisa, me da tiempo a llegar antes del desayuno.

—Raquel, no estoy sola —digo poniendo los ojos en blanco.

—¿Perdona? ¿Qué acabas de decir?

—No he venido sola —repito—. ¿Te acuerdas del chico que nos encontramos en la discoteca y que luego coincidió conmigo el día que me diste plantón?

—Clarooo, el maromo de voz *sexy* que tenía tu móvil.

—El mismo —confirmo—. Lo he invitado a venir.

—Bueno, qué bien suena eso. ¿Ya te lo has tirado? —No puedo evitar reírme con el comentario de mi amiga, solo a ella se le ocurren este tipo de barbaridades.

—Joder, tía, qué bruta eres. No, no me lo he tirado, aunque hemos tenido un *momento* en la piscina. —El recuerdo de los brazos de Elías rodeando mi cintura me calienta de nuevo, provocando que mis dientes capturen mi labio.

—¡Toma ya! Ya era hora de que empezaras a dar alegrías a tu cuerpo, nena, que a este paso te vas a hacer virgen de nuevo. Cuéntame más, me tienes intrigada.

—No sé muy bien qué ha sucedido, yo estaba sentada en el borde de la piscina mientras él colocaba la compra. Cuando me he dado cuenta, se había tirado a la piscina y me ha mojado entera —le cuento dejando el móvil sobre la cama con el manos libres activado para deshacerme de la ropa mojada.

—Ummm, qué interesante.

—Cállate y escucha. Me ha dicho que me metiera y, cómo no le hacía caso, me ha hundido con el vestido puesto. Nos hemos puesto a hacer el tonto. Hasta que he terminado tan pegada a su cuerpo y a su polla que casi me da una lipotimia.

—¿Qué has hecho tú en ese momento?

—Hundirlo y sujetarme al borde riéndome de él. Cuando ha salido a flote y ha intentado acercarse de nuevo, me he ido con la excusa de cambiarme de ropa.

—¿Estás de broma?

—No, él está en la piscina y yo en la habitación.

—Tú eres gilipollas y creo que lo acabamos de descubrir. Me estás diciendo que un tío bueno se te pone a tiro, que estáis solos en una casa perdida en medio de la nada, jugando en la piscina y, lo único que se te ocurre es… ¿salir corriendo? No estás bien, nena.

—¿Qué se supone que tendría que hacer? —pregunto cruzándome de brazos.

—Joder, ¡parece mentira! Si te lo has llevado a él, en vez de a mí, que de eso ya hablaremos en otro momento, es porque te atrae. Deja de hacer el idiota y disfruta del momento. Si te apetece besarlo, hazlo.

Si te apetece follártelo, adelante. Haz lo que te apetezca en cada momento, pero después acuérdate de contarme todos los detalles.

—No sé, Raquel… —Que Elías me atrae, no lo puedo negar, pero ¿estoy preparada para arriesgarme a dejar entrar en mi vida a otra persona?

—No tienes nada que saber, Sam. Deja de darle vueltas a las cosas, de seguir anclada en un pasado que no se puede cambiar y vive, joder, empieza a vivir de una puta vez. Cuando te des cuenta de la realidad, tu vida habrá pasado y lo único que habrás hecho será dedicar el tiempo a buscar a alguien que no quiere ser encontrado.

—Puede que tengas razón. —Me dejo caer en la cama, desanimada. Llevo tantos años centrada en Sofía que me he olvidado por completo de mí misma.

—Puede no, la tengo, así que cuelga ahora mismo —ordena—. Después, deja el teléfono apagado y olvídate de todo lo que no tenga que ver contigo, esa casa y el pedazo de maromo que te espera en la piscina.

—Está bien.

Dejo el móvil dentro de uno de los cajones de la cómoda. No lo voy a apagar por si acaso surge algo y me necesitan. Aun así, voy a hacer caso a la loca de mi amiga y dejaré de pensar tanto. He venido a desconectar y a encontrarme a mí misma, así que voy a empezar por hacer lo que me apetezca en cada momento.

Bajo de nuevo al jardín, donde me encuentro a Elías dentro de la piscina. Está de espaldas que, por cierto, ahora que lo veo sin camiseta, está cuadrado el jodido. Está tan concentrado que ni se ha percatado de mi presencia, así que me meto en el agua e intento ser lo más sigilosa posible. Contengo un poco la respiración. El agua está algo más fría que hace un rato; eso, o mi cuerpo tiene una temperatura más alta. Me sitúo a su lado en la misma posición que él. Desde aquí, se puede apreciar la Luna, a pesar de que aún no ha oscurecido del todo.

—Hola de nuevo, preciosa. ¿Mejor ahora?

—Sí.

—Perdona, puede que me haya pasado un poco antes. No quería que te molestaras.

—Para nada, discúlpame tú, hemos venido a desconectar y a disfrutar. Yo he sido la primera que te he pedido que dejemos todo fuera y no sé en qué momento lo he olvidado. Te prometo que, a partir de ahora, vamos a pasarlo bien.

—En ese caso…

Lo siguiente que veo es el fondo de la piscina. Me impulso con los pies y consigo emerger tosiendo como una loca. No me esperaba este ataque a traición y me he bebido media piscina. Elías me mira

divertido sin moverse de su sitio. Cuando consigo respirar con normalidad, acorto la distancia quedándome entre su cuerpo y la pared.

—Eso ha sido juego sucio.

—Bueno, creo recordar que tú has hecho lo mismo antes…

Elías se acerca a mí, tanto que noto su respiración sobre mis labios. Sus brazos se apoyan en el borde a ambos lados de mi cara. Las piernas me tiemblan tanto. Las palabras de Raquel resuenan en mi cabeza, es hora de dejarme llevar y que sea lo que tenga que ser.

Rodeo su cuello y lo atraigo hacia mí para eliminar la pequeña distancia que nos separa. Él enreda una de sus manos en mi moño, y es la señal que necesito para lanzarme a sus labios. El beso comienza suave, sus labios son como nubes de algodón, enredo mi lengua con la suya y genero que un gemido se escape de su boca. El otro brazo de Elías atrapa mi cintura y provoca que tenga que enredar mis piernas en su cintura. Mi espalda golpea contra el borde de la piscina. Su erección presiona dura contra el centro de mi deseo. Aprieto mis piernas para atraer su cuerpo más hacia mí, dejándome dominar por completo por la pasión que me hace sentir.

—Llevo días deseando probar tus labios —me susurra al oído.

Las manos de Elías me sujetan de la cintura. Sin embargo, con un rápido movimiento, me sienta en el borde de la piscina y las bragas de mi bikini flotan en el agua. Deja un camino de besos húmedos sobre mis muslos hasta que su lengua alcanza el centro de mi deseo, enredándose en mi clítoris que está demasiado sensible. Coloco las piernas sobre sus hombros para darle más acceso, y mi espalda se arquea dejando caer la cabeza. Los gemidos salen incontrolables de mis labios, va a matarme de placer.

—No puedo más.

Sus ojos conectan con los míos. Solo hay fuego en ellos, puro deseo, que termina por consumirme. Mis palabras aceleran sus movimientos provocando que cierre las piernas, el calor que me recorre es abrasador. Su lengua no me da tregua. Un escalofrío me atraviesa, seguido de una explosión, que nace desde el vientre hasta la punta de los pies. Me deja totalmente exhausta sobre el borde de la piscina. Me deslizo al agua sujetándome a sus hombros, me tiemblan las piernas. Vuelvo a abrazar a Elías mientras rodeo su cuello con mis brazos. Nuestros ojos conectan de nuevo. Hay tanto deseo en los suyos que mi cuerpo vuelve arder.

—Qué rico sabes, preciosa, podría llegar a ser adicto a ti.

Apoyo mi cabeza en su hombro. Me dejo llevar por la calma que nos rodea y por el placer que aún me recorre por dentro. Él ha sido el único capaz de hacerme olvidar hasta cómo me llamo.

Capítulo 18

Elías

He salido de la piscina con la necesidad urgente de una ducha en soledad. Tengo que poner mis ideas en orden. Me quedo bajo el chorro de agua fría, y dejo que caiga sobre mí sin control. Siempre me ha ayudado a tener las cosas claras. No sé qué me ocurre cuando la tengo cerca, no soy capaz de controlar mis actos. Mi cabeza deja de trabajar y le otorga todo el poder de decisión a mi polla. Llevo días que me muero de ganas de saborear sus labios, de sentir su piel bajo mis dedos, de tenerla tan cerca que nos fundamos en uno. He conseguido mantener mis deseos al margen y centrarme en lo que de verdad importa… hasta ahora.

Tenerla en la piscina con su cuerpo mojado, la melena suelta, y con un vestido ajustado a ella que parecía una segunda piel… Solo recordarlo, se me pone dura de nuevo. Cuando se ha ido, dejándome con las ganas, he pensado que ya estaba. Que ya había pasado el peligro, que estaba a salvo. Mi misión es acercarme a ella, nada más. Estar aquí, encerrado con ella en este paraíso, solo es trabajo. Una vez el caso se haya cerrado, ella y yo no volveremos a vernos.

Tengo la teoría más que clara; sin embargo, al verla de nuevo en la piscina, con ese traje de baño tan minúsculo, ha roto todos mis esquemas. No podía quitarle ojo a sus pezones duros, que me incitaban a tocarlos, pero ella ha puesto la guinda al pastel cuando se ha mordido el labio. Al besarnos, al sentir sus labios unidos a los míos, no había nada qué hacer. Tenerla con sus piernas rodeando mi cintura, sintiendo cómo mi polla presionaba contra su entrada, me ha vuelto loco. Y ya no te digo nada cuando mi lengua ha probado el sabor de su sexo.

Han pasado muchas mujeres por mi cama, aunque ninguna me ha hecho sentir lo que ella es capaz de provocarme con una sola mirada. Ese es, precisamente, el problema: no permitiré que los sentimientos ganen la batalla y me aleje del camino, no puedo poner todo el caso en riesgo. No tengo ni puta idea de cómo lo voy a hacer, pero esto no se puede volver a repetir. Tengo que dejar de pensar en ella con deseo y centrarme en alejarla de los peligros a los que se está exponiendo.

Logro salir de la habitación cuando, inocente de mí, creía que lo tenía todo controlado. Llego a la cocina y me sujeto a mí mismo para no abalanzarme sobre ella. Al parecer, el minúsculo bikini no es lo único que ha metido en la maleta para volverme loco.

Te pongo en situación: ella, inclinada frente al horno, con unos pantalones que no dejan lugar a la imaginación, con su precioso trasero en pompa. Lleva la espalda al aire. El pelo le cae sobre uno de los hombros y deja al descubierto ese precioso cuello que mi boca desea devorar.

—¿Qué se supone que intentas hacer? —pregunto, mientras mis manos buscan alguna superficie para aferrarse.

—Madre mía, ¡qué susto me has dado! Intento poner el horno en marcha para hacer la cena, me muero de hambre. He pensado que podríamos ver una película mientras cenamos, pero eso solo sucederá si logro que este aparato funcione.

Por mucho que le da a los botones y a las ruletas del horno, no logra ni encender una pequeña luz. Me acerco al cuadro eléctrico —se encuentra junto a la puerta de entrada— para comprobar si los electrodomésticos de la cocina tienen su propio diferencial, y veo que así es. Subo todos los que están bajados.

—¿Funciona? —le pregunto al subir el último que quedaba.

—Sí, ¿qué has hecho?

—Estaban los electrodomésticos apagados en el cuadro.

—Ni lo había pensado, menos mal que estás aquí —dice mientras se acerca a mí y me acaricia la mandíbula—. Elige una película, yo me encargo de la cena.

Saca unas *pizzas* de la nevera y me voy al salón para acomodarme en el sofá. Está claro que, pasar unos días totalmente solos en esta casa, será más complicado de lo que pensaba.

Sam deja sobre la mesa dos *pizzas* que huelen de maravilla y se acomoda a mi lado, demasiado pegada a mí. Su brazo roza mis costillas y su olor a vainilla me inunda las fosas nasales. Intento poner distancia entre nosotros, aunque no sirve de nada. Cuanto más me alejo yo, más se acerca ella. Cenamos en silencio, mientras intento que entienda que necesito mi propio espacio.

Empezamos a ver una película de comedia que he escogido. Conseguí mantener una pequeña distancia de seguridad, pero no dura mucho tiempo. Sam se deja caer sobre mí y yo, como un imbécil, paso mi brazo sobre sus hombros. Su mano se entretiene en ponerme la piel de gallina. La observo de soslayo y se la ve cómoda. Sin esperármelo, siento que sus labios presionan mi pecho, a pesar de que la tela de mi camiseta los separa. Mi respiración se acelera y mi polla me presiona. Joder, estoy totalmente perdido.

La sujeto por la cintura y la siento a horcajadas sobre mí. Mis labios chocan con los suyos ansiosos. Sam me rodea el cuello sin dejar de moverse sobre mi dura polla. Nuestras lenguas luchan frenéticas, enredándose la una con la otra. Me sujeta del pelo con desesperación, y eso me vuelve frenético. Me deshago de su camiseta —si se le puede

llamar así a este trozo de tela—, y libero sus preciosos pechos que no dudo en lamer. Sus pezones se endurecen bajo mi lengua. El roce de Sam me está volviendo loco. Necesito hundirme en ella. La dejo sobre el sofá antes de eliminar el resto de la ropa que nos impide disfrutar de nuestros cuerpos.

—Madre mía, Sam, podría pasar mis días contemplándote.

Recorro su cuerpo y dejo un camino de besos hasta que llego a su húmedo e hinchado sexo, donde soy incapaz de detenerme. Me muero de ganas de volver a escuchar sus gemidos.

—Elías, por favor, no puedo más —suplica—. Necesito sentirte dentro.

—Preciosa, si me lo pides así, no puedo negarme.

—Hay condones en la caja que hay sobre la mesa.

Me coloco el preservativo sin perder el contacto visual. Sam no deja de morderse el labio inferior mientras se acaricia los pechos. Esta mujer va a acabar conmigo. Me pongo sobre ella y vuelco todo mi peso en uno de mis brazos. Me introduzco con lentitud, saboreando el momento, sintiendo cómo se abre a mí, encajando mi miembro a la perfección. Sam se arquea en busca de más profundidad. Mi verga se cuela hasta el fondo y me deja sin respiración. Esto es una puta maravilla. Los gemidos de Sam inundan todo el espacio y me ponen cada vez más cardiaco. Nuestros movimientos se acompasan en un ritmo frenético que nos lleva al cielo.

—No voy a aguantar mucho más —digo sintiendo cómo mi polla late en su interior.

—Un poco más, solo un poco más, yo también estoy a punto.

Su mano se cuela entre nuestros cuerpos para acariciarse el clítoris y acelerar su final. Un deseo abrasador se crea en mi interior y provoca que golpee con más fuerza en su interior. En dos estocadas más, terminamos juntos, gimiendo como locos, y caigo exhausto sobre ella. Me giro para colocar su cuerpo sobre el mío, dejando que nuestras respiraciones vuelvan a su ritmo normal. Deslizo mi mano por su espalda para que la calma nos envuelva.

No quería que esto volviera a suceder, pero no lo puedo controlar con ella. Sentir su piel y su olor me ha devuelto una parte de mí que creía enterrada. Ahora que he probado su sabor, que he sentido la presión que ejerce, lo que me hace sentir cuando me toca, no puedo imaginar no tenerla entre mis brazos de nuevo. Es muy probable que Javi tuviera razón y que me esté metiendo en un jardín del que no sabré cómo salir. Aunque si es así, ya me preocuparé de ello cuando llegue el momento. Mientras tanto, no pienso desperdiciar ni un segundo a su lado. ¿Quién soy yo para discutirle al destino cuando ha sido él quien me la ha puesto en el camino?

Capítulo 19

Sam

Me despierto sola en la cama. Los rayos del sol se cuelan vergonzosos por las rendijas de la persiana. Llevamos cuatro días en Madrid y estamos cumpliendo el cometido a rajatabla. No he tenido ni un segundo para pensar en los asesinatos, en mi familia o en el trabajo. Lo único que inunda mi mente es la imagen del cuerpo de Elías sobre el mío, en la ducha con el agua cayendo sobre nosotros, en la piscina bajo el cielo estrellado. Desde el primer día que llegamos y terminamos con una sesión de sexo, no hemos dejado de saborearnos y de comprobar lo bien que encajamos en cualquier superficie y rincón de la casa de mi jefe.

Elías no ha usado la habitación donde dejé su equipaje. Cada noche acabamos en la mía, cayendo rendidos con mi cabeza sobre su pecho, con la melodía de su corazón dándome la paz que tanto necesito y con su mano acariciando mi espalda. Esto debe de parecerse un poco al paraíso, y no quiero pensar cuando tengamos que volver a la realidad. No puedo olvidar que estos días solo son un paréntesis, una vida que hemos creado al margen de los problemas. Ninguno de ellos ha desaparecido, sino que todos esperan agazapados para asaltarme en cuanto menos lo espere.

—Señorita, el desayuno está servido —anuncia Elías risueño, apoyado en el quicio de la puerta con un bóxer como única vestimenta.

—Pues ya estás tardando en venir a la cama.

—De eso nada, preciosa. No llevo horas en la cocina para que quieras desayunarme solo a mí —dice antes de guiñarme un ojo y desaparecer.

Salgo de la cama de un salto y me pongo la camiseta de Elías que llevaba la noche anterior. Su olor inunda mis fosas nasales provocando que mis dientes capturen mi labio. Me obligo a salir de la habitación y a seguir el increíble aroma que sube desde la cocina. Elías me espera sentado en la mesa, a la que no le falta detalle.

En el centro, hay un jarrón con algunas flores silvestres, las cuales no tengo ni idea de dónde las ha sacado. Un bizcocho que me hace la boca agua, café recién hecho y calentito por el humo que desprende. Sirope de chocolate, caramelo líquido, tostadas y zumo de naranja que —sin acercarme mucho— diría que está recién exprimido.

—¿Cuándo has preparado todo esto? —pregunto alucinada.

—Me he despertado pronto. Te veía tan a gusto que no quise molestarte, así que he querido sorprenderte.

—Y tanto que me has sorprendido, no sabía que te desenvolvieras tan bien en la cocina.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes.

Su tono de voz es triste, y lo observo atenta. Sus ojos han dejado de mirarme y se centran en el vaso de zumo de naranja que está tomando. Algo le preocupa, pero ¿quién soy yo para juzgarlo si soy la primera que le oculta cosas?

—Todo tiene una pinta estupenda —digo mientras tomo asiento y cambio el rumbo de la conversación—. Este bizcocho me está haciendo la boca agua.

Elías se ríe de mi comentario y del enorme trozo de bizcocho que me sirvo en el plato. Disfrutamos del desayuno en silencio. Todo está riquísimo, hacía mucho tiempo que no desayunaba tan bien. El zumo es natural, el café está increíble y, para comer, hay de todo. Tortitas con chocolate, el bizcocho —que él ha preparado y que me comería entero—, y unos cruasanes a la plancha que no sé de dónde ha sacado. Bueno, en realidad, no sé de dónde ha sacado muchas cosas. En la compra que hicimos el primer día, no había nada de esto; menos el café, claro. Yo no soy muy amiga de la cocina; nunca me ha llamado y tampoco dispongo de tiempo para entretenerme con ello. Mi alimentación se basa en platos preparados o en comida para llevar. En ese carro no había harina y dudo que Samuel tuviera tanta comida aquí con lo poco que vienen.

—Elías, ¿has bajado al pueblo?

—Sí, el otro día. Te quedaste dormida en el sofá, así que aproveché para bajar al pueblo y comprar alguna cosa. Tu compra deja mucho que desear, preciosa.

—Oye, cuidadito con lo que dices. Has comido y cenado todos los días, ¿verdad?

—Si a eso lo llamas comida… —Le golpeo por debajo de la mesa y, con unos perfectos reflejos, captura mi pie antes de que lo aleje—. No juegues con fuego, preciosa, no quiero que te quemes.

—¿Y quién te dice a ti que yo no quiero quemarme? —pregunto mientras juego con la cuchara, que está llena de chocolate.

Los ojos de Elías echan fuego. Sus manos presionan mi tobillo y provoca que un escalofrío me recorra por todo el cuerpo. Unto el dedo en el resto de chocolate que queda en mi plato y lo llevo a la boca sin apartar la mirada. Su respiración se acelera, le cuesta tragar la saliva. Sus manos comienzan a ascender por mi pierna y despierta un reguero de calor por donde pasa. Vuelvo a untar el dedo en el chocolate y se lo acerco a Elías.

—Me vas a manchar la camiseta —advierte Elías.

Sus manos abandonan mi pierna y se introducen por el borde de la camiseta para quitármela, pero es una tarea que se le complica al estar sentado. Cuando me doy cuenta, lo tengo a mi espalda y elimina la única barrera que separa mi cuerpo desnudo de él. Coge el bote de sirope de la mesa y me lo echa por encima. Mis pechos se llenan de chocolate, que corre hacia abajo sin que nadie lo detenga.

—Así mejor —dice observando su obra.

—¿No pensarás dejarme así? —pregunto observándome con el chocolate como única vestimenta.

Elías se relame, sus ojos no se despegan de mis pechos pringosos. Aprieto mis piernas ante la anticipación. Aún no me ha tocado, pero me imagino su lengua lamiendo todo el chocolate que tengo sobre mis pechos. Mis pezones están tan duros que duelen. Elías se acerca lentamente, como un depredador a punto de cazar a su presa. Comienza saboreando mi cuello, su lengua recorre cada centímetro de mi piel, arrancándome gemidos incontrolables. Baja poco a poco, torturándome. Sujeto su pelo para incitarlo a darle más ritmo, pero no lo consigo. Se está tomando su tiempo, eliminando todo rastro de chocolate, poniéndome la piel de gallina. Me siento tan húmeda que podría correrme solo con el tacto de su lengua sobre mis pezones. Echo la cabeza hacia atrás, dejando que el placer que se está formando en mi bajo vientre tome el control de mi cuerpo.

De repente, Elías se detiene al oír el sonido de mi teléfono y toda la magia del momento comienza a evaporarse.

—Ignóralo y continúa, todavía veo mucho sirope en mi torso.

Cojo algo de chocolate y lo unto en mi clítoris, sin dejar de observarlo La mirada de Elías es puro fuego, el sonido del teléfono cesa, y él no duda en volver por donde lo había dejado. Dejo mi mente en blanco y me permito llevar por la electricidad que me recorre entera, que comienza en el lugar donde la lengua de Elías me está martirizando.

—Joder —mascullo al escuchar de nuevo el sonido del maldito teléfono. No ha sonado ni una vez desde que estamos aquí y tiene que hacerlo justo ahora.

—Creo que deberías contestar, o al menos, mirar quién es. Con tanta insistencia, puede que sea importante.

Me levanto de mala leche tirando la silla a mi paso y dejo a Elías arrodillado en el suelo. Echo la vista atrás, observando lo *sexy* que está con el pelo desordenado por mis manos. Un suspiro se escapa de mis labios antes de continuar hacia las escaleras.

La llamada se corta antes de que llegue a la habitación, pero vuelve a sonar al instante. Es mi jefe, por lo que no dudo en responder.

—Dime, Samuel. —Mi tono de voz describe a la perfección la

frustración que siento.

—Tienes que volver de inmediato.

—¿Por qué? Pensaba que podía tomarme el tiempo que necesitara.

—Y podías, créeme que me ha costado hacer esta llamada. Soy el primero que sé que necesitas estar lejos de aquí; sin embargo, ha sucedido algo que es importante que sepas.

—¿Qué ha ocurrido? —Recorro la habitación como una fiera enjaulada.

—Sam, no voy a decirte nada por teléfono. Necesito que cojas el coche y regreses con calma.

—Joder, Samuel. Con esta maldita llamada, lo que menos me transmites es calma. Necesito que me avances algo.

—Solo te diré que hay novedades en el caso. El resto lo hablaremos en persona, esta tarde en tu casa. No corras con el coche y ni se te ocurra venir a la redacción. Vete a casa y no te muevas hasta que llegue. ¿Me has entendido?

—Sí. —Cuando Samuel se pone serio, no hay opción a réplica.

—Buen viaje, Sam.

No me da tiempo a despedirme cuando los pitidos del fin de la llamada suenan al otro lado. Salgo de la habitación con el móvil en la mano y la cabeza a mil por hora. Me encuentro por las escaleras con Elías, quien se ha vestido mientras yo hablaba con Samuel.

—Volvemos.

Y no es una pregunta, sino una afirmación. Hay tanta seguridad en esa única palabra que habrá escuchado parte de la conversación.

—Tengo que darme una ducha antes.

—Claro, tomate tu tiempo. Voy cargando el coche.

—Gracias, Elías.

Entro en la habitación lo más rápido que mis temblorosas piernas me permiten. ¿Qué habrá sucedido?, ¿otro cadáver? ¿Se sabrá algo de Sofía? Miles de preguntas se amontonan en mi cabeza y no tengo respuestas para ninguna de ellas. Me quedo bajo el agua caliente para recuperar la calma que he encontrado estos días; sin embargo, ya no hay ni gota de ella. Solo con una llamada y saber que hay algo nuevo, todo mi mundo se cae en pedazos, como cuando construyes un castillo de naipes que no se mantiene en pie.

Capítulo 20

Elías

Aprovecho que Sam está hablando por teléfono en la otra habitación para subir al dormitorio y mirar mi móvil. Lleva en silencio desde que llegamos, no me he molestado en mirarlo ni una sola vez. He estado tan perdido en su cuerpo que me he olvidado de mis obligaciones. Enciendo la pantalla y, de fondo, escucho los gritos de Sam. Esto no pinta bien. Tengo catorce llamadas perdidas de Javi, otras tantas desde comisaría, mil mensajes de WhatsApp. ¿Qué habrá sucedido? No puedo arriesgarme a hacer una llamada y que Sam la escuche, así que accedo a los mensajes.

Javi

Tío, no dejo de llamarte, pero no hay manera de que cojas el puto móvil. Contesta o responde de una vez. Es URGENTE.

Elías, LLÁMAME YAAA. El jefe está que se sube por las paredes. Tenemos novedades.

Elías, joder, por tu madre. Esto es IMPORTANTE.

Me queda claro que no tienes el teléfono con sonido y, al parecer, tampoco haces caso a los puñeteros mensajes. Espero que pronto te dignes a mirar tu móvil, pero ahí va: Tenemos un detenido que podría estar relacionado con el caso. No puedo contarte más, pero te necesitamos en comisaría echando ostias. Si no apareces pronto, el comisario mandará al ejército a buscarte. Y no es una amenaza mía.

Mierda, hay que regresar. Tengo que volver, pero ¿cómo hostias se lo digo a Sam? No puedo contarle qué ha sucedido, o nada de esto habrá merecido la pena. Me visto con lo primero que veo, ni siquiera me fijo. El resto lo meto como cae en la mochila. No tengo tiempo que perder. Salgo de la habitación sin saber qué le voy a decir. No he recorrido ni la mitad de las escaleras cuando sale de la habitación, con el teléfono en las manos. Su mirada está totalmente perdida en algún punto que desconozco. Me temo que ella también sabe lo que ha pasado. Tiembla como una hoja, y a mí se me parte el alma.

Durante estos días, la he visto tan tranquila, tan feliz, que me mata verla de nuevo en ese estado. Me encantaría abrazarla, pegarla a mi cuerpo, decirle al oído que todo saldrá bien. Aunque es muy probable

que sea mentira.

—Volvemos —le digo con toda la seguridad que dispongo ahora mismo.

—Tengo que darme una ducha antes.

Sus ojos han perdido ese brillo tan especial, ni siquiera es capaz de aguantarme la mirada. Camina por el pasillo con la cabeza agachada. Quiero acercarme para acariciarla y transmitirle paz, sin embargo, mi cuerpo no hace caso a mi cerebro.

—Claro, tomate tu tiempo. Voy cargando el coche.

—Gracias, Elías.

Me quedo anclado en el suelo hasta que escucho que cierra la puerta del dormitorio en el que hemos estudiado nuestros cuerpos. Parece que forma parte de otra vida, aunque solo han pasado unos minutos desde que la tuve por última vez entre mis brazos. ¡Basta de tonterías, Elías! Necesito recuperar mi mente fría. Entro en la cocina para preparar unos sándwiches rápidos y meto todas las cosas en el maletero del coche.

Doy un último vistazo a la casa, y los recuerdos se me amontonan en la mente. Cuando llegamos, no sabía cómo me enfrentaría a estar a solas con ella. Y ahora que nos vamos, no sé qué sucederá con nosotros. Siento su presencia antes de que su mano toque mi espalda, y una corriente eléctrica me cruza con su contacto.

—Elías. —Su voz se quiebra antes de decir algo más que mi nombre, pero ya no puedo aguantar más. La atrapo entre mis brazos, y su cara se esconde en mi pecho.

—Tranquila. No sé qué ha sucedido para que te encuentres en este estado, pero todo va a ir bien.

—Ojalá fuera tan sencillo.

Acaricio su espalda para transmitirle una calma que yo tampoco siento. No puedo verla tan rota. La acomodo en el asiento del copiloto y le abrocho el cinturón. No le doy opción a réplica. En este estado sería una auténtica locura que ella condujera. Cierro la puerta de esta casa que nos ha dado tanto, y entro en el coche para ponernos en marcha. Ha llegado el momento de volver al mundo real, Elías.

◆◆◆

Detengo el coche en el primer sitio que encuentro enfrente de su portal. Hemos llegado a Cáceres en tiempo récord, ni siquiera nos hemos detenido para ir al servicio. El camino se me ha hecho eterno. Sam no ha abierto la boca en todo el viaje, tenía la cabeza apoyada en la ventanilla y la vista perdida en los paisajes que dejábamos atrás. Al principio, he intentado que dejara de pensar, pero solo he conseguido

sacar algún que otro monosílabo. Al final, he abandonado mi empeño y he puesto algo de música que me impidiera seguir dando vueltas a la cabeza.

—¿Cómo vas a irte a casa? —me pregunta con la vista fija al frente.

—Tranquila, cogeré un taxi. ¿Necesitas que te ayude?

—No hace falta.

La veo salir del coche, tomo aire y salgo tras ella. Saco mi mochila del maletero y me acerco a darle un pequeño beso. Ojalá pudiera quedarme con ella. Ojalá no estuviera metido en toda esta mierda y pudiera ser su apoyo en estos momentos.

—Si necesitas cualquier cosa, a la hora que sea, llámame. —Sam mueve la cabeza de forma afirmativa y se aleja hacia su casa sin decir nada.

¿Cómo se ha podido torcer todo de esta manera? ¿Quién coño me mandó meterme en este embrollo? ¿Por qué no puedo mantener la mente fría y la polla en los pantalones? Saco el móvil para llamar a un taxi. Necesito llegar a la comisaría lo antes posible y ponerme a trabajar. Necesito cerrar este caso de una maldita vez. Necesito olvidarme de Sam y de los increíbles días que hemos pasado alejados del mundo.

Mientras espero al taxi, llamo a Javi para que me ponga al día.

—La madre que te parió, colega, ya era hora de que dieras señales de vida. El jefe está que se sube por las paredes, quiere que interrogues al detenido. Nosotros no le sacamos ni la hora…

—Voy para allí —interrumpo su monólogo, me va a explotar la cabeza si lo sigo escuchando—. Id preparándolo todo.

—A sus órdenes, mi sargento.

—Ahórrate las ironías.

Y, sin más, pongo fin a la llamada. Javi, a veces, me saca de mis casillas.

◆◆◆

Llego a comisaría antes de lo que pensaba. Uno de los agentes más jóvenes se encuentra apoyado en un lateral del edificio, está fumando como si no hubiera un mañana. Respiro hondo con los ojos cerrados, estiro mi cuello e intento transmitirme algo de tranquilidad. Necesito recuperar mi sangre fría.

—Buenas tardes, agente.

—Buenas, sargento. Le están esperando en la sala de reuniones.

—Gracias. Agente, ¿me podría traer un café?

—Ahora mismo, sargento.

Traspaso la puerta del edificio y tengo la sensación de entrar en un mundo paralelo. La calle se encuentra en la calma absoluta. En cambio, aquí todo es una locura. Las voces llegan desde todos lados, sin entender nada de lo que dicen, ya que unas se acoplan a las otra. Los agentes corren de un lado a otro como pollos sin cabeza. Vuelvo a coger aire y me encamino hacia la sala donde me espera el equipo. Los veo a través de la cristalera, todos están sentados alrededor de la mesa; a excepción del comisario, que está de pie y frente a ellos. No puedo evitar sonreír, la escena me recuerda a las clases en el colegio. La sonrisa se me congela cuando los ojos del comisario conectan con los míos, parece que el humor no está para chistes.

—Ya era hora de que se le viera el pelo, Elías —suelta nada más traspasar la puerta—. No sé para qué tiene usted el teléfono si no va a responder cuando se le necesita.

—Avisé de que no estaría operativo en unos días.

—Avisó, dice. ¿Qué avisó, exactamente? —grita el comisario elevando sus brazos con furia—. Avisó el mismo día que se largaba por la puerta de la comisaría, dejó el caso, y ni siquiera comentó sus planes conmigo.

—No sabía que tenía que comentar con usted cada paso que vaya a dar. ¿Quiere que también le avise cuando vaya al baño?

El agente, al que hace unos minutos le pedí un café, accede a la sala de reuniones y capta la atención de todos los presentes.

—¿Qué quiere, agente? —grita el comisario. El pobre joven se come toda la furia que desprende.

—Disculpe, comisario, solo venía a traer el café para el sargento.

Me acerco al agente para coger mi café, lo necesito más que respirar. Le doy las gracias antes de que salga huyendo como si acabara de ver al demonio en persona.

—Que sea la última vez que toma decisiones sin hablar antes conmigo.

—No.

El silencio se apodera de la sala. El comisario suelta fuego por los ojos, y el resto de los agentes —que forman parte del equipo— no me quitan la vista de encima. Es muy probable que sea la primera vez que alguien se niega a cumplir una orden, pero no es mi superior. Yo solo soy un colaborador, y fue él quien vino a buscarme. Él me pidió ayuda, y yo acepté. No pienso tolerar que me trate como una marioneta.

—¿Qué ha dicho?

—Que eso no va a ocurrir. Yo no estaría aquí si no hubiera venido a buscarme. No tengo nada que ver con este caso, ni con la comisaría. Si estoy aquí es por hacerles un favor, porque mi padre ha metido las manos en el asunto. Ninguno queremos que ese asesino siga campando

a sus anchas por el pueblo, matando a todas las mujeres que se cruzan en su camino. Sin embargo, si no está de acuerdo con mi forma de actuar, es tan sencillo como que vuelva a mi trabajo.

—A mi despacho, ya.

El comisario sale como un vendaval de la sala de reuniones y se dirige a su despacho. Javi me observa con una sonrisa en la cara, me alza un dedo en señal de aprobación antes de que abandone la sala. Accedo al despacho de Andrés con la sangre hirviendo. El comisario está de espaldas a la puerta, la cual cierro tras de mí.

—Que sea la última vez que me hablas en ese tono delante de mis agentes.

—Andrés, siento haberte hablado así, ha estado mal, pero no pienso modificar ni una coma de lo que he dicho. Tú, mejor que nadie, sabes que esto no estaba en mis planes. Yo no tenía ninguna intención de meterme en todo este lío. Si he aceptado, ha sido por tu insistencia y por mi padre. Sin embargo, no soy uno de tus subordinados, ya lo hemos hablado. Yo os ayudo encantado, no quiero seguir presenciando esos asesinatos, pero las decisiones de mis actos las tomo yo.

—Joder, Elías, te has empeñado en ponerme las cosas difíciles. ¿Te crees que no tengo suficiente con la presión que viene desde arriba?

—No es mi intención complicarte nada, pero yo no soy agente, no puedo andar olfateando las calles como hacen tus chicos. Solo puedo estar en la retaguardia y no pienso quedarme en un despacho a la espera de que las cosas lleguen solas. Eso no va conmigo.

—Entiendo que no vaya contigo, pero aceptaste ayudarnos y entraste a formar parte del equipo. Todos debemos estar informados y atentos al teléfono. Nos encontramos en un punto crucial y necesitamos tu ayuda.

—De acuerdo, estaré más pendiente del teléfono y hablaré contigo antes de tomar una decisión. Sin embargo, me gustaría tener cierta libertad respecto a Sam.

—Está bien, solo espero que todo esto no me estalle en la cara. ¿Has avanzado algo con ella? Al menos, dime que eso va bien.

—Con todo esto del caso, Sam empezó a perder los nervios y su jefe le dio días de descanso. No he profundizado más de lo que me hubiera gustado, pero he conseguido su confianza. Aun así, la llamada de hoy ha roto esa desconexión.

—¿Qué llamada? ¿Sabes de qué se trataba?

—Sí, pero no sé quién la ha llamado. Yo he mirado mi móvil porque a ella le han llamado a media mañana para que volviera a casa, y te aseguro que algo le han contado. Estaba destrozada. ¿Qué ha pasado exactamente? ¿Se sabe algo nuevo de su hermana?

—Mierda, no sé quién les está pasando información. De hecho,

nadie sabe que ha habido un movimiento de última hora. —El comisario se acaricia la barbilla pensativo y a mí me está poniendo de los nervios.

—Andrés, ¿se sabe algo nuevo de Sofía?

—No estoy seguro.

—Me cago en la puta, ¿cómo que no estás seguro? —Camino por el despacho con los latidos de mi corazón golpeándome en la garganta. Joder, me sudan las manos. ¿Y si se lo han contado?, ¿por eso Sam estaba tan rota? Tengo que ir a verla, pero ¿con qué excusa me presento en su casa?

—Esta madrugada, dos agentes se han cruzado con una pareja a las afueras. Estaban discutiendo, nada sin importancia. —Las palabras del comisario me devuelven a la realidad—. Al principio parecía una bronca de enamorados, hasta que él ha sacado un arma blanca y ha amenazado a la mujer. Menos mal que andaban cerca, si no, no sé qué habría sucedido.

—¿Se encuentran en comisaría?

—No, solo lo tenemos a él. La mujer dio esquinazo a los agentes. No querían arriesgarse a traer a los dos en el mismo coche patrulla, por lo que uno de ellos permaneció a la espera de que otro coche los recogiera. Ella pidió ir al baño y ha desaparecido.

—¿Es una broma? —Andrés niega con la cabeza—. Hay algo que no entiendo. ¿Qué tiene que ver esa pareja con la hermana de Sam?

—Por la descripción de los dos agentes, podría ser ella. Han pasado bastantes años y no sabemos si, durante este tiempo, ha modificado algo de su físico. No lo sabemos seguro, Elías, pero podría ser ella.

—¿El hombre ha dicho algo?

—Ni una palabra, por eso te necesitaba aquí. Tú estás acostumbrado a interrogar a militantes que prefieren inmolarse antes que abrir la boca. Puede que tú seas capaz de sacarle algo.

—Está bien. Necesito hablar con los agentes, y conocer hasta el último detalle de la discusión.

—De acuerdo, volvamos a la sala de reuniones.

Salgo del despacho y sigo los pasos del comisario. ¿Es posible que hayamos dado con el hilo correcto? ¿Es posible que Sofía esté aquí? ¿Se habrá ido de Cáceres en alguna ocasión? ¿Quién será el hombre con el que discutía? Si es ella, si es Sofía… ¿cómo se lo cuento a Sam? Las preguntas se me amontonan en la cabeza. No quiero adelantar acontecimientos, aún no sabemos si esa mujer es su hermana. Sin embargo, me encantaría arrojar un poco de luz a su vida, aunque es muy probable que eso suponga perderla para siempre.

Capítulo 21

Sam

Subo a casa con las manos en los bolsillos, ni me he preocupado en sacar nada del coche. Necesito ver a Samuel y que me cuente qué ha sucedido. Y también que me explique las razones por las que me ha prohibido ir a la redacción y me ha mandado esperar en casa. No entiendo nada.

Me fastidia no haber sido capaz de contarle nada a Elías. No se lo merece. Ha estado a mi lado todos estos días, haciéndome olvidar el pasado y el presente. Tampoco he necesitado pedirle que volviéramos, él mismo lo ha sugerido tras ver mi estado. Durante el trayecto, ha intentado traerme de vuelta a la realidad, pero no me veía capaz de abrir las puertas a la locura que revoluciona en mi cabeza. Cuando ha comprendido que no lo lograría, no ha insistido y ha conducido sin detenerse hasta que hemos llegado. Su mano en mi pierna durante todo el trayecto ha sido mi anclaje, lo único que ha impedido que me volviera loca. No sé cómo lo logra, sin embargo, es sentir su contacto y una inmensa calma me recorre por completo. Me siento tan en paz que asusta.

Mi hogar me recibe con demasiado silencio. Me acerco a la ventana y me quedo anclada observando las vistas que me ofrece. No quiero leer la prensa en el móvil, me da terror encontrarme con algo que no sé si estoy preparada para leer. No tengo ni idea de qué ha sucedido, y es muy probable que me esté poniendo en lo peor. Samuel no me ha querido contar nada, ni siquiera un pequeño detalle para tranquilizarme. Y ese secretismo me tiene acojonada. Tengo un nudo en el estómago que he sido incapaz de comerme el sándwich que Elías ha preparado para el viaje. Lo último que ha llegado a mi estómago ha sido el chocolate con el que hemos terminado jugando. ¿Por qué no puedo tener una vida normal como el resto del mundo? Nos lo estábamos pasando tan bien en la Sierra… Está claro que Sofía se llevó mi vida, y estoy segura de que ella no es consciente de ello.

El pitido del telefonillo me saca de mis pensamientos. Me acerco a la puerta e inspiro el máximo oxígeno posible. Intento infundirme las fuerzas necesarias para enfrentarme a un nuevo golpe. Samuel entra en casa con la cabeza agachada. No se ha afeitado, y lleva la camisa por fuera. Su aspecto desaliñado no me tranquiliza en absoluto. Si algo caracteriza a mi jefe es que, por muy mal que estén las cosas, nunca descuida el más mínimo detalle de su indumentaria. Que Matías

vaya tras él, arrastrando los pies, tampoco ayuda mucho. El nudo de mi estómago comienza a subir hacia mi garganta, los ojos se me llenan de unas lágrimas que desean abandonar mi cuerpo. El ambiente se ha enrarecido. Es como cuando acudes al funeral de alguien que te importa, y cuando llegas, no hace falta que nadie te diga nada; se siente.

—La han encontrado, ¿verdad? —Las palabras salen de mi boca antes de que a mi cabeza le dé tiempo a pensarlas.

Samuel y Matías se sientan en el sofá sin responder. Mi jefe se frota las manos nervioso, y yo no puedo estar quieta. Necesito que lo suelten ya, sin paños calientes. Que me quiten la tirita de golpe, así dolerá menos.

—No es eso —comienza a decir mi jefe—. De momento, seguimos sin saber nada de Sofía.

—¿Entonces? ¿Me queréis decir qué coño pasa? ¿Por qué tenéis esas caras? ¿Por qué habéis venido juntos? ¿Por qué no me habéis dicho nada esta mañana? ¿Por qué no me decís nada ahora?

—Hay un detenido —suelta Matías de golpe—. Anoche, unos agentes que estaban de patrulla presenciaron una disputa en las afueras. Un hombre estaba amenazando a una mujer. Cuando se acercaron, vieron que él llevaba un cuchillo, así que lo detuvieron.

—¿La mujer está bien?

—Sí, pero mi contacto me ha dicho que está desaparecida. No la encuentran. Se quedó con uno de los agentes y le dio esquinazo. La buscan desde entonces, pero parece que la tierra se la ha comido.

—Bueno, le tienen a él, es lo importante. ¿El arma está relacionada? —pregunto a Matías.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —Aprieto los puños para controlar la furia que se acumula en mi cuerpo.

—Mi contacto no lo sabe, Sam, es muy pronto. Puede que todavía no tengan los resultados, tenemos que darles tiempo.

Observo desconcertada a los dos hombres que tengo frente a mí. Samuel no ha abierto la boca, su mirada está fija en algún punto del suelo y no deja de mover las manos. Matías me observa, aun así, tampoco me mantiene la mirada. ¿Qué me ocultan? Hay algo más, algo que no me quieren decir o que no saben cómo hacerlo.

—¿Quién es la mujer? —Los movimientos de Samuel se detienen ante mis palabras—. ¿Qué saben de ella?

—Aún no es seguro —responde Matías—. Han pasado muchos años, la gente cambia.

—Samuel, ¿quién coño es la mujer?

Los ojos de mi jefe impactan con los míos y un escalofrío me recorre de los pies a la cabeza.

—Los agentes no están seguros, era de noche y no la vieron bien. Como te ha dicho Matías, han pasado muchos años, pero por la descripción que han dado…

—¿Qué? Decidlo ya, joder.

—Parece que se trata de Sofía.

Dejo que mi cuerpo caiga al suelo con la espalda pegada al mueble. ¿Es posible que sea ella? Sujeto la cabeza entre mis manos. ¿Por qué ha huido de los agentes? ¿Lleva todos estos años aquí sin yo saberlo?, ¿o acaba de volver? Pero ¿y si no es ella?, ¿y si los agentes se equivocan? No, no puedo hacerme ilusiones; al menos hasta que sea algo seguro, y que haya pruebas que lo prueben. No puede ser ella, es imposible. Habría vuelto a casa, ¿verdad? Si está en peligro, habría venido a buscarme. Si fuera ella, si estuviera aquí…

—Sam —Samuel se arrodilla frente a mí y me acaricia la espalda para transmitirme una paz que ninguno de los dos sentimos—, escúchame. No es seguro, por eso no quería decirte nada. Por la descripción de los agentes, se parece a la Sofía que todos recordamos, aunque hayan pasado dieciséis años. En este transcurso, no solo ha podido cambiar por el paso del tiempo, sino que ella misma se ha podido realizar cambios. La policía está centrada en encontrarla. Tienen al hombre en comisaría y darán con ella, estoy seguro. Entonces, podremos confirmar su identidad. Mientras tanto, no te dejes llevar por las suposiciones.

—¿Ha salido en el periódico?

—No, cielo, el juez ha decretado secreto de sumario para todo el caso. Quien sea esa mujer, ya ha huido una vez. Si su imagen aparece en todos los medios de comunicación, podría desaparecer por completo.

—Vale, ¿cómo vamos a enfrentarnos a ello?

—Por el momento, no vas a volver a la redacción.

—¿Estás de coña? —pregunto con indignación y me pongo en pie de un salto—. No pienso volver a tu casa de la Sierra, olvídate de eso. No pienso salir de la ciudad hasta que la encuentren. Por fin tenemos un hilo gordo del que tirar y no pienso moverme de aquí, así que ni se te pase por la cabeza.

—Exactamente, no piensas moverte de aquí. Tienes dos opciones: vente con nosotros a casa y quédate con Nuria…

—No pienso irme a tu casa y quedarme con tu mujer como si tuviera diez años, Samuel, hace mucho que dejé de ser una niña —le corto indignada.

—Entonces, solo nos queda la opción dos: llama a Raquel y que se mude a tu casa o tú a la suya.

No puedo evitar que una carcajada se escape de mi boca, esto tiene que ser una broma. Samuel no puede estar hablando en serio, ahora

pretende que Raquel sea mi guardaespaldas.

—Ya te dije que no se lo tomaría bien —dice Matías a mi jefe. Ambos me miran como si estuviera loca y, a estas alturas, puede que incluso lo esté.

—¿A quién se le ha ocurrido esta maravillosa idea? Queréis que me quede en casa, sabiendo que ahí fuera se encuentra una mujer que se parece a mi hermana, de la que no se sabe nada desde hace dieciséis años y encima pretendéis dejarme con la loca de mi amiga como niñera. Ni a un niño de cinco años se le hubiera ocurrido un plan tan pésimo.

—También puedo hablar con el comisario, decirle que eres un peligro para su investigación y que te asigne un agente que custodie tu casa las veinticuatro horas del día.

—No me jodas, Samuel.

—Sam, te mandé a la Sierra porque estabas perdiendo el control. Si te he hecho volver es porque sabía que, si te enterabas de esto por otra parte, te ibas a volver loca. Y quiero tenerte vigilada, no estás en condiciones de tomar decisiones sin poner en riesgo tu vida. No olvides que te conozco muy bien, tanto como si fueras mi propia hija, así que no digas que es a mí al que se le está yendo la cabeza. Sabes tan bien como yo que, si te dejo sola, saldrás corriendo en busca de esa mujer. Te meterás en la boca del lobo de lleno y sin medir las consecuencias. No estoy dispuesto a que te pase nada y, si tengo que encerrarte yo mismo en esta casa, lo haré sin que me tiemble el pulso. ¿Te queda claro?

Me dejo caer abatida en el sofá tras las palabras de Samuel, no puedo negar que tiene razón. Cuando fijo un objetivo, no razono. Y tampoco sería la primera vez que me meto en líos por ir a lo loco.

—Está bien. Tú ganas, aunque yo elijo a mi vigilante. Si tengo que estar recluida en casa, deja que sea yo la que decida con quien comparto el tiempo.

—De acuerdo. Confío en ti, Sam. No obstante, si me entero de que estás actuando por tu cuenta, será el comisario quien se encargue de ti.

Vaya mierda. Cuando por fin vemos un poco de luz al final del túnel, tengo que mantenerme al margen. Y aunque me joda, Samuel tiene razón. Soy una kamikaze cuando se trata de lograr la información que necesito, siempre he sido así. Por cualquier noticia, he hecho todo lo que estuviera en mis manos para lograr mis objetivos. Sin medir las consecuencias, sin preocuparme de mi seguridad. Cuando se trata de Sofía, es aún peor. Me convierto en una especie de terrorista con una bomba a punto de inmolarme y, en caso de que explotara, no me llevaría conmigo solo mi vida. Cuando se trata de este caso, no razono. Me costará y es posible que me suba por

las paredes, pero haré caso a Samuel. Aun así, no sé por cuánto tiempo.

En cuanto me quedo sola, saco el móvil del bolso y marco su teléfono. Elías es el único que transmite paz a esa parte suicida que habita en mí, el único capaz de mantenerme alejada de todo. Lo prefiero a él, aunque pedirle este favor implicará abrirme por completo a él.

Capítulo 22

Elías

Me va a explotar la cabeza. Llevo horas metido en la sala de juntas, escuchando todo lo que ha sucedido durante mi ausencia. Los informes se acumulan delante de mí, aunque soy incapaz de dejar de observar el retrato robot de la mujer. Han pasado demasiados años; además, yo tampoco es que prestara mucha atención a Sofía. No nos vamos a engañar, siempre he sentido debilidad por Sam. No puedo negar que el retrato tiene alguna similitud con ella, sin embargo, podría tratarse solo de una coincidencia. Por lo que me han contado, la zona donde los encontraron, estaba poca iluminada, así que lo único que tenemos es la memoria del agente que estuvo con ella. Necesitamos dar con esa mujer, es la única manera de asegurar su identidad.

—Elías, ¿cómo vas a encauzar el interrogatorio?

Javi suelta la pregunta que todos desean hacerme. Como el comisario me ha comentado, al detenido no le han sacado ni una palabra. Tampoco ha confirmado su nombre. Yo tengo experiencia interrogando a personas que no tienen nada que perder, que están dispuestos a morir por lograr su objetivo. Por ese motivo, todos los que están aquí reunidos, creen que soy el único que conseguirá esa información.

—Antes de nada, necesito observar su conducta.

Javi me acompaña hasta la sala contigua donde se encuentra el sospechoso. Me detengo en la puerta, cierro los ojos y respiro hondo. Necesito dejar todo fuera de la sala, acceder con la mente en blanco y analizar sus gestos sin nada que me influya.

A través del cristal, observo al detenido. Está deslizado en la silla, como si estuviera en el sofá de su casa. Tiene la mirada fija en el cristal que nos separa y que a él le devuelve su propio reflejo. Golpea la mesa con los dedos, como si estuviera aburrido de estar aquí. La seguridad que desprende me deja claro que ha notado la urgencia en los agentes.

—Javi, observa su postura, el ritmo de sus dedos, la sensación que te produce su mirada.

—Se encuentra cómodo.

—Se siente con poder —corrijo—. Estoy casi seguro que es consciente de que no tenemos nada, si no ya habría pasado a disposición judicial. Si él no suelta prenda, no podemos acusarle de

mucho. Solo discutía con la mujer, pero no le causó daños; solo podemos acusarle de portar un arma blanca. Necesito que se ponga nervioso, que se agobie, que pierda el control.

—No tenemos mucho tiempo —comenta el comisario—. En cuarenta y ocho horas, tendremos que ponerlo en libertad o en manos del juez. Han pasado casi veinticuatro.

—Si voy ahora, lograré lo mismo que tenemos hasta ahora: su silencio. Estaría bien saber si el arma concuerda con las heridas producidas en las víctimas.

—No debería tardar en llegar —responde Javi—. He llamado al laboratorio hace unas horas, saben que es urgente.

Mi teléfono comienza a sonar, y todos los ojos se fijan en mí. Joder, se me ha olvidado ponerlo en silencio. Lo saco del bolsillo con intención de rechazar la llamada, pero la pantalla se ilumina con el nombre de Sam.

—Es Sam, tengo que responder —informo y le dedico una mirada al comisario, quien me responde con un gesto con la mano para que salga de la sala—. Hola, preciosa —respondo intentando sonar alegre.

—Elías… —Su voz se rompe.

—Sam, ¿te encuentras bien?

—¿Podrías venir a casa? No quiero hablar por teléfono.

La madre que me parió, ¿cómo voy a salir de aquí con el poco tiempo que nos queda? Y, claro, ¿qué le digo a ella para negarme?

—Me pillas muy liado, se me ha acumulado el trabajo durante mi ausencia. Si te viene bien, podríamos cenar mañana. —Un silencio absoluto me responde al otro lado—. Sam, ¿sigues ahí?

—Sí, perdona, ya te he acaparado bastante. No te preocupes, puede esperar.

Su voz se clava de lleno en mi corazón como un puñal, se la oye tan triste. Joder, ha hablado con su jefe. Seguro que sabe que tenemos indicios de que su hermana está aquí.

—Preciosa, dame unos minutos. Déjame que arregle unas cosas y voy para allí. No te muevas de tu casa, ¿de acuerdo?

—Gracias.

Es lo único que dice antes de finalizar la llamada. Andrés va a poner el grito en el cielo. Me acaba de decir que estamos contra reloj, que nos quedan poco más de veinticuatro horas para tomar una decisión con el detenido. Cuando le diga que me voy con Sam, me va a cortar los huevos. No obstante, no me quedaré aquí sabiendo que ella me necesita. Accedo a la sala de reuniones y voy directo al comisario, quien se encuentra junto a Javi revisando unas carpetas.

—Andrés, tengo que irme, volveré lo antes posible.

—¡No me toques los cojones! Elías, acabas de llegar. Sabes que tenemos las horas contadas, ¿a dónde coño tienes que ir?

—Sé de sobra el tiempo que tenemos, pero tampoco puedo hacer mucho aquí. Sam necesita hablar conmigo.

—La idea era que evitaras que se metiera en la investigación, que actuara por su cuenta. Y, en cambio, lo que estás logrando es comprometer tu trabajo.

—Comisario, recuerda que ella también ha recibido una llamada esta mañana. Nos vendría de lujo saber qué le han contado y quién ha sido, así que voy a ir a verla. Prometo que estaré de vuelta con tiempo suficiente para interrogar al detenido antes de tomar una decisión.

—Más te vale, Elías, por tu bien y por el de todos.

Salgo de comisaría y no me detengo hasta llegar a la parada de taxis. Me acomodo en la parte de atrás del primer coche libre, sin controlar los nervios. No entiendo qué me ocurre. Desde que he escuchado la voz de Sam, una sensación extraña ha anidado en mi estómago, comprimiéndolo. Mis piernas se mueven incontrolablemente. Me estoy metiendo en la boca del lobo con los ojos cerrados y me temo que no saldré bien parado.

Llego a casa de Sam en tiempo récord. El taxista le ha dado caña al coche, le pago la carrera y salgo disparado. La puerta del portal está abierta de par en par, y no me paro ni a timbrar. Subo las escaleras de dos en dos con las pulsaciones a mil por hora. Me freno enfrente de su puerta, pero tengo que detenerme para respirar. El oxígeno llena mis pulmones y los latidos de mi corazón comienzan a relajarse. «Yo puedo con esto», me repito una y otra vez como un mantra antes de llamar.

La puerta se abre y la cara de Sam me rompe en mil pedazos. Sus ojos rojos e hinchados no dejan lugar a dudas de que lleva demasiado tiempo llorando. No queda nada de la mujer fuerte y con carácter indomable que he conocido estas semanas. Es una Sam que no conozco, una que se ha dejado dominar por el miedo y me destroza verla en este estado. Mis brazos la rodean y accedo a su casa sin soltarla. Su cara se resguarda en mi pecho y sus lágrimas salen sin control.

—Ya está, tranquila.

La sujeto con fuerza e intento calmarla, acaricio su espalda suavemente, pero nada relaja su angustia. La cojo en brazos y me siento en el sofá con ella sobre mis piernas. Su cabeza descansa sobre mi hombro, sus lágrimas corren veloces por mi cuello. Quiero darle tiempo para que se calme, aunque me siento impotente por no saber qué hacer.

—¿Qué ha sucedido? —le pregunto cuando siento que su respiración se va calmando.

—Lleva tanto tiempo pasando tantas cosas que no sé por dónde comenzar…

—Lo más sencillo suele ser por el principio. —Sam cierra los ojos y respira hondo al escuchar mis palabras.

—¿Recuerdas que te conté que mi hermana había desaparecido al mismo tiempo que finalizaron los asesinatos de hace dieciséis años?

—Sí, aunque ya te dije que podría haberse ido por su propio pie, no tiene por qué haberle sucedido nada —digo intentando reaccionar cómo lo haría una persona que no sabe nada de lo que ella está a punto de contarme.

—No sabemos si se fue o si se la llevaron, si está viva o muerta —dice antes de agachar la mirada, apoyo uno de mis dedos en su barbilla para conectar con su mirada y le acaricio el rostro. Quiero darle las fuerzas que ella es incapaz de encontrar—. Siempre estuvimos muy unidas, no nos llevábamos ni un año. Todo lo hacíamos juntas, hasta que llegó Pablo, nuestro hermano pequeño. Algo se rompió dentro de Sofía. Empezó a alejarse de mí, y a rodearse de personas poco recomendables. No iba a clase, y salía por las noches a hurtadillas. Intenté hablar con ella muchas veces, pero siempre terminaba echándome basura encima. Me cansé, Elías, me cansé de intentar salvarla. ¿En qué me convierte eso?

—En una persona, Sam. No estaba en tus manos salvar a tu hermana, ella tomó sus decisiones.

—Mi familia no opina lo mismo.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque es verdad. —Su cuerpo tiembla entre mis brazos—. Desde que Sofía desapareció, me han echado la culpa por no haber anticipado sus movimientos. Ahora ni siquiera tengo contacto con ellos, se pasan más tiempo viajando por el mundo que aquí. Tampoco avisan cuándo se van o cuándo vuelven. —Un suspiro se escapa de sus labios y sus ojos comienzan a ponerse vidriosos de nuevo, acaricio su pierna con suavidad—. Pablo, mi hermano, solo da señales de vida cuando necesita algo. Está siguiendo los mismos pasos de Sofía, está enredado con el mismo tipo de gente. Cree que yo solo estoy aquí para solucionar sus problemas.

—Qué injusto.

Las palabras salen con rabia de mi boca. Si ahora tuviera a su familia delante, no sé de lo que sería capaz. ¿Qué clase de padres cargan a su hija con esa responsabilidad?, ¿una que debía ser únicamente de ellos? Y su hermano… de él me voy a ocupar yo. Si como dice Sam anda con mala gente, será sencillo dar con su paradero. No le vendrá mal un pequeño susto.

—Es la familia que me ha tocado —dice Sam resignada.

—Es una mierda —respondo—. ¿Nunca has contado con el apoyo de nadie?

—Sí, mi amiga Raquel siempre ha estado a mi lado, es como una

hermana, una de verdad. Más tarde, cuando terminé la universidad, Samuel apareció en mi vida. Es el dueño del periódico en el que trabajo, ha ejercido de padre desde entonces, le debo mucho. Si no fuera por su apoyo, no sé qué habría sido de mí. —Una pequeña sonrisa se escapa de sus labios, aunque no llega a sus ojos.

—¿Qué ha sucedido hoy para que estés así? —Sujeto su mano para entrelazar nuestros dedos. Parece que ese contacto le transmite una calma que pensaba que no llegaría nunca.

—Samuel y yo llevamos años detrás de pistas que nos lleven a encontrar respuestas sobre qué le ocurrió a mi hermana. Ha sido él quien me ha llamado esta mañana para que volviera.

—¿Ha descubierto algo? —pregunto ansioso.

—La policía detuvo anoche a un hombre que amenazaba a una mujer con un arma blanca. Ella ha huido, pero los agentes creen que podría ser mi hermana.

—¿Y cómo conoce tu jefe esa información? No me ha parecido leer nada en la prensa.

—Los periodistas tenemos informantes —me dice elevando sus hombros.

Joder, alguien interno de comisaria se está yendo de la lengua, tengo que decírselo al comisario. Javi… lo vi una vez con Sam. ¿Será él? ¿Les estará pasando información confidencial?

—La cuestión es que Samuel no quiere que vuelva a la redacción —continúa Sam, cortando mis pensamientos.

—¿Por qué?

—Todo este tema me vuelve un poco impulsiva, y no quiere que me ocurra nada. Me ha pedido que permanezca en casa hasta que encuentren a la mujer y se descubra su identidad. Y yo he pensado que, como hemos estado tan bien en la Sierra que, si te parece bien, podrías venirte a casa y hacerme el encierro más ameno. —Se muerde el labio inferior, un gesto que impacta con mi entrepierna.

—Me encantaría, pero tengo que trabajar.

—Ya, perdona, estoy siendo una egoísta. —Su cuerpo comienza a alejarse del mío, pero no se lo permito. La sujeto más fuerte para atraerla hacia mí. Nuestros labios chocan y me pierdo en su sabor, en el calor que me invade.

Joder, no quiero dejarla.

—Vamos a hacer una cosa: tengo que solucionar algo urgente, me llevará un día máximo, y seré todo tuyo. ¿Te encuentras bien para quedarte sola?

—Tranquilo, llamaré a Raquel para que pase esta noche conmigo —contesta algo más contenta.

—Está bien. Si necesitas cualquier cosa, me avisas. Solucionaré todo en la oficina lo antes posible y estaré de vuelta, ni te darás

cuenta de que me he ido.

Me despido de Sam en la puerta de su casa, parece mucho más calmada que cuando llegué. Tengo la sensación de que soltar todo el peso que carga sobre sus hombros le ha venido bien. Me ha permitido conocerla mejor, pero también he averiguado que tenemos un agujero en el equipo. Alguien está soltando demasiada información. Tengo que hablar con el comisario, es el único que encontrará al informante sin que esa persona sepa que lo estamos buscando. Tenemos que dar con él, de ese modo, controlaremos la información que Sam y su jefe reciben. Haré lo que sea por mantenerlos alejados del peligro.

Capítulo 23

Sam

Cuando Samuel y Matías se han ido, todo se me ha venido encima. Los recuerdos, los miedos, las dudas. Me sentía tan perdida, tan sola, que he sido incapaz de controlar la marea de dolor que se instaló en mi interior desde hace dieciséis años. Siempre me he considerado una persona fuerte, que se enfrenta a los problemas de cara y tira adelante con todo. Solo hay una cosa en esta vida contra la que no se puede vencer: la muerte. El resto, en cambio, tiene solución y yo siempre busco el camino que me lleve a la meta. Aunque, cuando llevas tantos años tragando reproches, malas caras, responsabilidades que no te corresponden —y que terminas haciendo tuyas—, es inevitable terminar reventando en algún momento. Mi vaso no ha sido capaz de abarcar nada más y todo se ha desbordado en cuestión de segundos.

Hace unas semanas, al verme en este estado, habría llamado a Raquel. Ella me habría sacado de casa con la intención de emborracharnos como adolescentes y olvidar toda la mierda que llevo dentro. Pero sé que eso no sirve de nada, es como el dicho «pan para hoy y hambre para mañana». Sin embargo, ahora cuento con un bálsamo de calma.

Apenas lo he pensado, cuando he sido consciente, ya tenía su número en la pantalla. Al decirme que no podía, algo se ha roto en mi interior y me ha dejado aún más tocada. Y, a pesar de que ha terminado accediendo, no las tenía todas conmigo. No creía que vendría, pero para mi sorpresa, lo ha hecho. Cuando lo he visto al otro lado de la puerta, me he permitido derrumbarme por completo. Raquel es la única persona con la que me concedo ser vulnerable; sin embargo, con Elías, elegir no está en mis manos. Él logra que todas mis barreras caigan con su presencia. Me siento tan protegida entre sus brazos, tan en casa, que las palabras han salido solas. Se lo he contado todo, me he abierto en canal ante sus ojos y ahora me siento liberada. Nunca he consumido drogas, pero estoy casi segura de que el sentimiento que me embriaga ahora mismo es muy similar al que siente una persona que ha consumido alguna sustancia ilegal.

La puerta de casa se abre de golpe y me trae de vuelta al presente. Apenas me ha dado tiempo para asustarme cuando el huracán Raquel entra en el salón cargada con bolsas.

—¿Qué haces aquí? —pregunto con los ojos como platos. ¿Cómo sabe la loca de mi amiga que he vuelto?

—¿Desde cuándo tengo que pedirte permiso para venir? —suelta muy digna, dejando la compra sobre la mesa del comedor.

—Pero ¿y si hubiera seguido en Madrid?

Me levanto del sofá y me uno a ella en la tarea de guardar la compra. Ha traído casi todo el supermercado: tarrinas de helado, comida china para cenar y guarrerías varias. Esto me confirma que alguien le ha ido con el cuento de mi vuelta y le ha puesto al día de todo. Y, cómo es de esperar, mi amiga ha venido a mi rescate.

—Samuel me ha llamado. Cuando me ha contado lo sucedido, pensaba que te encontraría hecha un asco. —Me observa de arriba abajo. Si no fuera porque la conozco desde que llevábamos pañales, pensaría que tiene rayos X en la visión—. Sin embargo, parece que estás bien.

—Le he dicho a Samuel que yo me encargaba de elegir a mi niñera…

—¿Crees que te ha creído? —me corta mi amiga—. Nena, tú tienes más peligro que un león paseando por las calles de la ciudad.

—Para tener tanto peligro, estoy aquí, en mi casa y en pijama —digo señalando mi indumentaria.

—Ya, no sé, es todo muy raro —dice golpeando sus labios con el dedo índice—. La Sam que yo conozco, después de la bomba que Samuel ha soltado, estaría hecha un mar de lágrimas. ¿Por qué estás tan tranquila? ¿Crees que se equivocan y que esa mujer no es Sofía?

—No tengo ni idea, hay las mismas posibilidades de que sea ella como de que no lo sea.

—Entonces, no entiendo nada. O yo me he perdido un capítulo, o Samuel ha exagerado mucho.

—Te repito lo mismo que le he dicho a Samuel: soy mayorcita, no necesito que me organicéis la vida cada vez que recibo un golpe.

—Puedes decir lo que quieras, aun así, algo no encaja. Llevamos demasiados años juntas como para que digas que, de la noche a la mañana, has aprendido a manejar tus sentimientos y que esta situación no te afecta en absoluto.

—Claro que me afecta, aunque después de hablar con Elías, me encuentro más tranquila.

—¡Espera! ¿Elías es el del bar? Con el mismo que te has ido a la Sierra, ¿verdad? —Asiento—. Claro, ahora comienzo a entender lo que sucede. —Se detiene y busca por los rincones de mi casa, también está gritando a la vez—. ¿Dónde está? Por fin voy a poner cara al maromo. Venga, sácalo del escondite. Clarooo, por eso tienes esa cara de felicidad y llevas ese pijama tan *sexy* con encajes. Ya estaba pensando que te habías vuelto loca y que íbamos a internarte en un manicomio para recuperarte. —Pongo los ojos en blanco ante las palabras de mi amiga. No sé quién de las dos es la que necesita un manicomio de

verdad.

—Estoy sola —informo—. Revisa toda la casa, si así te quedas más tranquila.

—Entonces, ¿tan bien se lo monta que aún te dura el subidón?

—No vas a cambiar nunca.

—No, ni tengo la intención. —Se deja caer en el sofá, justo a mi lado—. Ya estás tardando en contármelo todo. Escondes algo, a mí no me engañas. Además, desde que hablamos la última vez, cuando llegasteis a la Sierra, no me has dicho ni mu. ¿¡Qué coño!? Si me he enterado por Samuel que has vuelto. Qué poca vergüenza, dejarme tirada por un maromo… Dime que, al menos, te ha puesto mirando para Burgos y que te has corrido como una loca.

Ignoro a Raquel y me vuelvo a acomodar en mi sofá. No tiene remedio, aunque sé que no se detendrá hasta que no me saque hasta el último detalle.

—Tengo órdenes de no moverme de tu lado hasta nuevo aviso. Me he traído todo lo necesario para trabajar desde aquí, así que tú misma.

—Ni de coña, me da igual lo que Samuel te haya dicho. Hoy, si quieres, te puedes quedar, pero mañana te largas de mi casa.

—Es cierto que sí que me has cambiado, por eso me he tenido que enterar por Samuel. Tú has buscado niñero en otro sitio, perra.

Raquel me observa con una sonrisa que da miedo. Cuando se pone así, es peor que el mismísimo diablo.

—Está bien, ¡qué pesada puedes llegar a ser! Sí, Elías ha estado aquí y volverá mañana después de que solucione unos asuntos del trabajo.

Raquel se tira a mi lado y aplaude como una verdadera loca.

—¡Lo sabía! Samuel está muerto de preocupación, pobre hombre. Se piensa que estás llorando por las esquinas como un alma en pena, y en cambio, estás feliz de la vida.

—Bueno, a ver, feliz de la vida tampoco. Cuando Elías llegó, me parecía más a la descripción que Samuel te ha dado que a la que estás viendo tú ahora.

—Qué buena polla tendrá el maromo para quitarte las penas a base de orgasmos…

—Qué idiota eres —digo entre risas—. No ha sucedido nada, solo se ha pasado unos minutos para consolarme. Cuando me he tranquilizado, se ha ido. Tiene que cerrar los temas pendientes de su trabajo.

—Me cago en la puta, ¡tú te estás pillando por el maromo! Nena, la idea era que te dejaras llevar, que desempolvaras el chichi, pero ¿enamorarte? ¿Estás loca?

—Ni enamorada ni leches, deja de decir gilipolleces. Nos llevamos bien, es divertido, me siento cómoda a su lado, puedo ser yo misma.

Y, bueno, el sexo es la hostia; me hace tocar el cielo.

—Joder, te hemos perdido —me corta tapándose la cara con las manos y negando.

—Raquel, ¡no me toques las narices! No es nada de eso. Elías es una persona que me hace sentir bien y necesito rodearme de personas que me den calma, no que me estén recordando la mierda que hay a mi alrededor.

—Está bien, me rindo —dice levantando las manos—. Cuando te des una hostia contra la pared, hacia la que vas directa con los ojos vendados, no digas que no te lo advertí.

Paso olímpicamente de sus últimas palabras y me voy a la cocina a sacar platos y cubiertos para cenar. Me muero de hambre, no he comido nada desde el desayuno. La comida china huele tan bien que, desde que Raquel ha comenzado a sacar envases, no dejo de salivar. El sonido de un mensaje detiene mis movimientos.

Elías
Preciosa, de la comida de mañana me encargo yo.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro sin que pueda controlarla. ¿Raquel tendrá razón? ¿Estaré comenzando a sentir por él algo más que una amistad? No, no puede ser eso. Apenas nos conocemos, ¿cómo me voy a enamorar de una persona con la que solo he compartido unos días? Es imposible. Solo me hace sentir bien, tiene que ser eso. El amor es otra cosa, ¿verdad? Respondo a su mensaje con un «Genial» y vuelvo al salón con mi amiga. Sé que hoy toca noche de chicas y de confesiones. Raquel es imparable y no me va a quedar otro remedio que contarle hasta el último detalle de mis días en la Sierra con Elías.

Capítulo 24

Elías

Llego a comisaría con el corazón a mil por hora. Yo, el hombre que lleva años en países en guerra, está de los nervios por una mujer. Tengo que ser sincero: no es por el caso, no es por un loco que mata mujeres desde hace dieciséis años, no es por todos los frentes abiertos, ni siquiera es por acabar de descubrir que en comisaría hay una persona —o varias— que se pasan por el forro de los cojones que un juez decrete el secreto de sumario para una investigación en curso. No, qué va, mi puto problema es Sam. Se ha colado hasta el fondo de mis pensamientos. Cuando se ha derrumbado ante mis ojos, lo único que se me ha pasado por la cabeza es acabar yo mismo con todo aquel que pretenda borrar su sonrisa. Porque es ella, joder. Ella es la única capaz de destruir todo lo que he levantado en estos años. Podría aplastarme como a una cucaracha, si ella quisiera. Cuando la tengo cerca, todo desaparece y ella es la que ocupa todo el maldito espacio.

Accedo al interior y voy directo a la sala de reuniones, donde el equipo sigue trabajando como locos. El reloj no da tregua y el tiempo se nos termina. Todo continúa igual que cuando me he ido. El ambiente está tan tenso que se podría cortar con un cuchillo. Me detengo antes de llegar y observo a los agentes, a todos ellos. ¿Quién será el informante del jefe de Sam? A la mayoría de ellos, no los conozco como para hacer una valoración. Y, a los que conozco, tampoco me dan la seguridad de poner la mano en el fuego. Javi, por ejemplo, no es la primera vez que le pasa información a Sam. Sin embargo, ¿sería capaz de hacerlo ante un secreto de sumario?

—Comisario —lo llamo asomándome por la puerta de la sala, todos levantan la mirada de los documentos que tienen sobre la mesa —, necesito hablar con usted, en privado.

Y no le doy tiempo a responder, salgo directo a su despacho. Andrés no tarda ni un minuto en entrar por la puerta y cerrar tras él.

—¿Qué sucede? —Se acomoda en su silla. Sus ojeras se marcan bajo sus ojos, como una señal luminosa de que el cansancio está causando mella en su cuerpo.

—La llamada que Sam recibió fue de su jefe. Al parecer, tienen un informante en comisaría que les pasa información.

—Elías, eso no es nuevo. Los periodistas recurren a quien sea para conseguir el mayor número de información, es su trabajo.

—Andrés, saben que se baraja la posibilidad de que la mujer sea

Sofía.

Los ojos del comisario se salen de sus órbitas ante mis palabras. Sé que no es nada nuevo, que forma parte de nuestra labor y que es mejor dar información a la prensa antes de que se la inventen. Sin olvidar que, muchas veces, es la misma policía la que maneja la información que sale publicada. Aunque, en esta ocasión, estamos hablando de información reservada. Si llega a oídos de esa mujer, que ya ha huido una vez, todo estará perdido.

—¿Sospechas de alguien?

—No. Al poco de comenzar con la investigación, fui testigo de un encuentro entre Sam y Javi. Él no le contó nada y, al parecer, lleva tiempo sin hacerlo. También tengo que decir que Javi me vio, así que no sé si eso influyó en su forma de actuar.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Me aseguró que, aunque le había pasado información en el pasado, era consciente de que el tema no le hacía ningún bien a Sam. Según Javi, no le ha contado nada relacionado con el caso.

—Javi es uno de mis mejores agentes.

—Y uno de mis mejores amigos. No quiero desconfiar de él, pero alguien del equipo está hablando más de la cuenta. Tendríamos que dosificar la información para ir descartando. Una vez localizado, lo usaremos a nuestro favor.

—¿Qué has pensado? —me pregunta frotándose la barbilla.

—Tú los conoces mejor que yo. Selecciona dos grupos, y a cada uno, le contaremos algo diferente. Una pista suculenta, pero que no se parezcan en nada. La que llegue a oídos de Sam, reducirá a los posibles informantes. Estará en manos de muy pocos, por lo que no será difícil dar con él. Cuando sepamos quién es, le daremos la información que nosotros queramos. De esa forma, llevaremos a Sam y a su jefe a donde queramos.

—Está bien, déjame pensar. ¿Te ha contado algo más?

—Estaba destrozada. Me ha explicado el cambio que dio Sofía cuando nació Pablo, se juntaba con malas compañías. Que se esfumó de la noche a la mañana, y la relación que tiene con su familia después de la desaparición.

—Desde el principio, su familia siempre la culpó a ella. Con el paso del tiempo, sus padres dieron por perdida a Sofía y se rindieron. No se dieron cuenta, o sí, no estoy seguro, pero por el camino, también perdieron a Sam.

—Me ha hablado algo de su hermano, dice que sigue los pasos de Sofía —digo apoyando los brazos en el respaldo de la silla—. ¿Has pensado en tirar de ese hilo?

—Ni me hables de ese muchacho, no es la primera vez que pasa unas noches en el calabozo. Se relaciona con lo peorcito de cada casa.

Tienes su informe completo en el sistema, por si quieres echarle un vistazo, aunque son delitos menores.

—No está de más tocar todas las puertas que podamos. —Andrés afirma con la cabeza sin interrumpirme—. Tengo que contarte algo más.

—Tú dirás.

—El jefe de Sam le ha pedido que se mantenga al margen, ha llegado a la misma conclusión que nosotros y no se fía de ella. Sam me ha pedido que me quede en su casa, creo que ni ella se ve capaz de estar sola. Ya he conseguido que se abra a mí y que confíe. Si estoy a su lado cuando más me necesita, tendré la situación controlada.

—¿Qué pasa con el detenido?

—Por eso estoy aquí, le he dicho que tengo que solucionar unos temas del trabajo. Ya sabes, soy abogado y eso conlleva una gran responsabilidad con mis clientes. —Le guiño un ojo a Andrés al nombrar la profesión que me da coartada—. Cuando vuelva a su casa, le diré que he retrasado todos mis casos y que los urgentes se los he pasado a algún compañero. Si pasa algo, si necesitas que vuelva, solo tienes que llamarme y decir que ha surgido un problema. No sé, le diré que el caso se ha complicado, que hay alguna dificultad con las pruebas. Yo qué sé, ya me inventaré algo. Y vendré a la comisaría de inmediato.

—Ya entiendo la insistencia de tu padre para que hablara contigo. Antes de poner un problema sobre la mesa, ya tienes la solución. Solo espero que no te pilles los dedos con todo esto, te estás involucrando más de la cuenta con ella.

—¿Qué sabemos del arma? —pregunto para cambiar de tema. Soy muy consciente de que me he metido en un buen lío, y que he cruzado una línea que debería haber marcado con fuego. Aunque lo hecho, hecho está, y ya nada puedo hacer para cambiarlo.

—No es la misma —responde indignado—. Según el informe, la profundidad de las heridas encontradas en los cuerpos no corresponde con el tamaño de la hoja. No tenemos nada. Sin la mujer, solo disponemos de la palabra de los agentes y a un hombre con un cuchillo.

—Joder —me paso ambas manos por el pelo—, pensaba que ya lo teníamos.

—No sé, Elías, algo me dice que hay algo más. Sin embargo, sin pruebas o sin una confesión, lo único que tengo es intuición. Tú eres mi última carta. Si no logras sacarle nada, tendré que dejarlo libre.

Salgo del despacho de Andrés con toda la presión sobre mis hombros. Suelen decir que, cuando el río suena, es porque agua lleva. Me sucede lo mismo que al comisario, algo me dice que esto no ha sido solo una bronca de enamorados. Hay mucho loco suelto por el

mundo, pero son muchas las coincidencias con el caso. Vamos a ver qué nos cuenta el detenido, aunque lo que más me interesa a mí, es lo que confiesa a través de su cuerpo y de sus gestos. La comunicación no verbal puede desvelar más pistas que las palabras.

Llego a la sala donde está el detenido. Me detengo frente al cristal, y observo que, a pesar de llevar más de veinticuatro horas en comisaría, se mantiene sereno. Sigue sentado de la misma forma que antes: las manos unidas sobre la mesa, la mirada fija en el frente hacia el cristal que nos separa, su rostro no muestra ni una mínima mueca, sus labios están sellados en una línea recta. Si no fuera consciente de que no tiene ninguna posibilidad de observarme, pensaría que me está estudiando de la misma manera en que lo estoy haciendo yo con él. Cojo aire y accedo a la sala con paso firme. Me acomodo frente a él, quien ni siquiera ha parpadeado ante mi presencia.

—Estás aquí porque te han encontrado en posesión de un arma blanca con la que amenazabas a una mujer…

—Según los dos que me han detenido. —Su voz firme interrumpe mis palabras, no hay duda en ella.

—El arma está aquí, es una prueba. Sin contar que esos agentes están bajo juramento, por lo que sus palabras son creíbles.

Le acerco la imagen de su cuchillo, pero no le presta ninguna atención. En cambio, sus ojos conectan con los míos para intimidarme.

—No voy a negar que es mía, aunque no es suficiente para mantenerme aquí. Si no recuerdo mal, cumple con las normativas. —Me agarra la muñeca para observar la hora en mi reloj—. Además, ya habréis recibido el informe de que está limpia.

Su confianza me está poniendo de mala hostia; sin embargo, me mantengo sentado. No me puedo permitir el lujo de perder los nervios en su presencia. Este cabrón sabe muy bien que no tenemos nada contra él y empiezo a dudar de que vaya a sacarle algo interesante.

—Tu acompañante no dice lo mismo. —Se me están acabando los recursos y este es mi as bajo la manga. Algo que nos diferencia es que yo tengo algo más de información—. Ha llegado muy asustada a comisaría. Está segura de que, si los agentes no hubieran aparecido, le habrías hecho daño.

Una escalofriante risa, de esas tan falsas que dan miedo, retumba por la sala. Parece que mi último recurso no ha funcionado.

—No habéis hablado con ella, dudo incluso que esté aquí. No tenéis nada contra mí. Podemos seguir hablando las horas que queden, pero al final tendréis que dejarme marchar.

Salgo de la sala con la frustración corriéndome por las venas, ha sido imposible extraer nada de ese tío. Esa seguridad que tiene me saca de mis casillas. No sé cómo está tan convencido de que la mujer nos ha dado esquinazo. No ha dudado ni una vez, en nada.

Llego a mi despacho con la furia calentando mi alma. Joder, es la primera vez que me toman el pelo de esta manera. Tendremos que dejarlo marchar con una amonestación por portar un arma blanca y una reprimenda. No obstante, pongo la mano en el fuego de que ese gilipollas sabe más de lo que dice. Que algo esconde y no solo él, sino ella también. Estoy seguro de que la mujer es una pieza clave en todo este embrollo. Si no, ¿por qué ha huido?, ¿por qué él está tan seguro de que no estaba asustada?

Tiro todo lo que hay sobre el escritorio para liberar la rabia que se apodera de mi interior. El suelo del despacho se llena de papeles, de bolígrafos, y yo me dejo caer en la silla con la cara entre las manos.

Seguimos en un puto callejón sin salida.

Capítulo 25

Sam

Me despierto en mitad de la noche sobresaltada. Un sudor frío me cubre el cuerpo, llevo la mano al pecho para recuperar la respiración y para que mi corazón deje de latir descontrolado. Observo a mi amiga, que duerme a pierna suelta y en una postura imposible. Uno de sus brazos está retorcido como una contorsionista de circo, y una pierna le cuelga por fuera del colchón. Raquel es atípica hasta para dormir.

Salgo de la cama con sumo cuidado. La madera cruje bajo mis pies y me freno en seco por miedo a despertarla. El silencio vuelve a llenar el dormitorio. Compruebo que mi amiga sigue en estado catatónico antes de recorrer el camino que me lleva al salón.

Me dejo caer sobre el sofá, sujeto un cojín entre mis manos y unas lágrimas corren libres por mi rostro. Ni siquiera sé la razón por la me encuentro en este estado. El nudo que aprieta mi estómago provoca esta necesidad irremediable de derramar lágrimas sin control. No puedo decir que haya tenido un mal sueño; tampoco sé nada nuevo sobre el caso o sobre mi hermana. Nada, no ha sucedido nada en las horas que han pasado, aunque tampoco han sido tantas.

En la última conversación con Samuel, me ha dicho que han liberado al detenido, que el arma blanca no coincidía con la utilizada en los asesinatos. No hay rastro de la mujer que lo acompañaba, es cómo si se la hubiera tragado la tierra. Sin ella, no pueden retener más tiempo a ese hombre. Así que, de nuevo, no tenemos ni una sola pista que me acerque a Sofía.

De Elías tampoco sé mucho más. Después del mensaje en el que decía que se encargaba de traer la comida, solo he recibido otro de buenas noches. Debe de estar muy liado, y lo comprendo. Acaba de pasar unos días conmigo y en ninguno de ellos lo he visto trabajar. Y yo, desesperada, le vuelvo a pedir que deje todo de lado para que me acompañe en un encierro que no sé hasta cuándo va a durar. No ha puesto ni una pequeña pega en ninguna de las dos ocasiones, así que es lógico que tenga que dejar todo atado para alejarse otra vez del trabajo. Aunque eso no quita que me habría encantado recibir una llamada, después de todo lo que hemos compartido estos días… Desde que abrí mi corazón por completo, esperaba un poco más de atención por su parte. Sin embargo, ¿puedo pedirle más de lo que ya ha hecho?

—Sam, cielo, ¿qué haces aquí?

Abro los ojos lentamente, y me masajeo el cuello para recuperar su

movilidad. Me he quedado dormida en el sofá, en una postura de lo más incómoda. Raquel me observa con una mezcla entre preocupada y triste.

—Tranquila, anoche me desvelé y no quería molestarte. Vine al salón a relajarme y, al parecer, me quedé dormida.

—¿Estás bien?

—Sí. Venga, vamos a desayunar.

Salgo disparada hacia la cocina. No es que no quiera hablar de ello, es que no sé qué me sucedió anoche. ¿Qué le voy a decir? Lo mejor es dejarlo pasar, es posible que sea consecuencia de la tensión acumulada. ¿Para qué la voy a preocupar sobre algo que ni yo misma sé lo que ha sido?

—Raquel, ¿qué planes tienes para hoy? —pregunto mientras dejo una taza de café frente a ella—. Sabes que no hace falta que trabajes desde aquí.

—¿Me estás echando? —me pregunta seria.

—En absoluto, solo era una apreciación.

Me siento a su lado en la barra de la cocina con mi taza de café, calentándome las manos.

—Ya, claro, yo creo que no quieres que esté por aquí cuando llegue tu maromo. Si no te conociera, pensaría que no quieres que lo conozca. —Raquel da vueltas al café sin apartar su mirada de la mía.

—El sarcasmo no te pega para nada. No es que no quiera que lo conozcas, pero me da miedo lo que puedas soltar por esa boquita que te caracteriza. Que tú tienes mucho peligro, Raquel, no piensas lo que dices y eres capaz de espantarlo con tus burradas.

—Amiga, qué poca fe tienes en mí —reprocha—. Y qué pedazo de hostia te vas a pegar cuando te des cuenta de que ese tío te interesa más de lo que quieres creer —me suelta antes de dar un trago a su café.

Niego con la cabeza a las palabras de mi amiga, ya es la segunda vez que me dice lo mismo y no tiene razón. Que Elías me atrae, eso es innegable; que estoy cómoda a su lado, también; que me inspira confianza, también ha quedado claro. Pero de ahí, a que sienta algo por él, es una auténtica locura. ¿Cuánto hace que lo conozco?, ¿un mes, quizá? ¿Cómo voy a tener sentimientos por una persona a la que apenas conozco?

◆◆◆

Hace un día precioso. El sol calienta mi pequeña terraza, por lo que aprovecho a disfrutarlo acompañada de un libro. Mi amiga, en cambio, ha invadido mi comedor para trabajar. Hace tanto que no me

dejo seducir por una historia, que ya se me ha olvidado la última vez que dejé que el tiempo corriera, mientras yo volaba entre las páginas de una buena novela. Además, me viene de maravilla para dejar la mente en blanco. Lo que más me gusta de la lectura es, precisamente, eso. Lo fácil que es olvidar todo cuando te abandonas a la historia que tienes entre las manos.

—¿¡No piensas abrir la puerta de una maldita vez!? —Los gritos de mi amiga me sacan de golpe de la lectura.

—¿Qué dices?

—Joder, que abras la puerta. No sé quién coño lleva cinco minutos con el dedo pegado al timbre.

—¿Por qué no has abierto tú? —protesto a la vez que avanzo hacia la puerta de entrada.

—No estoy en mi casa —escucho de lejos.

Desde la cámara, observo la preciosa sonrisa de Elías, quien muestra la bolsa de comida italiana que trae consigo. Abro sin dudar. Una emoción desconocida me invade, junto a unas ganas locas de saborear sus labios. Salgo al descansillo para esperarlo, así le prevengo sobre Raquel.

A los pocos minutos, las puertas del ascensor se abren. Elías sale tan guapo que tengo que contenerme para no abalanzarme sobre él. No viste fuera de lo normal; va con una camisa azul cielo que resalta sus preciosos ojos, unos vaqueros que se ajustan a su cuerpo —y que marcan su entrepierna abriendo mi apetito—, y ese pelo alborotado que incita a mis dedos a enredarse por él.

—Hola, preciosa. —Elías se acerca a mí, me rodea la cintura con su mano libre y me acerca tanto a su cuerpo que su respiración golpea contra la mía—. ¿Qué tal estás?

—Ahora estoy muchísimo mejor.

Mis palabras se pierden entre sus labios, los cuales han capturado los míos antes de que termine la frase. Su lengua se interna ansiosa en mi boca, mis manos se enredan en su pelo y lo atraigo más hacia mí. El deseo nos invade llenándolo todo, hasta que un carraspeo me recuerda que nos encontramos en el portal.

—Dejad de dar el espectáculo como dos adolescentes en celo y entrad antes de que a tus vecinos les dé un infarto.

La madre que parió a Raquel, ¡no puede mantener la bocaza cerrada! Observo a Elías. Está perplejo, y no hace más que abrir y cerrar los ojos sin apartar la mirada de mí. Me disculpo con una mueca por no avisar antes de que mi amiga está en casa. Al instante, me relajo tras ver una sonrisa ladeada en el rostro de Elías.

—Elías, esta es la inoportuna de mi amiga. Tranquilo, en nada recogerá todas sus cosas y se largará a su casa o a donde le dé la gana.

—Claro, se nota que él te da algo que yo no pienso darte nunca. —

Me tapo la cara ante la salida de tiesto de mi querida amiga, a quien estaría dispuesta a matar con mis propias manos—. Por cierto, Elías, es un verdadero gusto conocerte. Sam se ha quedado muy corta al hablarme de ti.

—Gracias, supongo. A mí también me ha hablado de ti, aunque no me había contado que tienes tanto sentido del humor.

Entro en casa, seguida de Elías y Raquel, que se han enzarzado en una conversación sobre quién de los dos me ha sonsacado más detalles sobre la vida del otro. Yo solo espero que a mi amiga no se le ocurra mencionar nada relacionado con nuestra escapada a la Sierra. De lo contrario, tendré que acabar con ella, lenta y dolorosamente.

—Raquel, ¿qué tal si comienzas a despejar mi salón y te vas? Seguro que tienes muchas cosas que hacer.

—¿Qué pasa?, ¿tienes miedo de lo que pueda decir?, ¿o te mueres de ganas por quedarte a solas con este pedazo de hombre? —suelta y señala a Elías, quien se parte de risa apoyado en la encimera de la cocina.

—Por mí, no hay problema —dice Elías—, he traído comida de sobra.

—¿Ves? A ver si aprendes, nena, a esto se le llama educación, por si se te ha olvidado. Gracias, Elías, pero mejor os dejo solos. No quiero que a Sam le salga la vena asesina y termine con mi vida —dice mientras sale de la cocina—. Aunque, no te preocupes, seguro que a partir de ahora nos vamos a ver más a menudo.

—¡Raquel! —la prevengo. Madre mía, o sale de mi casa o la sacaré a patadas de aquí.

—Vale, vale, ya me voy. De verdad, ¡qué pesada te pones cuando quieres!

Raquel recoge todas las cosas que tiene esparcidas por la mesa: mil planos, fotos, lápices… y se prepara para irse. Elías nos observa en silencio desde el sofá sin perder la sonrisa, se lo está pasando de maravilla. Mi amiga está a punto de abrir la puerta, y yo estoy a un segundo de saltar de alegría cuando se gira hacia nosotros.

—Elías, una cosa antes de irme: a ver si consigues que mi amiga se corra bien, seguro que puedes hacerlo mejor que en la Sierra, aún la veo demasiado irascible.

Le lanzo con todas mis fuerzas un cojín que se estrella contra la puerta. La muy cabrona lo ha soltado tal cual y ha salido por patas, ¡se habrá quedado a gusto! Ya la pillaré, ya. La risa frenética de Elías acaba conmigo. No sé si comérmelo a besos por tomarse las tonterías de mi amiga con ese buen humor o matarlo por darle alas a la loca de Raquel. Miedo me da cuando estos dos pasen más tiempo juntos.

—Esa chica es la bomba —dice sin controlar la risa.

—Sí, vamos —nótese la ironía—. Cuéntamelo cuando hayas

compartido treinta y cinco años con ella.

—Seguro que no te aburres.

—Con Raquel, esa palabra no existe.

—¿Ves? En el fondo, la adoras y lo sabes.

—En eso te daré la razón, aunque también quiero matarla.

Me acomodo a su lado en el sofá y su brazo me estrecha contra él, dándome una maravillosa sensación de hogar que desde hace años solo siento en contadas ocasiones.

—¿Has solucionado todo lo del trabajo? —Elías deposita un suave beso en mi cabeza.

—Sí. Después de los días fuera, tenía bastante trabajo acumulado en el bufete; aun así, no pasa nada, lo más urgente lo he delegado en un compañero. El resto puede esperar, aunque les he pedido que me avisen si surge algún problema.

Conectamos nuestras miradas y su mano acaricia mi mejilla.

—Elías, si en algún momento tienes que irte, no te preocupes. Estás haciendo bastante por mí, no quiero que tengas problemas en el trabajo por mi culpa.

—No te preocupes por eso, todo está solucionado. Si ocurre algo que necesite mi presencia, iré a la oficina y volveré tan rápido como sea posible. Mientras tanto, soy todo tuyo.

Me siento a horcajadas sobre él y mis labios chocan contra los suyos con ansia. Un deseo que nace desde lo más profundo de mis tripas y que empieza a ser incontrolable. Algo muy bueno he tenido que hacer en mi vida para que el karma me envíe a una persona tan increíble como Elías. No todo el mundo estaría dispuesto a dejar su vida en pausa por una persona a la que aún está conociendo. Muchas veces, ni siquiera lo hacen por las que llevan años en su vida.

Es verdad que yo cuento con gente que siempre está dispuesta a lo que esté en su mano por ayudarme, por verme sonreír. Personas que me conocen como la palma de mi mano; Raquel, que lleva en mi vida tantos años como los que llevamos en este mundo; o Samuel, que comenzó siendo mi mentor, y con quien he compartido mil confidencias, y que se ha portado como un verdadero padre.

Sin embargo, Elías no me conoce de nada. No sabe nada de mi pasado y de mi lucha. Y, aun así, no ha dudado en ayudarme, en dejarlo todo para seguirme. Con todo el daño y el dolor que leo cada día en las noticias de la redacción, me devuelve la esperanza en la humanidad, en descubrir a una persona tan generosa como él. No sé cuánto durará lo que está surgiendo entre nosotros. Si será algo pasajero, si terminará cansándose de mi locura de vida. O si, en cambio, se mantendrá a mi lado. Lo que sí sé es que pienso aprovechar cada día que pasemos juntos como si fuera el último. Ya está bien de pasarme la vida pensando en lo que ocurrirá mañana.

Capítulo 26

Elías

Sam y yo llevamos casi una semana compartiendo casa. Durante estos días, todo ha estado demasiado tranquilo. Me comunico con Andrés y Javi a través de mensajes en momentos puntuales, en los que ella se encuentra al teléfono o corrigiendo algún artículo para el periódico. Su jefe se encarga de mandarle suficiente trabajo para mantener su mente ocupada. El resto del tiempo, yo me ocupo de que no le queden fuerzas para dar vueltas a nada, aunque no siempre lo consigo.

Algunas noches se despierta hecha un manojo de nervios, con sudores fríos, la respiración acelerada y con la sensación de que algo malo va a ocurrir. Una vez la encontré en el cuarto de baño, sentada en el suelo, abrazada a sus piernas y con el rostro oculto entre sus brazos. Me partió el corazón por completo, se la veía tan vulnerable. Por mucho que intenté calmarla, no había manera; nada de lo que le decía llegaba a tranquilizarla. Su llanto desgarrador me hacía sentir tan impotente, tan inútil, hasta que la cogí en brazos y su cuerpo se amoldó al mío. Ella acomodó su rostro en la curva de mi cuello, la sujeté con fuerza y la llevé a la cama. Me tumbé con ella, me sujetaba tan fuerte que ni pensé en dejarla sola. Su piel estaba helada, así que —sin soltarla— cogí el edredón para arroparla. Parecía un ángel, tenía la nariz fría y su cuerpo quería fundirse con el mío. No podía dejar de observarla. Empezó a temblar, la estrujé contra mí y, finalmente, se quedó dormida. Aquella noche no fui capaz de volver a conciliar el sueño.

Desde ese momento, se ha creado un ritual entre nosotros. Cuando Sam se despierta con esa sensación de angustia, se cuela entre mis brazos y la aprieto tanto contra mí que podríamos fusionarnos en una única persona. En cambio, yo necesito contar hasta cien para controlar mi impulso y que no se haga evidente lo que siento cuando tengo su culo pegado a mí. Su olor a vainilla me atrapa y no soy capaz de quitarme su imagen desnuda sobre mí, gimiendo como una loca. En resumen: desde que ella se despierta, ha terminado la noche para mí. Las primeras fueron una tortura, lo único que deseaba era despertarla y devorar cada centímetro de su cuerpo. Sin embargo, ella necesitaba descansar y yo no iba a ser tan egoísta.

En esos momentos del día, son los únicos en los que me permito centrarme en el caso. La mujer misteriosa es lo que más me angustia,

las dudas por saber si de verdad es Sofía. Necesitamos dar con esa mujer, desvelar el misterio y darle un poco de paz a Sam. Para bien o para mal. Lo peor de esta situación es la incertidumbre de no saber nada. Muchas veces, aunque las noticias sean malas, solo con saber qué ha pasado, ya calma el alma. Y eso es lo que quiero para ella: que encuentre serenidad, que deje atrás el dolor que lleva demasiado tiempo dentro y halle su camino sin lastres. No obstante, soy consciente de que no tengo ni la menor idea de por dónde comenzar a buscar.

◆◆◆

Me asomo al despacho de Sam con una taza de café recién hecho. Lleva horas ahí dentro. No puedo evitar quedarme apoyado en la puerta, observando lo preciosa que está. Su pelo suelto cae sobre su hombro izquierdo, sus dientes aprietan con suavidad su labio inferior, y mi polla siempre reacciona a ese gesto poniéndome cardiaco. Tengo que confesar que adoro observar a Sam trabajar, es alucinante la pasión que desprende cuando se concentra. A pesar de estar tan abstraída, se la ve muy feliz. Se nota que le apasiona lo que hace y eso se filtra por cada poro de su piel.

—¿Eso es para mí? —Las palabras de Sam me traen de vuelta a la realidad.

—Claro, he pensado que te vendría bien.

Me acerco a ella, dejo la taza humeante sobre la mesa y me coloco tras la silla para apoyar mi cabeza en su hombro. Aspiro el increíble olor que desprende su cuello. Sam acerca su cara a la mía y ronronea como un gato.

—¿Te he dicho que estás preciosa cuando trabajas?

—No me suena.

—Pues lo estás, podría pasarme horas observándote.

—¿Solo observando? —Su lengua recorre mis labios, juguetona.

Mis manos descienden por sus hombros, me detengo en sus pechos y los acaricio con calma. Me gusta sentir cómo sus pezones se endurecen. Mi boca no da tregua a su cuello, sé de sobra que es su punto débil. Lo recorro a besos, desde el lóbulo de su oreja hasta su clavícula. Su respiración se acelera por momentos, y no es capaz de permanecer quieta en la silla. No deja de moverse para quedarse frente a mí, pero he sido más rápido que ella y mi pierna impide que la silla pueda girarse.

—Elías, por favor…

Me cuelo por el interior de sus pantalones deportivos y ataco su clítoris sin piedad. Los gemidos de Sam inundan el espacio,

poniéndome duro como una puta piedra. Uno de mis dedos se infiltra en su interior.

—Estás empapada, preciosa —le susurro al oído.

—Fóllame de una vez —me exige con furia, con sus manos en mi nuca tirando de mí.

—Sus deseos son órdenes.

De un manotazo, despejo la mesa y tiro al suelo algunos de los papeles. Me deshago de ese pantalón que me impide disfrutar de ella con libertad y siento a Sam sobre el hueco libre. El mío no tarda en acompañarlo. Hay tanto deseo en su mirada que podría correrme solo con una caricia. La penetro de una estocada y tengo que detenerme para no terminar en un segundo como un adolescente. Sus piernas rodean mi cintura y me atraen hacia ella. Comienzo a moverme sin perder el contacto visual. Su coño me presiona tanto que podría volverme loco, no voy a aguantar mucho.

—Tócate, preciosa.

Sam no duda, y su mano sale disparada hacia su clítoris retorciéndose de placer. Acelero mis acometidas sintiendo como mi ingle se tensa. En un par de estocadas más, me corro como si tuviera quince años, y ella me sigue en esta caída al vacío mientras gime mi nombre. Me dejo caer en la silla y la llevo conmigo. La rodeo con mis brazos y acaricio su espalda mientras nuestras respiraciones vuelven a la normalidad. Su cabeza reposa sobre mi hombro, una de sus manos sube y baja por mi pecho. Podría pasarme la vida con ella entre mis brazos, desnudos, acariciándonos, sintiéndonos. Estoy jodido, estoy muy jodido.

—Elías. —El manotazo de Sam me trae de vuelta a la realidad, sus ojos están fijos en los míos—. Por fin me escuchas, tu teléfono lleva sonando un rato.

—Qué le den, estoy muy a gusto aquí.

—Puede ser importante.

—Mmm. —Escondo mi cara en su cuello, quiero olvidar todo lo que esté fuera de estas cuatro paredes. No quiero volver a la realidad, quiero quedarme para siempre en esta burbuja que hemos creado.

—Elías, podría ser del trabajo.

Sam se levanta y comienza a vestirse. Se acabó la paz. Me acerco al salón, donde mi teléfono descansa en uno de los muebles. Al encender la pantalla, veo que tengo dos llamadas de Javi. Presiono sobre ellas y espero a que responda con la ansiedad anidando en mis tripas.

—Mira que es difícil que contestes al teléfono cuando te llamo.

—Estaba ocupado.

—Prefiero no saber más. Tenemos que hablar, pero no puedes venir a comisaría.

—¿Por qué?

—Porque está lleno de prensa. Desde que el comisario ha reducido el número de agentes que recibimos la información, los periodistas han acampado en la calle a la espera de noticias. Si alguien repara en ti, comprometería tu tapadera ante Sam. Me imagino que no querrás que eso suceda.

—No. —Cierro la mano en un puño con rabia, cada vez se complican más las cosas

—Me lo imaginaba. Supongo que ella anda cerca, por eso no puedes hablar mucho. —Observo a mi alrededor para asegurarme de que Sam sigue en el despacho—. Voy al grano: hay un parque antes de llegar a mi casa, ¿sabes cuál te digo?

—Sí.

—Enfrente de la entrada sur, hay un local en alquiler. Nos encontramos allí dentro de media hora. No tardes.

—De acuerdo.

Joder, ¿qué ha pasado? ¿Qué le cuento a Sam para irme? Me froto la cara con la mano e intento encontrar las palabras adecuadas para no levantar sospechas. Me giro sobre mí mismo para ir en su busca.

—Tienes que irte. —Sam me mira apoyada en el marco de la puerta del salón.

—Sí, mañana uno de mis casos va a juicio, y el compañero que se está ocupando no encuentra una documentación fundamental. Me ha llamado porque creía que la tenía yo, pero dejé todo en el despacho. Tengo que ir al bufete y dar con esos papeles cuanto antes.

—No pasa nada, aprovecharé para terminar lo que has interrumpido antes —me responde guiñándome un ojo.

—Aprovecha bien el tiempo, preciosa, no tengo intención de tardar mucho. Y, cuando vuelva, pienso desconcentrarte durante horas.

—Suena perfecto.

La atrapo y deposito un suave beso en su cabello. Estoy tan bien con ella que no me apetece dejarla sola. Lo que más deseo es pasar el mayor tiempo posible con ella. Si lo pienso en frío, no sé cuánto durará lo que hemos creado, y no quiero perder ni un segundo lejos de ella. Lo dicho: estoy bien jodido.

Salgo de casa de Sam y cojo mi moto. Podría ir andando, Javi no vive lejos. Sin embargo, necesito saber cuánto antes qué es lo que ha ocurrido para tanta urgencia. En un par de minutos, llego al local que me ha indicado.

Andrés y él me esperan en el interior, sin parar de dar vueltas. Javi tiene el pelo despeinado, seguro que de pasarse las manos repetidas veces. El comisario, en cambio, está impoluto; aunque su rostro serio no avecina nada bueno. Respiro hondo y accedo al local, ambos me observan.

—¿Qué pasa? —suelto a bocajarro.

—La joven ha aparecido —responde el comisario evitando mirarme fijamente.

—Eso es bueno. —La alegría me invade, por fin hemos dado con ella, ahora vamos a encontrar las respuestas que tanto necesitamos—. ¿Qué os ha contado?

—Es complicado que diga algo.

—¿Por qué es complicado, Javi? No os andéis con rodeos —les pido frotándome la cara con las manos.

—Cuando dejamos suelto al matón, hicimos lo que nos mencionaste: activamos una alerta en todos los hospitales con la descripción de la mujer. Ayer recibimos un aviso, y…

—¿Está muerta? —interrumpo la explicación de Javi.

—No, por ahora. Está en coma —me responde mi amigo dejándose caer sobre la silla.

Observo al comisario, quien descansa apoyado en una mesa abandonada de este local vacío.

—¿Qué le ha sucedido? —pregunto sin quitar la mirada del comisario.

—No se sabe muy bien. No muestra indicios de golpes, y las analíticas también están limpias. Siguen haciendo pruebas, aunque no han encontrado nada que explique por qué está en coma.

Andrés no se mueve de su sitio, escupe la información como si se la supiera de memoria.

—¿Sabemos quién es? —Las palabras salen de mi boca intrigado. Ninguno de los dos ha puesto nombre a la mujer desconocida. Algo me tiene en alerta y no sé si quiero saber la respuesta. Andrés y Javi se miran sin responder y no hace falta más—. Es Sofía.

—Sí, las pruebas de ADN han llegado esta mañana —confirma el comisario sujetando el borde de la mesa con fuerza, sus nudillos comienzan a quedarse blancos.

—Por eso no me habéis avisado antes —les reprocho a ambos.

No me puedo creer que, cuando sucede algo que cambiará el rumbo de la investigación, esperen a tener las certezas para hablar conmigo.

—Elías, estás todo el día con su hermana. Quería estar seguro antes de avisarte —me dice Andrés con voz firme.

—Tenemos que contárselo —suelto sin pensar.

—No vas a decir nada. De momento, no puede salir de aquí. Somos los únicos, junto al jefe del hospital, que conocemos la identidad de la desconocida.

—Andrés, no es justo, ¡es su hermana! —Abro y cierro las manos para intentar calmarme.

—Te lo voy a volver a repetir: nadie puede saber que esa mujer es Sofía. Cuando digo nadie, es nadie. Tenemos que esperar a ver cómo

avanza, saber qué le ha sucedido para aparecer en ese estado. Estaremos encima de ella, y si despierta, intentaremos que nos cuente sobre los dieciséis años que ha estado desaparecida.

—¿Cómo pretendes que vuelva a casa de Sam sabiendo esto? ¿Cómo la miro a la cara? Es muy sencillo dar órdenes desde la comodidad de tu despacho —escupo cerrando mis puños con fuerza. Necesito controlar la ira que me corroe por dentro, ¡no es justo que le hagan esto a Sam!

—Me importa una mierda el qué y cómo lo hagas. Eso sí, más te vale que no le digas nada. Sabías de sobra donde te metías cuando pusiste este plan sobre mi mesa, y te avisé de que acabaría explotándote en la cara. Si no quieres que la bomba estalle y se lleve todo por delante, mantén la boca cerrada hasta que sepamos qué ha sucedido y podamos contarle algo. ¿Queda claro?

—Está bien —acepto a regañadientes. Si la situación ya estaba complicada, ahora se acaba de poner aún peor.

Contemplo cómo el comisario abandona el local con paso firme. Me toca demasiado los cojones cumplir sus órdenes. No me parece justo que Sam tenga que desconocer esta información. Por fin podríamos darle la paz que tanto necesita, decirle que su hermana no está muerta, que puede volver a verla, que hay posibilidades de que despierte y vuelva a su vida.

—Deja de darle vueltas, Elías —me dice Javi interrumpiendo mis pensamientos.

—No es justo.

—Lo sé, pero ¿qué le contamos? Su hermana ha aparecido, sí, pero está en coma. No sabemos dónde ha estado estos años, ni qué le ha sucedido durante ese tiempo o por qué está en una cama de hospital en coma. No sabemos cuándo va a despertar. ¿No te das cuenta, Elías? No sabemos nada.

Golpeo la mesa frustrado. Javi tiene razón, joder, no sabemos nada. Sin embargo, no tengo ni puta idea de cómo voy a mirar a Sam a la cara sabiendo esto. ¿Cómo voy a velar sus sueños y no aliviar un poco su dolor con esta información?

—Estás bien jodido, colega. —Javi golpea mi hombro trayéndome de vuelta.

—Lo estoy. Se me ha escapado de las manos, tío.

—Siento decírtelo, pero te avisé que te estabas metiendo en la boca del lobo. Y esto no ha hecho más que empezar. Ahora solo tienes que mantener el secreto, y seguir a su lado cómo has hecho hasta ahora. Por desgracia, mentalízate de que, en algún momento, habrá que contárselo.

—Estoy deseando que llegue ese día. Terminaremos con todo esto de una vez y le daremos la paz que tanto necesita.

—No te das cuenta, ¿verdad? —Lo miro elevando los hombros, no tengo ni idea de qué me intenta decir.

—¿De qué?

—Cuando haya que contarle a Sam que su hermana ha aparecido, también sabrá que tú le has estado mintiendo todo este tiempo.

Un escalofrío me recorre entero. Yo no… Joder, no estoy preparado para que lo descubra.

—¡No me jodas, Javi! No pongas sobre la mesa escenarios que aún no sabemos si van a suceder. Ahora solo me preocupa que no note nada, estar a su lado sin sentirme mal por ocultarle lo que sabemos. Ya capearé las tormentas según lleguen, si es que lo hacen.

—Tú sabrás, amigo, tú sabrás.

Me encuentro con el ánimo por los suelos, la conversación con Javi y el comisario me ha dejado jodido. Deseaba recibir esta noticia, vale, pero no de esta manera. No esperaba que Sofía apareciera en coma, pero deseaba decirle a Sam que su búsqueda ha terminado y que ya puede volver a su vida. Y, del mismo modo, yo volvería a la mía. No obstante, ahora que lo pienso, ¿a qué vida quiero volver? ¿A una en la que me paso el día solo?, ¿lejos de mi familia?, ¿sin nadie que me espere al volver a casa?, ¿rodeado de dolor, muerte, guerras y miserias? Una vida vacía que, hasta la fecha, me apasionaba y que ahora… desde que ella se ha cruzado, ya no tiene ningún sentido para mí. Como ha mencionado el comisario, la situación me va a explotar en la cara y aún no soy consciente de cuánto.

Capítulo 27

Elías

Observo cómo Javi abandona el local, aunque en mi cabeza solo hay una cosa clara: que Sam no descubra que oculto algo. Necesito apaciguar mis nervios para que ella no sospeche, aunque será difícil. Todo lo que hemos creado durante estos días juntos, está a punto de saltar por los aires y no sé si podré soportarlo. El único sitio donde conseguiré el cometido es en el claro al que iba con mi padre, así que, sin darle muchas vueltas, subo a mi moto y me pongo en marcha.

Mi mente no me da tregua, las últimas palabras de mi amigo se repiten una y otra vez. Aunque me joda reconocerlo, creo que está en lo cierto. Lo peor no es que Sofía haya aparecido y no tengamos ni idea de qué le ha sucedido, ni siquiera lo es que tenga que ocultárselo temporalmente a Sam. No, lo jodido será el momento cuando le tenga que contar la verdad. Este tiempo a su lado, la he podido conocer y sé que se sentirá traicionada. Deseo que, al menos, me escuche, que me permita contarle las razones por las que he mentido durante este tiempo. Todo ha cambiado; al menos, para mí. Esto ya no es solo trabajo, ella es mucho más que eso. Se ha colado tan dentro de mí que soy incapaz de imaginarme lejos de ella.

Cuando acepté colaborar con el comisario, lo tenía claro: encontraría ese hilo mágico que nos llevaría al culpable. ¿Cuánto tiempo me llevaría eso? Nada. En estos años fuera, me he cruzado con situaciones más jodidas. Estaba convencido de que, simplemente, el problema les venía grande. Nada me iba a desconcentrar. Yo me ocuparía del caso, mantendría alejada a Sam y haría todo eso sin involucrarme. ¡Qué gilipollas, he caído con todo el pack competo! No tengo ni idea de qué coño le ha sucedido a Sofía; ni ahora, ni en todos estos años que ha estado desaparecida. Desconozco quién se encuentra detrás de todo esto, quién está moviendo los hilos. Y, para rematar, me he enamorado de Sam como un puto quinceañero.

◆◆◆

Regreso a casa de Sam con la mente clara y el corazón hecho trizas. Soy consciente de que, seguir con mi tapadera, destrozará todo a su paso. Es demasiado tarde para dar marcha atrás, ya no puedo, así

que es el momento de poner toda la carne en el asador y terminar de una vez por todas. Delante de su puerta, un nudo en el estómago me presiona de tal forma que me deja con malestar. Apoyo mi frente contra la puerta y respiro hondo para serenarme. Necesito elevar la barrera a mi alrededor para continuar con esta mentira que yo mismo ideé.

Nada más acceder al piso, un delicioso aroma me envuelve. Dirijo mis pasos hacia la cocina, donde ella se encuentra preparando la comida. Intenta alcanzar algo de un estante al que no llega, y su vestido se eleva dejando a la vista su culo desnudo.

—¿Necesitas ayuda? —pregunto intentando dejar de pensar en que no lleva nada debajo de esa pequeña tela que cubre su cuerpo.

—¡Qué susto! —grita sobresaltada, tocándose el pecho—. No te he oído entrar.

—Estabas muy concentrada, ¿qué buscabas?

—El recipiente rojo. —Me señala el último estante del armario—. Creía que podría cogerlo, pero lo he alejado aún más.

—Tranquila.

Me acerco hacia ella. Su aroma me golpea de lleno y me pone la piel de gallina. Se encuentra tan cerca de mí que uno de sus pechos roza mi brazo. La tengo tan dura que solo quiero sentarla sobre la encimera de la cocina y penetrarla duro hasta que se corra gritando mi nombre. Respira, Elías.

Cierro los ojos y destierro esos pensamientos a un rincón de mi mente. No puedo perder el control, no es el momento. Bajo el envase que necesita y me alejo de su cuerpo poniendo una distancia entre nosotros que necesito para respirar con calma. No soy capaz de pensar con claridad cuando la tengo tan cerca.

—¿Te encuentras bien? —Sam me observa con su labio inferior capturado por sus dientes.

—Sí —respondo con una seguridad que no siento—. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé, te noto raro. ¿Va todo bien en el trabajo?

No, claro que no, nada va bien desde hace tiempo. Por mucho que me duela, no puedo decirte eso. Todavía no puedes saber la verdad porque no tenemos nada.

Me siento en el sofá y encierro la cara entre mis manos. Joder, ¿qué le cuento?

—El compañero que se encarga de mis casos ha perdido un juicio muy importante. Me he enterado al acudir al despacho, pero no te preocupes, se solucionará. No quiero aburrirte con estas cosas.

—No digas tonterías, Elías. Tú has aguantado mis problemas y mis locuras desde el principio, y sin pedir nada a cambio. Has dejado toda tu vida de lado por mí, lo mínimo que puedo hacer es escucharte.

Me sujeta la barbilla y nuestras miradas se cruzan. No tengo ni idea de qué verá ella en mis ojos, pero los suyos me transmiten tanto que abruma. Cariño, comprensión, apoyo. Me siento tan rastrero que no puedo enfrentarme a ella, giro la cara al lado contrario y me pierdo en las vistas que se abren paso tras la ventana.

—Elías, estoy aquí, no tienes por qué enfrentarte solo a tus problemas. Tú me has enseñado que el peso es más llevadero cuando se comparte con otra persona. Apóyate en mí, por favor. Yo no sé nada de Derecho; no obstante, puedo escucharte, y quién sabe, puede que juntos encontremos una forma de solucionar las cosas.

—He dedicado mucho tiempo a ese caso. No puedo darte todos los datos, ya sabes, la confidencialidad. —Sam asiente a mis palabras—. Mi clienta es una mujer, su marido la abandonó con un niño de tres años y embarazada de su segundo hijo. —No sé de dónde sale la película que me estoy montando, aunque ahora mismo no me voy a parar a meditarlo—. Han pasado cinco años sin saber nada de él; su familia tampoco conocía su paradero. Mi clienta ha salido adelante sola con sus dos hijos y ahora él ha vuelto para exigir la custodia.

—¡Menudo sinvergüenza! No entiendo cómo existen personas tan egoístas —me interrumpe Sam poniéndose de pie.

—Estamos rodeados de maldad, aunque no somos conscientes de ellos.

—Pues sí, pero ese hombre no debería tener ningún derecho después de lo que hizo.

—No debería; sin embargo, también es el padre de los niños, por lo que tiene sus derechos, pero también contábamos con que no ha cumplido sus obligaciones como padre.

—¿Entonces?

—Yo me había enfocado en eso, en que lleva años desatendiendo sus obligaciones y que, hasta que no cumpliera con cada una de ellas, no contemplaríamos la custodia de los niños. —Suspiro derrotado, debo dar credibilidad a lo siguiente que digo—. Todo ha salido mal, Sam. No sé qué ha ocurrido en el juicio, yo no estaba allí, pero ese hombre ha logrado quedarse con la custodia completa de los niños y mi clienta con un régimen de visitas.

—Lo siento —dice mientras esconde su cara entre las manos.

—Tú no has tenido nada que ver —digo sin entender bien a qué se refiere.

—¿Cómo que no? Te he alejado de todo. Estoy siendo egoísta, y por mi culpa, esa mujer ha perdido a sus hijos. Si no te hubiera arrastrado a mis mierdas, habrías ganado el caso y ahora no te sentirías tan mal. Todo es culpa mía.

Seco con mi pulgar unas pocas lágrimas que se han escapado de sus preciosos ojos y que a mí me hunden un poco más en la miseria.

¿En qué clase de persona me estoy convirtiendo?

—Ninguno de los dos sabía qué iba a suceder, no te hagas responsable de algo que está fuera de tu alcance. Estoy a tu lado porque yo quiero, así que no te cargues con problemas que no son tuyos. Además, vamos a recurrir. No vamos a dejar sola a esa mujer, ya verás cómo todo se soluciona.

Sam asiente a mis palabras, aunque sé que no se lo quitará de la cabeza. ¡Menuda idea de mierda! Parece que no soy capaz de hacer nada bien con ella. En vez de encaminar las cosas e ir mejorando la situación, meto más la pata. Una mentira más que debo sumar a todas las que ya he soltado por la boca en estos meses. Un nuevo clavo que coloco sobre mi ataúd.

Capítulo 28

Sam

Elías no levanta cabeza desde que uno de sus casos se torció sin que él pudiera hacer nada para impedirlo. Han pasado unos días desde aquel mediodía que llegó a mi casa totalmente hundido. A pesar de que no hace tanto tiempo que nos conocemos, nuestra conexión es tan fuerte que soy capaz de leer en él cómo se siente, y todo su cuerpo me gritaba que algo no iba bien. Cuando logré que me contara qué había ocurrido, no conseguía creer que una persona fuera capaz de abandonar a toda su familia durante años y volver como si nada; además, exigiendo recuperar un sitio que ya no le corresponde.

Después de un momento de furia por mi parte, comprendí que, si Elías se encontraba tan decaído, era por mi culpa. Él quiso quitarme esa idea de la cabeza; aun así, no consigo eliminarla por completo. Pienso que, si yo no lo hubiera metido en mi drama personal, si no le hubiera involucrado en esta pesadilla, él habría seguido con su trabajo y esa mujer no habría perdido a sus hijos. Soy consciente de que está poniendo todo de su parte para solucionar el caso. De hecho, mi habitación de invitados se ha convertido en su despacho provisional. A pesar de que no sale de casa, de que sigue a mi lado al pie del cañón, se pasa horas encerrado en ese cuarto para dar con una manera de ayudar a su clienta.

Lo siento tan lejos, que no soy capaz de centrarme en mis cosas. Ninguno de los dos podemos seguir en este bucle, ya que no estamos adelantando nada. Ha llegado el momento de tomar una decisión. Si seguimos por este camino, nos vamos a destrozar el uno al otro, y lo último que quiero es perderlo. Desbloqueo mi móvil y marco el número de la única persona que me puede ayudar a poner las cosas de nuevo en su sitio.

—Seguimos sin noticias nuevas. —Suspiro al escuchar las palabras de mi jefe.

—Hola a ti también —digo con ironía—. Lo sé, me lo has repetido mil veces. De todas formas, no te llamaba para saber si había novedades. Necesito volver.

—¿A la redacción? —pregunta sorprendido.

—Claro. Las cosas se han estancado, hace semanas que no hay nada nuevo, todo se ha esfumado como si nunca hubiera sucedido. Solo llegan noticias de mierda a la redacción, y todo esto me recuerda a cuando los asesinatos cesaron tras la desaparición de Sofía.

—No sé, Sam, no termino de fiarme.

—Si lo dices por mí, no tienes de qué preocuparte. Estoy bien, no voy a volver a perder los nervios. La casa se me cae encima, Samuel. Necesito regresar a primera línea, tener contacto en persona con el equipo.

—¿Ahora es cuando me dices que no volverás a investigar sobre Sofía?, ¿que no vas a seguir buscando hilos de los que tirar?, ¿que vas a dejar que la policía se encargue de ellos?, ¿y que te vas a centrar en aquellas noticias que lleguen a redacción? No lo sé, Sam.

—Dudo mucho que, a estas alturas de mi vida, pueda colarte semejante mentira. Samuel, sabes que eso es superior a mis fuerzas. Necesito hallar respuestas, ¿no lo entiendes? Te prometo que voy a controlarme y que me tomaré las cosas con calma. —El silencio absoluto me responde al otro lado de la línea, me separo el teléfono de la oreja para comprobar que la llamada no se ha cortado—. Samuel, ¿sigues ahí?

—Sí, estaba pensando. Está bien, puedes volver al trabajo. Eso sí, te aviso que, al mínimo indicio de que vuelves a las andadas, te mando para casa y tiro la llave al río, ¿queda claro?

—Como el agua —digo con una sonrisa en los labios—. No te vas a arrepentir, algo me dice que las cosas van a cambiar.

Mi jefe corta la llamada con un bufido. Me lo imagino sentado en su despacho, negando ante mis palabras. Llevamos tantos años detrás de noticias, que estoy segura de que ha perdido la esperanza en que encontraremos algo. En cambio, yo lo digo muy en serio. No sé de dónde sale esta intuición, pero hay algo. Mi corazón me dice que, lo que necesito, está más cerca de lo que creo. Ahora solo tengo que encontrar ese hilo y no soltarlo hasta llegar al final de todo esto.

◆◆◆

La vuelta al trabajo nos ha venido bien a los dos. Al principio, Elías no estaba nada convencido. Le daba miedo que la situación me superara de nuevo, aunque mi propuesta le ayudó a entrar en razón. Durante el día, cada uno se ocupa de su trabajo y, al finalizar la jornada, nos encontramos en mi piso, donde compartimos espacio como una auténtica pareja. Él ha vuelto al despacho y se está ocupando de todos sus casos. Yo vuelvo a encargarme de mi equipo, a llevar la redacción y a controlar que el periódico y la web sigan a todo rendimiento. A la vez, trabajo mano a mano con Matías; le hemos habilitado un pequeño espacio en mi despacho, donde recopila toda la información que ha surgido alrededor del caso de mi hermana durante todos estos años. He terminado por aceptar su ayuda. De hecho, me

está facilitando las cosas; estamos adelantando mucho con el caso por tenerlo a mi lado durante toda la jornada.

Hemos dado con un hilo con muy buena pinta. Hace semanas, una mujer desconocida fue ingresada en el hospital. No sabemos mucho sobre ella, y la falta de información es lo que nos ha puesto en alerta. La ficha médica de la joven está bloqueada, ni siquiera mis contactos —dentro del hospital— me han podido dar información. Solo sabemos que, a pesar de estar en coma, se encuentra estable. No muestra síntomas de agresión. Aun así, lo más inquietante es que su físico es muy parecido al de mi hermana; o, al menos, es lo que mis contactos me han dicho. Hemos intentado acceder a verla, pero tampoco ha resultado; está custodiada por dos agentes durante las veinticuatro horas. Matías ha tratado de sonsacar información en comisaría; no obstante, en ese aspecto, también nos hemos encontrado con una puerta cerrada a cal y canto.

—Preciosa, ¿no trabajas suficiente en la redacción? ¿Te apetece si vemos una película juntos? Llevas unos días que no paras de nadar entre papeles. —Las palabras de Elías me traen de vuelta.

—Tienes razón, perdona. Lo dejo ya, a veces se me olvida que no estoy sola —digo guiñándole un ojo—. Tengo que acostumbrarme a dejar el trabajo fuera de estas paredes, como haces tú, pero me resulta muy complicado...

—Cuando tienes algo importante entre manos, suele ser difícil desentenderse —dice colocando unos papeles que tengo esparcidos por el escritorio—. ¿Estás trabajando en algo bueno? No he oído en las noticias nada digno de mención.

—No sabemos mucho, la verdad. Hace unas semanas, una mujer ingresó en coma con características similares a mi hermana. No se sabe cuál es su identidad, y todos los papeles relacionados con ella están encriptados.

—Puede que no tenga nada que ver con tu hermana, si no la policía habría contactado contigo, ¿no crees?

—No sé, pero es todo tan raro… Dos policías custodian su habitación día y noche —digo dando voz a las cuestiones que me persiguen desde hace días—. Puede que tengas razón y, si no me han dicho que ha aparecido, es porque no está relacionada.

—Quizá todo es más sencillo que eso. Puede que esa mujer tenga relación con algún caso policial, que esté en peligro y no quieren que ningún dato suyo salga a la luz para protegerla. Me has dicho que está en coma, puede que alguien le haya inducido ese estado, y la policía solo quiera mantenerla segura.

Golpeo mi labio superior con el dedo mientras pienso en las palabras de Elías. ¿Puede tener razón? ¿Me estaré montando una película por las similitudes físicas? ¿Y si no tiene nada que ver con

Sofía y estoy perdiendo el tiempo?

—Puede que mis ganas de dar con ella, me hagan ver cosas donde no las hay. Bueno, vamos a dejar de hablar de trabajo —le digo mientras le acaricio el pecho bajando hacia sus apetecibles abdominales—. ¿Te apetece ver una película?

Nos acomodamos en el sofá. Elías se hace con el mando y navega por la cartelera en busca de algo interesante. Cuando la película comienza, me acurruco sobre su pecho mientras su mano acaricia mi espalda hasta llevarme a un estado de calma. Introduzco mi mano bajo su camiseta y me entretengo dibujando círculos en sus abdominales. Su respiración se vuelve más irregular y el bulto que crece bajo sus pantalones me llama, así que mi mano viaja a su encuentro.

Elías eleva mi cara entre sus manos y me besa con ansia. Su lengua se abre paso entre mis labios en busca de la mía, que se enreda dispuesta a presentar batalla. Me siento a horcajadas de su cuerpo mientras mi camiseta desaparece de mi vista, dejándome desnuda de cintura para arriba. Elías se abalanza a mis pechos con hambre. Juega con mi pezón derecho, lo muerde suavemente, lo endurece entre sus labios, mientras acaricia mi pecho izquierdo con una mano. Un fuego abrasador se forma en mi interior, y quiero más.

Me froto contra su miembro, que ya se encuentra duro. Mis manos se deshacen de su camisa, que sigue el mismo camino que mi camiseta. El resto de nuestra ropa no tarda en caer al suelo. Elías me coloca sobre el sofá. Sus ojos desprenden un deseo tan ardiente que mi vagina late de necesidad. Me siento tan húmeda y preparada que me correría con una sola caricia. Uno de sus dedos se introduce en mi interior, y arqueo la espalda en busca de más profundidad.

—Mi chica está lista para mí.

Un gemido se me escapa ante sus palabras. Su mano abandona mi centro para penetrarme de una sola estocada y me llena por completo. Me muerdo el labio inferior con fuerza mientras mis uñas se clavan en su espalda. Sus movimientos certeros me catapultan a un orgasmo arrollador que se ha formado en mi bajo vientre, y que me hace contraer todos los músculos de mi cuerpo. Elías continúa con su ataque en busca de su propio placer, e incrementando el mío. Sus músculos se tensan y sé que no le falta mucho, así que me arqueo para darle mayor acceso. Mi clítoris roza contra su cuerpo, y siento que voy a morir de placer. Nuestros gemidos nos envuelven. Elías se vacía en mi interior con mi nombre en sus labios, lo que provoca que un nuevo orgasmo me rompa en dos. Deposita tiernos besos sobre mi cuerpo, mientras se acomoda a mi lado en el sofá. Me atrapa entre sus brazos, olvidándome de todo lo que no tenga relación con nosotros. Nuestras respiraciones se van calmando poco a poco. Mis párpados me pesan,

me siento tan bien abrazada a Elías que me duermo al instante.

Capítulo 29

Elías

Llevo días en los que no consigo dormir más de media hora seguida. Cada vez que me dejo atrapar por Morfeo, soy incapaz de quitarme de la mente a Sam observando el cuerpo inerte de su hermana. En cuanto sus ojos conectan con los míos, yo me despierto con el corazón a mil por hora y sudando a mares. Los remordimientos, por no poder confesarle la verdad, me están pasando factura.

No puedo ni siquiera levantarme a la misma vez que ella. Cada mañana, cuando ella se despierta, acaricia mi espalda y besa mi nuca. Cuando ve que *no* estoy despierto, abandona la habitación dejando un suspiro que retumba por todo el cuarto. Me hago el dormido porque soy gilipollas. No soy capaz de mirarla a la cara. No tengo las fuerzas suficientes para actuar como si no pasara nada, como si la persona que lleva manejando su vida —desde hace dieciséis años— siguiera desaparecida. Si solo fueran estos momentos por la mañana, incluso estaría agradecido, pero no es así.

El día se me hace eterno, sintiéndome como una mierda. Y, aunque Sam no tiene nuevos datos de la mujer desconocida, su interior la lleva hacia ella como dos imanes que se atraen mutuamente. Y no tengo ni puñetera idea de qué más decirle para que deje de indagar. Nosotros seguimos sin noticias, y yo necesito ganar tiempo hasta entonces. Aún no sabemos qué o quién le ha producido el coma, si hay posibilidades de que despierte algún día, ni siquiera conocemos su paradero durante estos años. Todo sigue exactamente igual, excepto yo, que voy a terminar explotando y llevándome por delante todo lo que hemos creado.

—Elías, ¿podemos hablar? —Sam me observa desde la puerta del salón frotándose las manos con ansia.

—Claro, preciosa. —Golpeo el hueco libre a mi lado, en el sofá, para que tome asiento y pongo mi mejor sonrisa.

—Soy consciente de que te estoy pidiendo mucho, y que he arrasado tu vida con mis problemas. No sé si yo tengo algo que ver o si, en cambio, está relacionado con tu trabajo, pero no puedo seguir viéndote como alma en pena por casa y no hacer nada.

—Eh, tranquila. —Acaricio su pierna, sintiéndome aún peor de lo que estoy. El único que lo está haciendo mal soy yo, y no permitiré que sea ella la que cargue con el peso—. Tienes razón. Estoy algo distante, aunque no tiene nada que ver contigo. Estoy encantado de

acompañarte y apoyarte en cada paso que des.

—Sin embargo, te ocurre algo. Tu cuerpo está a mi lado, pero tu mente se encuentra demasiado lejos desde hace días y no quiero que te cargues con un peso que no te corresponde.

Ojalá supiera que ese peso no es el que ella me ha puesto sobre los hombros, sino uno que yo mismo he cargado. Uno que, cada día que pasa, añado un saco más para hundirme en un fango del que no tengo ni idea de cómo voy a salir.

—No tiene nada que ver contigo, preciosa, son temas del despacho —digo sujetando sus manos entre las mías—. Me involucro demasiado, y ahora mismo, me siento impotente. Los casos se escapan de mi control, no soy capaz de llegar a todo, y eso es lo que me está agobiando.

—Te entiendo mejor de lo que supones. —Una sonrisa sincera aparece en su rostro—. Yo también me dejo el alma en las noticias que llegan a la redacción; incluso, en alguna ocasión, las hago mías. Por eso le he dado vueltas a algo, aunque antes de tomar la decisión, me gustaría conocer tu opinión.

Sus manos me aprietan del mismo modo que su pierna derecha se mueve involuntariamente. Estoy perdido, no tengo ni idea de lo qué me quiere decir. No habrá encontrado nada relacionado sobre su hermana, ¿verdad?

—No tienes que estar nerviosa, cielo —le digo colocando una mano sobre su pierna para detener su movimiento en el acto—. Sabes que estoy aquí, y que puedes contarme cualquier cosa. Sea lo que sea, siempre voy a apoyarte.

—He pensado que necesitas volver a tu piso —suelta de carrerilla y yo suelto el aire que ni siquiera era consciente de que estaba reteniendo—. No creas que es una idea que ha surgido de la noche a la mañana, pero te siento distante y preocupado… No sé, quizá me lo estoy imaginando todo, pero creo que volver a tu casa, a tu vida, lejos de mis dramas y problemas, te ayudará a volver a ser quien eras.

—Ya me siento en casa contigo. —Tengo que controlar lo que digo, esperar a tener toda la información antes de establecer un plan—. No te niego que todo ha cambiado en muy poco tiempo, pero no añoro nada de mi día a día.

—Entonces, ¿por qué siento que te alejas?

—Sam, no tiene nada que ver contigo. En el despacho hay muchísimo trabajo, no damos abasto con los casos y me saca de mis casillas no ocuparme de todo. —Las palabras salen sin darme tiempo a reflexionar, lo último que quiero es que ella salga perjudicada con todo esto—. Estar aquí, contigo, es lo que me alegra los días. Prometo poner todo mi empeño para dejar todas las mierdas del trabajo detrás de la puerta.

—Está bien, me alegra saber que te sientes bien a mi lado.

—Tan bien que lo último que quiero es alejarme de ti.

—Y no lo tienes que hacer. —Sus manos aprietan las mías, y su sonrisa me calienta el alma.

—Es lo mejor que he escuchado en mucho tiempo —respondo antes de capturar sus labios entre los míos.

◆◆◆

Aparco la moto enfrente del local donde nos reunimos la última vez, ya no es una opción acudir a comisaría como al principio. El ambiente está bastante revuelto. Además, la prensa ha acampado en la entrada para estar al día de los últimos acontecimientos. Sam también se ha volcado de nuevo en el caso. No tengo ni idea de qué le contó a su jefe para convencerlo; sin embargo, me ha quedado claro que no está dispuesta a rendirse. Se pasa el día en la calle, algo que a mí me viene genial, ya que puedo volver a involucrarme en la búsqueda de respuestas. Cuando llega a casa, sigue trabajando y se pasa horas al teléfono con un tal Matías, con quien lo único que trata es sobre Sofía. El tiempo que pasamos juntos es tan corto que ni siquiera tengo ocasión de sentirme mal por ocultarle información.

Accedo al local, el cual se encuentra a oscuras. Doy al interruptor que se encuentra junto a la puerta y me encamino a la mesa que hay al fondo del espacio, donde guardo toda la documentación del caso.

—Joder, tío, ¿ahora duermes aquí? —pregunta mi amigo al entrar.

Ignoro las palabras de Javi y sigo leyendo el informe que tengo sobre la mesa. Ha costado, pero después de analizar la documentación de los casos anteriores y las pruebas, tengo un patrón. He indagado en todos los indicios hasta el más mínimo detalle, y no solo de las escenas, sino de las propias víctimas y de su entorno. Y sí, lo he conseguido: tengo un patrón, pero es uno que no me gusta nada. Todo apunta a una dirección, y aunque estoy casi seguro de que no me equivoco, ojalá sea la mayor carga de mi vida. Si tengo razón y mis sospechas se confirman, arrasará con todo y con todos.

—¿Me vas a decir de una vez qué es lo que te tiene tan concentrado? Llevas días rodeado de papeles como un loco y no eres capaz de contarme qué te traes entre manos. —Mi amigo me mira desde la silla que está al otro lado del escritorio, ya no hay humor en sus palabras—. Elías, joder, no me dejes al margen.

—Está bien, pero esto no puede salir de aquí. Todavía no tengo nada seguro, y una parte de mí, desea con todas sus fuerzas que me esté equivocando. En cambio, hay otra que me asegura que estoy en el camino correcto.

—Tío, deja de ser tan críptico y suéltalo de una vez.

—De acuerdo. ¿Recuerdas que dimos con la conexión entre las víctimas? —Javi afirma con la cabeza—. He ido tirando hilos desde ese punto, y… todo me lleva a Sofía.

—Eso estaba claro, ¿no? Quiero decir, ya hemos asegurado que, todo lo que rodea a Sofía, está relacionado de alguna manera con los asesinatos.

—Sí, aunque yo voy más allá. La primera víctima tenía la misma edad que Sofía cuando su madre se quedó embarazada de Pablo. —Dejo la carpeta del primer caso delante de Javi—. A partir de ahí, todas las víctimas, una por mes, repiten la misma conexión con ella: misma edad, la pequeña de la casa, y todas tienen o han tenido una hermana mayor.

—Espera, espera. —Mi amigo me mira con los ojos muy abiertos—. ¿Me estás queriendo decir que las víctimas son el reflejo de Sofía?

—Cuando Sam me habló de su familia, me contó que Sofía no se tomó muy bien la llegada de su hermano pequeño. En aquel momento, no le di mayor importancia; sin embargo, he revisado todos los indicios y ese dato se iluminó en mi cabeza como una puta bombilla.

—A ver, Elías, no sé si me estoy enterando bien o es que tú te has vuelto loco del todo. ¿Crees que Sofía es nuestra asesina?

—No lo sé, joder, ¡ya me gustaría tener la respuesta! Algo me dice que ella tiene una relación con todas estas víctimas. La última tenía dieciocho años, igual que ella. Después, Sofía se esfumó de la faz de la tierra. Y ahora, años después, se hallan dos víctimas: una con la edad actual de Sofía y la otra con la edad de Sam. ¿Crees que es mera casualidad?

—Podría ser.

—¡Venga ya, Javi! —Me froto la cara desesperado, ¿y si me estoy volviendo loco de verdad?—. Tiene que ser Sofía, no hay otra explicación. Es lo único que encaja y sería la pieza del puzle que nos falta, esa que nos impide completarlo.

—A mí me parece una completa locura, ¿cómo una cría va a cometer esos asesinatos? Te recuerdo que solo tenía dieciocho años cuando apareció el primer cuerpo, y que años después vuelva a asesinar… ¿A causa de qué? Es imposible, tío, ella no ha podido cometer esos crímenes.

—Puede que tengas razón, que ella no sea la que mató a las chicas, pero ¿y si es la que maneja los hilos?

Cada vez que lo pienso, más seguro estoy de que Sofía es la clave que nos permitirá cerrar este caso, que siempre ha sido ella la que tenía la sartén por el mango. Puede que Javi tenga razón y que se me esté escapando de las manos; es muy probable que mi cabeza esté viendo fantasmas donde no los hay. Aun así, mi instinto me dice que

ella es la única que tiene todas las respuestas. Cuando despierte de una vez, me encargaré de que la verdad salga a la luz, por Sam y por todas las chicas que han perdido la vida sin motivo.

Capítulo 30

Sam

—Tenemos que acceder a esa habitación del hospital.

Mi voz suena firme, aunque en realidad no lo tengo claro. Samuel me observa atónito, con los ojos bien abiertos. Eleva sus cejas —casi hasta el pelo— y la boca está literalmente abierta. Matías, en cambio, muestra una pequeña sonrisa que no quiere dejar libre del todo. Desde que trabajamos juntos, sabe demasiado de mí. Me conoce bien, y es muy consciente de las locuras que se me ocurren cuando tengo una intuición. Y, en este instante, hay un faro enorme en el hospital que me llama y me pide que acuda corriendo. Esa mujer desconocida, que mantienen oculta —no solo a la prensa, sino también a los empleados del hospital—, está relacionada con el caso de mi hermana. Y no voy a detenerme hasta descubrir quién se esconde en ese dormitorio.

—Ahora sí que te has vuelto loca del todo —dice Samuel poniéndose en pie.

—Yo no estaría tan seguro, Samuel, creo que en esta ocasión tiene razón.

—Perdona, ¿*solo* en esta ocasión? —interrumpo la defensa de Matías. A pesar de que hemos limado nuestras diferencias, seguimos soltando pullas el uno al otro.

—No lo estás haciendo mal del todo, de momento. Aunque, para mi gusto, te falta un poco de sangre fría. Deberías aparcar los sentimientos a un lado.

—Y tú, en cambio, necesitas recuperar alguno de ellos. Tu corazón debe de estar duro como una piedra.

—¡Haya paz, por favor! Esto es peor que trabajar con niños de parvulario. —Samuel intenta poner calma entre nosotros, algo que resulta bastante complicado.

—Lo que estaba diciendo: esa mujer, quien la policía solo conoce su identidad…

—Solo unos pocos —me interrumpe de nuevo Matías.

—Exacto, solo cuatro personas de la comisaría han accedido al interior de esa habitación. En el caso del personal sanitario: el director, el médico que la está atendiendo y un par de enfermeras tienen autorización para atender a la mujer.

—¿Por qué no puede ser verdad lo que ha comunicado la policía? Lo dejaron muy claro en el comunicado de prensa: víctima de violencia de género, su agresor está en paradero desconocido y la

están protegiendo de él.

Samuel me pone la hoja delante, donde aparece el comunicado que la comisaría hizo llegar a todos los medios de comunicación.

—Podría ser cierto, pero esa mujer apareció a los días de aquel suceso que finalizó con un detenido. Y, nada más soltar a ese hombre, una misteriosa mujer aparece en coma. Perdona que dude una vez más en las casualidades, pero ya sabes lo que opino al respecto: todo tiene un motivo y una razón, las cosas no pasan porque sí.

—¿Tú estás de acuerdo con ella? —Samuel se dirige a Matías, quien me observa serio. Me ha costado convencerle de que mi pálpito es bueno. Muchas horas de trabajo conjunto, de mostrarle mil indicios que me demuestran que estoy en el camino correcto, así que espero que no me deje con el culo al aire frente a mi jefe.

—Lo estoy —confirma—. No sé si nos va a llevar a buen puerto o si, por el contrario, nos vamos a encontrar de nuevo con un callejón sin salida. Creo que hay algo que no encaja y, si no tiramos del hilo como Sam nos propone, nos vamos a arrepentir.

—Está bien, sigo pensando que es una locura, pero si estáis de acuerdo, algo que ya de por sí es un milagro, no seré yo el que os ponga piedras en el camino. No obstante, os diré una cosa antes de salir del despacho y desentenderme de este plan de locos. —Su rostro se torna serio—. Si sale mal, la responsabilidad caerá sobre vuestros hombros. No quiero que todo esto salpique al periódico, ¿entendido?

Ambos asentimos a las palabras de Samuel, quien no tarda ni un segundo en abandonar mi despacho. Entiendo su postura. Él es la cara del periódico y, si esto sale mal y nos pillan colándonos en esa habitación, las consecuencias serán nefastas. No es justo que el periódico o él paguen por mis locuras. En el caso de Matías, entiendo que se arriesgue; al igual que yo, no tiene mucho que perder. Para él, aparte de salir de la monotonía y añadir un poco de acción a su vida, estará el reconocimiento de ser los primeros en dar con las respuestas de una noticia que lleva abierta demasiados años. En cuanto a mí, significa cerrar un capítulo de mi vida que no me permite avanzar.

—¿Y ahora qué, Sam?

—Pondremos todas las opciones sobre la mesa y ataremos el plan a la perfección. Si algo falla, estamos jodidos.

◆◆◆

Llego a casa muerta. La cabeza me va a estallar después de tantas horas dando forma a lo que puede resultar un buen plan, aunque hay un *pequeño* inconveniente. Queremos acceder a un recinto público, donde custodian día y noche a la persona desconocida que todos

queremos conocer. No será precisamente sencillo. Cuento con Lucas en el interior del hospital, pero él no está autorizado para entrar en la habitación.

Elías me espera sentado en el sofá. Tiene una serie puesta en la televisión, aunque solo tengo que observarlo para saber que no le presta atención. Lleva más de una semana distante, y no sé qué le pasa. Al principio, pensé que arrastrarlo a mi caos particular le había pasado factura. Sin embargo, ahora que me paso el día fuera y él ha retomado su trabajo en el bufete, nada ha cambiado. Al contrario, está más frío que antes. Intento que se desahogue conmigo y no hay manera, así que ya no sé qué más hacer para volver a conectar.

—¡Ya he llegado! —Entro en el salón y dejo la cena sobre la mesa —. He parado por la pizzería que tanto te gusta, podríamos cenar *pizza* mientras vemos una película.

—Estaría bien.

—¿Qué tal el día? —Me acomodo a su lado, sintiéndome en casa por primera vez en todo el día. Apoyo mi cabeza sobre su brazo y cuelo mi mano bajo su camiseta para recorrer su torso.

—Mucho lío. Tengo bastante trabajo pendiente, pero espero encauzar todo lo antes posible. En cambio, tú estás muy contenta, ¿no? —Su mano se desliza con suavidad por mi rostro. Sus ojos, fijos en los míos, han perdido ese brillo que lograba atraparme con una sola mirada.

—Ha sido un gran día —contesto—. Estoy segura de que estamos a punto de encontrar algo bueno, de dar un paso en la dirección correcta. Algo, dentro de mí, me dice que cada vez estoy más cerca de dar con Sofía.

—¿Cómo? —Elías detiene sus caricias en el acto. Por un segundo, incluso, juraría que su cuerpo se ha tensado ante mis palabras.

—¿Te acuerdas que te hablé sobre una chica desconocida que apareció en coma en el hospital?

—Sí.

—No sé muy bien cómo explicártelo, a veces ni yo misma me entiendo, pero tengo la sensación de que esa mujer guarda una conexión con Sofía.

—Vale. Vamos por partes: ¿qué información tienes para llegar a esa conclusión?

—No sé, es un pálpito. —Cojo su mano y la coloco en mi corazón —. Él me dice que en esa habitación se encuentra la clave de todo.

—Me dijiste que la policía la custodia noche y día, dudo que te permitan acercarte a la puerta.

—Seguramente, por eso Matías y yo hemos ideado un plan para colarnos.

—¿Te has vuelto loca? —Elías se levanta de un salto, dejándome

despatarrada en el sofá. Está realmente nervioso, da vueltas por el salón como un león enjaulado.

—Elías, no tienes de que preocuparte. Tenemos un buen plan; además, no estamos solos. Tengo un enlace en el hospital que nos va a ayudar. No me va a ocurrir nada.

—Sam, ¿no te das cuenta de que esto no es un juego? No estamos en una película donde la protagonista hace y deshace a su antojo para lograr su objetivo. Esto es la vida real, ¿no lo entiendes? Hay normas que cumplir y responsabilidades que acatar. Esa mujer podría estar en verdadero peligro y tu locura puede ponérsela en bandeja a quien quiera hacerle daño, ¿no has pensado en eso?

—El hospital tiene vigilancia constante. Si alguien quiere hacer daño a esa chica, es imposible que sea capaz de acceder hasta ella. —Me acerco a Elías, quien no deja de pasarse las manos por el pelo—. Confía en mí, todo va a salir bien. Te prometo que, si algo se tuerce, por muy pequeño que sea, no seguiré adelante.

—Está bien. Antes de dar ningún paso, avísame, por favor. No me perdonaría si algo te sucede.

—Puedes estar tranquilo. —Le doy un beso en los labios para tranquilizarlo—. Y ahora, ¿qué tal si cenamos? Me muero de hambre.

Recorro su cuerpo con la mirada mientras me muerdo el labio con los dientes. Estoy hambrienta, aunque no es comida lo que quiero llevarme a la boca. Elías es capaz de calentarme con una sola mirada. Sin embargo, cuando se pone serio y se preocupa por mí de esa manera tan tierna, no soy capaz de resistirme a él. Además, después de unos días sin sentirle en mi interior, lo necesito como respirar.

Capítulo 31
Elías

Sam está profundamente dormida en la cama. Sin embargo, yo no soy capaz de pegar ojo. No puedo quitarme su plan de la cabeza. ¿Cómo voy a permitir que se adentre en la habitación de Sofía? Anoche me pilló tan de improviso, que no fui capaz de reaccionar. Tendría que haberle quitado la idea de la cabeza, aunque con lo cabezota que es, y que yo tampoco podía arriesgarme a decir algo que me delatara, no he sido capaz de cambiar el curso de los acontecimientos. Su decisión solo me deja una alternativa: confesarle toda la verdad. Después de las últimas novedades, decidimos que lo mejor era esperar a tenerlo todo bajo control antes de poner a Sam al corriente. Sin embargo, y aunque sea el peor momento para que descubra toda la verdad, no queda otra salida. Si no soy yo quien le confiesa lo que está sucediendo, no tendré ninguna posibilidad de arreglar las cosas con ella.

Caso Molina
Os necesito a los dos en el local cuanto antes.
Ha sucedido algo, tenemos que tomar una decisión.
Es urgente.

Me visto con la misma ropa que llevaba anoche, y que terminó abandonada en el suelo del salón tras nuestra conversación. Salgo de casa sin hacer ruido, después de dejarle una nota a Sam por si acaso se despierta.

Soy el primero en llegar al local. No sé si Andrés y Javi han leído el mensaje, pero tampoco me habría quedado en casa a la espera de su respuesta. Mientras llegan, reviso toda la documentación que ayer me trajo mi amigo de comisaría. No soy un hombre que crea en las casualidades y, aun así, estoy casi seguro de que el regreso de Sofía —en estado de coma— no ha sido casual. Al contrario, pienso que todo este caso está muy meditado desde el principio, ya que todos los pasos han sido medidos al milímetro. Solo necesito encontrar las pruebas necesarias para contarles toda la película que se ha creado en mi cabeza.

—Joder, tío, ¿no podías esperar a que salga el sol para dar por saco? —Javi entra al local arrastrando los pies. Su cara se parece más a la de alguien que se ha pasado con las copas de anoche.

—¿Y a ti nadie te ha dicho que irse de fiesta en medio de un operativo no es lo más adecuado?

—¡Venga ya! No me vengas con sermones, que ya tengo un padre, gracias.

Ignoro el comentario de mi amigo y sigo revisando los papeles. Creo que es muy irresponsable por su parte, pero lo conozco como para saber que no lograré que cambie en ese aspecto. Siempre le ha gustado demasiado la fiesta, y a pesar de que la madurez debería llamar a su puerta, no hay manera. Por mucho que pase el tiempo, él sigue actuando como si tuviera dieciocho años. Aun así, solo espero que sea capaz de comportarse en el trabajo. Todos nos estamos jugando mucho en esto, y yo estoy bastante cansado de esta situación. Necesito que todo llegue a buen puerto, cerrar el caso y no perder a Sam por el camino.

—¿Has encontrado algo nuevo? —pregunta señalando los archivos que tengo esparcidos por la mesa.

—No estoy del todo seguro —me froto la cara con las manos—, aunque no es sobre esto de lo que quiero hablar con vosotros.

—¿Entonces?

—Prefiero esperar que llegue Andrés, solo te digo que estamos entre las cuerdas.

—¿Qué ha pasado ahora? —La voz del comisario interrumpe nuestra conversación—. Espero que sea urgente, Elías, me has sacado de la cama.

—Lo es, te lo aseguro. Sam me dijo anoche que tiene un plan para acceder a la habitación de Sofía. —Levanto la mano para que ambos me dejen continuar—. Al parecer, tiene la intuición de que ahí se encuentran todas las respuestas que necesita.

—No está equivocada —suelta Javi, mientras se deja caer en la silla que hay enfrente de la mesa—. No podemos negar que es buena…

—Lo que no podemos es dejar que acceda a la habitación —le corta el comisario con voz firme—. Elías, dime que has pensado algo.

—Solo hay una cosa que podemos hacer para detenerla. Sé que no te va a gustar, aun así, no hay opción. Tenemos que contarle toda la verdad. —El rostro del comisario se torna pálido—. Sam no va a detenerse ante nada. Ya puedes doblar la seguridad, ya puedes tenerla vigilada a todas horas, pero te aseguro que nada de lo que hagamos impedirá que encuentre la manera de llegar a esa habitación.

Andrés comienza a dar vueltas por el local con la cabeza agachada. Soy consciente de que prefiere tener todo cerrado antes de hablar con ella. Sin embargo, llegados a este punto, no hay otra solución. Si no le contamos la verdad, lo descubrirá ella sola, y si eso sucede, tendremos un problema.

—Sabes que, si seguimos ese camino, tu tapadera quedará descubierta —dice el comisario deteniéndose en el centro de la habitación.

—Lo sé, pero es lo que menos me preocupa. Quiero que Sam esté a salvo, que deje de meterse en problemas y que empiece a aliviar un poco su carga.

—Al final nos has arrastrado contigo...

—¡Javi! —La voz de advertencia del comisario no deja opción a que mi amigo siga diciendo más gilipolleces—. Está bien, déjame pensar qué le voy a decir. Mientras tanto, mantén los ojos bien abiertos y no te separes de ella ni un minuto.

—Prefiero contárselo yo.

—Ni hablar, tú solo eres un asesor. Yo soy el comisario y el que puede evitar que todo esto nos explote en la cara a todos.

—Lo siento, Andrés, pero esto no es negociable. Tengo que ser yo quien se lo cuente a Sam. Si se entera por otro de que le he mentido todo este tiempo… —La carcajada de Javi deja mis palabras a medias. Lo miro con toda la mala leche que me corre por las venas, aunque ni eso consigue que deje de reír—. ¡Esto no es un juego, Javi! Si no eres capaz de comportarte como el adulto que eres, puedes largarte. —En cuanto suelto la última palabra, sé que he metido la pata.

—Mejor me voy a que me dé un poco el aire.

Javi sale del local. Tendría que haberme callado la boca, sin embargo, la situación se me escapa de las manos. Soy consciente del lío en el que estoy metido, de que ambos tenían razón y que las cosas me explotarían en la cara. Conozco a Sam lo suficiente para saber que no me perdonará que me haya acercado a ella para mantenerla controlada. Del mismo modo que, si se entera por Andrés, todo estará perdido. No tendré la mínima oportunidad de solucionar las cosas.

—Creo recordar que, cuando todo esto comenzó, te dije que llegaría el momento en el que perderías el control de la situación. No me preguntes las razones, no obstante, tenía muy claro que tu plan de acercarte a Sam nos traería problemas. Sabes que las formas en las que le has hablado a Javi no son las correctas, pero espero que hables con él cuando te calmes un poco. También eres consciente de que no importa quién sea el encargado de hablar con Sam; ella no va a reaccionar mejor porque seas tú el que tenga delante. Si te soy sincero, pondría la mano en el fuego en que será al contrario; su enfado no cambiaría por ser tú el portavoz de la noticia. Cuando le expliques que su hermana está en una habitación del hospital desde hace días, que se encuentra en estado de coma y que no le has dicho nada, provocará que salga corriendo en la dirección contraria. Aun así, en este tiempo, me has demostrado que afrontas las consecuencias de tus actos con entereza y que solucionas los problemas con rapidez. Así que, aunque

me parezca una auténtica locura, dejaré que seas tú el que informe a Sam de todo. Eso sí, cuando todo salte por los aires y ella no quiera volver a saber nada de ti, recuerda estas palabras: yo quise ponerte un colchón bajo tus pies para evitar el golpe.

Andrés suelta todo el discurso sin permitirme decir ni una sola palabra. Una vez finaliza, sale del local con paso seguro. Ojalá las cosas hubieran salido de otra manera, ojalá hubiéramos encontrado a Sofía en otras circunstancias, ojalá supiera todo lo que le ha ocurrido durante estos años. Sin embargo, nada de eso ha sucedido. Cuando tomé la decisión de acercarme a Sam, sabía que esto podía suceder, por mucho que no quisiera. El momento ha llegado y lo único que puedo hacer es dar un paso adelante, afrontar las consecuencias de mis actos e intentar que la explosión no haga saltar toda la investigación por los aires.

Capítulo 32

Elías

—¿Puedo entrar o vas a volver a sacar los cuchillos a pasear? —pregunta Javi, quien me observa desde la puerta.

—Lo siento, tío. La situación me ha sobrepasado y tus risas me han sacado de mis casillas.

—No pasa nada. Nos conocemos desde hace años, sé perfectamente de qué pie cojeas. Además, admito que yo no me he comportado de manera profesional. Sin embargo, ¿cuántas veces te he dicho que te estabas metiendo hasta el fondo?

—Muchas.

—Pues eso. Y tú, en vez de hacerme caso y pisar el freno, te has metido aún más en el pozo y ahora todo ha saltado por los aires. Ambos sabíamos que tarde o temprano iba a suceder. Sam es así, no iba a dejar las cosas estar. Nunca lo hace y menos si se trata de su hermana.

—Ahora ya no hay nada que hacer, tío. Por eso necesito ser yo quien se lo diga, dar la cara, ser sincero con ella de una vez.

—¿Y después?

—No tengo ni puta idea. Por primera vez en mi vida, voy sin un plan. Intentaré ayudarla a encontrar el resto de las respuestas, y a vosotros os ayudaré a cerrar el caso. Cuando todo acabe, volveré con mis chicos y me alejaré de ella para siempre.

—No creo que seas capaz de eso.

—Considero que ella no me dejará otra alternativa.

—Bueno, solo el tiempo puede decírtelo. ¿Qué te parece, si antes de enfrentarte al huracán Sam, me cuentas qué has encontrado?

Javi señala toda la documentación que ha traído de comisaría durante estos últimos días. Ha llegado el momento de sacar todo a la luz. Después, iré a comisaría, me pondré en contacto con Sam y abriré la caja de Pandora. La suerte está echada y algo me dice que yo no tengo el boleto premiado; o sí, según como se mire.

—¿Qué sabemos del agente que está pasando información a Sam? —le pregunto una vez lo hemos revisado todo, es uno de los asuntos que aún tenemos que resolver.

—Ha sido un agente que no lleva más de dos años en el cuartel, estamos recabando las últimas pruebas contra él. Lo que sabemos es que se ha dejado sobornar por una buena suma de dinero, y…

—¿Cómo lo habéis descubierto? —le corto.

—Al reducir la lista de sospechosos, revisamos los movimientos bancarios de cada uno de los agentes que recibieron la información que terminó en manos de Sam y su equipo. De ese modo, fue sencillo dar con él.

—¿Cómo vais actuar ahora?

—Andrés está esperando que toda la documentación esté sobre la mesa para echarlo del cuerpo.

—Qué lástima que haya agentes que den más importancia al dinero que a su labor policial.

—No te comas ahora la cabeza con esto, deja que nosotros nos ocupemos. Ya tienes bastante con Sam.

◆◆◆

Llego a comisaría con los nervios a flor de piel. Voy directo al despacho que Andrés me asignó cuando todo esto comenzó. Solo han pasado unos meses desde aquello, sin embargo, tengo la sensación de que fue en otra vida. Le he contado a Javi todo lo que tengo, las pistas que he encontrado y lo que mi cabeza me grita desde hace días. No le ha parecido una locura, aunque no sé si es bueno o malo. Lo he dejado en el local para que siga mis pasos, para que ate los últimos cabos que nos dirán si me he equivocado por completo o si, en cambio, he encontrado el hilo que nos llevará al final de esta historia. Antes de que eso ocurra, tengo que dar un paso más. Uno que no me apetece, que he intentado posponer tanto como me ha sido posible, pero ya no puedo retrasarlo más. Ha llegado el momento.

Descuelgo el teléfono y marco el número de la redacción. En concreto, a la extensión del director del periódico. Soy consciente de lo que Samuel significa para ella y, ahora más que nunca, lo necesita a su lado. Por desgracia, a mí no me querrá ver ni en pintura.

—Buenos días, despacho del señor González, le atiende Laura.

—Buenos días. —Trago saliva para que desaparezca el nudo que me oprime el pecho—. Soy el sargento López, necesito hablar con su jefe.

—¿Puede decirme en referencia a qué?

—No, no puedo, páseme con su jefe. —La orden sale antes de que pueda detenerla.

—Un segundo, por favor.

Al otro lado, el silencio es demoledor. Me sudan las manos, y el corazón me va a tanta velocidad que siento cómo golpea contra mi pecho. Respiro hondo e intento infundir algo de serenidad a mi cuerpo, necesito que mi mente piense con claridad. No puedo permitirme perder el control.

—Samuel González, dígame: ¿en qué puedo ayudarle?

—Soy el sargento López. Voy a contarle detalles que pertenecen a una investigación en curso y que se encuentra bajo secreto de sumario. Espero que quede claro que, nada de lo se diga en esta conversación, no salga publicado en su periódico o en ningún otro. Del mismo modo, tampoco podrá divulgar la información que estoy a punto de facilitarle, ¿ha quedado claro?

—Como el agua.

—Sofía, la hermana de su empleada Samanta Molina, ha aparecido.

—¿Cuándo? —Su voz desprende tanto asombro que abruma, necesito encerrar todos los sentimientos bajo llave y ser profesional.

—Entiendo que la noticia le pille por sorpresa. Si me deja hablar, será más sencillo para ambos. —Froto mi cara con la mano libre para poner en orden todo lo que quiero decir—. Sofía apareció hace unas semanas, se encuentra hospitalizada en un coma profundo del que los médicos no han logrado averiguar nada. Hemos intentado encontrar alguna pista que nos lleve a determinar dónde estuvo durante estos años, qué le ha sucedido, aunque todo sin éxito.

—Disculpe que le interrumpa, pero no entiendo cómo han esperado tanto para comunicarle a Sam que Sofía ha aparecido. Me parece estupendo que quieran dar respuesta a las preguntas que rondan su desaparición, no obstante, Samanta se encuentra en su derecho de conocer esta información.

—Lo sé, fui el primero que quiso contarle hasta el último detalle. Sin embargo, mis superiores querían tener algo a lo que agarrarse antes de involucrar a una civil que no ha cesado en su empeño por encontrar ella misma las respuestas.

—¿Cómo sabe eso, sargento?

—Eso no es relevante, mi llamada es para informarle de la situación. Necesito que esté al lado de Samanta, más que nunca va a necesitar alguien con ella. Como le decía, conocemos muy bien los pasos que han dado para conocer el paradero de Sofía y no podemos permitir que, ahora que ha aparecido, sigan entrometiéndose en la labor policial.

—Parece que sabe muchas cosas, incluso diría que conoce a Sam. Estoy casi seguro que, sabe tan bien como yo, que controlarla es bastante complicado.

—Por eso se lo digo. Intuyo cómo se van a desarrollar los acontecimientos, y usted parece un hombre cabal, es justo lo que necesita para mantenerla con los pies en la tierra. Sofía ha permanecido lejos de su familia durante dieciséis años, y aparece en un coma que es muy probable que sea provocado. No podemos permitir que Samanta termine de la misma manera que su hermana.

—Haré lo que esté en mis manos, aunque no le prometo nada. ¿Qué más puedo hacer por usted?

—Necesito que vaya en su busca y me la pase al teléfono. Por favor, no le cuente nada de lo que hemos hablado. Voy a mandar un vehículo en su busca y, cuando esté en comisaría, la pondremos al corriente de todo.

—De acuerdo, deme un momento.

La línea vuelve a quedarse en silencio, y los nervios me atrapan de nuevo. No tengo ni idea de qué va a suceder. Quiero dejar que pase el mayor tiempo posible antes de poner todas mis cartas sobre la mesa. En este tiempo, he conocido bastante a Sam cómo para saber que no se lo va a tomar bien. Quiero tenerla aquí, en mi terreno. Cuando se desvele todo el pastel, necesito a su jefe de mi lado. Si él es consciente del peligro al que está sometida, si sigue investigando por su cuenta, podrá mantener el control de la situación.

No saber qué está ocurriendo en la redacción me saca de mis casillas. El tiempo pasa, y yo sigo colgado al teléfono, sin poder dejar de mover las piernas. Deseo oír su voz al otro lado.

—Buenos días, soy Samanta, ¿en qué puedo ayudarle? —El aire abandona mis pulmones, cierro los ojos e intento calmarme para mostrar una seguridad que ya no siento.

—Buenos días, soy el sargento López. Necesito verla con urgencia en comisaría. —El silencio es absoluto, ni siquiera su respiración hace acto de presencia—. ¿Sigue ahí, señora Samanta?

—Sí, sargento, lo siento. ¿Qué ha pasado? ¿Mi familia está bien? —Su voz entrecortada me dice que está nerviosa, intuye que algo malo sucede, aunque no tiene ni la menor idea de por dónde van los tiros.

—Sé que estará confusa, pero no se preocupe. ¿Podría salir ahora del trabajo?

—¿No puede decirme qué ha pasado?

—Señora Samanta, sé que es difícil, pero preferiría hablar con usted en persona. Un coche la recogerá en cinco minutos, ¿le parece bien? —intento sonar sereno, mantener la calma para que ella pueda relajarse un poco.

—¿Alguien está herido? —No puedo seguir escuchando su tristeza, me parte el alma.

—No se preocupe, no es algo que se pueda explicar por teléfono, la estaré esperando.

—De acuerdo.

Finalizo la llamada con una sensación demasiado desagradable en el estómago. Me hubiera encantado que las cosas hubieran salido de otra manera, o haber mantenido mis sentimientos fuera de la ecuación. Por desgracia, eso no estaba en mis manos. Era *casi* imposible pasar tiempo a su lado sin enamorarme de ella.

Capítulo 33

Sam

Al salir de la redacción, un coche patrulla con un agente uniformado tras el volante me espera en doble fila. Me monto en la parte trasera del vehículo y el joven se pone en marcha sin decir una palabra. A pesar de mis intentos por mantener una conversación con él, han sido en vano; no ha salido ni una simple palabra de su boca. Mi mente va a mil por hora, ya que no entiendo las razones por las que tengo que acudir a comisaría. Si a alguien de mi familia le hubiera ocurrido algo malo, Lucas habría sido el primero en enterarse, ¿no? A no ser que el problema sea mi hermano, que se haya metido en algún lío de nuevo y que, en esta ocasión, lo hayan detenido.

Llegamos en apenas unos minutos. A pesar de que la oficina no se encuentra demasiado cerca de la comisaría, las luces del coche patrulla han facilitado el camino. En la entrada, Javi me espera. Está nervioso, no deja de ir de un lado a otro mientras golpea su pierna derecha con la palma abierta. Salgo del coche cuando el conductor reduce la velocidad para estacionarlo.

—¿Qué está sucediendo, Javi? ¿Con quién he hablado? ¿Por qué estoy aquí? ¿Dónde se encuentra el comisario? Es mi hermano, ¿verdad?

—Cálmate, Sam, tendrás las respuestas que necesitas en unos minutos.

—No entiendo a qué viene tanto secretismo.

—Lo entenderás, te lo aseguro.

Javi me señala el camino para que acceda al interior de la comisaría. Su mano, colocada en mi espalda, me empuja con suavidad para que avance. El interior se encuentra demasiado calmado, lo que me provoca un escalofrío que me recorre de pies a cabeza. Todas las veces que he accedido al interior, la gente andaba de un lado a otro, las conversaciones se solapaban unas con las otras, el ruido era incontrolable. En cambio, ahora mismo, cada agente se encuentra en su sitio, con la mirada fija en sus mesas. Nuestra entrada no modifica ni un ápice el ambiente.

¿Sabes ese momento en el que eres consciente de que algo está a punto de suceder? Pues así es cómo me siento yo, como si todos a mi alrededor supieran algo que yo desconozco. Continúo adelante con Javi pisándome los talones. Giramos hacia la zona de despachos y miro hacia la planta superior, donde se encuentra el despacho del

comisario. ¿Dónde me lleva si no es para hablar con el comisario?

—Es aquí —anuncia Javi enfrente de una puerta de madera cerrada. Observo a mi acompañante, quien no es capaz de mantenerme la mirada. Sujeto el pomo con fuerza, ya me estoy cansando de tanto misterio—. Sam, escucha todo lo que te tiene que decir antes de sacar ninguna conclusión.

—¿De quién hablas?

Mi pregunta se pierde en el aire, ya que Javi da la vuelta y desaparece de mi campo de visión. Me deja sola, sin saber qué o quién me espera tras esta puerta. Respiro hondo e intento calmar el golpeteo frenético de mi corazón. «Venga, tú puedes, no hay nada que pueda contigo. ¿Qué más puede pasar?», me pregunto. Los ánimos de mi subconsciente no me dan esa fuerza que siempre me acompaña y que ahora me ha abandonado. Si no fuera porque la curiosidad puede conmigo, saldría de aquí tan rápido como he llegado y me olvidaría de todo.

Abro la puerta sin darle más vueltas. Lo que encuentro, detrás de esta, me deja bloqueada. Mi cuerpo no responde, y mi mente ha explotado dejando un paraje desértico en mi cabeza.

—Elías.

Su nombre se escapa entre mis labios, aunque no sé si lo he pensado o si lo he dicho en voz alta. Sus ojos no se separan de los míos, y yo me encuentro tan perdida que no sé qué hacer.

—Sam, toma asiento, por favor. Todo tiene una explicación.

Sus palabras salen lentas, seguras y mi cuerpo no duda ante su voz. Mis piernas comienzan a dar pasos hacia donde se encuentra el hombre con el que he compartido mis días durante las últimas semanas. Separo una de las sillas —que hay enfrente de la mesa— y la alejo, necesito marcar una distancia con él. Esto no me huele bien y no permitiré que tenga ningún poder sobre mí.

—Antes de nada, quería pedirte disculpas.

—Por mentirme. —Las palabras salen solas, aunque ahora que comienzo atar cabos, todo empieza a tener sentido. Su aparición de la noche a la mañana, que siempre estuviera cerca de mí. Siempre dispuesto a ayudarme, a escucharme, sacando información. Joder, qué gilipollas he sido—. Dime, ¿te lo has pasado bien?

—No es lo que crees.

—¿Me vas a decir que no te acercaste a mí siguiendo un plan?

—Sí —contesta nervioso, pero carraspea—. Bueno, en realidad, no. Es más complicado que eso, déjame explicártelo.

—Venga, cuéntame qué tan difícil es. —Me recuesto en la silla con los brazos y las piernas cruzadas. Tengo que mostrarme segura, no puedo permitir que note mi debilidad—. Ahora entiendo las palabras de Javi.

—Cuando nos cruzamos la primera vez, todo estaba planeado. A pesar de ello, todo lo que ha sucedido entre nosotros es real. El comisario quería protegerte y me pidió ayuda para mantenerte alejada del peligro.

—¡Lo que me faltaba por escuchar! ¿Qué tengo ahora?, ¿quince años? Sé cuidarme sola perfectamente, no necesito que nadie se cuele en mi vida para alejarme de nada.

Me levanto de la silla y voy directa a la puerta, no pienso quedarme a escuchar más idioteces.

—No te vayas, quiero contártelo todo. —Su voz se entrecorta—. Es importante.

—¿Por qué ahora? —pregunto de espaldas, con la mano sujeta en el pomo de la puerta, dispuesta a irme sin mirar atrás—. Has tenido tiempo de sobra para ello.

—Porque no puedo seguir ocultándote información, porque te quiero de verdad, porque sé que he metido la pata hasta el fondo. Sin embargo, quiero hacer las cosas bien contigo.

Sus palabras me golpean en el pecho, ¿será verdad? No tengo ni idea, pero no pierdo nada por escucharlo.

—Muy bien. Voy a dejar que me cuentes todo, pero quiero que te quede algo muy claro: lo que existía entre tú y yo, es historia, ¿entiendes? Reflexiona muy bien qué vas a decir y, por favor, no te dejes nada en el tintero. Te aseguro que, cuando salga por esa puerta, nuestros caminos no volverán a cruzarse jamás.

Su mirada se ensombrece, y se frota la cara con un suspiro. Me encantaría correr a sus brazos y aliviar la carga que lleva sobre sus hombros, pero él… él ha destrozado mi corazón sin contemplaciones. Estoy cansada de recibir golpes, ha llegado el momento de pensar solo en mí.

—Mi nombre real es Elías López. Es probable que te suene el apellido, mi padre era el anterior comisario. Con dieciocho años, entré en la academia militar, por eso me fui de aquí. No te mentí en aquello.

Lo observo con calma. Me fijo en sus facciones, en busca de algo de aquel joven que conocí en la adolescencia. Conozco al comisario López, ¿cómo no hacerlo? Llevó el caso de mi hermana. El recuerdo que tengo de su hijo, de Elías, no se parece al hombre que tengo delante. He sido una idiota.

—Volví hace unos meses —continúa—, quería estar cerca de mis padres ahora que se han jubilado, no quería seguir jugándome la vida lejos de ellos. Cuando apareció el primer cadáver, el comisario Vidal me pidió ayuda. Se encontraban en una situación complicada y quería llegar hasta el final para daros a ti y a tu familia las respuestas que lleváis tantos años buscando. —Recorro la estancia e intento poner mis ideas en orden. ¿Cuándo dejé de pensar con la razón? Me he

dejado engañar con demasiada facilidad—. No obstante, tu obsesión con el caso te ponía cada dos por tres en situaciones peligrosas. El comisario temía que te sucediera algo, y…

—Y ahí entras tú, claro —le corto sin darme cuenta—. No, si tu trabajo lo has hecho de maravilla. Me has quitado ideas de la cabeza, y me has sonsacado información para saber exactamente qué pasos iba a dar. Por eso, de un segundo a otro, nadie me daba información. Por eso, cada camino que tomábamos, era un puto callejón sin salida. Tú te encargabas de joderlo todo, ¿no?

Sigo dando vueltas por su despacho para serenarme. Quiero conocer toda la historia, quiero saber qué han descubierto en todo este tiempo, pero me lo está poniendo muy difícil. Ahora mismo lo único que me apetece es darle un guantazo que le recuerde durante días que conmigo no se juega.

—El plan no era exactamente ese. Mi intención era mantenerte a salvo mientras nosotros buscábamos respuestas. Lo que ninguno quería, y mucho menos yo, era que terminaras como una de esas chicas.

—¿Y qué te importa a ti cómo termine yo? ¿Qué más te da si acabo muerta en una cuneta? ¿Qué importa lo que me suceda? Dejé de vivir el mismo día que Sofía murió.

Me derrumbo en la silla y dejo que las lágrimas salgan sin control. Me tapo la cara con las manos, necesito que todo esto termine de una vez. Siento las manos de Elías acariciar mi espalda, un gesto que hasta hace unos minutos me haría estremecer. Sin embargo, ahora mismo, lo único que me genera son ganas de arrancarle la mano. Me deslizo hacia el borde de la silla para alejar su contacto.

—Sofía no está muerta.

Las palabras de Elías se clavan en mí como un puñal. Levanto la cabeza lentamente para procesar lo que acaba de decir. No puede ser real, no he escuchado bien, mi mente me está jugando una mala pasada.

—Es verdad, Sam, por eso necesitaba sincerarme contigo. La hemos encontrado. —Intenta colocar su mano sobre la mía y, con un gesto brusco, la aparto para que no me roce ni un ápice—. Tengo que avisarte de que no se encuentra en las mejores condiciones.

—¿Dónde está?

—En el hospital —responde—. Apareció con un coma inducido del que no sabemos nada, los médicos están intentando averiguar cómo sacarla de ese estado.

—¿La mujer desconocida? ¡Joder, Elías! Lo sabes desde hace días. Por eso estabas tan distante, ¿verdad? ¿Cómo no has sido capaz de contarme nada hasta ahora? Tú mejor que nadie sabes todo lo que he pasado, cómo me siento respecto a todo esto, y no solo me has estado

mintiendo, sino que te has callado que mi hermana ha aparecido.

—Lo siento, Sam, de verdad. Para mí no ha sido un camino sencillo, te lo aseguro. Todo empezó como un trabajo, sin embargo, te colaste tan dentro de mí que lo cambiaste todo y no he sabido hacerlo mejor.

—Ya es demasiado tarde, Elías —zanjo—. Ahora llévame junto a Sofía.

◆◆◆

Mi hermana está viva. Todavía no me creo que esa mujer, la que veo tras el cristal, sea ella. Elías no ha dicho ni una palabra desde que salimos de comisaría y se lo agradezco, ahora mismo lo único que me apetece es mandarlo a la mierda. No quiero pensar en él, ni en todo lo que ha pasado entre nosotros. Todavía no puedo enfrentarme al daño que me ha causado, ni prestar atención a mi corazón hecho pedazos. No, ahora tengo que centrarme en lo importante: recuperar a Sofía. Después de tantos años, la tengo delante; sin embargo, no tengo fuerzas para entrar. Es una idiotez, lo sé, ya que se encuentra en coma. Los médicos no pueden asegurar que sea consciente de lo que sucede a su alrededor, aunque tampoco pueden garantizar lo contrario.

Aquí me encuentro, en el pasillo del hospital, viéndola inmóvil sobre la cama. A mi derecha, Elías se cruje los nudillos una y otra vez. A mi izquierda, un agente uniformado custodia la puerta de la habitación.

—¿Qué habéis averiguado? —le pregunto a Elías. Se supone que me lo ha contado todo, no obstante, no sé los pasos que están siguiendo ahora que ella ha aparecido—. Y te rogaría que dejaras las mentiras lejos.

—No sabemos nada, Sam, por eso hemos esperado tanto para decirte que se encuentra en ese estado —dice mientras señala el interior de la estancia—. Lo único que sabemos es que Sofía era la mujer que los agentes intentaron proteger y que les dio esquinazo. La orden de busca y captura del hombre que estaba con ella, sigue activa, pero de momento no tenemos ningún dato nuevo.

—Está bien. Me da igual cómo lo hagas, pero quiero acceso a la investigación. Sin mentiras y sin medias tintas. —Elías suspira ante mis palabras. Soy muy consciente de que eso se escapa de sus manos, aunque me importa un pepino. Haré lo que haga falta por saber dónde ha estado mi hermana y qué le ha sucedido para aparecer en este estado—. No voy a aceptar un *no* por respuesta, y lo sabes —termino diciendo antes de llenar mis pulmones y caminar hacia la puerta que me separa de Sofía. Ha llegado el momento de enfrentarme a la

realidad.

Capítulo 34

Elías

Han pasado varias semanas desde que le confesé todo a Sam. A partir de ese momento, el comisario habilitó una sala para que ella se apostara día y noche. Si no se encuentra en el hospital junto a Sofía, es porque se halla en comisaría. He intentado acortar la distancia que nos separa, sin embargo, no han dado los resultados que me gustarían. Cuando estoy delante, me ignora por completo; es como si no existiera para ella, solo habla con Javi o con el comisario. Por esa razón, paso mucho tiempo encerrado en mi despacho. No hemos conseguido avanzar ni un paso para esclarecer todo lo relacionado con el caso, y eso me está volviendo loco. Las muertes se han detenido igual que hace dieciséis años y, mientras la única fuente de información siga en coma, no tenemos nada de donde tirar.

—Elías —Javi entra en mi despacho sin avisar—, tenemos que ir al hospital ahora mismo.

—No creo que a Sam le haga mucha gracia verme allí… —respondo sin desviar la atención de los documentos que hay desperdigados por la mesa.

—Sofía ha despertado.

Mi cuerpo se queda rígido ante sus palabras.

—¿Cómo has dicho?

—Sam acaba de llamar al comisario. Sofía ha vuelto al mundo de los vivos, pero no le ha gustado encontrarse con su hermana. —Miro a mi amigo sin entender lo que dice, no tiene sentido—. No sé muy bien lo qué ha sucedido, solo que ha echado a Sam de la habitación a grito pelado y ha pedido verte a ti.

—¿A mí?

—Sí, tío, ha sido muy clara en ese punto. Dice que no hablará con nadie que no sea el sargento Elías López. ¿Cómo sabe que has vuelto y que te ocupas del caso?

—No tengo ni idea, Javi, todo esto es demasiado raro. Cada vez estoy más convencido de que Sofía no estuvo retenida contra su voluntad y que supo perfectamente las cartas que estaba jugando.

—Sigo pensando que esa hipótesis tuya es una locura.

Antes de poner a Sam al corriente de quién soy, puse en común con mi compañero toda la información que había encontrado.

—Puede ser. De igual forma, ¿qué otra explicación hay? —Javi se acaricia la mandíbula pensativo. Soy el primero que pensó que era una

locura que Sofía se fuera por voluntad propia, y que existían muchas posibilidades de que ella tuviera algo que ver con los asesinatos. Ahora, si lo pienso con frialdad, es lo único que encaja a la perfección —. Venga, deja de matar más neuronas. Vamos a ver qué nos cuenta.

◆◆◆

Al llegar al hospital, uno de los agentes que custodian las instalaciones, nos espera en la puerta. Todo el recinto se encuentra vigilado las veinticuatro horas del día, tanto en el interior como en el exterior. No permitiremos que Sofía nos dé esquinazo de nuevo, eso no puede ocurrir de ninguna de las maneras.

—Buenas tardes, agentes —nos saluda el compañero al llegar a su altura—. Cómo verán, el ambiente se encuentra algo tenso.

—¿Qué ha sucedido? —pregunto sin tapujos. Me vendría genial conocer el máximo de información posible antes de encarar a Sam y a su hermana.

—La joven que tiene acceso a la habitación ha llegado a media mañana, como de costumbre. El doctor y ella nos han relatado que estaba hablando con la paciente cuando esta ha vuelto en sí…

—¿Había mostrado algún indicio de despertar? —le corta Javi.

—En absoluto. Cuando el doctor ha pasado a revisar sus constantes por la mañana, nos informó de que continuaba sin cambios.

—Tendremos que hablar con el médico —dice Javi.

—¿Cuándo habéis sido conscientes de que ha despertado? —le pregunto al agente.

—De un segundo a otro, los gritos que salían de su habitación nos han puesto en alerta. Hemos accedido al interior para comprobar qué sucedía. Ha sido en ese momento cuando fuimos conscientes de que la joven arremetía contra su hermana para que saliera de la habitación.

—¿Sabes si estaban enfadadas? —me pregunta Javi.

—Sam no me ha contado que hubieran tenido ningún problema antes de que desapareciera. De todas formas, si regresas a casa después de tantos años, ¿no deberías alegrarte y dejar el pasado a un lado?

—Sería lo normal, aunque en este caso no hay nada que lo sea.

—Ni que lo digas, es todo demasiado extraño: las muertes, la desaparición, los nuevos asesinatos, su aparición en coma, que despierte de un segundo a otro, que pregunte por mí… —intento unir todos los puntos y darle forma a este rompecabezas que me lleva de calle—. ¿Quién se encuentra con la paciente ahora mismo?

—Los médicos le están realizando un exhaustivo reconocimiento para comprobar que todo está bien. Mi compañero Raúl se encuentra

con ellos, el comisario ha exigido que no la perdamos de vista.

—¿Y su hermana? —le pregunto al agente.

Conociendo a Sam, estará que arde. Lleva tantos años buscando a Sofía, que ha tenido que ser un duro golpe que haya reaccionado de esa manera al verla.

—Les aguarda en la sala de espera, está muy afectada.

—Nos lo creemos —responde Javi entre suspiros.

No sé qué será peor, enfrentarse a Sofía y a toda la niebla que la rodea o contener la incertidumbre de Sam.

Nos dirigimos a la planta, donde se encuentran las hermanas, en completo silencio. No tengo ni idea de lo qué pasa por la cabeza de mi amigo. Sin embargo, la mía es un absoluto caos. No quiero pensar en nada concreto, necesito mantener la cabeza fría y en su sitio. Tenemos la oportunidad de que la propia Sofía nos cuente su versión de toda la historia. Y, entonces, podré atar todos los cabos. Estoy totalmente seguro de que ella es la clave de esta encrucijada.

—Sam me toca a mí, ¿verdad? —me pregunta Javi.

No puedo hacer otra cosa que afirmar con resignación ante sus palabras. Ojalá yo pudiera ocuparme de ella. Ojalá quisiera tenerme cerca para darle consuelo, aunque no se encuentra en mis manos. Además, por lo que mi compañero me ha contado, dudo mucho que Sofía acepte hablar con nadie que no sea yo. Y, si soy sincero, esta incógnita me intriga demasiado como para cederla a otra persona, ni siquiera a uno de mis mejores amigos.

—Cuida de ella por mí, por favor —le digo antes de ir a la habitación de Sofía.

—Elías —me giro para mirar a Javi—, no dejes que juegue contigo. —Alzo el pulgar y sigo mi camino.

Nunca he creído en las coincidencias, y mi trabajo me ha demostrado que todo tiene una explicación. Las piezas comienzan a coger forma de una manera muy precisa, tanto que asusta. Si no fuera por eso, el que haya pedido hablar conmigo nada más despertar del coma, me habría sorprendido mucho. No obstante, es una prueba más de que ella ha seguido los movimientos de la policía desde el comienzo, que no se encontraba retenida en contra de su voluntad y que su regreso tampoco es casualidad.

Llego a su habitación y la observo desde el cristal. Sofía me espera muy tranquila, sentada en la cama, concentrada en lo que —desde aquí— parece una revista. Su rostro se encuentra en calma, incluso diría que parece feliz por la sonrisa que muestra según pasa la página. Respiro hondo y entro en el cuarto, sin tan siquiera anunciar mi llegada. Veamos por dónde continúa su función.

—Has tardado más de lo que pensaba —dice sin levantar la vista de la revista.

—Al menos no he tardado dieciséis años. —Sofía me mira sonriente, lo que confirma mis sospechas.

—Veo que las habladurías son ciertas, Elías. Al parecer, tantos años rodeado de escoria te han enseñado bien. Entiendo que mi hermana haya caído en tus redes, aunque dime una cosa: ¿cómo se ha tomado tu secreto?

Me mantengo en mi sitio. Tengo que controlar mis gestos y mis movimientos. Si quiero que la lengua se le suelte, tiene que estar segura de que ya sé suficiente respecto a lo que tenga entre manos.

—¿Por qué no se lo has preguntado? —Su rostro se contrae ante mis palabras, dándome otra confirmación más. Toda esta locura va unida a Sam—. Por lo que sé, tenías mucha prisa por sacar a tu hermana de la habitación. ¿Por qué no has aprovechado para saciar tu curiosidad?

—Yo no tengo nada que hablar con *esa*, dejó de ser mi familia hace mucho tiempo.

Sus palabras desprenden demasiado odio para estar hablando sobre su hermana. Buceo entre toda la información que tengo sobre ellas, de Sam y de Sofía. Recopilo todo lo que Sam me ha contado, pero no hay nada que me dé una pista por las razones por las que Sofía siente tanta animadversión por su hermana.

—En cambio, conmigo estás deseando hablar.

—Llevo observándote desde que regresaste al pueblo. Está claro que ella te había borrado de su mente, sin embargo, yo te reconocí en cuanto nos cruzamos. Es una lástima que te hayas empeñado en resolver todo el puzle y joderme la diversión.

Y aquí tenemos el tercer punto del caso, la respuesta a «¿dónde ha estado todo este tiempo?». Empiezo a dudar mucho que llegara a irse del pueblo en algún momento. La tierra no se la tragó nunca, nadie la secuestró, sino que ella lo organizó todo. Se encargó de sembrar el pánico, de tener a todo el mundo ocupado en busca de un asesino mientras ella se escondía a saber dónde. Después unos cuantos cambios físicos, sutiles, y lo suficiente buenos para tener que fijarte mucho en ella buscando las similitudes. Está claro que para Sofía todo esto es un juego y el partido solo acaba de empezar. Al menos, es lo que ella cree. Por mi parte, este juego está un día más cerca de llegar a su fin.

Capítulo 35

Sam

He perdido la cuenta de las vueltas que he dado por esta maldita sala. Un agente me ha encerrado aquí en cuanto Sofía se ha puesto a gritar como una energúmena, pidiendo que me sacaran de su habitación. Aún no me creo su reacción. He deseado que llegara este día desde que supe que era ella quien se escondía tras el nombre de desconocida. Sin embargo, ni en las peores pesadillas, me habría imaginado nada semejante. Después de tantos años separadas, pensaba que tendría tantas ganas como yo de fundirse en un abrazo. Por desgracia, una vez más, me he equivocado.

Sin embargo, no es eso lo que más me inquieta, sino que ha pedido verlo a *él*. ¿Por qué a Elías? ¿Qué relación hay entre ellos? Si mi hermana lleva tantos años a saber dónde, ¿cómo lo ha reconocido? Y, sobre todo, ¿cómo sabe que él se encuentra en Cáceres? Joder, si yo, que he compartido momentos con el Elías adolescente, no fui capaz de verlo en el hombre que es hoy, ¿cómo mi hermana tiene la seguridad de que él se encuentra en el pueblo? Porque no hay lugar a dudas, lo ha reclamado por su nombre y apellido, dato que yo desconocía hasta apenas unas semanas.

—¿Cómo te encuentras? —La voz de Javi me trae de vuelta a la realidad, dando un poco de tregua a mi mente de periodista.

—A ver, ¿cómo te lo expongo? —suelto con toda la ironía de la que soy capaz. No me olvido de que él lo sabía todo, aunque la idiota he sido yo, por no darme cuenta de que su relación era la misma que cuando éramos jóvenes—. Tu querido amigo, con tu colaboración, me ha estado engañando todo este tiempo. Mi hermana aparece después de dieciséis años y no sois capaces de decirme nada, se despierta de un coma del que no sabemos nada y, no solo no quiere verme ni en foto, sino que al que llama es a Elías. ¿Me dejo algo?

—Todo ha sido por tu bien.

—No sabía que volvía a tener diez años, joder. Me conoces de sobra, ¿en serio me estás diciendo que lo habéis hecho para protegerme?

—Pues sí, aunque no te lo creas —suelta Javi alzando la voz—. Te estabas metiendo en la boca del lobo, ni siquiera nosotros teníamos ni idea del alcance hasta que Elías apareció y empezó a atar cabos. Mientras tanto, tú ibas de cabeza y sin frenos. Piensa lo que te dé la gana, pero te aseguro que lo único que nos movía era mantenerte a

salvo, sobre todo a Elías. ¿Sabes qué? Tú estarás jodida, pero él no se encuentra mucho mejor que tú, te lo aseguro.

—¿Ha atado cabos?

—Joder, Sam, ¿en serio? —me responde Javi dejándose caer en una de las sillas—. De todo lo que te he dicho, ¿solo te has quedado con eso? Ese es tu problema, solo piensas en lo que tú quieres y el resto te damos igual.

—Eso no es verdad —contesto a la defensiva—. Tú mejor que nadie sabe todo lo que he luchado para encontrar a Sofía, para saber qué le había pasado.

—Lo sé, pero eres capaz de arrasar con todo a tu paso. Como tú dices, nos conocemos bien. Si Elías te lo hubiera contado desde el principio, ¿te habrías mantenido al margen?

Me tapo la cara con las manos, es muy probable que tenga razón. Todo este tema me ha tenido tan cegada que llevo demasiado tiempo sin reflexionar con claridad. De todas maneras, eso no quita que Elías haya jugado con mis sentimientos, que me haya manipulado. Podría haber encontrado otro camino para alejarme de mis propósitos, no hacía falta que me mintiera y se metiera en mi vida; tampoco que me hiciera pedazos.

—Deja que el tiempo ponga cada cosa en su sitio, Sam, no hace falta que cierres todas las puertas en un instante. Déjanos darte las respuestas que tanto tiempo llevas buscando y que seamos nosotros los que nos juguemos el tipo, que hagamos nuestro trabajo. Y después, quién sabe, igual te das cuenta de que las cosas no son tan graves como te parecen ahora mismo.

—¿Vais a volver a dejarme al margen?

—Me encargaré de tenerte al día de cada movimiento, a menos que prefieras a Elías.

—No me siento con fuerzas de enfrentarme a él. Aunque, sí que necesito saber algo, ¿por qué mi hermana ha pedido verlo?

—Ojalá pudiera contestarte, pero no tenemos la respuesta. Elías se encuentra con ella en este momento, esperemos que saque algo en claro.

Me siento a su lado e intento calmar toda la furia que me corroe por dentro. Le doy vueltas a todo lo que acaba de decir y me doy cuenta de, que yendo sola dando palos de ciego, no me ha ido bien. Si hago lo que Javi me propone y uno fuerzas con ellos, llegaremos de una vez al final de toda esta locura.

—Aunque no quieras creerlo, Elías está haciendo un buen trabajo. De hecho, está casi seguro de tener un buen hilo del que tirar, y no —dice antes de que yo abra la boca—, no me preguntes de qué se trata. No quiero darte una información hasta que no sepa que es cierta. Danos tiempo para tener las pruebas antes de involucrarte.

—Está bien —digo resignada—. ¿Consideras que la antigua Sofía va a volver?

Javi mira al techo y sujeta mi mano ejerciendo una leve presión que me reconforta al instante.

—Si te soy sincero, opino que a esa Sofía la perdiste mucho antes de que se fuera.

Y sus palabras dan voz a ese pensamiento que lleva dieciséis años tomando forma en mi alma. A pesar del tiempo que ha transcurrido, no sé nada sobre mi hermana y, después de ver cómo se ha comportado al verme, estoy segura de que esa mujer no es aquella Sofía que compartía momentos y confidencias conmigo. Aquella que era mi otra mitad, la que dejó un vacío inmenso en mi corazón. Esa persona ya no existe. No tengo ni idea en qué instante la perdí, ni siquiera sé si tendré oportunidad de dar respuesta a esa duda, o si pude hacer algo para evitar que se alejara de mí. Lo que sí tengo claro es que no puedo hacer nada para cambiar el pasado y que, a partir de ahora, solo puedo convivir con ello en mi futuro.

Capítulo 36

Elías

Salgo del hospital con la cabeza a mil por hora. La conversación con Sofía me ha dado más información de lo que esperaba, aunque hay una hipótesis que me ronda por la cabeza desde que empezamos a hablar. Estoy casi seguro de que no ha dicho nada que no quisiera que supiera. Pondría la mano en el fuego de que nos lleva ventaja en la partida y que, ahora mismo, es ella la que maneja los hilos a su antojo. Por eso no he querido pararme a hablar con Javi, tampoco saber qué ha hablado con Sam. Ni siquiera he respondido a las veinte llamadas del comisario. Necesito poner todos los datos en orden y mirar con perspectiva la documentación del caso. Algo, en mi interior, me dice que tengo la respuesta en mis manos y que debo eliminar las distracciones para encontrar el kit de la cuestión.

Llego al local en el que improvisé una oficina, donde guardo toda la documentación del caso y que se encuentra lejos de ojos indiscretos. Despliego las fotos de cada una de las víctimas sobre el escritorio, y las separo en dos grupos. Por un lado, las que fueron asesinadas predesaparición y, por otro, las que se hallaron posdesaparición. Dejo mi mente en blanco y las observo con calma. Me centro en cada detalle, en cada parte de su físico. Cierro los ojos y dejo que ellas me hablen, que sus rostros lo llenen todo.

«Éramos inseparables hasta que Pablo llegó, me dejó sola cuando más la necesitaba». No ceso en recordar las palabras de Sofía en mi mente. De repente, las caras de las víctimas se transforman en *ella*. Dejo caer la cabeza en el respaldo de la silla. Joder, ¡Sam está en peligro!

—¿Dónde estás? —le pregunto a Javi en cuanto descuelga el teléfono.

—Eso te iba a preguntar yo, tío, nos has dejado tirados en el hospital. Acabo de dejar a Sam en su casa.

—¡Mierda! Dime que no se ha quedado sola —apostillo sintiendo cómo mi corazón se me va a salir del pecho.

—Supongo —contesta despreocupado—. La he dejado en el portal y me he ido. No me ha dejado subir con ella, quería meterse en la cama.

—¡Joder, Javi! Vuelve cagando leches a su casa. ¡Va a por ella!, ¿me escuchas? ¡Sofía la quiere a ella! Todas las demás víctimas solo han sido una forma de ganar seguridad. ¡Es Sam! Siempre ha sido

Sam.

—Voy.

—No me cuelgues, por favor —ruego a mi amigo.

Me quedo al otro lado del teléfono y rezo para que mi amigo llegue a tiempo. No sabemos nada del cómplice de Sofía, pero ella se encontraba tan tranquila, con tanta seguridad mientras hablaba conmigo, que no puedo evitar tener un mal presentimiento.

La voz de Javi grita el nombre de Sam. El sonido del timbre y los golpes a la puerta lo inundan todo. Cierro los ojos con fuerza. «Por favor, que esté en casa», me repito una y otra vez.

—No está, Elías, ¡no está aquí! —Y mi mundo se cae en pedazos ante sus palabras—. Hay algo más, tenemos una alerta urgente: Sofía ha huido del hospital.

Me levanto llevándome la mesa conmigo. Los papeles vuelan por todas partes, mi furia toma el control y golpeo todo lo que hay a mi paso. ¿Cómo he podido estar tan ciego? ¿Cómo he permitido que se la lleve? Me dejo caer al suelo y cubro mi cuerpo con mis brazos. ¿Qué voy a hacer ahora?

◆◆◆

—Eh, ¿qué haces ahí tirado? —Las palabras de Javi me llegan amortiguadas. Tengo la cabeza enterrada entre mis piernas, no tengo ni idea de cuánto tiempo llevo en esta posición. Me siento tan bloqueado que no soy capaz ni de hablar—. Escucha, Elías, no puedes rendirte ahora —dice mi amigo, sujetando mis hombros—. Ella nos necesita con la cabeza fría, te necesita a ti. Si no me hubieras llamado, ni siquiera sabríamos que se la han llevado. —Un suspiro llena el espacio que nos rodea y, si soy sincero, no sé si ha sido él o yo—. Eres el único capaz de dar con ellas. Piensa que acababa de dejarla en casa, Sofía no nos llevará mucha ventaja. —Comienzo a salir de mi propio encierro y dejo que sus palabras me infundan la fuerza que me ha abandonado—. Además, ha esperado mucho tiempo. Seguro que, sea lo que sea lo que pasa por su cabeza, se lo tomará con calma. Esa es la oportunidad que tenemos para llegar a ellas, y también para salvar a Sam.

—No sé por dónde continuar… —Mis palabras me rompen un poco más, porque es cierto. No tengo ni idea de hacia dónde tirar, no sé a dónde se la ha podido llevar.

—Muchos agentes han estado involucrados en este caso. Diferentes mentes se han roto la cabeza para dar con una buena pista; sin embargo, ninguno de ellos ha dado con nada. Tú eres el único que, no solo ha logrado que Sofía saliera de su escondite, sino que has dado

con su plan y con la conexión entre las víctimas.

—Es demasiado tarde…

—¡De eso nada, colega! Elimina esos pensamientos negativos y destructivos, levanta del suelo y pongámonos a trabajar. Si alguien puede traer de vuelta a Sam sana y salva, sin duda eres tú. No dejes que Sofía gane.

Los momentos que hemos pasado juntos se reproducen en mi cabeza como una película, una que no quiero que termine con ella bajo tierra. No puedo permitir que eso suceda, aunque sea lo último que haga en mi vida.

—Tienes razón —digo poniéndome en pie de un salto—. ¿Qué sabemos?

—¡Este es mi colega! —Aplaude Javi—. Vale, lo que sabemos hasta el momento es que a Sam la esperaban en el interior de su piso.

—¿Hay muestras de violencia en el interior?

—Sí, la casa está hecha un desastre. Te aseguro que se defendió, no se lo puso fácil. —Voy anotando cada dato en mi mente—. Los pasos de Sofía iban como un reloj con los de su cómplice; de alguna forma, estaban en constante contacto. Al rato de que abandonáramos el hospital, Sofía fingió encontrarse mal. Un celador la ha llevado a una sala de observación, el agente que la custodia ha dado el aviso a comisaría y, cuando ha vuelto, se ha encontrado al joven inconsciente.

—¿Alguien la ha visto salir? —pregunto—. ¿Se han comprobado las cámaras de seguridad?

—Lo tenía todo planeado —responde—. Las cámaras de la zona sur se desconectaron en el momento que tú salías de su habitación.

—¡La madre que la parió! Todo ha sido una trampa y hemos caído como unos novatos.

—Me temo que sí, amigo.

Hay una cosa clara: el objetivo de Sofía es deshacerse de su hermana. Para ella, Sam es la única culpable de su dolor. Como Javi ha dicho, ha dedicado mucho tiempo para estar lista y llevar a cabo ese plan. Ahora que ha conseguido su objetivo, no se dejará llevar por las prisas. También se habrá encargado de buscar un sitio, donde esté segura de que nadie la encontrará y que nadie se interpondrá en sus planes. Sin embargo, la vigilancia a la que estuvo sometida, no le ha dado margen para irse lejos. Eso reduce mucho las posibilidades, solo hay que encontrar el lugar perfecto. Uno que se encuentre alejado, solitario, y a la vez, lo suficiente cerca del hospital para que ella llegue antes de que la alerta de búsqueda y captura se haya activado. La cuenta atrás ha comenzado, pero no voy a permitir que Sofía venza.

Capítulo 37

Sam

La cabeza me retumba como si tuviera a una banda de *rock* tocando en su interior. Intento llevar mi mano a la sien para calmar el golpeteo; sin embargo, no consigo moverme. ¿Qué ha sucedido? Por más que intento abrir los ojos, tampoco lo consigo. Oigo voces de fondo, aunque no soy capaz de entender qué dicen.

La última persona que recuerdo es Javi, él me ha dejado en casa, pero ¿había alguien en mi piso? Mierda, no recuerdo nada, todo se encuentra demasiado oscuro.

—¿Cómo puedes ser tan idiota? —Una voz de mujer me llega más clara, puede que esté cerca—. Te dije que la quería en perfecto estado, ¿era necesario darle un golpe en la cabeza? —Esa voz… estoy segura de que la he oído antes—. Si le ocurre algo, acabaré contigo.

—¿Tú has visto cómo me ha dejado la cara? Querías que la trajera como fuera, pues ¡aquí la tienes! No me toques los cojones.

Un golpe seco retumba a mi alrededor. Está claro que hay dos personas y que están hablando de mí. Al parecer, el hombre me ha golpeado para traerme a dónde sea que me encuentre. Eso explica la laguna que ocupa una parte de mi mente, y del dolor que me está matando. La mujer lleva el control de la situación, así que es la que manda.

—¡Me importa una mierda! No tengo tiempo que perder, todo el mundo me está buscando. ¿Cuánto crees que Elías tardará en dar con nosotros?, ¿o crees que la dejará a su suerte? —Elías… No, claro, él no parará hasta encontrarme, seguro que está removiendo cielo y tierra —. Como no despierte rápido, estamos jodidos. Te aseguro que no permitiré que den conmigo, no he sacrificado tanto para nada.

—La quieres muerta, ¿qué más da cómo suceda?

—¿Tú eres idiota? ¡Claro que importa! Mi *hermanita* tiene que ser consciente hasta el último segundo de su vida que soy yo la persona que se la está arrebatando, como hizo ella conmigo.

Sofía, es ella… Algo en mi interior, se desgarra al escuchar sus palabras. ¿Por qué está haciendo esto? He dedicado la mitad de mi vida para dar con su paradero, para saber qué le ocurrió. En cambio, ella quiere acabar conmigo… Nada de esto tiene sentido. Mi mente me estará jugando una mala pasada, el golpe me está produciendo alucinaciones.

—Si no hubiera sido por mi ayuda, aún seguirías como un alma en

pena a la sombra de esa zorra —reprocha el hombre, todavía no reconozco quién es—. Relaja el tono, ¿quieres? No olvides que llevo a tu lado todo este tiempo.

La sangre me arde. Al parecer, he estado muy equivocada con mi hermana. Nadie se la llevó, tampoco le hicieron daño; al contrario, todo este tiempo ha estado perfectamente. Mientras tanto, yo sentía que moría en vida sin saber qué le había ocurrido. Me culpaba por no haber sido capaz de ayudarla, por no dar con ella.

Mi cuerpo comienza a responder a mis órdenes. No puedo mover los brazos, pero sí las piernas. Supongo que me tienen atada. Voy abriendo los ojos poco a poco, amoldándome a la poca iluminación que hay.

—Por fin, *hermanita*, ya pensaba que no te ibas a despertar nunca.

Sofía se encuentra de pie, justo enfrente de mí. A su lado, hay un hombre —al que no recuerdo haber visto—, su rostro está rojo y lleno de arañazos. Por la conversación que han mantenido, yo he sido la causante. No recuerdo nada.

Estoy atada a una silla. La estancia parece un sótano, es posible que esté en alguna casa abandonada. El espacio se encuentra vacío, solo unas sillas ocupan el lugar. Las pocas ventanas que hay están cubiertas con papel de periódico, por lo que la luz es escasa.

—¿Por qué estás haciendo todo esto?

—¿No te has enterado de nada, *hermanita*? Siempre te has creído la más lista de las dos, pero no has sido capaz de ver el golpe llegar. ¿Ahora quién es la lista?

—Llevo dieciséis años buscándote. Cuando desapareciste, me partiste en dos…

—Sé muy bien todo lo qué has hecho durante todos estos años —me corta—, con quién has estado, dónde, y todas las puertas que has tocado para encontrar respuestas. De hecho, en un par de ocasiones, me tuviste muy cerca. ¿Sabes? He estado aquí todos estos años. No te preocupes, aún tenemos tiempo para ponernos al día. Comienza a anochecer, así que dudo que tu caballero vaya a molestarnos hasta mañana.

—No te reconozco, Sofía. ¿Qué te ha pasado para terminar así?

—Nunca supiste quién soy, ese es tu problema. Me pasé la infancia tras tus pasos, queriendo tu aprobación, buscando tu atención, queriendo ser como tú. Sin embargo, cuando Pablo llegó a nuestras vidas, pude ver la realidad. Nunca conseguiría que la perfecta Samanta se centrara en mí.

—¿De qué hablas? Sofía, yo te adoraba, eras una parte fundamental de mi vida. Pablo no cambió lo que había entre nosotras, ¡fuiste tú la que se alejó de mí!

Sofía se acerca a mí a paso muy lento y se agacha un poco para

quedar a la misma altura. Se le dibuja una sonrisa en su rostro que me pone los pelos de punta.

—Pobre Sam —dice mientras acaricia mi pómulo como si fuera un recién nacido—. Te voy a contar una historia, eso sí, me tienes que prometer que estarás muy calladita, ¿de acuerdo? —me aconseja apuntándome con un cuchillo.

—No tienes que hacerme daño, Sofía, podemos solucionarlo.

—Vamos a empezar por el principio —continúa ignorando mis palabras—. Tú eras la popular del instituto. Todas las chicas querían ser tu amiga y los chicos querían salir contigo, pero yo solo era la joven accesible que los podría acercar a ti. —Vuelvo al pasado junto a sus palabras, aunque mis recuerdos no se parecen en nada a los de Sofía—. Todo el mundo me usaba para llegar a ti, pero me daba igual. Me sentía importante, ¿sabes? Como si fuera la elegida para decidir quién podía formar parte de tu vida y quién no. Cuando Pablo nació, tu atención se centró en él. Siempre estabas detrás de mamá para ayudarla, y cuidabas de ese mocoso cuando ella hacía otras cosas. Con la llegada de Pablo, me dejaste de lado y te olvidaste de mí.

—Eso es mentira, nunca te dejé de lado.

—¿He dicho yo que puedes hablar? —Introduce la punta del cuchillo en mi muslo para cortarme. El dolor me desgarra, y la sangre brota alrededor de la hoja. Cierro los ojos con fuerza y me muerdo el labio para evitar gritar—. ¿Ves? Así estás más guapa: calladita. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Me alejé de ti, con la falsa ilusión de que vendrías a buscarme. Y, entonces, conocí a Aitor —dice y señala al hombre que nos observa apoyado en una de las paredes—. Él me dio un hogar, una familia, incluso me enseñó a ponerme a mí en primer lugar. Gracias a él, llegué a una conclusión: nunca sería yo misma mientras tú estuvieras cerca. —Ambos se miran a los ojos, no sabría decir qué tipo de relación mantienen—. La idea inicial era irnos lejos, empezar de cero, lejos de todos los que os empeñabais en buscarme, pero tú siempre estabas en mi cabeza y necesitaba callar tu voz con todas mis fuerzas. En ese momento, Lucía se cruzó en mi camino. Era una joven muy alegre, a pesar de que sus hermanas mayores hacían lo que querían con ella. Me contó que, en su familia, estaban a punto de ser uno más. Me recordó tanto a mí… cuando mamá y papá nos contaron que tendríamos otro hermano, y tome una decisión que cambiaría el rumbo de su vida. Una noche, cuando volvía sola a su casa, después de ir al cine con sus amigas, la maté. Fue bastante penoso, ¿te acuerdas, Aitor? —le pregunta mi hermana con sorna—. Tuviste que arreglar mucho aquella noche.

—Cierto. —Se cruza de brazos—. Aun así, aprendiste rápido.

—Tuve un buen maestro. —Mi hermana dirige su mirada de nuevo hacia mí—. ¿Sabes qué pasó después, Sam? Después de matar a Lucía,

tu voz desapareció. ¡Tenía la respuesta para callarte! Aitor y yo nos dedicamos a buscar chicas que se parecieran a mí, que tuvieran vidas similares con mi misma edad. Y, una a una, abandonaron este mundo para callar tu voz. Todo era perfecto… hasta que Elías volvió al pueblo. ¿Te acuerdas de Elías, Sam? Claro, ¿cómo no lo vas a recordar? Llevas meses metida en su cama. No te bastó con arrebatármelo cuando éramos adolescentes, ¿verdad? Tenías que enredarlo de nuevo en tu telaraña para joderme.

—Sofía, yo…

—¡Cállate! ¿No querrás que vuelva a dañar tu preciosa piel antes de tiempo? —No voy a salir con vida de esta, lo tengo claro. No sé en qué momento la mente de mi hermana se perdió. Su locura será mi fin —. ¡Sigamos! Yo bebía los vientos por él, aunque solo me prestaba atención cuando le hablaba de ti. Un día os vi besándoos en el parque, y aquello fue lo que hizo que acabaras conmigo… ¡¡cuando comprendí que tú solo tenías ojos para ti misma y que mis sentimientos te importaban una mierda!!

»Cuando Elías regresó al pueblo, pensé que había llegado mi momento. Lo tenía todo pensado: me acercaría a él, le mostraría quién soy en realidad y estaríamos juntos por fin. Sin embargo, ahí estaba mi querida hermana para arrebatármelo de nuevo. Te seré sincera: por tu culpa, la pobre Nerea encontró su final entre mis manos. Aunque acabar con su vida no sirvió de nada, ¿sabes por qué? No, claro que no lo sabes —continúa sin darme tiempo a responder—. Ya no valía acabar con vidas miserables como la mía, la única manera de terminar con todos mis problemas era acabar contigo. Y aquí estamos, pero no te preocupes, *hermanita*. Intentaré que sea rápido. Marina fue una fuente de inspiración maravillosa.

Aitor se mueve de sitio, lleva una cuerda en las manos y se acerca a mí con seguridad. Sofía afila el cuchillo con el que seguramente habrá matado a todas esas muchachas, y con el que ahora tiene intención de acabar conmigo. No tengo ninguna posibilidad de salir con vida. Me ha dejado claro que todo lo ha preparado a conciencia. Además, cuenta con ese hombre que me ha demostrado que puede bloquearme con facilidad. Solo un milagro podría salvarme, y no soy de las que cree en ellos.

Capítulo 38

Elías

Nos ha costado, pero por fin hemos dado con el lugar donde Sofía se mantiene oculta. Durante los últimos dieciséis años, buscaron su paradero por todo el mundo. En cambio, ella se escondía en un caserón de las afueras que lleva abandonado ni se sabe cuánto. El radio de búsqueda no era muy amplio. Sofía no tenía la oportunidad de alejarse para llegar a su escondite antes de que las calles y carreteras se bloquearan. Después de descartar todas las viviendas habitadas de la zona y las fábricas industriales, solo nos quedaba esa parcela.

Un par de patrullas se han acercado para echar un vistazo, manteniendo la distancia para no levantar sospechas. La mayor parte de las ventanas se encuentran tapadas con papel de periódico en muy buen estado. Además, hay un coche oculto tras unos setos. Todo ello ha sido suficiente para encontrar las pistas necesarias y darnos el *OK*.

Todos nos encontramos aquí, parapetados tras los coches patrulla que nos hacen de escudo, ideando la mejor manera de acceder al interior y pillarlos por sorpresa. Estamos seguros de que —junto a Sam — se encuentra su hermana y el compinche de esta. Sin embargo, no podemos asegurar que haya más gente en el interior.

—¿Y si dividimos al equipo? —pregunto cansado de no llegar a una idea clara—. Propongo que cinco agentes accedan por la puerta principal y aseguren que estén los tres solos. Mientras tanto, cinco agentes más y yo entramos por la puerta trasera para sorprenderlos. Dejaría dos agentes más por cada banda de la casa, así nos aseguramos que no tienen escapatoria.

—Olvídate de entrar en esa casa. —Las palabras del comisario no dejan opción a réplica; sin embargo, ¿cuándo he hecho caso?

—No tengo ninguna intención de quedarme al margen.

—Estás demasiado implicado, te puede llevar a cometer errores.

—Sé mejor que nadie lo que está en juego. Voy a entrar en esa casa, quieras o no.

—Javi, escoge a unos cuantos chicos y ayuda a Elías con el acceso. Elías, ni se te ocurra cometer ninguna locura.

Pongo los ojos en blanco ante el comentario de Andrés. Nos alejamos un poco para organizar nuestra parte del operativo. Javi y yo iremos en primer lugar, el resto de agentes se encargarán de vigilar la retaguardia y controlar que no seamos nosotros quienes se llevan la

sorpresa. Por lo que he observado, la puerta no nos dará muchos problemas; el cristal, incluso, está roto. Si no está abierta, entraremos por el hueco del cristal.

El comisario es el encargado de organizar al equipo que accederá a la vivienda por la puerta principal. En su caso, sí tendrán que forzar la entrada. Ellos no serán tan sigilosos como nosotros, pero es parte del plan. La idea es que el compañero de Sofía —siempre que no haya más gente— se separe de ella, y neutralizar las amenazas más rápido.

—Mantened los ojos bien abiertos, no sabemos qué nos vamos a encontrar ahí dentro, así que no quiero a nadie haciéndose el héroe —dice el comisario, sin quitarme los ojos de encima. No hace falta que nadie me jure que ese comentario es para mí. Él, mejor que nadie, sabe que haré lo que sea necesario para poner a Sam a salvo—. No quiero ninguna baja y no olvidéis que ellos tienen una rehén en su poder, máximo cuidado con el fuego cruzado. ¿Todo claro? —Acto seguido, todos afirmamos con la cabeza. No hace falta decir más. Cada uno sabe la razón por la que está aquí y yo espero dar con ella lo antes posible.

El equipo principal se acerca a la entrada con un ariete. Nosotros, mientras tanto, nos mantenemos ocultos. En el caso de que alguien se asome, no podemos ser descubiertos. Al tercer golpe, la puerta cede y los agentes entran al interior en formación. Es el momento de movernos, sujeto mi arma con fuerza y me dirijo hacia la parte trasera, escondido entre los setos del jardín. Javi se posiciona a mi izquierda, y el resto ocupan sus posiciones.

El silencio es abrumador, ni siquiera escuchamos la presencia del primer equipo. ¿Nos habremos equivocado de lugar?, ¿y si no se encuentran aquí?, ¿y si estamos perdiendo el tiempo en el lugar equivocado? La imagen de Sam en el suelo, cubierta de sangre, inunda mi mente. ¿Y si es demasiado tarde? Mis pies se quedan anclados al suelo. Si algo le sucede, no me lo voy a perdonar. Todo es culpa mía. Si no hubiera traspasado la línea, si hubiera estado centrado en mi labor, habría descubierto el plan de Sofía mucho antes y esto no estaría sucediendo.

—¿Todo bien?

La pregunta de Javi me trae de vuelta, respiro hondo para llenar mis pulmones y les hago una señal para continuar hacia la entrada. La puerta trasera está cerrada, aunque la rotura de uno de los cristales nos da acceso a la cerradura interior. Con sumo cuidado, abro y accedo al interior de una pequeña cocina que ha visto tiempos mejores. Toda la vivienda se encuentra a oscuras; la única iluminación que entra es por la entrada que hemos dejado atrás. Nos movemos con cuidado, y observamos dónde ponemos el pie antes de dar un paso.

—No tengo ni idea de qué está pasando, así que más te vale

permanecer callada si no quieres que esto termine muy rápido.

La voz de Sofía detiene mis pasos hacia lo que creo que es el salón de la casa. Observo a Javi que, por su mirada, sé que también la ha escuchado. Cambio el rumbo y camino hacia una puerta que se encuentra al fondo de la estancia. Al abrir, unas escaleras nos esperan al otro lado. Señalo tres puntos al equipo para controlar que nadie nos sorprenda en el sótano.

Desciendo con mi amigo, quien me pisa los talones. Yo miro hacia abajo, con el arma en alto y atento al mínimo movimiento. Él mira hacia arriba, cuidando nuestra espalda. Cuando llegamos al tramo final de las escaleras, mis ojos conectan con los de Sofía. Me observa con una sonrisa divertida, sentada sobre una cómoda antigua. En cambio, Sam está atada en una silla. Se encuentra de espaldas a nosotros. No puedo asegurar que se encuentre en buen estado, aunque su posición corporal me deja claro que no le está mostrando miedo.

—Elías, cariño, llegas demasiado pronto —dice con una sonrisa que me pone los pelos como escarpias—. Además, has traído mucha compañía. Supongo que todo este escándalo ha sido cosa vuestra, me lo tendría que haber imaginado. Aunque, ahora que estás aquí, verás con tus propios ojos que has elegido a la hermana equivocada por segunda vez.

Su discurso me deja muchas cosas claras. La primera y más importante: su mente no funciona como debería. La película que se ha montado, no solo tiene a su hermana como protagonista, sino que a mí también me ha metido en ese mismo saco. Este punto es el único que puedo usar en mi beneficio.

—¿Por qué no dejas que tu hermana se vaya con Javi?

—Ella no va a salir de aquí, al menos con vida. —Acaricia un cuchillo sin perder la sonrisa—. Estoy de acuerdo en que Javi se vaya y se lleve al resto de policías que han invadido mi casa.

—No necesitas a Sam para nada, cariño. ¿No te parece que ya te ha eclipsado demasiado tiempo? Es momento de que tú seas el centro de atención. —La sonrisa de Sofía se intensifica—. Es mejor que todos se vayan, incluso ella, así tú y yo nos pondremos al día. Han pasado muchos años desde la última vez que hablamos a solas. En el hospital no podía sincerarme contigo.

—Es que allí estábamos muy observados, ¿verdad? —responde poniéndose en pie y caminando hacia mí. Su mano acaricia mi rostro en cuanto su cuerpo invade mi espacio—. Puede que tengas razón, será mejor que hablemos tú y yo solos. De todas maneras, dudo mucho que a mi *hermanita* se le olvide todo el dolor que me ha causado, ¿verdad, Sam?

Aprovecho que Sofía deja de observarme para hacerle un gesto a Javi para que la suelte y la saque de aquí cuanto antes. Sujeto a Sofía

de la cintura y mantenemos contacto visual, no puedo dejar que su mente divague y cambie de opinión. Lo importante es que Sam salga de aquí y se encuentre a salvo.

Mi amigo se acerca a las escaleras con Sam, la lleva apoyada en su cuerpo. Con la cantidad de horas que lleva atada, es muy probable que le cueste andar con normalidad. Antes de acceder a las escaleras, mi compañero me observa con preocupación. Sé que no le hace gracia dejarme solo; sin embargo, es lo que hay que hacer.

—Ahora que estamos solos, dime que tienes un plan para salir de la casa sin que la policía nos detenga —me dice acariciando mi pecho, gesto que me revuelve el estómago.

No tengo ninguna intención de permitir que Sofía salga de rositas, ni siquiera tengo intención de que salga de esta casa sin llevar unas esposas puestas y vaya de camino a prisión. No obstante, si quiero que Javi saque a Sam y la aleje de la casa para que su hermana no le haga más daño, tengo que ganar tiempo, aunque eso suponga hacerle creer que estoy en su bando.

Capítulo 39

Sam

Javi me sujeta con fuerza de la cadera. Todo mi peso cae sobre su costado, y mi cabeza va apoyada en su hombro. No tengo fuerzas para mantenerme en pie, ni siquiera para fingir que no estoy muerta de miedo. Todo lo que me ha contado mi hermana es una locura, aún no entiendo cómo ha sido capaz de cometer semejantes atrocidades. Lo que más me asusta es que nadie de la familia nos diéramos cuenta de su inestabilidad mental. ¿Cómo es posible que se haya creado una realidad paralela?

Cuando Aitor ha salido de la habitación para buscar el origen de tanto ruido y no ha vuelto, he rezado para que vinieran a por mí. Necesitaba que esta pesadilla se terminara. Y, cuando la voz de Elías ha llenado el espacio, todo se ha paralizado. Quise gritarle que saliera de aquí, prevenirlo de que Sofía no está en sus cabales, pero no he sido capaz de decir ni una sola palabra. Además, ¿de qué habría servido? Él se ha quedado allí, con ella… He visto cómo la abrazaba, cómo la protegía… ¿Cómo es capaz de ser cariñoso con ella después de todas las muertes que lleva sobre sus hombros? De hecho, si hubieran llegado unos minutos más tarde, la mía sería una más en su lista.

—¿Cómo te encuentras? ¿Estás herida? —me pregunta Javi al dejarme sentada sobre una silla en la planta superior.

—Además del corte —digo señalando mi muslo—, solo un poco dolorida. ¿Qué pretende Elías? No entiendo su comportamiento.

—Sabe lo que hace, tranquila. —Javi abre los cajones buscando algo—. Ahora lo más importante es salir de aquí —continúa acercándose con un paño para cubrir la herida—. Una ambulancia te espera fuera para llevarte al hospital, esto no tiene buena pinta.

—Javi, ha sido ella. Sofía ha matado a todas esas chicas con la ayuda de ese hombre que la acompaña.

—Lo sabemos. —Me quedo muda ante sus palabras, ¿desde cuándo lo saben? Si tienen esa información, ¿por qué Elías se ha quedado con ella como si fuera la víctima en todo esto?—. No me mires con esa cara, todo tiene una explicación, pero ahora mismo, lo principal es sacarte de esta casa y alejarte de las manos de Sofía.

—Me iba a matar, Javi, mi hermana me quería muerta.

Él no dice nada. Los actos de Sofía no tienen justificación posible, ni siquiera existe una explicación coherente. Ahora solo me queda

aprender a vivir con esta información, comprender que mi hermana tiene una enfermedad mental y que ya no queda nada de la joven con la que compartí tantos años de mi vida.

Javi me ayuda a ponerme en pie. Hay agentes situados en la puerta del sótano, a la espera de una señal para intervenir. Nosotros nos dirigimos al lado contrario, hacia la salida de la casa, donde las luces de los coches patrulla y las ambulancias son la única iluminación que hay en el exterior. No soy consciente cuándo se ha hecho de noche, ni siquiera sé cuántas horas llevo encerrada en esta casa.

La brisa nocturna me acaricia el rostro cuando el sonido de un disparo retumba a nuestro alrededor. Mi cuerpo se gira sin control hacia el sonido, y siento cómo mi corazón se parte en mil pedazos.

—¡Elías! —grito a la vez que mis rodillas golpean contra el suelo.

—Seguro que se encuentra bien, vámonos.

Javi me alza de nuevo para sacarme de aquí. Las lágrimas salen sin control y empapan mi rostro. Mis ojos no han sido testigos de lo sucedido, pero algo en mi interior duele demasiado.

◆◆◆

Intento abrir los ojos, aunque el peso de mis párpados me lo impide. A mi alrededor, lo único que se escucha son los pitidos de alguna máquina. El olor a desinfectante me da una ligera idea de dónde me encuentro, aunque no sé cómo he llegado aquí. Lo último que recuerdo es que Javi me ayudaba a salir de la casa, donde mi hermana me tenía retenida, cuando Elías…

—Tranquila —me consuela Javi, que se encuentra a mi lado sujetándome la mano derecha—. El peligro ha terminado, Sam.

—¿Qué ha pasado con Elías?

—Todo estará bien, lo importante es que tú te recuperes. ¡Menudo susto me diste cuando perdiste el conocimiento! —El cambio de tema me deja claro que hay algo que no me quiere contar—. Los médicos han dicho que es normal, tu cuerpo soportó mucha tensión y no encontró otra manera de liberarla.

—¿Y Elías? —insisto. Es lo único que me importa. Solo necesito saber que él se encuentra bien, que no lo he perdido para siempre—. ¿Dónde está?

—No vas a quedarte tranquila hasta que te lo diga, ¿verdad? —Niego con la cabeza para tragar el nudo que se ha formado en la garganta—. Lo tienen en la UCI desde que salió de quirófano, no sabemos muy bien qué sucedió cuando se quedó a solas con Sofía. —Cierro los ojos con fuerza intentando, sin mucho éxito, contener las lágrimas que quieren salir sin control—. Le extrajeron la bala sin

mucha complicación, sin embargo, aún no ha despertado.

—¿Cómo?

—Tranquila, los médicos son optimistas. Consideran que su cuerpo necesita tiempo para sanar y que, cuando esté preparado, volverá.

—Todo esto es culpa mía —digo ocultando mi rostro entre mis manos.

Si no me hubiera obsesionado buscando a mi hermana, Elías no habría entrado en mi vida para detener mis pasos. Si yo me hubiera quedado quieta, haciendo solo mi trabajo y dejando que la policía hiciera el suyo, nada de esto habría sucedido.

—Deja de culparte, nada de esto estaba en tus manos. Tampoco las decisiones que tu hermana ha tomado, ni las de Elías. No podías hacer nada para cambiar el rumbo de los acontecimientos.

—Sí podía, Javi. Si os hubiera dejado hacer vuestro trabajo, no tendríais que haber estado pendientes de mí.

—¿Y crees que tu hermana no habría ido a por ti? ¿Crees que Elías no se habría puesto en medio para salvarte?

—Elías no habría vuelto a mi vida si no hubiera tenido que anticiparse a mis movimientos.

—Estás muy equivocada, Elías habría vuelto a tu vida tarde o temprano. Aunque ahora pienses que te ha engañado por el caso, tú siempre has sido su debilidad. Se acercó a ti, incluso antes de poner el operativo en marcha, y me consta que sus sentimientos hacia ti son muy reales. Aunque consideres que eres la responsable, no es así. Las decisiones que Sofía ha llevado a cabo desde hace años, no tienen nada que ver contigo y, desde luego, tampoco los pasos de Elías.

—Sofía me dijo que comenzó a matar porque se sentía traicionada por mí. Yo no sé qué hice mal, no sé si tiene razón cuando dice que la aparté de mi lado, que solo me centraba en mí. Por mucho que lo piense, mis recuerdos no se parecen en nada a lo que mi hermana me contó.

—Tu hermana se encuentra internada en una cárcel psiquiátrica por recomendación médica. Cuando los agentes lograron reducirla, se encontraba muy alterada y decía cosas sin sentido.

—¿Qué tiene?

No termino de asimilar un golpe cuando recibo el siguiente. No sé en qué momento mi vida dejó de ser normal para convertirse en una película. Aún no me creo que todo esto esté sucediendo de verdad.

—Aún le están realizando pruebas, aunque los indicios apuntan a una esquizofrenia psicótica, de ahí su percepción de la realidad y todo lo que ha derivado de ello.

—¿Saldrá?

—Lo dudo, aún no hay fecha para el juicio. Sin embargo, con todas las pruebas en su contra, además de reconocer ser la autora de siete

muertes, también hay que añadir tu secuestro e intento de asesinato, el ataque a Elías y la resistencia a la autoridad tras ser detenida. Son muchos cargos y, si se confirma su diagnóstico, necesitará medicación y vigilancia de por vida.

—¿Habéis hablado con mis padres?

—Sí, el comisario se puso en contacto con ellos en cuanto la detuvimos. Vinieron en seguida, felices por recuperar a su hija perdida. —Me froto los ojos para asimilar toda la información—. Sam, necesitas descansar, seguiremos con esto en otro momento.

—No, continúa.

—Está bien. El comisario les puso al corriente de todo, al principio no se lo tomaron muy bien, incluso llegaron a creer que…

Sus palabras salen a trompicones, le cuesta contarme esta parte y creo saber el motivo. Conozco a mis padres muy bien. Para ellos, Sofía ha sido la mejor de las dos. La culpa siempre la pusieron sobre mis hombros.

—Han supuesto que era cosa mía, ¿verdad?

—Lo siento.

—Tranquilo, estoy acostumbrada. Desde que Sofía desapareció, me han culpado todo el tiempo a mí. Por no prestarle atención, por no haber visto las señales, por no haberla detenido, por no encontrarla. Yo siempre he tenido la culpa, así que es normal que crean que también lo sea.

—Sin embargo, el comisario y yo les pusimos al corriente de todo, incluso hablaron con los médicos que están tratando a tu hermana. Pablo, tu hermano, terminó por convencerlos.

—¿Mi hermano? —pregunto asombrada—. ¿Qué tiene que ver Pablo en todo esto?

—Si te soy sincero, no tenemos mucha información de esa parte. Elías dio con algo que relaciona a tus hermanos; al parecer, Pablo sí mantenía contacto con Sofía.

—¿Cómo? —No puede ser. Mi hermano no andaba en buenas compañías, pero no doy crédito. No podía estar al tanto de lo que Sofía estaba haciendo.

—Sam, no puedo contarte mucho más. Me temo que, los únicos que tienen toda la información, son Elías y tus hermanos. Él ahora no nos puede contar mucho, tu hermana desvaría, y Pablo solo ha hablado con tus padres. Ellos han querido verte, pero tenemos las visitas restringidas. Soy consciente de la relación que tienes con tu familia y pensé que lo mejor era esperar a que despertaras para que decidas qué quieres hacer.

—Gracias.

Es lo único que soy capaz de decir. Si soy sincera, después de lo que Javi me acaba de contar, no sé si estoy preparada para enfrentar a

mis padres.

—Tu jefe y su mujer no se han separado de ti, solo para comer y descansar. Están muy preocupados. De hecho, él tuvo un altercado con tu padre cuando quisieron entrar a verte.

—¿Se encuentra bien? —Samuel es como un padre para mí. Ha estado a mi lado en los peores momentos, y también en los mejores. Si no hubiera sido por él, mi vida no sería la misma.

—Sí, tranquila, yo estaba con ellos. Les dijo a tus padres todo lo que llevaba callando demasiado tiempo, te aseguro que ese hombre te quiere como a una hija. —Una sonrisa se escapa de mis labios al recordar todo lo que ha hecho por mí—. Y, ahora sí, Sam, es momento de que descanses. Si necesitas cualquier cosa, estoy fuera.

Javi abandona la habitación dejando mi cabeza hecha un lío. Cuando pensaba que tenía toda la información para dar por cerrado el tema de mi hermana, me entero de que Pablo tiene algo que ver. Solo espero que Elías se recupere pronto, no podría soportar su pérdida.

Capítulo 40

Elías

Es su voz, la de Sam. Se la nota cansada, pero es ella. Reconocería ese sonido en cualquier sitio. Su mano acaricia la mía. Quiero moverme, sujetar sus dedos entre los míos, y decirle que estoy bien. Sin embargo, mi cuerpo no reacciona.

—¿Crees que tardará mucho en despertar? Hace días que lo subieron a planta. —Su otra mano acaricia mi rostro con delicadeza. Cuánto he echado de menos su tacto…

—Los médicos son positivos, solo tenemos que darle tiempo. —Javi se encuentra con ella—. Es fuerte y muy testarudo. Cuando menos lo esperemos, nos estará dando el coñazo.

Ojalá las cosas hubieran sucedido de otra manera, ojalá yo hubiera vuelto a su vida sin mentiras. Está aquí, a mi lado. Por lo que han dicho, llevo tiempo sin dar señales de vida. Es muy probable que su cercanía solo sea por responsabilidad, y no porque me haya perdonado.

—¿Has hablado con tus padres?

—Sí, no podía retrasarlo más. —Su voz suena triste. La relación con sus progenitores no es que haya sido maravillosa, siempre la han culpado por todo lo sucedido. Sin embargo, todavía no saben que Pablo sigue los mismos pasos que Sofía—. No me interesa que ahora se sientan culpables y reconozcan que se han equivocado con sus hijos. Es demasiado tarde para eso. Al menos, todo ha terminado.

—¿Te han contado algo de lo que Pablo les dijo? Aún no hemos logrado que suelte prenda y, mientras Elías siga empeñado en seguir durmiendo, no tendremos todos los datos.

Estupendo, otra mentira que Sam añadirá a mi lista de cagadas con ella. Desde el principio, las continuas visitas de Pablo al calabozo y sus compañías, no me dieron buena espina. Investigué todo lo relacionado con el joven, y fui conectando personas en común entre la Sofía adolescente y el Pablo de hoy, hasta que llegué a la conexión. ¿Mi error? Mantener toda la investigación en secreto, ahora lo sabrían todo.

—Sí, algo me explicaron. —¡Uf! Aun estando desconectado de mi cuerpo, noto cómo la voz de Sam se rompe. Escuece demasiado, ya que me gustaría abrazarla—. Al parecer, Pablo conoció a Sofía con otro nombre. Él era muy pequeño cuando se fue, por lo que físicamente no podía reconocerla. Todos los delitos que mi hermano

cometió fueron pruebas para ascender en una organización que manejaba mi querida hermana. Pablo y el resto eran los encargados de llevarle información, de cargar con sus errores, de mantenerla oculta en esa casa abandonada. No sé, Javi, puede que Elías te dé más información al respecto. Si te soy sincera, no me creo mucho de lo que mis padres digan, tampoco de mi hermano.

—Eso ya no es cosa tuya, ahora debes olvidar todo lo malo que ha pasado. De esa forma, podrás centrarte en ti y en tu vida.

Qué buen consejo, amigo, espero que te haga caso. Ojalá pueda vivir su vida sin culpas, sin miedos, sin presiones que no le corresponden. Aunque eso signifique que se aleje de mí, aunque yo me tenga que conformar con verla desde la lejanía.

—Sí, he perdido demasiado tiempo buscando a un fantasma que casi termina con mi vida. Desde luego, me habría ido mejor si os hubiera hecho caso en un principio.

—No te martirices con lo que pudo ser, tú siempre actuaste pensando en que hacías lo correcto.

Los dedos de Sam se entrelazan con los míos, ejerciendo una suave presión, a la que deseo responder con todas mis fuerzas.

—Javi —su voz suena ansiosa—, creo que ha movido los dedos.

—¿Segura?

¿Me puedo mover? No he sido consciente, la verdad. Yo solo quería sentirla más cerca, demostrarle que sigo aquí. La mano de Sam desaparece y mis dedos se estiran añorando los suyos.

—¡Mira! —grita—. Elías, ¿puedes oírnos? —Su mano palpa mi rostro.

—Venga, capullo, deja de llamar la atención y abre los ojos de una puñetera vez.

—Y tú deja de ser tan idiota —intento decir a trompicones. Me habría encantado mandarle a la mierda con toda mi energía, pero la garganta me molesta—. Agua.

—Voy a buscar a un médico —dice Javi antes de salir de la habitación, mientras Sam me observa fijamente.

—Agua, por favor —vuelvo a pedir, necesito aliviar este maldito picor que aparece cada vez que quiero decir algo.

—Sí, perdón —me responde atropellada mientras saca una botella de agua de su bolso.

Sus ojos se mantienen fijos en mí, como si aún no se creyera que estoy de vuelta, como si no supiera qué hacer.

—No me voy a desintegrar, aunque pestañees —intento bromear cuando mi garganta parece más calmada.

—Nos has dado un buen susto —me dice golpeándome el hombro —, pensaba que te íbamos a perder por mi culpa.

—Tú no disparaste.

—Ya, pero viniste a por mí y casi consigo que te maten —dice dejándose caer en la butaca donde se encontraba cuando me ha dado de beber.

—Sofía no iba a detenerse ante nadie. No eres responsable de sus actos, y yo solo cumplía con mi deber. —Baja el rostro hacia el suelo y captura su labio con nerviosismo—. Ahora ya no importa, Sam, todo ha terminado.

Uso todas las fuerzas que dispongo para apartar mis ojos de su triste rostro, y observar el cielo cubierto desde la única ventana de la habitación. Soy incapaz de tenerla cerca, de ver cómo se machaca y no arroparla entre mis brazos hasta que consiga que todas sus penas desaparezcan. Sin embargo, no debo hacerlo. Ella me dejó claro que no confía en mí. Además, ya le he causado demasiado daño, y no se merece seguir sufriendo. Ha llegado el momento de que Sam resurja de sus cenizas, como un ave fénix, y viva lejos de la influencia de Sofía.

Javi, junto al personal del hospital, detienen mis pensamientos. El médico pide a Sam y a mi amigo que salgan de la habitación para examinarme. Cuando la veo salir del dormitorio, suelto el aire que ni siquiera era consciente de que mantenía retenido. Los sanitarios comprueban mis constantes, me toman la temperatura, examinan mis ojos, mis reflejos…

—Bienvenido, Elías. Ha tenido mucha suerte —dice el médico. Es un hombre serio, con el pelo canoso y una seguridad que inunda toda la estancia—. Si esa bala hubiera impactado unos centímetros más abajo, ahora no estaríamos hablando. Todo parece estar correcto. A pesar de ello, lo mantendremos unos días en observación para asegurarnos de que no haya ninguna secuela del coma, ¿de acuerdo? —Asiento a sus palabras, dando gracias a quien me haya dado la oportunidad de seguir entre los vivos—. Le voy a pedir que descanse, evite involucrarse en su trabajo hasta que le demos el alta.

Qué sencillo es decir eso cuando no llevas meses con un caso que ha mantenido en vilo a tanta gente durante dieciséis años. Y cuando llevas no sé cuánto tiempo dormido sin saber qué ha pasado en tu ausencia, sin conocer los detalles exactos que te han llevado al hospital. Los sanitarios abandonan la habitación.

Sam y Javi vuelven a entrar. Ella se acomoda de nuevo en la butaca y yo no soy capaz de permanecer quieto con su presencia a mi alrededor. Necesito que salga de aquí, que siga con su vida. Cuanto antes nos quitemos la tirita, antes podremos dejar que la herida sane.

—Sam, ¿podrías dejarme a solas con Javi? Ya has pasado demasiado tiempo aquí —digo con una frialdad que no siento.

Sus ojos me miran abiertos como platos. No quiero que se vaya, ni ella quiere irse, pero es lo mejor para los dos.

—Elías…

—Es hora de que te olvides de todo y vivas tu vida —la corto antes de que diga algo que me haga flaquear.

Sam observa a Javi, quien niega con la cabeza. Supongo que, durante el tiempo que he estado fuera de juego, han tenido ocasión de sobra para hablar.

—Si necesitas algo… —comienza a decir, pero mi mirada vuelve a estar perdida en el cielo. Necesito que salga de aquí antes de que mis fuerzas fallen y le suplique que no se aleje de mi lado nunca más.

A través del reflejo en el cristal, veo cómo Sam abandona la habitación cabizbaja. Sé que no va a resultar sencillo regresar a mi vida después de haber disfrutado de ella. De haber descubierto a la mujer en la que se ha convertido. Sin embargo, soy consciente de que ahora lo que ella necesita es encontrarse, saber quién es sin la sombra de Sofía a su alrededor. Giro la cara hacia mi amigo, que me observa serio. Si las miradas matasen, la suya ya me habría calcinado.

—El golpe en la cabeza te ha dejado más gilipollas de lo que ya eras, ¿verdad? —me suelta en cuanto el sonido de la puerta nos envuelve. No le miro, ¿para qué?—. Sam no se ha separado de tu lado desde que te permitieron las visitas en la UCI y, ahora que despiertas, la alejas. ¡No hay quién te entienda!

—Es lo mejor.

—¿Lo mejor para quién?, ¿para ti?, ¿para ella? —sigue diciendo mi amigo alzando la voz cada vez más—. Venga ya, tío, llevas meses jugando a las casitas con ella. Y ahora que podéis ser solo vosotros, sin mentiras y sin juegos, ¿la dejas ir?

—Para los dos. Ella necesita descubrir quién es sin la sombra de Sofía sobre su cabeza. Y yo tengo que olvidarme de lo que he vivido a su lado durante este tiempo. Todo ha sido una mentira.

—Confirmado, el golpe te ha dejado idiota perdido. Lo que te pasa es que estás acojonado, tío. Cuando se enteró de todo, te rechazó, y ahora tienes miedo de volver a poner tu corazón en la palestra y que sea ella quien no quiera saber nada de ti.

Suspiro frustrado ante sus palabras. El imbécil de mi amigo se ha empeñado en darme por saco. Me encantaría moverme de esta maldita cama y dejarlo hablando con la pared.

—¿Qué tal si dejas de jugar a las celestinas y nos centramos en lo importante? ¿Qué ha sucedido el tiempo que he estado fuera de juego?

—Tú mismo. Si quieres tirar tu vida por la borda, es tu problema. Luego no me digas que no te avisé.

—¿Dónde se encuentra Sofía? —vuelvo a cambiar de tema. Javi se frota la cara con la mano y se sienta en la butaca que Sam ha dejado vacía.

—Cuando logramos reducirla, su abogado la esperaba en comisaría.

—¿Cómo sabía su abogado que estaba detenida?

—Espera, no quieras correr antes de aprender a andar. La cuestión es que nos estaba esperando, pidió un examen psicológico, y ahora se encuentra internada en el área de psiquiatría. —Lo observo alucinado —. No me mires así. A mí también me pareció muy sospechoso, así que me encerré en el local. Sabía que en ese lugar tenías toda la información que habías mantenido en secreto. Ya podías haberla compartido conmigo, amigo, nos habríamos ahorrado mucho tiempo.

—Lo sé, ¿qué quieres? No esperaba terminar en coma —le respondo con toda la ironía de la que soy capaz.

—Me costó, pero al final di con la investigación paralela que hiciste de Pablo. Con ello, pedimos una orden para comprobar sus últimas llamadas y descubrimos que había sido él quien avisó al abogado. Lo tenemos detenido, sin embargo, no ha soltado prenda.

—Eso lo sé. —Mi amigo me mira como si no entendiera nada—. Suelen decir que los pacientes en coma escuchan lo que se dice a su alrededor, pues es verdad. Antes os he oído hablar. Pablo no les ha contado la verdad a sus padres. Él sabía perfectamente con quién se relacionaba, no es un simple peón. Todo lo que necesitas está guardado en la caja fuerte de mi garaje.

Le apunto la clave en un papel y le doy la llave de mi garaje. Allí tendrá acceso a toda la información y las pruebas que he reunido. Ha llegado el momento de poner punto final a toda esta locura, no permitiré que ninguno salga libre de sus delitos.

—¿Por qué no me lo has contado antes?

—Si hubiéramos detenido a Pablo, Sofía se habría visto en peligro y habría vuelto a desaparecer. No podía permitir que eso sucediera. Ahora es el momento de que tú cierres el caso. Yo ya he cumplido con mi parte.

—Te mantendré informado, colega. —Javi sale de mi habitación y me deja solo conmigo mismo.

Cuando decidí regresar a casa, dejar las misiones y formar a los futuros militares, no pensé que mi vida iba a cambiar por completo. El crío que se fue de aquí —hace media vida— se hizo fuerte, creó una muralla para protegerse del dolor que veía en el frente y volvió creyéndose invencible. Ahora me he dado cuenta de que da igual cuánto te protejas. Hay personas que, aunque no quieras, destruyen tus murallas y se adueñan de todo lo que eres. Sam siempre ha estado ahí, encerrada en lo más profundo de mi ser. A pesar de ello, ha sido capaz de volver con más fuerza que nunca.

Lo mejor para todos es que yo vuelva a mi vida, que continúe en el mismo instante que me detuve cuando Andrés solicitó mi ayuda para

el caso, y deje atrás todo lo que tenga que ver con Sam.

Capítulo 41

Sam

Hace dos semanas que no sé nada de Elías, ni siquiera Javi me ha contado nada, aparte de que dejó el hospital tres días después de despertar. Es como si se lo hubiera tragado la tierra, incluso su número de móvil se encuentra fuera de servicio.

Me enfadé mucho cuando descubrí que entró en mi vida con la única intención de mantenerme alejada del caso. Sin embargo, si no hubiera sido por su protección, mi hermana habría acabado conmigo. No consigo perdonarme que Sofía estuvo a punto de matar a Elías. Mis heridas no eran graves, ni siquiera el corte de mi pierna, a pesar de que tuvieron que ponerme más de veinte puntos. No pude mantenerme en la cama, sabiendo que él se encontraba en coma.

Los últimos acontecimientos me dejaron claro que la vida es un suspiro; que, en cualquier momento, sin esperarlo, puede llegar a su fin. Y lo único que quería, para el resto de mis días, era pasar todo el tiempo con Elías. Tenía claro que, en cuanto sus ojos se abrieran —estaba segura de que despertaría—, arreglaría las cosas con él. No se merecía cómo le había tratado, cuando solo quería protegerme. Sin embargo, no esperaba que fuera él quien me alejara de su vida. Desde entonces, ha desaparecido por completo.

Hoy, por fin, ha terminado el juicio de mis hermanos. Sí, de los dos. Gracias a la investigación que Elías llevó de forma paralela, se ha demostrado que Pablo era muy consciente de quién era Sofía y de todos sus planes. No he estado presente en ninguna de las vistas, pero Javi se ha encargado de mantenerme informada en todo momento. No me sorprende, la verdad. Creo que, después de todo lo vivido, me esperaba cualquier cosa.

Quienes sí se han llevado un buen golpe de realidad han sido nuestros padres; que, ni en sus peores pesadillas, se habrían imaginado que sus dos hijos pequeños serían unos psicópatas capaces de hacer daño a tanta gente. Han intentado contactar conmigo, aunque lo que menos me apetece es un acercamiento con ellos; al menos, de momento. Durante estos años, he sido un cero a la izquierda para ambos, pero no les guardo rencor. Sé que el dolor hablaba por ellos; aun así, no quiero a personas que no estuvieron a mi lado en mis peores momentos.

Mi teléfono suena a lo lejos, y me trae de nuevo al presente. No recuerdo dónde lo dejé anoche, cuando llegué de la redacción. Sigo el

sonido de la melodía y me lleva al despacho. Mi móvil descansa sobre el escritorio. El nombre de Javi aparece en pantalla.

—¿Ya ha terminado? —pregunto nada más descolgar.

Samuel me ha dado el día libre en el trabajo. Quería que lo pasara tranquila, y no ansiosa, a la espera de que llegaran noticias sobre la resolución del juicio.

—Sí, a Pablo y a Aitor les han caído veinticinco años sin revisión a cada uno por colaboración directa en varios asesinatos. —Javi hace una pausa y yo retengo la respiración—. Para Sofía, prisión permanente revisable. En su caso, lo harán bajo la supervisión constante de su psiquiatra. El resto de los detenidos solo cumplirán cinco años por pertenecer a una banda criminal. —Suelto de golpe todo el aire y cierro los ojos con fuerza—. Sam, ¿te encuentras bien? ¿Quieres que me acerque a tu casa?

—No, tranquilo, estoy bien. Y lo estoy de verdad, por fin se ha terminado —digo mientras me dejo caer sobre la silla.

—Es momento de dejar el pasado atrás y comenzar de nuevo sin lastres.

Ojalá Elías estuviera aquí, a mi lado, y empezar esta etapa junto a él.

—¿Sabes algo nuevo? —pregunto deseosa de saber algo de Elías.

—Solo que ha vuelto a su puesto en el centro de entrenamiento militar. —Se detiene al escucharme suspirar—. Lleva todo este tiempo sin salir de la base, ni siquiera ha pasado por su casa. No pienses que hablo con él, tampoco me coge el teléfono, pero lo sé gracias a su amigo Tomás.

—¿Puedes conseguir que acceda al centro militar? —pregunto impaciente al venirme una idea a la cabeza.

—No será sencillo, aunque lo intentaré.

—Gracias, Javi —agradezco sin dejar de sonreír

No tengo la menor idea de que, si ambos estamos cara a cara, servirá de algo. Aun así, tengo que intentarlo. Sé que me equivoqué, y que me dejé llevar por el sentimiento de traición. Sin embargo, lo que siento por Elías es mucho más fuerte que eso. No quiero quedarme esperando a ver si él recapacita y viene a por mí. Yo lo eché de mi lado, así que debo poner todo lo que esté en mis manos para traerlo de vuelta.

◆◆◆

Entro en mi despacho sin muchas ganas. Al parecer, a Javi no le está resultando sencillo conseguir los permisos necesarios para que una civil acceda al centro militar. Tiene la ayuda del amigo de Elías,

aunque no me ha contado más. Intento —sin mucho éxito— centrarme en mi trabajo, pero mi mente no me lo pone fácil. Daría lo que tengo por volver al pasado y cambiar mi reacción cuando todo explotó. Soy incapaz de dejar de pensar en cómo habrían sucedido las cosas si yo hubiera actuado de otra manera; si, en vez de ponerme como una fiera, comprendiera la situación y ponerme en el lugar de Elías. Sin embargo, es imposible cambiar el pasado, así que solo me queda jugar mi última carta. Espero que él me añore tanto cómo me sucede a mí…

—Sam, perdona que te moleste —dice mi secretaría asomando la cabeza por la puerta—. ¿Puedo pasar? —Le hago un gesto con la mano para que acceda al despacho—. Hay un joven sin cita que desea hablar contigo.

—¿Te ha dicho que quiere?

—No, dice que es personal. Según me comenta, es algo que necesitas escuchar. —Las palabras de María no me desvelan mucho, aunque sí que me han intrigado.

—Hazle pasar —digo antes de volver a centrar mi atención en el reportaje que debería tener corregido.

No he leído ni dos líneas cuando un joven alto, moreno y con el pelo muy corto accede a mi despacho. Me recuesto en mi silla, cruzo las piernas y entrelazo los brazos en mi pecho. Él se acomoda en la silla que está enfrente de mi mesa. Su seguridad me atrapa, tanto que mis ojos se quedan presos de los suyos. Algo en él me resulta familiar, sin embargo, no recuerdo haberlo visto antes.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunto sin moverme un ápice, sin apartar mi mirada de la suya.

—Mi nombre es Tomás Márquez, soy el compañero y amigo de Elías. —El recuerdo, de la primera noche que vi a Elías, aparece en mi mente. Este hombre se encontraba junto al resto de sus amigos, quienes lo esperaban en la barra. Ahora lo recuerdo, por eso me suena su cara—. Javi me ha puesto al corriente de la situación, y quería hablarlo contigo personalmente. Hemos intentado que accedas a la base. No obstante, desde que Elías volvió, revisa cada acceso que se autoriza.

Estrujo mis dedos con fuerza, y siento un dolor que se instala en mi pecho. Sé que esas medidas de seguridad tan estrictas las hace por mí.

—No quiere verme, ¿verdad?

—No te lo puedo confirmar, pues no lo sé. Si te soy sincero, desde que regresó, se encuentra callado y distante. El único momento que abandona su despacho es cuando toca maniobras con los cadetes. —¿Cómo voy a lograr acercarme a él si está empeñado en alejarse de mí?—. Llevo días, junto a Javi, buscando una manera de propiciar vuestro encuentro sin que Elías sea consciente, pero no hemos dado con nada.

—Entonces, ¿a qué debo tu visita?

—Cuando hoy he llegado, no se encontraba en la base, tampoco estaba en su casa. He llamado a sus padres, pero tampoco saben nada de él. Creía que habría pasado por aquí, pero por lo visto, no es así. No sé si tú podrías ayudarme, si te suena algún sitio al que podría haber ido… —dice preocupado—. Me resulta muy extraño.

Miro al techo para saltar entre todos los recuerdos de los momentos que vivimos juntos durante esos meses. Seguro que estará en un lugar que signifique mucho para él, uno que no tenga que ver conmigo…

—Su padre —exclamo poniéndome en pie.

—Sus padres no saben nada de él, ya te lo he dicho.

—Elías iba con su padre a un claro. Allí pasaban las horas juntos, conversaban mientras observaban la ciudad bajo sus pies. Me llevó una vez, creo que sé llegar sola —digo recordando ese día—. Me dijo que solía ir cuando se sentía perdido, cuando necesitaba pensar.

Recojo todas mis cosas con prisa. No voy vestida para caminar por el campo, pero no tengo tiempo para cambiarme. No pienso perder la oportunidad de reencontrarme con él. Si es verdad que Elías se encuentra en ese lugar, puede ser mi momento para llegar a él.

—Tráelo de vuelta.

Las palabras de Tomás me detienen en la puerta.

—Haré todo lo posible.

Capítulo 42

Elías

Llevo días en los que todo me cuesta. No soy capaz de pegar ojo, no logro centrarme en mis tareas. No me quito su rostro de la cabeza, sus manos apretando las mías, sus labios rozando los míos. Soy consciente de que no estoy bien. Tomás ha intentado hablar conmigo, incluso Javi ha tratado de acercarse a mí. No estoy preparado para esa conversación. Lo único que logra sacarla de mi cabeza son las maniobras con los cadetes, aunque pago mi malestar con ellos; sé que no es correcto. Ellos no deben sufrir mi desengaño amoroso cuando, el único que se lo ha ganado, he sido yo. Por alejarla de mi vida cuando no quería.

Por eso estoy aquí, con la ciudad bajo mis pies, donde mi padre y yo pasábamos horas hablando de todo y de nada. En el único sitio donde consigo estar en paz, donde todo desaparece y solo queda espacio para la calma. El aire fresco inunda mis pulmones, y el sonido de la naturaleza es mi única compañía. Este lugar siempre ha logrado que mis preocupaciones desaparezcan, que mi mente se aclare y el camino a seguir aparezca frente a mis ojos.

En cambio, en esta ocasión, este sitio no causa el efecto que necesito en mí. No contaba con enamorarme de Sam, creía que eso no pasaría. Cuando el comisario apareció en mi despacho, para pedirme que colaborara en el caso, quería ayudar a que mi padre cerrara esa herida que lleva consigo desde que comenzaron los asesinatos.

No contaba con que mi parte adolescente volvería tras aceptar aquel caso, esa parte que soñaba con formar una familia en el futuro con ella. Y lo que jamás me imaginaba es que entraría en mi vida, como un vendaval de aire fresco que pondría mi mundo patas arriba. El Elías que volvió, después de tantos años fuera, tenía muy claro quién era y a dónde se dirigía. Pero ¿ahora? No sé si es buena idea continuar en mi ciudad. Ella lo ha cambiado todo, le ha dado un nuevo sentido a mi vida y me toca encontrar mi camino sin Sam.

Llevo días alejado de todos, en busca de una respuesta que no llega. No quiero que nadie interceda en mi decisión. Y, aunque no quiera pensar en mi gente para determinar mi destino, no puedo olvidarme de ellos. Para mis padres, sería un duro golpe decirles que vuelvo a irme, arriesgándome a estar demasiado lejos si les ocurre algo a consecuencia de su edad. En el caso de Tomás, mi decisión sería dejarlo tirado; él no dudó ni un instante en seguirme cuando le

comenté que dejaría atrás toda la acción, que ocuparía un despacho en —lo que suponíamos que era— uno de los pueblos más tranquilos del país. Tampoco me olvido de Javi. Ahora que hemos recuperado esa conexión que teníamos desde pequeños, esa unión de hermanos que tantas alegrías me ha dado, no sé si sería capaz de dejarlo en la estacada. Y Sam… ¿La distancia hará que me olvide de ella? Sé que no, dudo que su recuerdo salga de mi interior en algún momento.

—Elías… —Su voz llega junto al aire. Cierro los ojos para sacarla de mi mente. La última vez que estuve aquí fue con ella, y eso me está jugando una mala pasada—. Sabía que te encontraría aquí.

No puede ser real. Ella no está aquí, nadie sabe que he venido. Giro mi cuerpo, hacia el lugar de donde proviene su voz, con la esperanza de que solo sea producto de mi mente. Sin embargo, me paralizo por completo ante su imagen. Va con el pelo recogido en un improvisado moño, del que se escapa algún que otro mechón. Sus zapatos —con un tacón imposible para avanzar por el camino— se encuentran en su mano derecha. La americana negra, atada con un nudo a su cintura, y con las mangas de la camisa remangadas hasta el codo. Su rostro está rojo a consecuencia de la caminata. Sin lugar a dudas, no se encuentra en su mejor momento, pero para mí, está más guapa que nunca.

—¿Qué haces aquí? —pregunto seco, y vuelvo mi mirada a la ciudad. Si la sigo observando, no seré capaz de mantener mis manos alejadas de su cuerpo.

—Llevo días intentando dar contigo, aunque no me lo has puesto fácil.

Siento su presencia cada vez más cerca.

—¿Y no has pensado que eso es debido a que no quiero verte?

—Sé que me he equivocado contigo. Entiendo que estés enfadado, pero no voy a detenerme hasta que me escuches —dice con la voz entrecortada por la falta de aire. Se para a mi lado, de pie, con sus ojos clavados en el paisaje que se muestra ante nosotros—. Después, si es lo que quieres, desaparece de mi vida. Sin embargo, primero vas a oír lo que tengo que decirte.

Sé que ha hecho todo lo posible por acercarse a mí. Tuve que dar de baja mi número de teléfono para que dejara de llamar y de enviarme mensajes. Del mismo modo, también me he encargado de controlar los pases que se aprobaban en la base y las personas que intentaban solicitar uno. En cambio, esto no me lo esperaba. Ella está aquí, a mi lado. Podría levantarme e irme, seguir poniendo distancia entre nosotros, pero me he cansado de negar lo evidente.

—Te escucho.

Sam no duda en dejarse caer a mi lado, y su brazo roza el mío. Una descarga eléctrica me recorre de pies a cabeza. Trago saliva y fijo mi

mirada en un punto fijo. Joder, cuánto la he echado de menos.

—La desaparición de Sofía me cambió, me encerré en mí misma y mi único objetivo era descubrir qué le había sucedido. El resto me daba igual, no necesitaba a nadie a mi lado, hasta que apareciste tú. —Siento sus ojos clavados en mí y tengo que usar toda mi fuerza de voluntad para no separar los míos del pueblo—. A pesar de mi reticencia, te colaste en mi mundo. Lograste, que no solo te necesitara en mi vida, sino que te quisiera en ella.

»Cuando supe que todo fue por mi hermana, que te acercaste a mí para saber los pasos que daba y mantenerme alejada, no pensé con claridad. Me dejé llevar por el dolor que me causaba que, de nuevo, una persona que me importaba me hubiera traicionado. —Sam se abraza las piernas protegiéndose. Me parte el alma verla así. Me lanzaría a ella para consolarla entre mis brazos, pero debo dejar que termine de hablar—. Eso no significaba que mis sentimientos desaparecieran, todo lo contrario, hice un gran esfuerzo por no salir corriendo a buscarte muchas veces; pero no podía, primero necesitaba eliminar eso que me mantenía anclada al pasado. Cuando Sofía me tenía retenida, lo único en lo que lograba reflexionar era que no tendría la oportunidad de arreglar las cosas contigo.

Las lágrimas impiden que pueda continuar hablando, y a mí me rompe verla deshecha. Sin pararme a pensar, la rodeo con mi brazo y acomodo su cuerpo en mi costado. Está helada. Deposito un suave beso en su cabeza, aspirando el delicioso aroma a fresa que desprende su pelo. No digo nada, aunque sé que debería, pero no soy capaz. No sé qué decir.

—Entonces, Javi y tú aparecisteis. Tú te quedaste dentro, con Sofía, y me sentía tan confundida… Sofía me contó una realidad que me partió el corazón, y fui consciente de que estaba muy equivocada con ella. Elías, no sabía qué creer. Y, de repente, sonó el disparo. Creía que moriría ahí mismo. Pensé que te había perdido, que morirías por mi culpa.

—Nunca has sido responsable de los actos de tu hermana.

—Ahora lo sé —responde con convicción—. He perdido muchos años de mi vida persiguiendo a un fantasma, y no estoy dispuesta a que sus actos se interpongan entre nosotros. Elías, te quiero.

No dejo que continúe, sino que me abalanzo a sus labios. Caemos juntos al suelo entre risas. Su cuerpo bajo el mío me devuelve el beso con profundidad, su lengua busca la mía con desesperación, sus manos sujetan mi espalda para mantenerme pegado a ella. No quiere que me aleje, pero ella aún no es consciente de que yo no me iré a ningún sitio. Al menos, no sin ella.

—Yo también te quiero —confieso sobre sus labios.

Sus lágrimas salen veloces de sus ojos, y yo beso su rostro para

detener el camino. No hace falta decir nada más. Por fin podemos ser solo Sam y Elías, sin mentiras, solo ella y yo.

Epílogo
Sam

Tres años después

Salgo de la redacción a la carrera. He quedado con Elías para cenar, y llego media hora tarde. No era mi intención, lo aseguro, pero una reunión de última hora me ha retenido más de lo que imaginaba.

Desde que Samuel decidió jubilarse y dejó el periódico en mis manos, es bastante habitual que yo llegue tarde a todas partes. Seguro que te estás preguntando qué más cosas te has perdido en estos años, pero no te preocupes, en un *plis* te pongo al día.

Como te decía, Samuel decidió —hoy hace tres años— que había llegado la hora de dejar atrás las noticias y vivir nuevas aventuras junto a Nuria. Hablamos casi todos los días. Ellos siguen siendo mi familia, a pesar de que pasan más tiempo recorriendo el mundo que en casa.

En cuanto a mis verdaderos padres, poco sé. Después del juicio, vendieron la casa y se mudaron lejos para empezar de cero, sin que el peso de lo que hicieron sus dos hijos pequeños les persiguiera en cada esquina. Mi relación con ellos es inexistente. Aunque han pasado varios años, su ausencia y rechazo —cuando más los necesitaba— sigue doliendo demasiado.

Eso me lleva a hablaros sobre mis hermanos: ambos siguen cumpliendo condena en prisión. Pablo ha sumado diez años más a su condena por asesinar a un preso. Me temo que su camino estaba escrito desde hace tiempo y que nadie podía hacer nada para cambiarlo. En el caso de Sofía, se encuentra en una celda de máxima seguridad después de intentar terminar con su vida. Por lo que sé, lo intentó en un par de ocasiones, por eso tomaron la decisión de mantenerla alejada de todo lo que pudiera emplear como arma. Me consta que, cuando duerme, tienen que atarla para que no utilice las sábanas para ahorcarse. Las noticias de ambos llegan a la redacción, aunque nada me sorprende, ni siquiera me afectan. De ellos, lo único que me queda es el recuerdo de lo que pudimos ser y no fuimos.

Raquel sigue igual de alocada que siempre, eso no ha cambiado, aunque ya no soy la única a la que vuelve loca con sus ideas. Tomás da buena cuenta de ellas. Sí, Tomás, el mejor amigo de Elías. Ni él ni yo fuimos capaces de ver que esos dos terminarían siendo perfectos el uno para el otro. Fue una verdadera sorpresa cuando los descubrimos —con menos ropa de la que nos hubiera gustado— en el coche de mi

amiga. En estos años, he conocido mejor al amigo de mi sargento, y aunque es un poco serio y algo reservado, pone el equilibrio perfecto a la vida de mi mejor amiga.

El que no ha cambiado ni un ápice en estos años ha sido Javi. Empiezo a pensar que nunca lograremos que deje de perseguir faldas. Ojalá un día aparezca la horma de su zapato, la mujer que sea capaz de hacer que siente la cabeza.

—Por fin llegas, creía que me ibas a dejar plantado —me dice Elías en cuanto llego a la entrada del restaurante con la lengua fuera.

—Eso nunca.

Rodeo su cuello con mis brazos al mismo tiempo que los suyos atrapan mi cintura para pegar nuestros cuerpos. No hace falta más para que las chispas salten a nuestro alrededor. Sus labios atacan los míos con ansia, nuestras lenguas luchan en una batalla feroz y yo tengo que poner todo mi autocontrol al mando para evitar que demos un espectáculo en medio de la calle.

Accedemos al interior del local, donde apenas hay tres o cuatro mesas ocupadas. Seguimos al camarero hasta la nuestra, una que se encuentra en una zona apartada del restaurante. Cómo ves, nosotros seguimos tan enamorados que hace tres años. A los días de la conversación en su lugar preferido, decidimos que habíamos perdido demasiado tiempo y me mudé a casa de Elías. Para él, era mucho más cómodo así, ya que está al lado de la base. En mi caso, estaba encantada con el cambio. ¿Quién diría que no a intercambiar un piso de dos habitaciones por una casa de tres plantas con jardín?

Los platos que forman el menú degustación llegan a la mesa y me hacen la boca agua. No era consciente del hambre que tengo hasta que el olor de la berenjena asada —que trae el primer plato— ha inundado mis fosas nasales. Damos buena cuenta de cada manjar, con los gemidos de satisfacción como único sonido. Es la primera vez que acudimos a este local, aunque estoy segura de que no será la última. Todo está delicioso.

—Nos conocimos cuando apenas éramos dos mocosos que corrían como pollos sin cabeza detrás de cualquier cosa —dice Elías, cuando el camarero recoge los platos y nos anuncia que lo siguiente serán los postres—. Mis decisiones nos llevaron a separar nuestros caminos durante muchos años, tantos que ni siquiera me reconociste cuando volví. —No puedo evitar reírme ante su comentario. Es cierto que, cuando volvió, estaba tan cambiado que nunca habría dicho que era el mismo niño—. Lo que ninguno de los dos sabía era que la fuerza del destino nos uniría de nuevo. —Elías se levanta y, ante mi cara de asombro, se arrodilla frente a mí. Abre una pequeña caja roja que muestra un precioso anillo—. Por eso, quiero pedirte que me hagas el inmenso honor de compartir el resto de tu vida conmigo. Nada tiene

sentido en la mía si tú no estás a mi lado.

—Sí —grito y me arrodillo enfrente de él—, ¡claro que me caso contigo!

Los aplausos de los comensales nos rodean mientras nosotros nos besamos cómo si no lo hubiéramos hecho en años. Las palabras de mi futuro marido son muy acertadas. A pesar de las decisiones que cada uno tomó, incluso con todos los obstáculos que tuvimos que superar, la fuerza del destino no se ha detenido hasta que nuestros caminos se han entrelazado para siempre. Y ahora solo nos queda seguir caminando juntos.

FIN

Agradecimientos

He tenido la suerte de lanzarme a la piscina rodeada de muchas personas. Algunas han sujetado mi mano durante el camino, otras han estado a mi lado a pesar de la distancia. Sois muchos a los que agradecer que esta historia esté hoy en vuestras manos. Espero no olvidar a nadie y, si es así, perdonadme.

A mi marido, que me ha animado y me ha apoyado desde el comienzo. A pesar de que la lectura no sea una de sus pasiones, es mi principal apoyo en esta aventura.

A mi madre. Ella fue la que me inculcó el amor por las novelas, por la escritura, la que me enseñó a saborear los libros. Y también ha sido una de mis lectoras cero más importantes.

A mi hermano, mi cuñada, mis abuelos, mi tía y mi primo. Porque ellos siempre están ahí cuando los necesito.

A mi suegra y a mi tía política, por acogerme con tanto amor desde el primer minuto y estar a mi lado como mi familia.

A mis chicas, Mireia Hernández, Núria Mar, Andrea Serrano, Chris Razo, Flor Pérez, Tatjana Frigar, por los consejos, por la ayuda en los momentos de dudas. Por estar, a pesar de la distancia, a cualquier hora cualquier día. Sois las mejores y la mejor inspección.

A mi Yanira García, que, sin ella, esta novela no tendría esta increíble cubierta. Que ha estado al otro lado durante todo el proceso, y que ha sabido captar su esencia a la perfección. Eres una artista y es un placer contar contigo a mi lado.

A Sandra Moya, que me ha ayudado a dejarla perfecta y que ha disfrutado de la novela durante el proceso como yo tras escribirla. Ha sido un lujazo trabajar contigo, mi niña. Esta es la primera de muchas, en las que espero que me acompañes.

A Elena, que siempre está ahí cuando la necesito, que desde que llegó a mi vida ha sido como una hermana mayor. Por haberme acompañado en el camino, y darme ánimos cuando los he necesitado. Eres de las mejores cosas que me llevo en esta andadura que comienza aquí.

Al resto de mis fuenteovejunas, Pat, Eva, Mar, Paty, Mapita y Susana. Una historia nos unió y, aunque nuestras vidas son una locura y no hablamos tanto cómo nos gustaría, siempre están al otro lado para sacarme una sonrisa. Os quiero un huevo.

A mi churri, Esti, que desde que llegó a mi vida, siempre ha sido

un apoyo. Nuestro comienzo no fue el mejor, aunque comprendí que no siempre las primeras impresiones son las acertadas. Mi vida no sería la misma sin ella.

A Lourdes, María, Johana, Ana y Zoraida, esas amigas que llegaron gracias al amor de mi vida y que han sido un apoyo en muchos sentidos.

A todas las que lleváis desde el principio acompañándome en redes sociales, que habéis leído los primeros capítulos en Wattpad cuando solo era un proyecto, que lleváis tiempo queriendo conocer la historia al completo. Gracias por estar ahí, esta historia es para vosotras.

Y a ti, lector/a, que tienes este libro entre las manos y me has dado la oportunidad de cumplir mi sueño. Sin ti, esto no sería posible.

Biografía

Nací en Donosti un 30 de enero de 1988. Me apasiona la literatura desde muy pequeña, algo que he aprendido de mi madre, quien siempre ha tenido una buena colección de novelas en casa. Siempre he sido una lectora compulsiva, aunque hay momentos en los que el tiempo no me ayuda a leer tanto cómo me gustaría.

La escritura es otra herencia de mi madre. De pequeña, siempre dejaba volar mi imaginación en cualquier diario o cuaderno que tuviera a mano. En el año 2008, pensé seriamente en escribir una historia, aunque por el miedo acabó abandonada en una carpeta del ordenador. No fue hasta la pandemia por el COVID-19 (2020) que decidí lanzarme a la piscina.

Soy una apasionada del dulce; en especial, del chocolate, es mi perdición. Adicta a la música, a la playa, a los días soleados y a la calma de un pueblo pequeño.

Actualmente, vivo en un pueblo de Bilbao con mi marido y nuestras dos perras.

Web: Tania Cordeiro
Instagram: @tanybooks
Facebook: @tanybooks